

MIGRANTES CETINA



Cyngular

**70 AÑOS DE HISTORIAS
DE MIGRANTES**

**70 AÑOS DE HISTORIAS
DE MIGRANTES**

70 AÑOS DE HISTORIAS DE MIGRANTES

Cyngular



70 años de historias de migrantes

EDITORES

Vicepresidencia de Comunicaciones
y RSE de Banesco y Cyngular

PRODUCCIÓN GENERAL

Cyngular

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Sergio Dahbar

EDITOR ADJUNTO

Carlos Ortiz

ASISTENTE EDITORIAL

Francis Lugo

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Carlos González Nieto

ARQUEO DE FUENTES

Rosanna Álvarez

DISEÑO

Jaime Cruz

ISBN: 978-980-425-082-8

Depósito Legal: DC2022000922

ISBN: 978-980-425-082-8



Cyngular



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Prólogo _PÁG 8

Juan Carlos Escotet Rodríguez

Nota editorial _PÁG 15

Sergio Dahbar

GENTE QUE LLEGÓ

Yo soy un pobre emigrante _PÁG 18

Fausto Verdial

El show comienza en estas tierras _PÁG 22

Aquilino José Mata

El lugar del encuentro _PÁG 27

Mariahé Pabón

Vivir sin paisanos _PÁG 35

Marlene Rizk

El brindis por Delia y su nuevo país _PÁG 39

Armando Gruber

La nonna de Turén _PÁG 42

Vanessa Davies

Exiliados _PÁG 48

José Ignacio Cabrujas

Un millón de amigos _PÁG 54

Cristóbal Guerra

Esos guaros nacidos lejos _PÁG 58

Elides Rojas

No puedo separarme de este paraíso _PÁG 63

Manuel Manzano

Sam Shepherd, «El Mago». El deporte es el mundo _PÁG 66

Blanca Strepponi

Con el alma en el sur. José Bórtoli: de Italia al Alto Orinoco _PÁG 74

Alejandro Reig

- El empleado del abasto** _PÁG 83
Mireya Tabuas
- Entre el pan y el baloncesto** _PÁG 85
Marianela Rodríguez
- Juana Sujo se enamoró del Ávila y se quedó** _PÁG 87
Román Chalbaud
- Por estos lares siempre se oye ¡viva España!** _PÁG 90
Yngrid Yohana Rojas
- ¡Más inmigrante será usted!** _PÁG 94
María del Nogal
- Con el vallenato a cuestras se asentaron en Venezuela** _PÁG 100
Mabel Sarmiento Garmendia
- Hablan puro «portuñol» y le echan pichón al trabajo** _PÁG 104
Felipe Gouveia
- Dejó su tierra ecuatoriana por amor a su esposo** _PÁG 107
Luis Villapol
- Ni pizca de castellano** _PÁG 109
Paula Ramón
- Un librero uruguayo que es como de la casa** _PÁG 114
Ubaldo Arrieta
- «En Siria soy Mohammed y aquí me dicen Manuel»** _PÁG 117
Gabriela Iribarren
- Los surcoreanos son muy «picantes»** _PÁG 120
Johanne Betancourt
- Chinos se fajaron con la plancha** _PÁG 123
Eligio Rojas
- Una israelí cautivada por el trópico** _PÁG 126
Hilda Carmona
- Mac, un chino con amigos venezolanos** _PÁG 129
Gustavo Mérida
- Caracas por primera vez** _PÁG 133
Sergio Dahbar
- Rusia y Ucrania conviven en Catia** _PÁG 136
Jonathan Gutiérrez

GENTE QUE SE FUE

Yo ya me fui, ¿y tú? _PÁG 159

Salvador Fleján

El joven que hacía joyas que nadie podía comprar _PÁG 162

Mirco Ferri

Yo no pertenezco a este lugar _PÁG 171

Adriana Prieto Quintero

Así la idea se va desvaneciendo _PÁG 180

Jesenia Freitez Guédez

Cataluña siempre estuvo allí _PÁG 187

Maite Espinasa

Una manera de abrazarlos a todos a la vez _PÁG 195

Gerardo Guarache Ocque

El limbo de una familia rota _PÁG 202

Liza López y Ginna Morelo

El rescate de los venezolanos en el desierto de Atacama _PÁG 212

Ricardo Barbar

El sur que te prometí _PÁG 222

Jan Queretz

El pastor y los dieciséis de Trinidad _PÁG 233

Valentina Oropeza

Ereú Brothers: el Sistema de Orquestas en las calles de Bogotá _PÁG 252

Flaviana Sandoval y Diego Marcano

Cuando tu árbol genealógico lo sacas de raíz _PÁG 277

Kaoru Yonekura y Rafael Osío Cabrices

Prólogo

70 años de historias de migrantes

I

La historia de la humanidad es, de forma ineludible, la historia de sus migraciones. Esta afirmación, que durante siglos se hizo con fundamento en la simple observación, ha adquirido en las últimas décadas el carácter de verdad científica: los recurrentes hallazgos que vienen haciéndose en los campos de la arqueología, la antropología y la biogenética han demostrado que el hombre proviene de un tronco común que, partiendo desde el noreste de África, hace unos doscientos mil años, comenzó a dispersarse por el planeta en incalculables desplazamientos.

De acuerdo a lo que sabemos hasta hoy, los primeros migrantes se movieron por el propio continente africano. A continuación, hacia el sureste de Asia. De seguidas, hacia Oceanía, China y Japón. En algún momento, en el período comprendido entre los 15.000 y los 35.000 años atrás, algunas de esas corrientes humanas que, paulatinamente, se habían proyectado hacia el norte, y alcanzado Siberia, llegaron a la región de Alaska. A partir de entonces, se iniciaron los movimientos hacia el sur a lo largo de los milenios, lo que hizo posible los primeros poblamientos del continente americano.

Otra gran fuente de investigación, la de la historia de los mares y los océanos, que también ha logrado considerables

saltos cualitativos en lo que va de siglo, ha entrado en una fase de hallazgos extraordinarios: evidencias de que la práctica de la navegación es mucho más antigua de lo que se conocía y que, entre unos 15.000 y 20.000 años antes de la era cristiana, había comunidades que se movían en embarcaciones por lagos, ríos y mares, y que en ellas no solo se transportaba agua dulce y alimentos para sobrevivir, sino también migrantes que buscaban un nuevo lugar en el que vivir.

II

Desde que tenemos noticias, un migrante es un ser humano que busca. Busca sobrevivir, busca trabajo, busca aprender, busca un lugar donde establecerse con menos riesgos; incluso, muchas veces, busca desesperadamente salvar su vida y la de su familia, porque las fuerzas de la naturaleza o de la historia le impiden permanecer en el lugar donde nació. Se es migrante de forma voluntaria o forzosa. Migrar nunca ha sido fácil, porque separarse o romper con la tierra propia abre una herida que difícilmente sana.

Lejos de lo que podría pensarse *a priori*, el fenómeno de las migraciones no es excepcional. No es posible explicar la trayectoria de las civilizaciones sin reconocer que cada una de ellas, incluso aquellas que se han mantenido alejadas de otras, han recibido el influjo de los que llegaron de algún otro punto del planeta, próximo o lejano. Por ello no es imprudente recordar que toda civilización es una sumatoria, y que en esa sumatoria, a menudo, han intervenido, como agentes activos, las novedades que han traído los inmigrantes, los que han llegado desde otras partes.

III

El que las migraciones sean un factor histórico y del proceso civilizatorio no ha cambiado su perturbadora complejidad. Todavía en nuestro siglo XXI a los migrantes se les rechaza, se les estigmatiza y se les explota hasta lo indecible. Como si estas no fueran ya realidades muy duras para quienes deben salir del lugar donde viven y marcharse a otro, en los procesos migratorios intervienen elementos étnicos, raciales, políticos, culturales y lingüísticos, lo que añade más distorsiones y dificultades. Como bien sabemos, porque el periodismo nos lo cuenta de forma infatigable, no pasa un día sin que la xenofobia, el racismo o la discriminación no abulten su terrible expediente de violencia contra el otro, contra el extranjero, contra el que llega de otra parte.

Pero el anterior, por fortuna, es solo uno de los relatos que el tiempo ha construido en torno al destino de los migrantes. Hay otro de vastas repercusiones. Me refiero al que es uno de los capítulos más emocionantes y que más aprecio entre los esfuerzos humanos: el del migrante que llega a un punto del planeta diferente del suyo, y hace suyas las naturales resistencias que ofrecen las realidades que no se conocen. Y se adapta, crea un entorno, y alcanza a generar bienestar para su familia, para la comunidad y para sí mismo.

Tras la crisis migratoria del 2015 —casi un millón de personas que huían de la guerra, la hambruna y la muerte en países como Siria, Irak y Afganistán, alcanzaron las costas de Europa, muchos de ellos a través del mar Mediterráneo—, se ha producido una especie de *boom* editorial y periodístico. Han aparecido miles de reportajes y decenas de libros en varias lenguas sobre la historia de las migraciones; estudios sociológicos sobre sus causas; análisis sobre cuestiones como la soli-

daridad o el rechazo de las sociedades; propuestas sobre políticas gubernamentales; debates sobre la legislación relativa a migrantes, refugiados y exiliados; pero, y esto es muy llamativo, muy poco sobre el beneficio que las migraciones producen a las naciones.

IV

¿Hay en el mundo, ahora mismo, alguna biblioteca o centro especializado con capacidad de acoger las historias de lo que los migrantes han generado para los países que los acogieron y, en un sentido mayor, para beneficio de la humanidad? Parece poco probable. Si alguien intentara reunir en una lista, solo correspondiente a los siglos XVIII, XIX y XX, y ordenara en ella los nombres de los científicos, escritores, pintores, arquitectos, empresarios, investigadores, médicos, pensadores, periodistas, compositores y otros grandes creadores que, en condición de emigrantes desarrollaron obras y resultados extraordinarios, tendría que invertir cientos de miles de páginas, hasta concluir una tarea que, posiblemente, quedará siempre inconclusa en alguna medida.

Quiero sugerir con esto que, no solo en el terreno del periodismo y la investigación, la celebración del migrante es una tarea pendiente. No me refiero exclusivamente al valor individual del migrante que logra establecerse y triunfar en su campo de acción. Hablo del conjunto del proceso, de los incalculables engranajes, de los flujos y articulaciones que se establecen en las sociedades entre los que llegan y quienes los reciben. El que viene de afuera quiere aprender y adaptarse. Quiere ser acogido. Y, a cambio de ese privilegio, trae novedades, ideas, conocimientos que se incorporarán, que se integrarán para beneficio de muchos.

V

La inmensa y rica cultura estadounidense se reconoce a sí misma como el florecimiento, el paulatino enriquecimiento producido por la continua llegada de inmigrantes que, una vez instalados en ese vasto territorio, se sumaron al sueño de construir una nación próspera y libre.

De la paciente tarea de numerosos investigadores venezolanos ha surgido una conclusión que concierne, en sus bases conceptuales, a este libro: que el proceso de modernización de Venezuela, en materias decisivas como lo científico, lo educativo, lo urbanístico, lo industrial, lo agrícola, lo musical, lo comercial y hasta lo petrolero, se debe, sustantivamente, a lo mucho que esta nación ha recibido de los extranjeros, porque es mucho lo que esta nación ha prodigado a los que vinieron de otras partes, especialmente en el transcurso del siglo XX.

VI

Se dice, y creo que con fundamento, que el nuestro es un territorio de milagros. Venezuela es la tierra de paisajes que son fiesta para el espíritu. Tierra de soles y climas hospitalarios. De playas y aguas deslumbrantes. Tierra que guarda riquezas incalculables y apenas las esconde. Son, insisto, razones de peso, incontestables, de por qué a los venezolanos se nos hincha el pecho al pronunciar el nombre de Venezuela.

Pero quiero escribir aquí que hay otro milagro, otra riqueza, quién sabe si más determinante, que tiene una condición casi natural, aunque, en realidad, se trata de una trama cultural y de emociones, ramaje de lo que somos y aspiramos, fruto de las sucesivas oleadas de migraciones que se han asentado en esta tierra de gracia y que han hecho que tantos y tantos

emigrados hayan llegado hasta aquí, se hayan incorporado a la vida venezolana, hasta alcanzar ese momento en que no titubean para decir: «Venezuela es mi patria».

Que Venezuela se haya constituido en tierra de acogida: esa debe ser la mayor de sus gracias, el más noble de sus atributos. Sociedad que, con hechos y por décadas, ha demostrado su disposición, sus brazos abiertos. Que Venezuela haya sido el destino de personas provenientes de los cinco continentes, y que se cuenten por cientos de miles las que la han convertido en su país, en el espacio donde han fundado familias y han establecido un modo productivo de vivir, ese es el atributo que nos permite decir que esta ha sido, es y debe seguir siendo una tierra de gracia.

VII

A esta cuestión está dedicado *70 años de historias de migrantes*, mínima muestra del periodismo escrito que se ha hecho en medios de comunicación venezolanos sobre los inmigrantes, contrastado con otros trabajos que narran lo contrario, el mundo de peripecias que han debido afrontar los venezolanos que, en los últimos años, han cruzado las fronteras, muchas veces sin recursos y en condiciones de extrema incertidumbre, exponiendo su seguridad y hasta sus vidas. Este segundo grupo de trabajos hace posible vislumbrar el estatuto de enrevesamiento, casi laberíntico, que tiene la decisión de emigrar desde Venezuela, especialmente cuando el que viaja asume la aventura de partir sin respaldo alguno, no más que la voluntad de irse a otro lugar.

70 años de historias de migrantes es el título número once de la serie dedicada a revisar el periodismo en Venezuela, a partir de los años 40 del siglo XX, y a organizarlo en antologías te-

máticas. Tal como afirmé en el prólogo del volumen anterior, quiero insistir en que en Banesco nos sentimos orgullosos del recorrido acumulado desde la primera entrega. Que este volumen esté dedicado a un tema palpitante y que tanto preocupa a los lectores es un argumento más a favor del esfuerzo que representa esta serie y, en un sentido más amplio, un capítulo más con el que enriquecer la Biblioteca Digital Banesco.

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ



Nota editorial

Esta serie de 70 años de periodismo que llega milagrosamente ya a sus once entregas no podía eludir el tema de las migraciones, tan caro a Venezuela a lo largo del siglo veinte y lo que va del veintiuno. País que ha recibido con los brazos abiertos las corrientes migratorias de todas partes del mundo, gente que escapaba de la pobreza, de las persecuciones y de la intolerancia.

El río de migrantes que se sumaron a la construcción de una Venezuela en plena expansión en los años cincuenta y sesenta se ha cruzado con otro afluente, más cercano en el tiempo, y más doloroso. El de quienes perdieron la esperanza en el país que los vio nacer y decidieron buscar futuro en otras latitudes.

De ambas migraciones habla este libro, de las que llegaron para descubrir una nación vibrante y solidaria. Y de los hijos y nietos de estos hombres y mujeres que decidieron remontar el camino inverso, el del regreso al lugar de donde habían salido muchos de sus familiares. Este volumen abre y cierra el círculo de una experiencia humana milenaria, aquella que nos convierte en ciudadanos universales en busca de un lugar en el mundo donde vivir y trabajar en paz.

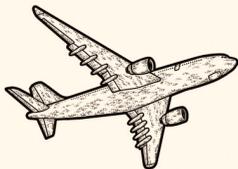
Un libro es de muchas maneras una pantalla donde se reflejan miles de historias. En estas páginas se cruzan de manera curiosa la esperanza y el desaliento, la energía para construir experiencias positivas y el dolor de las derrotas de muchos que han abandonado el país para encontrar el lado más oscuro del destierro.

El lector es el dueño del veredicto final. Quizás sea necesario explicar que, como ha ocurrido en ediciones pasadas, la búsqueda y alcance de los trabajos escogidos resultó el fruto de una tarea titánica. Como he repetido muchas veces, hemos perdido también hemerotecas y centros de estudio con bibliotecas fundamentales. Lo que no hemos perdido ha sido la memoria, esa herramienta que nos ha ayudado a recordar viejas publicaciones con testimonios que hoy resultan vitales para entender el devenir del país.

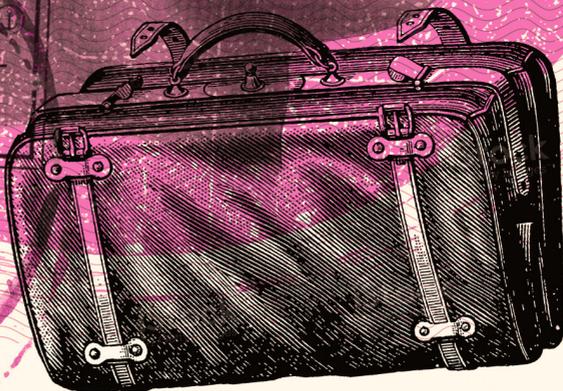
En estas páginas los textos se pueden leer como un espejo. Gente que llegó del infierno europeo y descubrió un paraíso para prosperar y construir una familia. Y otros que habían conocido la felicidad, pero que tuvieron que remontar el camino de sus abuelos a pie, por trochas peligrosas, donde se juegan la vida por el anhelo de una educación digna para sus hijos y una casa con techo firme donde guarecerse.

En el diálogo invisible que producen los dos tipos de historias está uno de los hallazgos de este libro. Así como «nadie se baña dos veces en el mismo río», es imposible atravesar los textos aquí incluidos y ser la misma persona.

SERGIO DAHBAR



GENTE QUE LLEGÓ



YO SOY UN POBRE EMIGRANTE

FAUSTO VERDIAL

Cuando recuerdo mi primer contacto con Venezuela inevitablemente lo asocio con la luz. Una luz única, esplendorosa, refulgente, que iluminaba miles de colores (me parecieron miles) de todas aquellas montañas, aquellas ropas, camisas, vestidos, de todos aquellos cuerpos sudorosos, brillantes, de los descargadores del muelle. ¡Aquellos colores! ¡Tantos! Aquella luz tan plena, ancha, poderosa, que invadía todo, que se perdía en el horizonte del mar y servía de entorno a cuanto antes digo, en aquel día... ¿qué día de la semana sería?, cuando el barco Virginia de Churruca, después de una noche de espera en alta mar, atracó finalmente en el Puerto de La Guaira.

¿Qué día de la semana sería? Había color de domingo, alegría de domingo. ¡Dios, qué luz! ¡Qué color! Entre todos aquellos colores, para mí los que más brillaron fueron los cabellos rubios de mi madre y mis dos hermanos y la cabecita color zanahoria de mi sobrino, a quien mi hermana que lo alzaba en sus brazos me mostraba, y yo sabía que era el primer miembro de la familia que había nacido en Venezuela.

¡Qué color, qué extraña alegría, qué de abrazos! ¡Cuántas manos tendidas! En aquellos primeros momentos se me olvidó el escozor que me había producido la voz altoparlante que había gritado desafortunadamente momentos antes de descender del barco: «¡Venezolanos primero!». «¡Madres con hijos venezolanos primero!». Yo estaba en el grupo de los últimos; sintiéndome extranjero por primera vez en mi vida. ¡Por primera vez extranjero! Que no es lo mismo que llegar a tantos países a los que llegué después, España incluida, como turista. «¡Venezolanos primero!». ¡Extranjero yo, el último de la cola!... y la canción de Juanito Valderrama, con la que tantas veces se ha reído Ibsen Martínez, «El pobre emigrante», me tenía a mí de protagonista.

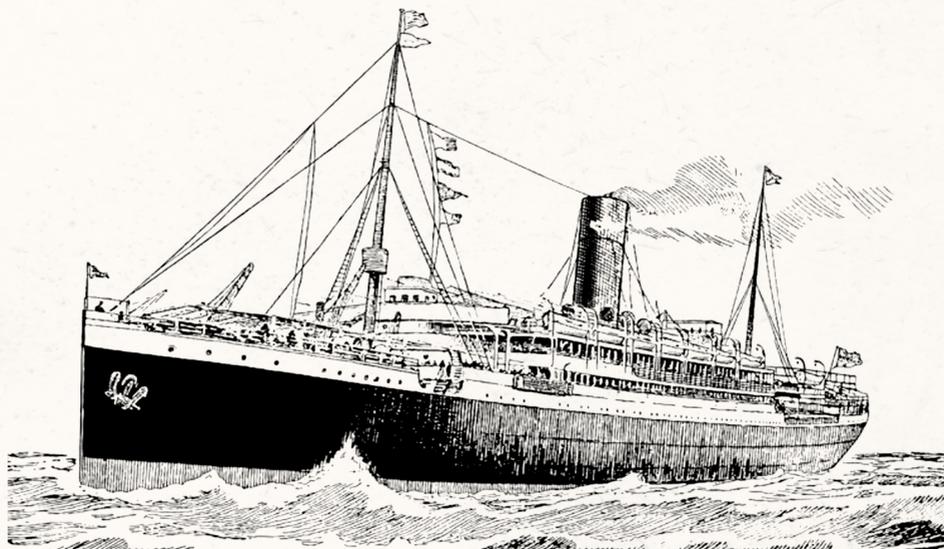
¡Pero qué luz, Dios mío! ¡Qué penetrante, que amplia, luz de todos los voltios, luz del trópico, dicen! Ya ni la siento, porque ahora es mi luz, la tengo todo el día, la poseo, la manejo, ¡la apago cuando quiero! Pero esa luz... aquella... Hablaba del Puerto de La Guaira, de aquella noche en que la familia reunida quería saber todo de España; de la gente, de las esquinas, de las casas, de los vivos y de los muertos... y al día siguiente, yo solo, caminando desde mi casa a Extranjería, ahora llamada Diex, para poner en regla mis papeles: «RESIDENTE», estampó en mi pasaporte un eficientísimo empleado. ¿No lo creen? En aquellos años en Extranjería, ahora Diex, había eficientísimos empleados públicos. Todavía no habíamos descubierto que éramos «sauditas». Y luego montándome en un autobús que decía Sabana Grande, y yo emigrante-turista, bajándome en una parada frente a lo que ahora es un gran edificio, Torre La Previsora, y entonces era una pequeña fuente de soda, creo que regentada por chinos, donde me tomé la primera cerveza, una media jarra, eso me dieron. Era una botella grande, pero yo me la tomé completa. Y de nuevo al autobús.

Había llegado demasiado lejos en mi primer día. ¡Y un milagro! Lo fue. Lo juro. Yo sentado de nuevo en mi autobús, viendo calles, muchas que ya no existen, y a mi lado una mujer. La recuerdo perfectamente: trigueña, hablachenta, maternal, que supo mucho de mi vida, que todavía era tan poca como para resumirla entre Sabana Grande y Carmelitas. Y el gesto inesperado: agachándose y buceando en una de sus bolsas ubicadas debajo del asiento, extrajo una manzana, la laqueó en su falda y me la ofreció sin pedirme nada a cambio. Fue mi primera Eva en Venezuela. La segunda se apellida Ivanyi. Y yo me comí la manzana y nadie me arrojó del paraíso.

¿Verdad que es hermoso y parece imposible? ¿Verdad que merece la pena contarse, que en un solo día te vuelvas residente de un país hasta ese momento aparentemente tan lejano, te tomes una gran cerveza y que una mujer con gesto maternal te ofrezca una manzana? ¡Hace tantos años de eso, la ciudad era tan cálida y la gente tan risueña, tan esperanzada, tan abierta! Y yo me comí mi manzana, me bebí mi cerveza y los milagros continuaron. ¡Qué fácil es hacer amigos cuando se es joven! ¡Qué hermoso haber mantenido algunas de esas amistades, amarlas y admirarlas para siempre... ¡Qué milagro haber salido de aquel oscuro rincón de la posguerra española, hijo de perdedor, y haberme sumergido en esta luz! En Venezuela estrené vida, estrené democracia. Lo vivido anteriormente me parece solo un recuerdo, en muchas oportunidades vagos a imprecisos recuerdos que no quiero evocar. Que podrían hacerme llorar si los evoco. No hubo infancia feliz, ni demasiadas cosas buenas para recordar. Todo se me vuelve gris al pensarlo, denso. Por eso, porque llegué de aquella oscuridad me asombró. Me sigue asombrando la luz. ¡Luz del trópico! Ahora mi luz. La luz que me lo dio todo. La que me permite, también

ahora, sonreír con mucha ternura, con lágrimas de nostalgia de aquel primer día de haber sido o ser todavía un pobre emigrante.

El Nacional, 3 de agosto de 1994



EL *SHOW* COMIENZA EN ESTAS TIERRAS

AQUILINO JOSÉ MATA

María Golajovski nació en Yugoslavia, de origen ruso. Sus padres habían huido de la revolución bolchevique y buscaban nuevas tierras para reiniciar su vida. María tenía diez años de edad cuando llegó a Venezuela, ya con el gusanito de la actuación a punto de brotar. En 1952, a los quince años debuta en el teatro con *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casanova, de la mano de Juana Sujo, su maestra y mentora. No pasó mucho tiempo sin que la incipiente industria de la televisión requiriera del talento de la naciente estrella, y es así como, a instancias de Magín Pastor Suárez, René Estévez y Paul Antillano, no tarda en hacerse famosa a través de la pequeña pantalla, pero no con su nombre de pila, sino con el que adoptó artísticamente y con el cual la conocemos: América Alonso, una de las ilustres inmigrantes que contribuyeron con su talento a desarrollar y consolidar la TV venezolana.

LOS PIONEROS

Los primeros teledramas que surgieron de la pantalla en blanco y negro se nutrieron de las habilidades de otras figuras que, como América Alonso, vinieron de tierras lejanas para echar raíces entre nosotros y hacerse, no solamente queridos y admirados por todos, sino también tan venezolanos que a estas alturas nadie se acuerda de que llegaron de otros lares. Tal es el caso de Amalia Pérez Díaz, quien vino de Chile para quedarse aquí

definitivamente, para fortuna de quienes disfrutamos de su estatura de gran actriz, y actualmente maestra de las nuevas generaciones que aspiran a ocupar el privilegiado lugar que ella aún no ha dejado vacante.

España nos envió un grupo nutrido en la lista de pioneros de la TV, entre quienes destacan Adelaida Torrente, Luis Calderón, Aurora Mendoza, Jesús Maella, Agustina Martín, Lilliana Durán, Giove Campuzano y René de Pallás, quien llegó como cantante de zarzuelas para convertirse con los años en una versátil matriarca que trabajó hasta sus últimos días con el mismo entusiasmo y el sentido del humor que la caracterizaron siempre.

De Argentina eran dos de las más destacadas damitas jóvenes de los años cincuenta: Zoe Ducós y Elvira Mayo; mientras que Peggy Walker, estupenda en drama o en comedia (¿la recuerdan en *Que lindo es quererse*, con Héctor Monteverde?) fue un preciado regalo de Puerto Rico.

Ya que hablamos de pioneros inmigrantes, entre los eminentes mencionaremos a William H. Phelps, fundador de la Broadcasting Caracas, que luego se llamó Radio Caracas Radio, y Radio Caracas Televisión. Diego Cisneros vino de Cuba y entre sus múltiples iniciativas creó Venevisión, sin duda su obra más perdurable.

ADORABLES ITALIANAS

Las modelos más celebradas de los primeros años sesenta eran italianas y muy populares. Hablamos de María Gracia Bianchi y Gioia Lombardini. Poco después les saldría una competidora que llenó con su glamorosa presencia el resto de la década: la gallega Chelo Rodríguez. Las tres incursionaron después en la actuación y continuaron cosechando laureles. Y si de elegan-

cia y belleza se trata, debemos recordar a otra hija de la bota itálica: Paula Bellini, la mejor animadora de aquellos tiempos, hoy retirada en su país, donde ocasionalmente hace trabajos para la RAI.

La primera televisora de Latinoamérica surgió en Cuba con el nombre de CMQ. Su carácter de iniciadora de este nuevo tipo de entretenimiento masivo habría de influenciar el desarrollo de la industria en el resto del continente. De la isla arribó un apreciable contingente a Venezuela, no solo de artistas, sino también de técnicos y ejecutivos. En esta apretada síntesis —y conscientes de que se nos escapan algunos— recordamos los nombres de Goar Mestre (fundador del canal 8), Rodolfo Rodríguez, Sergio Gómez, Carlos Barba, Arquímedes Rivero, Esperanza Magaz, Estelita Echazábal, Lotario, América y Abel Barrios. Luego, en años más recientes, vendrían Joaquín Riviera, María Conchita Alonso, Aidita Artigas, Jorge Félix, Raúl Xiqués, Manolo Coego, Luis López Puente, Milagros del Valle, Julio Capote, Laura Serra e Isabel Moreno.

Y VIVA ESPAÑA

Españoles eran, en los años setenta, la primera actriz joven de Radio Caracas Televisión y el galán más popular de Vennevisión: Marina Baura y José Bardina. Sus paisanos Bárbara Teyde, Jorge Palacios, Martín Lantigua, Julio Alcázar y Lucio Bueno los secundaban en los elencos de las teleseries que protagonizaban, al igual que el chileno Manuel Poblete, la colombiana Cecilia Villarreal, la dominicana Rosario Prieto, los uruguayos Dante Carle y Alma Ingianni, y los argentinos Francisco Ferrari y Elisa Stella.

Así como «Madrid» —la canción que los habitantes de la capital de España consideran su himno— fue escrita por el mexi-

cano Agustín Lara, el extenso y hermoso repertorio musical dedicado a Caracas pertenece a la inspiración de un eminente dominicano: Billo Frómeta, quien le cantó a nuestra ciudad como si fuese un venezolano de fibra y corazón, tal como él decía sentirse.

Otro dominicano, Alci Sánchez, se quedó también en Venezuela para hacer valer su merecido calificativo de «El Trovador de Quisqueya», mientras que los cubanos Emilita Dago, Manolo Monterrey y Kiko Mendive (este último en doble faceta de actor cómico y cantante) alegraron con sus sabrosas canciones a las audiencias de este país en bailes, radio y televisión.

Ilan Chester nació en Israel, Franco de Vita en Italia y Melissa en Perú, ¿pero quién dice que estos cantantes no son venezolanos? Lo mismo habría que afirmar de Natusha, que a pesar de los tropicalísimos ritmos que interpreta es nativa nada menos que de Francia.

UNIVERSAL HUMOR

La *Radio Rochela*, el programa más antiguo y exitoso de la televisión venezolana, es obra de un argentino: Tito Martínez del Box, creador de una importante cantera de actores cómicos. Allí debutó Fausto Verdial, español de nacimiento y venezolano de corazón. En esta misma faceta resalta Vítor Rentroya, del Canal 4, que imita tan bien a los portugueses quizás por haber nacido en la patria lusitana. Otro buen actor cómico, Humberto Buonocuore, hace lo propio con sus paisanos italianos.

Flavio Caballero, de Colombia, y Roberto Moll, peruano, representan a las nuevas generaciones de actores que, llegados de otros países, vinieron para echar raíces y a crecer humana y profesionalmente entre nosotros. Ellos aspiran a ver realizado el sueño de María Golajovsky, que abandonando su tierra

natal y su verdadero nombre encontró aquí, además de fama, respeto y admiración, la satisfacción de ser reconocida como una venezolana más.

El Nacional, 3 de agosto de 1994



EL LUGAR DEL ENCUENTRO

MARIAHÉ PABÓN

Puede ser un barrio o el centro social que los agrupa según la tierra de origen, la mesa de billar, los bancos de algunas plazas, o el club de playa donde sin proponérselo expresamente encuentran a los suyos en un juego de cartas que dura años. El espacio para recordar puede ser el bar donde cantan fados una que otra vez, el restaurante donde degustan la fabada que sabe a *o chan* («la tierra» en gallego), o las cercanías de la Iglesia Santa Rosa de Lima, donde se agrupan los peruanos los domingos para compartir la gastronomía del país lejano y cercano en el olor del anticucho y el sabor de las papas a la huancaína.

Unas veces el sitio se llama expresamente el Hogar Canario, La Casa de los Chinos o adopta un nombre extravagante como el Madeira Country Club, pero en todos esos lugares predominan las ganas de verse y entenderse en su lengua o dialecto natal, en sus modismos, en sus maneras de recordar a Franco o a Mussolini, en el poder bailar un pasodoble o una sardana o el permitirse romper los platos al estilo griego cuando se termina el divertido baile.

El asunto es encontrarse, compartir los afectos y las penas con alguien que de entrada no necesita explicación sobre el cocido tal que preparaban en Asturias porque esa persona lo saboreó en la tierra natal, y en ese otro espacio que escoge el

azar se encuentra esa sazón o se atan los cabos de una conversación sobre un torero, una saudade o un romance surgido al son de un vallenato. En ese preciso lugar público o privado, en esa barra o en esa plaza La Candelaria en una tarde de sol llena de confesiones y confidencias, que tan a gusto se le hacen a alguien que sabe lo que es una morriña.

CUMBIA Y PANDEYUCA

Los colombianos suelen reunirse en sus barrios, de acuerdo con sus orígenes. Hay grupos que han logrado integrarse con habitantes del estado Miranda y allí suelen recordar sus orígenes africanos. Un grupo de ellos, nacido en el Palenque (cerca de Cartagena), conserva aún el dialecto africano y son excelentes percusionistas y bailarines. Cumbiamberos, vallenatos, soneros, tienen sus propios sitios de reunión. Los caleños van a un típico restaurante en La Candelaria (Tracabordo), los antioqueños al restaurante Medellín de Los Palos Grandes y los cachacos o bogotanos a sitios como el Broadway en Chacaíto o La Fonda del Labriego en Chacao. Hay comida típica en Anaís (Chacao), La Frágola y Tardes Caleñas en la avenida Baralt.

LA MÚSICA Y LA COMIDA

Fue Lancaster de León, un vallenato de verdad, el primero que salió a las calles de Caracas a tocar acordeón en cuanto sitio nocturno se le daba. Después vinieron los famosos conjuntos de Escalona, El Binomio de Oro, Diomedes Díaz y el definitivo *boom* de Carlos Vives que puso a bailar a la gente. El vallenato se hizo famoso y hoy es aceptado en Venezuela por todos los públicos. La cumbia y el vallenato son los ritmos más conocidos, pero son famosos también los aires del Pacífico como el currulao, los bambucos montañeros y los galerones llane-

ros, muy parecidos a los venezolanos. Un conjunto musical formado por Ezequiel Serrano, El Barranco, es más conocido en Colombia que en la propia Venezuela. Mantienen contratos millonarios en el vecino país y sus integrantes son mitad colombianos y mitad venezolanos.

El ajiaco, la fritanga, el arequipe, el arroz con coco, el bocachico frito con patacones, la bandeja paisa, la sobrebarriga con papas chorreadas, la curuba y el lulo, los pandeyucas y las almojábanas forman parte de la sabrosa comida colombiana integrada a la venezolana.

Es posible que usted no haya comido el chontaduro, una fruta del Chocó a la que se le atribuyen curaciones milagrosas. De acuerdo con una investigación, su pulpa tiene siete vitaminas esenciales y solo comiendo esta fruta se puede sobrevivir a una hambruna. En la Colonia Tovar se produce una fruta colombiana deliciosa, la curuba, y en los Andes se han sembrado papas de familia bogotana. Para un buen ajiaco, se necesitan por lo menos tres clases de papas.

LA CANDELARIA: PARAÍSO DE LOS ESPAÑOLES

Los restaurantes de La Candelaria representan el último reducto de gloria gastronómica española que le queda a Caracas. Gracias a una excelente comida y a una atención de primera, han podido resistir los embates del tiempo y han conservado inalterables sus manteles y fogones. Los inmigrantes son los parroquianos habituales de sus famosas barras. Vascos, canarios, gallegos, asturianos poseen restaurantes en donde se come excelente pescado, auténtica paella, deliciosa comida isleña. Sábados y domingos, La Candelaria se convierte en un hervidero de gente y para muchos de sus restaurantes se requiere reservación.

Pero no solamente hay buenos sitios para comer. Sus habitantes la han convertido en buen lugar para adquirir pescado fresco, pan portugués y churros. Hay fábricas de calzado hecho a mano, buenas tiendas de ropa y telas para decoración. Este barrio está habitado en su mayoría por españoles que han hecho excelentes migas con los venezolanos.

La Candelaria no muere, pese a la indiferencia de los gobernantes que no han tenido energía suficiente para conservar como se debe esta tradicional parroquia caraqueña, sitio inicial a donde llegaron la mayoría de nuestros inmigrantes, especialmente los españoles.

Intelectuales, artistas, filósofos vivieron en esta parroquia, fundada en 1696 por un grupo de canarios comandados por el licenciado Pedro de Vicuña, quien en esa época planteó al obispo Diego de Baños y Sotomayor el deseo de construir una capilla en honor a la Virgen de La Candelaria. Trajeron una imagen de las propias Islas Canarias y en 1708 terminó de construirse. En 1750 fue erigida como parroquia y hoy es muy visitada, no solo por devoción a la Virgen de La Candelaria sino también porque allí reposan los restos de José Gregorio Hernández.

La Candelaria conserva calles estrechas parecidas a las de Madrid, con balcones florecidos de geranios. De los techos de las tascas cuelgan ristras de ajo y jamones serranos. En sus mesones hay tortillas frescas, pulpo en vinagreta, queso manchego y en sus vitrinas se exhiben postres deliciosos como la leche frita, la natilla y la crema catalana. Hay restaurantes que viven llenos a cualquier hora y para muchos de ellos, en días pico, se precisa de reservación; el Bar Basque, por ejemplo, con sus tres mesas y la cocina de Blanca Royo, considerada como una de las mejores del mundo. Su invento de queso ca-

membert con miel es una verdadera golosina. La Cita ha conservado a lo largo del tiempo su excelencia y lo mismo se puede decir del Donosti, Guernica, La Tertulia, Dena Ona, El Pozo Canario.

Un enorme grupo de españoles no ha salido en cuarenta años de sus dominios de La Candelaria. Allí han nacido y crecido sus hijos y allí se han quedado para siempre. Suelen jugar billar en un club de la esquina de Alcabala, tomar vino en las barras de las tascas, jugar ajedrez en la plaza y reunirse en grupos en las esquinas. Las mujeres suelen hacer tertulia a las puertas de las pescaderías, en las pastelerías o en el parque. Se enredan siempre en largas conversaciones sobre la familia que quedó atrás. Recuerdan su pasado y suelen pasear con sus nietos y bisnietos por las calles de la parroquia.

LATINOAMERICANOS DE RUMBA

«Una de las características más positivas de la inmigración en Venezuela es que aquí no se han formado guetos», dice la investigadora Susan Berglund, coautora del libro *Los de afuera*. «Puede que haya alguna barriada con mayoría de colombianos o peruanos, pero no es esa la regla, ni los inmigrantes han sido obligados a vivir en ningún lugar específico. Aquí los inmigrantes viven donde puedan pagar y punto».

En el libro, Berglund y Humberto Hernández Calimán afirman que, al llegar a Venezuela, el inmigrante latinoamericano reciente «se encontró con un país que, además de expectativas económicas de colocación existentes, no tenía ni tiene un mecanismo de control sobre la población extranjera, quedando al libre arbitrio del emigrante su decisión sobre en qué trabajar y dónde radicarse. El desconocimiento del medio los hizo inclinarse, desde el punto de vista geográfico, hacia aquellos luga-

res que por sus propias características les brindaban mayores oportunidades, comodidades y facilidades para vivir; es decir, los centros urbanos más densamente poblados».

De manera que, en principio, los latinoamericanos que viven aquí van a los mismos cines, restaurantes y lugares de diversión que los venezolanos, siempre que puedan pagar. Los nativos, por su parte, están acostumbrados, debido al propio origen mixto, a la diversidad. La afinidad lingüística, de religión e idiosincrasia ayuda también a los suramericanos y caribeños a confundirse sin mayores traumas con la masa local, y por eso les resulta difícil hacerse visibles socialmente como grupos aparte.

TODO ES BUENO PARA REUNIRSE

Pero nunca faltan excusas para reunirse y hablar de la patria que se deja atrás. El deporte, la gastronomía, la música y los cultos religiosos son para los inmigrantes latinoamericanos residentes en Venezuela los vehículos para reunir sus comunidades, por más dispersas que puedan hallarse. En ocasiones alguna de estas actividades se constituye en pretexto para dar pie a otras. Por ejemplo, buena parte de los peruanos vecinados en Caracas prefieren asistir a misa en la parroquia Santa Rosa de Lima, y tal afluencia ha servido para que se genere allí un mercadillo dominical en donde se consiguen productos —y noticias— traídos del Perú vía Colombia. Otros peruanos prefieren la iglesia de Fátima, en El Conde, y allí al salir de misa se fraguan negocios, ligas de fútbol e iniciativas para el mejoramiento de la colonia.

El fútbol, sobre todo, es el gran cohesionador de los suramericanos. En Caracas hay varias ligas conformadas por peruanos, chilenos, ecuatorianos y bolivianos. «Incluso tenemos

un equipo femenino», dice divertido Iván Camarlinghi, primer secretario de la Embajada de Bolivia. Los peruanos juegan cada fin de semana en El Paraíso, los ecuatorianos hacen lo propio en el parque Arístides Rojas de la avenida Andrés Bello, frente a la Hermandad Gallega, y los bolivianos toman los sábados por la tarde las canchas de la UCV.

«Somos nosotros, junto con los italianos y los españoles, los que estamos despertando en el venezolano el gusto por el fútbol, y eso es muy bonito», dice José Luis Trujillo, taxista ecuatoriano que a sus cuarenta dice mantenerse «duro» a base de fútbol, a pesar de las casi diez horas diarias que pasa al volante, aspirando esmog. Como prueba de su argumento, agrega que las ciudades venezolanas con más afición futbolística son San Cristóbal y Ciudad Guayana, en la primera por la influencia de los colombianos y los ecuatorianos y en la segunda por los chilenos.

No faltan los rincones peruanos y ecuatorianos donde mandan el ceviche y el chupe. «Uy, los hay tanto en el este, con manteles de lino y velas, como en San Martín y Catia, con manteles de hule», dice Cecilia Huanca, conserje oriunda de Arequipa.

Los colombianos y los dominicanos han creado sus ambientes para bailar. No se notan mucho porque al final es la misma música que bailan los venezolanos en las zonas populares, pero los entendidos recomiendan dos lugares particularmente ácidos en los alrededores de Chacaíto. Uno es un bar conocido como El Pollo Farsante, donde se destila el guayabo de Valledupar, y el otro el Merengódromo, que funciona también como centro social dominicano, a donde tiene que acudir todo el que quiera aprenderse los últimos y más espectaculares pasos del baile quisqueyano.

Los brasileños se acercan al Centro de Estudios Brasileños, recién bautizado como Centro Brasileiro-Venezolano de Cultura, donde pueden ver la televisión de Río de Janeiro y Sao Paulo vía parabólica y ponerse al día con *O Estado*, *A Folha* y otros diarios que llegan calientes desde el sur.

El Nacional, 3 de agosto de 1994



VIVIR SIN PAISANOS

MARLENE RIZK

De los veintidós países árabes, los que más emigrantes han dado al Nuevo Mundo son Siria, Líbano y Palestina. Es muy difícil hallar como residente en Venezuela a algún emigrante de otra región del Medio Oriente.

Quizás las condiciones de prosperidad y de estabilidad socioeconómica que imperan en estas naciones evita que se produzcan movimientos migratorios y que sus habitantes viajen solamente por motivos de estudio, trabajo o de turismo.

Este podría ser, por ejemplo, el caso de los kuwaitíes, que no hallarán otro compatriota en Venezuela que no sea el embajador, su familia, el secretario y el agregado administrativo consular. Lo mismo ocurre con Libia: aparte de la misión diplomática y los empleados de la embajada, residen en Venezuela el ciudadano Ahmed Elgul, casado con venezolana, y Karmal El Lmalhuf, un estudiante que se encuentra en Venezuela desde hace un año para realizar su posgrado en Ciencias Políticas y Económicas.

Irak hasta hace tres años solo tenía como residente en Venezuela al experto petrolero Mazhar Asheleidah, quien reside en nuestro país desde hace veintisiete años, luego de casarse con una venezolana cuando estudiaba en Viena. Según registros de la Embajada de Irak, en Venezuela se encuentran actualmente cerca de ochenta ciudadanos iraquíes que inmigraron provenientes de Kuwait, durante la Guerra del Golfo.

Casualmente, el único saudita, el único iraquí y el único egipcio se residenciaron en nuestro país porque se casaron

con venezolanas cuando estudiaban en Canadá, Austria e Inglaterra, respectivamente.

Mazhar Al-Shereidah llegó a Caracas en 1967, casado con Guiomar Narváez, una pianista venezolana que conoció cuando estaba en Viena. «Mi relación con Venezuela comenzó en Austria. Era vecino de Morella Muñoz y en muchas oportunidades tuve que pedirle que no vocalizara tanto y que me dejara estudiar. Aun así nos hicimos muy amigos. Un día, Morella me dijo que iba a venir una amiga pianista de Venezuela. Guiomar llegó en septiembre de 1960. No puedo decir que fue amor a primera vista, pero empezó una relación basada en el aprecio que se convirtió con el tiempo en noviazgo. Mi deseo era casarme y regresar a Irak, donde estaba mi familia».

Mazhar y Guiomar se casaron en Viena por el rito católico, a pesar de que Mazhar es musulmán. En Austria vivieron durante tres años, hasta que viajaron en 1967.

PROFESOR EN LA UCV

«Mi llegada a Venezuela ni siquiera es resultado de una planificación. Yo había recibido del entonces ministro de Energía y Minas, Manuel Pérez Guerrero, una oferta para trabajar aquí. Me había graduado de economista y estaba cursando el doctorado en Ciencias Políticas. En ese momento trabajaba en la Embajada de Arabia Saudita. No logré entrar al Ministerio de Energía y Minas porque me pidieron que me nacionalizara, y eso iba en contra de mis principios. Nacionalizarse no es un cambio de papel sino todo un proceso de maduración, de identificación y de asimilación. Entonces, preferí escoger un camino totalmente diferente, libre y sin palanca: me fui a la Facultad de Economía de la UCV, donde estoy desde entonces». Al-Shereidah ha visitado varias veces Irak en plan de vacacio-

nes, acompañado de Guiomar y sus dos hijas Maysún y Jinán, de veintidós y veintitrés años. Ellas, en solidaridad con su padre, se identifican como iraquíes cuando le preguntan el origen de sus apellidos y añaden que son musulmanas. A pesar de que no hablan árabe, disfrutan de las costumbres de su padre. «En esta casa es día de fiesta cuando yo cocino a lo iraquí», comenta Al-Shereidan.

MIS RAÍCES ESTÁN AQUÍ

Faruk Alireza es natural de Arabia Saudita y lleva treinta y cinco años en Venezuela. Se ha casado dos veces con venezolanas. Es ingeniero químico y toda su vida profesional la ha ejercido en la industria petrolera.

«Me casé en Canadá con una venezolana. Ella estaba estudiando Economía y yo Ingeniería. La intención era venir a Venezuela solo a visitar a la familia y regresar otra vez. Pero nos quedamos y continué estudiando en la UCV, tuvimos tres niñas, que ahora son todas profesionales. Dos trabajan en Maraven y una en Pequiven».

La esposa de Faruk era de Cabimas y murió en un accidente. Luego, con los años, Alireza se volvió a casar con una nativa de Paraguaná, con quien tiene una hembra y un varón.

«Mi familia, que vive en Arabia Saudita, me preguntaba cuándo iba a regresar, pero cuando nacieron las niñas entendieron que tenía que seguir viviendo aquí. Sin embargo, siempre voy a visitarlos. Ya es demasiado tarde para irse. Tengo mis raíces aquí. He pasado la mitad de mi vida aquí».

NO TENGO OTRA PATRIA

Aunque Sami Abed aprendió español por obligación a fin de entenderse con la familia de su esposa venezolana, a quien

había conocido en Londres cuando ambos estudiaban, la traducción árabe-español se convirtió en su principal puente de comunicación entre los países árabes y Venezuela. Abed es el único representante de la comunidad egipcia en el país.

Llegó a Venezuela en 1974 y ya en 1975 comenzó a dirigir un programa de los países de la OPEP por Radio Nacional de Venezuela. Abed tradujo al árabe el libro *Un continente y un destino*, del historiador José Luis Salcedo Bastardo, con motivo del Bicentenario de Simón Bolívar. Se ha desempeñado como traductor de los presidentes venezolanos y de otras personalidades internacionales que han visitado el país. Ha enseñado también inglés a médicos que realizaban el posgrado del Instituto de Medicina del Hospital Vargas.

Y en esa búsqueda, Sami Abed se ha dedicado a rescatar cuál ha sido la participación de los árabes en Venezuela, siendo autor del libro *La comunidad árabe en Venezuela, verdades y personajes*, donde están todos los datos de los personajes ilustres de origen árabe. También se ha encargado de dar a conocer nuestra literatura y nuestra historia a los países del Medio Oriente.

***El Nacional*, 3 de agosto de 1994**

EL BRINDIS POR DELIA Y SU NUEVO PAÍS

ARMANDO GRUBER

«No sé si la canción sigue sonando o el bar aquel aún existe, pero no puedo olvidar la tarde cuando pisé por primera vez tierra venezolana». Ercole D'Adazzio cierra los ojos y recuerda.

Había abandonado su país en busca de una oportunidad. Italia compartía los destrozos de Europa. Hacía cuatro años que había terminado la guerra, pero hasta San Benedetto fueron a buscar nuevo contingente. Con la idea de no hacerse soldado, el joven subió clandestinamente al Auriga.

«Fue una travesía agotadora de veintidós días, rodeado de incertidumbre y miedo». Un día antes de cumplir los dieciocho años, avizó tierra venezolana. «Era Semana Santa y la gente había salido de vacaciones o estaba dentro de las iglesias, pero a mí no me gustó el asunto. Salí de Italia pensando en Argentina, donde tenía algunos amigos». Llegó a El Silencio; todavía este grupo de edificios estaba en construcción.

«Llegué a una pensión, de Zamuro a Miseria, a solo tres cuadras de la Iglesia Santa Teresa. Allí solo pagaba dos bolívares diarios, pero de mi mente no se escapaba la idea de marcharme de nuevo hacia mi tierra».

Conoció a un venezolano que le ofreció trabajo como ayudante de mecánico en un viejo taller de reparación de vehículos. Comenzó a lavar tuercas, apretar tornillos, bajar y poner cauchos, esmerilar válvulas, con un sueldo de ocho bolívares diarios, de los cuales gastaba cuatro en pago de pensión y comida. El resto lo guardaba religiosamente.

Un día, un tal Juan José Moreno trajo su vehículo para ser reparado, se fijó en el joven de aspecto europeo y que por su trato parecía destinado para otras labores, y le ofreció empleo como ayudante de mesonero en el Trasatlántico, ubicado en El Rosal. Aprendió a preparar cocteles y algunas comidas ligeras italianas. Un año transcurrió en Caracas hasta que decidió trasladarse a El Tigrito, ciudad que vivía el *boom* petrolero: «Un paisano llamado Rosato, dueño del restaurante El Oasis y de una panadería, sabiendo que me defendía ya como mesonero y cocinero, me colocó en su restaurante. Me gustó la idea porque prefería las ciudades pequeñas, como San Benedetto, mi pueblo natal».

A finales de 1950 llegó a Puerto Ordaz en una camioneta vendiendo panes de sándwich y helados. Viajaba desde El Tigrito y tomaba dos chalanas, una en Ciudad Bolívar y otra en San Félix.

En 1956, Ercole es flechado por Delia Milano, una adolescente de Soledad, residenciada en San Tomé, aficionada a las competencias de bicicletas. Una mujer «extraordinaria, amorosa, que me dio dos hijos y que hoy sigue a mi lado, luchando». Ercole evoca que los casó monseñor Arias, a quien no tenía con qué pagarle los cien bolívares del acto eclesiástico.

Durante cuarenta y cuatro años, Ercole D'Adazzio se ha convertido en exitoso promotor inmobiliario en Ciudad Guayana, con no pocas edificaciones construidas. Es fundador

del primer club privado de Puerto Ordaz, el Key Club. Pero su fama la debe a su más reconocida creación, el más rumboso restaurante de Puerto Ordaz: el Ercole, notable por su comida internacional. Con una dimensión de mil metros cuadrados, ubicado en el edificio Loreto —multipropiedad suya—, el Ercole ha sido visitado por el rey Leopoldo de Bélgica, el expresidente del Banco Mundial, Robert McNamara, el príncipe Hirohito del Japón y presidentes, tanto venezolanos como latinoamericanos.

El amor de Ercole D'Adazzio por esta tierra, que asume como suya, no se agota en el trabajo sin descanso o en la construcción de edificios y centros comerciales. Su afición por la enología lo llevó a la creación de dos marcas de vino con sabor y cuerpo. Uno tinto y otro blanco. Los vinos Ercole y Delia, elaborados en un pequeño viñedo de Chile y cuya fama comienza a expandirse desde los mejores restaurantes del oriente del país.

El Nacional, 3 de agosto de 1994

LA NONNA DE TURÉN

VANESSA DAVIES

Dicen que los cromosomas masculinos que viajan en los espermatozoides son muy rápidos, pero en condiciones adversas los femeninos ganan la carrera de resistencia. Mafalda Lucci Dell'Onto sembró su destino en una plantación de maíz de la Colonia Agrícola de Turén y ha sobrevivido treinta y siete años al esposo, Giacomo. Se vino en el barco Amerigo Vespucci, esperanzada por los cantos de sirena que difundió en su tierra la dictadura perezjimenista. Ahora es la mamá del alcalde que sufrió dos jornadas intensivas de saqueos. Mussolini es un ídolo para ella. Escuchar su conversación es como pararse a sostener la torre de Pisa, estar paseando en góndola bajo la luna veneciana o imaginarse lo que fue el Parlamento con los senos al aire de la Cicciolina. Pero la señora Dell'Onto se supera a sí misma cuando prepara sus espaguetis a la *arrabbiata* y se sienta en la mesa a enrollar su pasta con la cuchara de los italianos pobres que nunca se avergonzaron de serlo. No podía ser de otra manera, con la blusa deshilachada y el fondo negro que indiscreta-mente aparece en una rendija de su falda. Quienes sostienen que las italianas son morenas porque sí, se llevan una sorpresa al vislumbrar su cabello rubio, ayer natural, hoy teñido.

«*Io* cumpro setenta y uno en julio. Nací en un pueblo cerca de Roma, se llama Cisterna. Pero después mi papá se casó con otra *signora* que vivía en Latina, y nos fuimos a vivir allá, una *città* que hizo Mussolini cuando era presidente. Eso fue una aventura lo de Venezuela, porque vino una *commissione* de Caracas que formaban Pinto Salvatierra, Tamayo.

»Marcos Pérez [Jiménez] vino aquí en Turén, a hablar con la gente, diciéndole ‘mira mi gente, aquí vamos a hacer una *bonifica*, usted quiere tierra, le voy a dar tierra y casa’». Entonces la gente que habitaba aquí, en 1952, que era muy pobre, le dijeron que no iban a trabajar para el Gobierno... que no querían la tierra, y que tenían su conuco listo. Entonces Marcos Pérez Jiménez les dijo: ‘No se lamenten si mando a llamar a los *stranieri*, los *stranieri* que trabajan’. Ellos dijeron que sí, contentos con los *stranieri*, que vengan los *stranieri*. Entonces Marcos Pérez Jiménez mandó una *commissione* a Latina. Llevaron una película. Nosotros vimos, dijimos ‘aquí pasó la guerra, no tenemos nada’».

DE EL TROMPILLO A LA SELVA

Cincuenta y cuatro familias partieron el 2 de febrero a Nápoles. El 4 se enrumbaron a Venezuela. Catorce jornadas de barco e incertidumbre, día y noche. Mafalda se vino con toda la familia: el marido, dos hijos (Giovanni apenas balbuceaba; Arturo, hoy alcalde de Turén, tenía un año y ocho meses); la hembra, Mirella, le nació aquí, en 1954. Mientras la mayoría de los pasajeros lloraba y agitaba pañuelos, en la proa del Amerigo Vespucci una mujer, Mafalda Lucci Dell’Onto, miraba el horizonte por venir, rotos los lazos con la tierra arrasada que dejaba a sus espaldas.

«*Il primo arrivo*, perdón, el desembarco, fue en El Trompillo. Después nos llevaron a una barraca, en El Trompillo había unas barracas, y nos metieron ahí quince días. Nos vacunaron, nacieron niños en El Trompillo porque venían mujeres embarazadas. Una niña se llama Turena.

»Cuando llegamos aquí, vimos esa montaña toda iluminada, dijimos qué bello, qué *paradiso*, qué belleza que vinimos.

Usted sabe que Italia era *distrutta*, cinco años de guerra. En la mañana, al amanecer, vemos todas esas barracas en el puerto. Ay, Dios, qué impresión. Se lloraba, sí, se lloraba. Uno se asustó. Preguntamos '¿nosotros vamos allá?'. No, nosotros regresamos. Después vino una *commissione* y dijeron: 'Ustedes no van ahí, mi amor, ustedes van a una *bonifica* que se llama Colonia Agrícola de Turén'.

»De El Trompillo para acá nos vinimos en buses del Gobierno. Un día de viaje por carreteras de barro. Éramos el segundo grupo de *stranieri* que llegaba. Cuando abrí la puerta de la parcela no había agua. Iba al río con mi esposo a lavar. El pececito que me pasaba me asustaba, decía ¡ay, Dios, la culebra! Uno no está acostumbrado. Aquí no había nada, era pura choza, una selva. No existía plaza Bolívar. No había calles. Todos los presidentes lo saben. Nosotros vimos cómo se murió una muchacha. Sandra Babbo, intoxicada con una lata de sardinas».

PERDER EL MARIDO A LOS TREINTA Y DOS AÑOS

Quince días después de llegar a El Trompillo, los italianos se estaban muriendo de hambre. En las barracas les daban pasta corta, caraotas negras y plátano frito. Muchos, al contemplar el plato de caraotas, decían que eran cucarachas. Luego se acostumbraron a los granos oscuros y no pudieron imaginarse la vida sin ellos.

«Mi esposo se llamaba Giacomo Dell'Onto, hizo seis años de guerra, eso dolió mucho, y en el *cinquanta sette* vino a morir aquí, mala suerte, de un apéndice. Había hospitales, pero los *dottori* no supieron decir el mal que tenía, porque le dolía la barriga. La noche de Navidad que lo llevé a Acarigua, los *dottori* eran puros borrachos. No había médico, ¿entiendes? Perdí el *sposo* de treinta y seis años, yo quedé de treinta y dos años.

No me volví a casar. Hice de papá y mamá. Cuando enviudé, tuve que aprender de cosechas y tractores. Antes, mi marido se molestó porque una vez le llevé una botella de agua al sitio *di lavoro*. Tengo dos hijos con una *professione*. Vivimos de una compañía de aviación que fumiga las siembras».

Las mujeres eran la fortaleza del hogar, más por instinto que por educación formal. Mafalda llegó hasta quinto grado en Italia, y tiene las manos grandes y encallecidas de cuidar a los hijos, hacer brotar alimentos de la tierra y construir las tres instituciones que le faltaban a Turén: la iglesia, el hospital y la escuela. Aun cuando Marcos Pérez Jiménez enviaba cajas de bizcochos, galletas y vino a la Colonia Agrícola, un día las italianas —entre ellas Mafalda— le hicieron frente.

«Nos unimos un poco de mujeres de la mía edad y le dijimos ‘mira, señor presidente, vinimos aquí, estamos un poco descontentos porque esperábamos otra cosa, pero ya estamos aquí, vamos a luchar, vamos a trabajar. Ahora le pedimos tres cosas importantes: la iglesia, el hospital y la *scuola*’. En un año, Pérez Jiménez hizo las tres. Trabajábamos noche y día, con *due turni* para construir eso.

»*Primo tempo* estaba durísimo. Pérez Jiménez hizo la carretera, puso tres *stranieri* y un venezolano. En esa época, el venezolano no sabía lo que era un *trattore*. Mi esposo terminaba su trabajo y le decía a su vecino, Leopoldo, ‘qué pasa, por qué no siembra’. Lo ayudaba, le daba semillas».

SU AMIGO, EL DE UNIFORME

Lo que Mafalda menos extraña de Italia es el frío, luego de cuarenta y dos años observando asombrada las lluvias que caen sobre el maíz o el arroz, mientras el sol conserva su lugar en los mediodías de Turén. Aprendió a disparar en Italia,

recuerdo aciago de la guerra. «Aquí queman basura y la gente se queja del humo. Yo me paro en el medio y les digo que malo es el humo de las bombas». El único compromiso que tiene en su vida es el de la tierra y un eterno agradecimiento a Marcos Pérez Jiménez. Tanto, que le va a mandar a España la foto de la iglesia que él autorizó construir, «y le voy a decir el partido è una cosa y el cariño è otra». Ella es adeca.

«*Io credo* que Mussolini era un gran presidente. Estoy preparando su biografía. *Io* nací en la época de Mussolini. Él hizo como Marcos Pérez Jiménez, dio la tierra, dio la casa, dio todo para que el agricultor trabaje. Aquí Pérez Jiménez dio la casa, treinta hectáreas de tierra, un *trattore*, una gandola... todos los instrumentos. Cuando vinimos de El Trompillo y abrí la casa, había una mesa, con platos azules, tacitas, tenedores, cucharas, cuchillos. Pecado que en ese tiempo no se hacían fotos. Encontramos la cocina a kerosén y un saco de papas, pasta, aceite... ahora me gusta la arepa. Aquí se necesita mano dura, están acostumbrados a que el Gobierno les limpie la puerta».

EL GRANERO QUE NOS ALIMENTA

A Mafalda le parece que Turén podría ser una ciudad más bonita, pues de 1952 a 1994 surgió muy poco. También reclama que el Gobierno apoye a las viudas que un día vinieron a la Colonia Agrícola, porque la cosecha «un año va bien, otro año va mal». Coretta Piggia, Catherina Szenere, Giuseppina Cazone, Catherina Bulzon, Lucia Donello, Giovanna Testi, Giulia Babbo, Yolanda Menni, Franca Dell'Onto y la propia Mafalda, todas sin esposo, solicitan una beca para dejar los tractores en manos de la juventud.

«Aquí los mangos los botamos. Pedimos, *per favore*, que hagan una fábrica de alimentos aquí, porque tenemos marranos, gallinas, animales. Sembramos maíz, sorgo, arroz, girasoles».

Pero le angustia que a los setenta y dos años la consigan tirada en una cama esperando el momento de la muerte. Por eso se levanta —según su nieta Miosole— a las seis de la mañana, está arreglando el parque Alberto Ravell, va a los barrios y habla a los portugueses con esa media lengua que parece enredarse en un espagueti, firmemente convencida de que le toca dejar algo a la patria. La mayoría de sus amigos son *stranieri*, pero no necesariamente italianos, porque en los últimos tiempos «hicieron dinero, se volvieron pretenciosos».

«*Prima* estábamos muy unidos. Comíamos juntos los domingos. Luego... la cuenta bancaria pudo más que la amistad. Eso fue cambiando también cuando los hijos se casaron, los nietos presentes. *Io* fui en Italia porque la hija que me nació aquí la llevé para que conociera a mi hermano. Ya era grande, se enamoró de un barbero, regresamos a Turén, se mandaban cartas. *Dopo*, cuando retornamos, dice ‘mamá, me quiero casar’, pues cátese».

Turén es una ciudad de bicicletas. La gente gira su vida sobre estas dos ruedas. Mafalda, que no usa muchos pantalones (el primero se lo puso en 1946, porque Giacomo le comentó que las mujeres inglesas lo usaban), prefiere montarse en el carro de su hijo, el alcalde, y dar una vuelta con el vidrio abierto, para que los niños griten «*ciao, nonna, ciao, nonna*». Todos son sus nietos.

***El Nacional*, 3 de agosto de 1994**

EXILIADOS

JOSÉ IGNACIO CABRUJAS

Salvo un actor de apellido Guapuriche y un tal Cirilo Paraqueimo, experto pescador de sapos en Santa Fe, no creo haber conocido a otros venezolanos capaces de evocar con la sola mención de su patronímico el raigal derecho de ocupar este territorio y disponer del mismo a sus conveniencias. Ciertamente hay goajiros, guaraos y yanomamis, pero la sola mención de esas etnias impone un extrañamiento sueco a quienes nos asumimos como venezolanos, ostentando por culpa de un navegante zumbón el más patético nombre que nación alguna del planeta pueda haber adquirido desde que el mundo es mundo.

Siendo el resultado de una irreverente joda histórica mediante la cual a alguien se le ocurrió comparar unos palafitos con la Catedral de San Marcos y habiéndonos bautizado «Venezuela» ese chacotero risueño, devinimos sin otro remedio en un lugar de emigrantes desesperados víctimas de grandes catástrofes individuales o colectivas porque, de otra manera, ¿a quién se le habría ocurrido en 1850 depositar su vida sobre un territorio cuyo nombre suena a remoquete?

Pero si se mira bien, ya en nuestro origen racial y a pocos años de semejante chiste hay el componente de tres exilios históricos sobre los cuales no se ha reflexionado lo suficiente: el de los españoles conquistadores, obligados a malvivir en un lugar para ellos nefasto; el de los negros africanos desarraigados de sus querencias y el de los denominados indios (¿no es la palabra «indio» un exilio idiomático?), propietarios del si-

tio pero expulsados de sus convicciones culturales, cuando no arrinconados como fieras de un zoológico, en tierras de complicado acceso.

UNA FORMIDABLE DIÁSPORA

Casi nadie vino a quedarse del todo o a proclamar una nueva vida, sino a resolver pavorosas desdichas pensando casi siempre en el retorno de Venezuela a Venecia, del remedo a la verdad, una vez cumplida la necesaria disciplina y acumulado el consiguiente capital. No fueron colonos esperanzados fundadores de certezas o sembradores de melones, como gustan verse los norteamericanos orgullosos de haber construido una gigantesca nación donde casi todo el mundo es extranjero y patriota al mismo tiempo. Se trata aquí, por el contrario, de una formidable diáspora capaz de convertir en judíos a quienes arribaron a un país aleatorio, pero de sencillos trámites, tal como les sucedió a mis abuelos, José Ramón Cabrujas, el paterno, músico catalán intérprete del fagot, y Antonio Lofiego, el materno, sastre calabrés, llegados a Venezuela, el primero durante los últimos años del siglo XIX y el segundo al comenzar el siglo XX.

Ellos me hacen descendiente de emigrantes más o menos cercanos, es decir, de familias que creyeron ver en este territorio la posibilidad de una nación por hacerse mientras resolvían algunos dilemas perentorios. Los del sastre Antonio Lofiego se referían a la deprimida situación del sur de Italia en tiempos del rey Vittorio Emanuele. Los de José Ramón el fagotista a una complicada historia personal donde brinca hasta el mismísimo duque de Valmaceda, grande de España.

DOS ADVERSIDADES MUY DIFERENTES

Ambos emigraron de Europa a Cuba y recalaron en las costas de Venezuela aventados por dos adversidades muy diferentes. Antonio se vino casado con Maddalena, quién sabe si llamada así en homenaje a la tabernera de *Rigoletto*, pero a poco de estar en La Habana intentando abrir una sastrería, notó que a su mujer la miraban demasiado y con excesiva lascivia los mulattos caleteros que tan admirablemente describe Lezama Lima en *Paradiso*, acontecimiento que un calabrés de estirpe es incapaz de resolver en términos ponderados. No pareciéndole civiles esas miradas, y atribuyéndolas a una inmoderación genética de la raza negra, se estuvo allí un tiempo vagando inquieto y preguntando a los escasísimos italianos residentes por un país más o menos cercano donde no hubiese negros, al menos no en número tan cuantioso. Se conoce que algún compatriota tomó el asunto a broma o le dio un consejo errático porque a los pocos días hizo sus maletas, tomó a Maddalena del brazo y le notificó que de inmediato se marchaban a Venezuela a fin de no terminar de modo sangriento, tal como sucede en *Pagliacci*. Aquí llegó en los días de Cipriano Castro, instalándose como sastre de pudientes y alcanzando una relativa prosperidad que le hizo adquirir una Victrola y media docena de discos de Caruso, para ese momento emblema de la emigración italiana. Su mayor alegría, además de los hijos que tuvo en contra de la obstetricia, fue descubrir tan pronto puso pie en Caracas y hacia los lados de Tienda Honda, una tienda de ultramarinos donde vendían vino chianti, *cacciocavallo* y *doppio concentrato di pomodori*, lo cual le permitió entender que las fronteras de Calabria eran infinitas y sabias. Hasta el día de su muerte, acaecida mientras escuchaba «Vesti la giubba», disfrutó de sus costumbres, proclamó que no había en el mun-

do mejor lugar que Italia, convirtió el castellano en un dialecto, cantó «Core 'ngrato» y aseveró a quien quiso oírlo que en Venezuela podían existir todas las calamidades y miserias del mundo, bubones y malarias, déspotas iletrados y haraganes, desesperanzas y hostilidades del clima, profusión de hijos naturales y escasa sanidad ambiental, pero que al menos no había negros de manera significativa. Ni José Gil Fortoul, que era su cliente, se permitió contradecirlo.

EMPUJADO POR EL VIENTO

José Ramón Cabrujas, fagotista insigne e hijo de un resentimiento catalán jamás aclarado, marchó también a Cuba al poco tiempo de haberse graduado con honores en el Real Conservatorio de Barcelona. No fue al Caribe con la intención de soplar su instrumento ni mucho menos a inaugurar una sasertería de casacas posrománticas, sino como recluta del ejército español en guerra contra los independentistas encabezados por José Martí y Antonio Maceo, réprobos librepensadores y mal hijos de la Madre Patria, según las arengas oficiales que tuvo oportunidad de escuchar en Cadaqués. Siendo hombre de pésimas pulgas, enemigo del autoritarismo y anarquista espontáneo, llegó mi abuelo a ese Caribe imposible con el tormento de ser hijo malhabido de cierto duque en una tímida costurera de cortinas, razón de vida y condición indispensable para que le cayera en gracia no solo el patriota Martí sino la entera causa de la independencia americana, con Lope de Aguirre incluido. Si a esto le sumamos la nacionalidad catalana y por tanto un odio visceral a todo lo que sonara castizo, se podrá entender por qué se convirtió en orgulloso desertor del ejército gachupín y en prófugo de unas autoridades militares que él calificaba de usurpadoras en La Habana y en Barcelona.

Escapó, tan pronto pudo, en una barquichuela, y, según contaba mi padre, llegó a Venezuela de milagro y empujado por el viento porque, si bien sabía mucho de bemoles, ignoraba todo lo referido a las ciencias náuticas o a las constantes celestes.

Aquí amaneció en las cercanías de Coro, sin documentos que validaran su nombre, tirado en un playón junto a otros nacionalistas catalanes y exánime de tanto perder aliento. Horas más tarde, cuando se preguntaba dónde demonios había ido a parar con sus rabiosas maneras, fue sorprendido por unos soldados que creyeron ver en él y en los demás provenzales quién sabe si restos del ejército de Morillo o almas en pena errantes desde la batalla de Carabobo. A la cárcel fue a tener mientras se encontraba una remota explicación y allí permaneció largas semanas, torturado por la indignidad de tener que expresarse en castellano.

UNA TROMPETA VESPERTINA

Cuando temía lo peor, escuchó lo que en principio le pareció una trompeta vespertina que se fue nutriendo de otros timbres hasta formar el tejido de la banda marcial del estado. Era pésimo el fagotista local a la hora de interpretar la marcha «Bermúdez Victorioso» del maestro José Ángel Quintero, y así lo recordaba mi abuelo años más tarde, durante la sobremesa, pero el lejano sonido de su instrumento, la manera desfallecida del fagot universal ultrajado en la ocasión por un espontáneo indigno, provocó en él una verdadera resurrección de ánimo. Gritó que era músico, que sabía tocar ese viento, que provenía de un lugar donde le habían enseñado a digitar las teclillas y se hizo oír por uno de esos superiores que no faltan en los cuentos. Minutos más tarde lo sacaron al patio y le entregaron el fagot a fin de comprobar si era verdad su protesta.

Y nadie, en ninguna cárcel militar del mundo, hizo música con más acierto.

Sus iras forman parte del cementerio de Ocumare de la Costa y el fagot quedó en manos de una hija, pero nadie puede decir que vino aquí a encontrar la muerte ni a quedarse en ninguna memoria.

¿No es esa la mejor manera de adquirir un pasaporte?

El Nacional, 3 de agosto de 1994



UN MILLÓN DE AMIGOS

CRISTÓBAL GUERRA

El avión de Pan Am —¿y en aquellos tiempos de los tempranos años 70 quién no viajaba en Pan Am?— traía en su vientre a aquellos tres garotos de muchos sudores en las playas de Copacabana, y el destino protocruzano y futbolístico que esperaba por ellos iba a ser como estar en un Río de Janeiro en pequeña escala.

Alberto y Assis siguieron esa tarde de largo hacia Anzoátegui sin siquiera emprender la subida a Caracas por la autopista. La impresión más marcante, de todas maneras, vendría al día siguiente.

«Oye, Carlos Alberto, ¿a nosotros no nos habían dicho que el fútbol aquí en Venezuela no era importante? Bueno, mira, mira ese río de gente, ese tráfico totalmente engarrafado. Qué bueno que vamos a jugar con tanto público», preguntó Jurandir mientras el trío atravesaba el elevado que separa a los estadios universitarios y perezjimenistas de béisbol y fútbol construidos en Los Chaguaramos.

Jurandir, Carlos Alberto y Assis entraron al estadio Olímpico y penetraron en el camerino, y ya instalados, sentados en aquellos crujientes bancos de madera, se fueron acomodando sobre sus cuerpos brasileños el uniforme amarillo y rojo del Anzoátegui con la parsimonia de lo que se va descubriendo,

porque ese primer día en tierra venezolana había sido para ellos impactante: llegada, otro avión hasta Puerto La Cruz, la mala dormida en un hotel precario, y vuelta a Maiquetía para jugar en Caracas su primer partido de campeonato profesional contra el Deportivo Portugués.

«¿Pero dónde se metió la gente?», se preguntaron los brasileños ya en el centro de la cancha, desalentados porque solo cuatro o cinco almas estaban a la vista.

Mientras tanto, a las ocho de la noche, Caracas y Magallanes se arrancaban a tiras sus pellejos beisbolísticos, y casi treinta mil aficionados de delirio trataban de dejar sentada la primacía de aquella expresión multitudinaria que había confundido a Jurandir y sus compañeros dos horas antes.

LA BRUMA DEL RESTAURANTE

Veinte años más tarde, y mientras sirve caipiriñas, *feijoadas* y bolinas de yuca en el mostrador de Aquarela Brasileira, Jurandir Procopio, convertido en la punta de eje de los brasileros que viven aquí o que andan de paso por estas comarcas, ha tratado de explicarse la división clasista que existe entre sus paisanos en Venezuela.

«Yo no sé qué es lo que pasa, compadre», se suele quejar desde la brasilerísima bruma del restaurante, delante de Fagundes, Lucas y Helio, y decenas de otros antiguos jugadores llegados a este país inclusive antes que él, y que, como él, también se enraizaron en Caracas. «Hay dos clases de brasileros, y yo me siento que estoy en los dos, pero eso no debería ser. Cuando yo era jugador pertenecía a un grupo, y ahora que he progresado en los negocios los del otro me sienten suyos, pero no es así. Jurandir sigue siendo el mismo con los menos favorecidos.

Jurandir había dejado los botines colgados en el 75 y se había dedicado a entrenar muchachos en Puerto La Cruz y Caracas, hasta que se le metió en la cabeza encargarse de Il Galeone, un viejo restaurante italiano que él, con el carisma de los líderes, ha convertido en atracción a punta de brasilerismo.

Después vinieron Garota de Ipanema, Aquarela do Brasil y el Aquarela Brasileira de estos días. Y desde esa trinchera de nostalgia y rumbas, de sambas, frevos y *marchinhas*, el lugar donde batucada tras batucada los viernes y sábados por la noche se revientan los diques contenidos de la negritud escondida, Jurandir suele reunirse con los amigos de siempre para rememorar sus vidas venezolanas como representantes de un cosmos exiguu, donde decenas de futbolistas llegados hace treinta y veinte años, y cada vez en menos cantidad, han tipificado a una pequeña colonia en la que empresarios como Paulo Betone, gerente del laboratorio farmacéutico Farmitalia, son casos poco comunes.

«Ah, Fagundes, ¿tú sabes que yo solo tuve un fracaso en Venezuela? Sí, fue la vez aquella que quise organizar el Club Centro Venezolano-Brasileño. En el 86 traje de allá a la selección del 70, la tricampeona, para hacer un partido con veteranos venezolanos. Eso fue un desastre».

Jurandir baila samba en los resquicios que le dejan sus ocupaciones y bebe muy poco, pero sí se apura en llenar los vasos de la clientela en los fugaces mediodías cuando atiende el centellante mostrador de saudades brasileras.

El resto del tiempo lo pasa allá adentro en la oficina, donde Regina, la esposa, apremiaba los trajines del negocio para ir en procura de Daniela, la hija mayor de dieciocho años, y Junior, de once, antes de regresar a Brasil hace unos meses arrasados por las añoranzas familiares. Jurandir también se irá

pronto para montar un restaurante de comida venezolana en Río de Janeiro, pero sin dejar de estar viniendo a Caracas cada seis meses para atender sus inversiones.

«Mira, Lucas ¿tú sabes quién es una bella persona? Clo-doaldo, el embajador de Brasil», atiza Jurandir con aire de convicción.

«Nosotros estamos trabajando para que las relaciones culturales Ven-Brasil mejoren. Él quiere hacer una casa club. Si eso se concreta, yo voy a ser un hombre muy feliz».

A la una y media de la tarde, Aquarela Brasileira se va quedando sola. El fragor intenso del mediodía se desvanece, y un cliente, de acento criollo, grita bromista: «¡Bueno, Jura, nos vemos mañana! ¡Te estás haciendo rico, negro!».

Jurandir sonríe anchamente, acepta la joda y devuelve el cumplido con filosofía: «Mira, me ha ido bien, sí es verdad, pero para mí el dinero no es tan importante. Te voy a contestar como Roberto Carlos: yo prefiero tener un millón de amigos».

El Nacional, 3 de agosto de 1994

ESOS GUAROS NACIDOS LEJOS

ELIDES ROJAS

Desde fines del siglo XIX, Lara ha cobijado los sueños de inmigrantes que llegaron al Puerto de La Guaira sin saber a qué dedicarse, o esperanzados en hallar la paz que no existía en sus países.

Carlos Zapata, médico, exgobernador y estudioso de estas corrientes migratorias, cita que los primeros extranjeros en pisar tierras larenses (a finales del siglo XIX) fueron libaneses dedicados con preferencia al ramo comercial. Fueron ellos quienes dieron origen a apellidos que enriquecieron la historia de la región, como los Saldivia, Bujanda y Najul.

Más tarde, los pesados vientos de la II Guerra Mundial trajeron a Puerto Cabello y La Guaira a una nutrida corriente de inmigrantes europeos. Españoles, italianos, portugueses, en su mayoría. Pero también algunos franceses y rusos.

De los franceses, el doctor Zapata evoca a Linderbem, dedicado al comercio y quien fue factor importante para que otros grupos crearan en Barquisimeto el famoso Colegio La Salle, donde, con el correr de los años, se graduarían profesionales de destacada figuración en la actualidad política, económica y social de Venezuela.

En cuanto a los libaneses, todavía permanecen sus huellas en ciertos parajes construidos por ellos en poblaciones pertenecientes al municipio Morán y de algunos rusos que se insta-

laron en Duaca. Luego vendrían otros inmigrantes, entre ellos los chinos, recordados por sus lavanderías de ropa, los árabes dedicados de lleno al comercio y algunos alemanes.

Los chinos constituyen hoy en día una numerosa colonia que, prácticamente, se ha adueñado de varias cuadras de la carrera 21, donde han instalado sus establecimientos comerciales. Inclusive, aspiran erigir fachadas con arquitectura asiática y establecer una especie de barrio chino, como lo hay en Nueva York. Ya han adelantado solicitudes al Concejo Municipal para que les permitan tales construcciones.

VIVIR EN TIERRA FÉRTIL

Naturalmente, todas estas corrientes migratorias conviven en una armonía que no ha sido alterada porque el temperamento cordial de los larenses así lo permite. Razas, nacionalidades y culturas se mezclan en historias de amor que se repiten innumerables veces. Uniones de españoles, italianos, portugueses con venezolanos que animan la creación de numerosos clubes sociales y deportivos, como el Hogar Canario, Hispano-Venezolano, Luso-Venezolano, Ítalo-Venezolano, Club Árabe, Club Chino, Club Portugués, el Gran Colombia y otros.

El aporte de esas colonias ha sido determinante para la expansión de la cultura de Lara. Cada una de ellas se ha incorporado no sin entusiasmo a sus tareas, dejando a su paso una manera original de hacer bien las cosas. Los italianos marcaron su influencia en la industria de la construcción, que prácticamente revolucionaron, así como otros se dedicaron al negocio de la carne y a organizar expendios normales y bien organizados, que lograron la desaparición de la venta de carnes en las carreteras, en las esquinas o en cualquier tarantín. Los portugueses, en cambio, enseñaron a los larenses a crear excelen-

tes panaderías y expendios de frutas. Los españoles trajeron la cultura de la construcción, los buenos negocios, los restaurantes —junto a los italianos—, muchos se dedicaron a la educación y a la enseñanza, instalando colegios.

¡AH MUNDO! EN CANARIO

Miles de inmigrantes, procedentes de las Islas Canarias, llegaron a estas tierras en menor escala después de la guerra civil, pero aumentaron considerablemente una vez concluida la II Guerra Mundial.

«Yo no olvido mi llegada a La Guaira. Como había que esperar un día para que nos entregaran la maleta, mi hermano me llevó a Caracas. Nosotros mismos hacíamos la comida y dormíamos en camas hechas con tablas. Más tarde comencé a trabajar en unas tierras, sembrando papas, en faenas desde las cinco de la mañana hasta la noche. Todo eso fue en una hacienda llamada Rancho Grande, cerca de Caracas», cita Benito Rocha, quien más tarde se trasladó a Quíbor, donde hoy es uno de los más prósperos agricultores de la región.

En la actualidad, Rocha es presidente del Club Canario de Barquisimeto, en cuya directiva siete de los once miembros son inmigrantes casados con venezolanas.

Los doscientos canarios que llegaron a las tierras de Quíbor quedaron asombrados de ese inmenso valle con todas las características de un enorme desierto. Algunos prefirieron irse a El Tocuyo, donde las características naturales les eran más propicias para dedicarse al cultivo de la tierra. Y entre sus pobladores, había ya una tradición agrícola, especialmente en el cultivo de la caña de azúcar.

Pero apareció el primer canario y se metió de lleno en el valle de Quíbor, convirtiéndose en pionero de transformación

del desierto en tierras fértiles, en lo que hoy son las más de 26.000 hectáreas convertidas en las reinas de las hortalizas, abanderadas nacionalmente en la producción de tomate, pimentón y cebolla.

Ese canario pionero fue José Rodríguez León, quien decidió desafiar al desierto. No era un hombre fuerte, más bien pequeño. Nativo de Chirche, isla de Tenerife, José llega a Venezuela a los dieciocho años, en noviembre de 1944, y empieza a trabajar con su padre en El Sombrero. Luego decide instalarse en Quíbor. Lo primero que hizo fue buscar agua en las entrañas de la tierra. Relatan sus paisanos que, debido a sus escasos recursos económicos, tardó dos años en abrir un pozo de 15 metros de profundidad, tan útil que lleva treinta y tres años produciendo agua.

«Solo fue a partir de 1960 cuando vimos los primeros éxitos. Vencimos al desierto y en la primera cosecha obtuve 3.000 huacales de tomates, con un rendimiento por hectárea de 150.000 kilogramos», recuerda Rocha. A partir de 1960 fueron llegando más contingentes de canarios al valle de Quíbor y comienza definitivamente un cambio de rostro en la región. En menos de una década había más de 8.000 hectáreas cultivadas, gracias al esfuerzo de José Rodríguez, Armando Pérez, Mauricio Gutiérrez, Gabriel Pérez, Benito Rocha, Eladio Ortega, Cristóbal Vásquez y Cirilo Santos.

Ese fue el milagro. Transformar un desierto en zona agrícola de fundamental importancia para la alimentación de los venezolanos.

«Ahora estamos esperando las aguas del sistema hidráulico Yacambú-Quíbor para convertir a Quíbor en el principal centro agrícola del país, con un volumen de producción de quinientos millones de kilos. Se daría trabajo a unas 20.000 o

25.000 personas», señala con fiado José Rodríguez León, uno de los que enfrentó y derrotó al desierto.

El Nacional, 3 de agosto de 1994

NO PUEDO SEPARARME DE ESTE PARAÍSO

MANUEL MANZANO

Fue «descubierto» en un jardín de la Suiza italiana, en Cá Mario, a donde le llegó un telegrama de París. En septiembre del 51 llegó a Venezuela, luego de un vuelo por una ruta que incluía una parada en ¡Canadá! Su tarea: sembrar, según las indicaciones de Tobías Lasser, las plantas del Jardín Botánico de Caracas. Hicieron viajes al interior del país, intercambiaron plantas con jardines privados y recibieron semillas del exterior. Y vivió desde ese entonces en una casita dentro del Jardín, un privilegio que aún conserva, cuarenta y tres años después de su llegada.

Augusto Braun narra su historia e interrumpe de vez en cuando con un detalle inesperado: «Esto era puro monte y cují, con carros abandonados y mucho gamelote. ¿Sabía usted que el gamelote fue traído por los negros esclavos africanos? Las semillas venían en el pelo de las cabras que ellos traían, semillas de gamelote, paja de Guinea».

Se refiere con orgullo a la colección de palmas del Jardín, la mayor del continente americano. Ha escrito diez libros sobre palmas. Además del valor ornamental, insiste en la utili-

dad de sus aceites, sus fibras, sus dátiles, su palmito, sus hojas para techar casas, hacer sombreros y mil cosas más. A manera de tarjeta de presentación declara soberbio: «He recorrido toda América desde California a Bolivia». En pos del descubrimiento de nuevas palmas prepara un viaje a Chile. En medio de la neblina andina encuentra las palmas que lo deslumbran: en Colombia fue en busca de la palma de cera, que crece entre los 2.400 y los 4.000 metros. Ha conocido y descrito palmas, desde las más pequeñas de treinta centímetros hasta las majestuosas de sesenta metros de alto.

UN SUIZO TROPICAL

«Suiza me dio la educación, Venezuela me dio la oportunidad de desarrollarme». Su razón para no marcharse es incuestionable: «No puedo separarme del paraíso». Esa explicación es más hermosa para el lego que las certezas sencillas que Augusto repite sobre sus plantas favoritas: «La palma es una monocotiledonia», por ejemplo, nos recuerda con tono profesional.

Su casita está cerca de la entrada donde de vez en cuando, en la UCV, se instalan con su violencia los encapuchados: «Cuando oigo que comienza el escándalo, me voy al centro del Jardín», aclara sin problemas.

Ha participado en cursos como instructor, ha sufrido (en el 71) la peor de las pérdidas: doce mil negativos de plantas con sus anotaciones, en un baúl robado en el aeropuerto. «Esa pérdida fue irreparable, pero con los años, la olvidé». Cuando se adentra en el monte, quienes lo esperan a la vera del camino se asustan, ya que no lleva brújula alguna, sino que se orienta por el sol. Teresa, una choferesa, en plena carretera en la selva ecuatoriana, lo esperaba en llanto, en la noche, con el almuerzo frío y la seguridad de que nunca regresaría.

Ha pasado mucho tiempo desde que el hijo del capitán Braun descubriera a los seis años, en su jardín de roca de los Alpes, que su destino sería el de ejercer la noble profesión de sembrador. En el corazón más verde de nuestra ciudad, el Jardín Botánico de Caracas, su sueño de niño se hizo realidad, al convertirlo en el único habitante del más apreciado de los verdes tesoros caraqueños.

El Nacional, 3 de agosto de 1994

SAM SHEPHERD, «EL MAGO» EL DEPORTE ES EL MUNDO

BLANCA STREPPONI

La modesta oficina de Sam Shepherd está en los altos de una pequeña casa, en El Paraíso. Parece lógico que una persona que ha dedicado su vida al deporte atienda sus asuntos en una zona de Caracas donde se concentran tantos espacios públicos deportivos.

El joven que nos indica el camino pide excusas por el aspecto poco cuidado de la casa: están pintando, haciendo mejoras.

Cuando Sam Shepherd se pone de pie y saluda, el cuarto se reduce. Es un hombre alto, delgado, de movimientos elegantes. Su llamativa presencia —viste pantalón y chaqueta deportivos color azul eléctrico— hace aún más humilde un mobiliario limitado a lo indispensable: unas sillas y un pequeño escritorio que hace pensar en un pupitre. Sobre ese escritorio destacan el teléfono y una placa que reza: Fundación Sam Shepherd.

VIAJE A LO DESCONOCIDO

Nací en 1953, en Carolina del Norte. A los diecisiete años, un entrenador que hacía vigilancia donde yo estudiaba decidió que yo era un buen candidato para jugar en su universidad, en Delaware. Le parecí una persona confiable y me llevó.

Me quedé tres años y medio, no terminé el ciclo completo porque me vine a Venezuela. ¿Por qué me fui de los Estados Unidos? Porque no salí en el *draft* de la NBA. Me sentí un poquito decepcionado, bueno, bastante decepcionado, y me fui. Después pasaron unos cinco años aquí, me pidieron que me nacionalizara y me dieron un contrato en Las Panteras de Lara.

—*¿Por qué Venezuela?*

—Porque un entrenador que tenía buenas relaciones aquí contactó a los mejores jugadores de la conferencia donde yo jugaba y trajo esa información. En Venezuela en ese momento se estaba iniciando el baloncesto, se quería crear una liga para mejorar el deporte.

—*Usted dijo en una entrevista que en el avión que lo traía por primera vez a Venezuela sintió deseos de regresarse, que se imaginaba el país como un lugar primitivo, casi una selva.*

—Es verdad. Yo no sabía qué esperar. No había ninguna referencia de Venezuela. De Brasil se sabe del carnaval, de Colombia del café, de Chile que hace frío y tiene uvas y vino, de Bolivia sus indígenas, de Perú que tiene unos animales conocidos como llamas. De casi todos los países se tiene alguna idea, menos de Venezuela; yo no sé por qué. Pero cuando llegué, vi que era un país moderno, que tenía de todo, muy parecido a los Estados Unidos, y me sentí más tranquilo. Vine solo. Tenía veintiún años.

—*¿Sabía castellano?*

—Sabía decir «hola». Tenía un amigo de Colombia que me ayudaba. Lo que aprendí, lo poco que sé, lo aprendí por mi cuenta: en las giras, en los juegos... y con el dueño, para negociar el contrato.

ESCAPAR DE LA MALDAD

—*¿Qué significa el deporte para un joven americano, un joven pobre?*

—El mundo. Todo. Cuando tú ves en una esquina de la ciudad el problema de las drogas, la delincuencia, cuando vez que te roban para comprar drogas, entiendes que el deporte es una salida. Es una alternativa para un muchacho. Una diversión, una distracción, un escape a sus problemas. Para todas las personas pobres del mundo el deporte es una salida de la maldad. Los que más juegan baloncesto son los pobres, en los Estados Unidos, en Brasil, y aquí también, porque no necesitas casi nada para jugar, una pelota, una cesta.

Yo empecé a jugar cuando tenía unos nueve años. Clavé una cesta de duraznos en la pared, atrás en la casa, y empecé a jugar. Cuando mi mamá salió y vio eso se puso muy brava. Tengo diez hermanos, hay dos menores que yo. Imagínate, diez personas que contaban solo con mi mamá, porque mi papá murió cuando yo tenía seis años. Teníamos problemas económicos muy serios. Pero mi mamá, a quien Dios bendiga siempre, defendió muy bien a todos sus muchachos con sus valores, con sus principios de vida: no robes, no uses drogas, respeta a tus mayores, estudia. Mi mamá era una mujer trabajadora, una señora de iglesia. Llegado el momento, los hermanos nos pasamos unos a otros la responsabilidad de velar por los menores. El hogar vale oro. Uno enseña en la casa el sentido de la responsabilidad, enseña a trabajar, a lograr las cosas con sudor, pero con el propio sudor, no con el ajeno.

HAZ LO CORRECTO

—*¿Es casado?*

—Sí, me casé a los veintiséis años en los Estados Unidos.

Después de cinco años viajando de allí para aquí, me cansé de estar solo y me casé con una persona que ya conocía desde hacía un par de años. Ella es americana. Ella tiene su trabajo allá, sus posibilidades de desarrollo profesional. Cuando tiene permiso, viene unos meses aquí; yo también cuando puedo voy. Y así pasamos. Ya tenemos dieciséis años de casados.

Tengo tres hijos, una hija americana —que es adoptada—, otra venezolana que está en el Táchira cursando su tercer semestre, y un varón. Los amo a los tres, a los tres intento enseñarles lo correcto. Mi hija mayor ya se graduó, se casó y tiene su propia familia.

—*¿Es abuelo entonces?*

—Sí, señor. Mi nieto va a cumplir siete años; estoy orgulloso de mi nieto también.

—*¿Momentos de gloria?*

—Yo viví muchos momentos de gloria, ganamos seis campeonatos, en Colombia ganamos varios títulos. Pero en Venezuela he realizado mi máximo esfuerzo deportivo, he batido récords, internacionalmente, por clubes y selección, he hecho cosas grandes: Copa América, Copa Mundial, Preolímpico, Olimpiadas...

—*¿Se puede decir que es usted un hombre satisfecho?*

—Correcto. Satisfecho. Yo tengo casi todos los récords en baloncesto en el país; estoy orgulloso de eso. Cuando veo a un niño en el barrio diciendo «Sam Shepherd» y haciendo una bandeja como yo la hago, siento una gran emoción.

TO BE OR NOT TO BE

—*Su usted pudiera volver atrás, al momento en que decidió venir a Venezuela, ¿tomaría otra decisión?*

—Esa sí es una buena pregunta. Había gente que me decía

que yo debía quedarme, esperar a que me vieran los que se dedican a la vigilancia, a ver si después subía. Yo no quise porque me pagaban muy poco, aquí me pagaban más, y yo vi a mi familia, a mi mamá, luchando demasiado y entonces no quise esperar. Pero no lamento mi decisión, ni mi carrera en el país. Ya mundialmente se sabe quién es Sam Shepherd, y eso gracias a Venezuela. Venezuela me dio la oportunidad de participar en grandes torneos, de exportar mi talento y desarrollarme, tal como lo quise hacer en los Estados Unidos. Lo que no hice allí, lo hice aquí. Y yo también le di a Venezuela, yo mejoré el baloncesto. Ambos cuerpos trabajamos por lo mismo.

—Puesto que depende del cuerpo, la vida activa de un deportista es relativamente corta...

—Hay excepciones. Somos pocos los que podemos jugar a los cuarenta y tres años a un nivel alto, pero no soy el único; hay en Italia, en España, en la NBA. Son unas quince o veinte personas excepcionales que han hecho un sacrificio y, naturalmente, tienen la capacidad.

—¿La actividad de su fundación le va a permitir continuar con sus obligaciones como jugador?

—Yo tengo directivos; cuando yo no puedo ellos pueden. Pero, más que en jugar, Sam Shepherd está pensando en su fundación. Ya no tengo nada que probar en el baloncesto. Ya realicé todas las competencias que pueda realizar un atleta en su vida. Ahora es otra etapa, ahora quiero tener éxito afuera de la cancha. Ahora les pido a las personas que han seguido mi carrera que me apoyen con mi fundación, porque tiene una importancia de mucha mayor magnitud y no solo para el baloncesto sino para otros deportes. Hasta ahora encontramos una respuesta favorable en el Banco Internacional, con eso es que nos estamos instalando en esta oficina.

EL PODER MÁXIMO

—*¿Se ha sentido alguna vez víctima de una persecución, bien de una persona o una idea? ¿Podría decirnos quién o qué lo persigue?*

—No sé si entiendo bien la pregunta. Me he sentido víctima de una mala comunicación. Hubo un momento en que se creyó que yo no quería jugar para la selección nacional en los Panamericanos en los Estados Unidos. Pero yo no jugué porque estaba lesionado. La fanaticada me pitó, me dijeron traidor, que no quería al país, que me sacaran. Creo que en parte esa mala comunicación se debió al trabajo irresponsable de algunos periodistas.

—*Debió haber sido un momento bastante amargo.*

—Sí. Había sufrido una lesión muy grave en el muslo. Cuando me llamaron para jugar yo dije no puedo, yo sé que no puedo, yo no voy a hacer el ridículo ni frente al público norteamericano ni frente a ningún otro público. Y cuando regresé, ya recuperado después de hacer cinco o seis meses de terapia, jugué en el Parque Miranda. Me gritaron traidor, no sirve, y algunas groserías. Me sentí triste y también bravo, confundido, apenado. Demasiado incómodo, pero al mismo tiempo sabía que tenía un compromiso, el compromiso de jugar, el compromiso con el baloncesto, con mi vida, con lo que yo amo y no iba a permitir que nada me distrajese. Gracias a Dios ese día tuve más puntería que nunca y luego el tiempo demostró la verdad, el maltrato injusto de ese día.

—*Se ha dicho que uno de los signos de la adultez es adquirir la conciencia de que podemos hacer daño a otra persona. ¿Frente a qué experiencia ha tenido la certeza de que debía detenerse o cambiar de rumbo para evitarlo?*

—Muchas veces. Cuando la fanaticada me dice negro feo,

o viejo, o cualquier grosería, «Shepherd Candela», o me escupen, o me tiran una cosa en la cancha, o me faltan el respeto en la calle por cuestiones de juego, o en enfrentamientos físicos. Pero siempre quise evitar la confrontación; bueno, la mayoría de las veces, hubo veces en que no quise evitar nada. Es difícil aguantarlo, pero gracias a Dios yo tengo en mi conciencia la convicción de no causar daño físico a otras personas.

—*¿Quién es, a su juicio, el único venezolano que no debería morir en este momento?*

—Por las circunstancias del país, el presidente. Ojalá Dios cuide su salud.

—*¿Cómo describiría la moral del venezolano?*

—Cariñoso, amable, agradable, pero conformista. El venezolano debe exigir más de su trabajo, de su capacidad. Claro que no puedo describir al venezolano con unas cuantas palabras, es muy complicado, pero me gustaría verlo en una actitud más trabajadora, con mayor voluntad.

—*¿Ha pensado en su propia muerte? ¿Cómo y cuándo cree que va a morir?*

—Un día u otro. En cualquier momento, pueda ser hoy, mañana. La vida no se le ha prometido a nadie. Cuando llega, llega. Es algo que está fuera de mi control.

—*Usted creció en un hogar religioso. ¿Cree en Dios?*

—Sí. Yo no soy muy religioso, pero creo en Dios. Ese poder máximo, ese poder creador, es Dios. Aunque bien podría tener otro nombre.

DISCRETO RACISMO

—*¿Siente que hay racismo en Venezuela, discriminación hacia la gente negra? ¿Cree que es una situación similar a la de los Estados Unidos?*

—En los Estados Unidos el racismo es frontal, en cambio aquí se pretende que no existe. Pero, por ejemplo, mi amigo Alexander Nelson fue a una discoteca en Las Mercedes y no lo dejaron entrar. Y eso también les ha sucedido a otras personas de color. Hay quienes tienen clubes privados y que no permiten pasar a personas de color. También hay racismo en el sistema social, pero bajo camuflaje. Claro que la gente no confronta eso diariamente, como sucede en los Estados Unidos, donde hubo una guerra por esa causa, una guerra civil. Yo no he sufrido directamente experiencias de discriminación, tal vez por mi personalidad y también porque soy respetado y no conviene tener problemas conmigo.

—*¿En Venezuela los jóvenes negros tienen conciencia de esto?*

—Yo creo que para que ellos tengan conciencia tienen que tener educación. El racismo en Venezuela está escondido, los jóvenes no saben nada de eso. De repente les pasa algo, pero no piensan que es porque son de color, no se dan cuenta.

—*¿Desea agregar algo?*

—Mi gran mensaje para toda la juventud que me sigue, me respeta y me admira es que recuerde, por favor, que las drogas destruyen. Las drogas destruyen la mente, el físico y las familias. Yo sé que es difícil vivir en los barrios, sin dinero, en esa situación tan hostil, pero la mejor forma de distraerse y escaparse es a través del deporte o de los libros, hablando con los vecinos, haciendo un trabajo conjunto, cualquier cosa decente. Las personas premian esas actitudes y luego a la gente se le abren las puertas. Hay esperanzas.

El Nacional, 3 de agosto de 1994

CON EL ALMA EN EL SUR JOSÉ BÓRTOLI: DE ITALIA AL ALTO ORINOCO

ALEJANDRO REIG

No sé qué recuerdo elegir para dar testimonio del aprecio de los yanomamis por este quijote italiano de cincuenta años: si la alegría de una bebé color canela saltando impaciente en la orilla gritando «Bortori, Bortori», mientras la lancha del misionero se acerca, o las palabras de un líder de facción del río Mavaca, mientras observa impasible una curación chamánica: «Bórtoli habla yanomami casi tan bien como un yanomami». Son palabras que resuenan con inusual vigor viniendo de una cultura acostumbrada a burlarse del *nape* (no yanomami).

Sí puedo decir que mi primer contacto con José Bórtoli, hace unos seis años, fue el asombro: nunca supuse que un sacerdote pudiera reírse tanto, y de una manera tan contagiosa. Después de conocer el día a día de su trabajo en Amazonas entendí que, aparte de su ideal religioso, Bórtoli pertenecía a esa raza de hombres para la cual la risa es una fuerza esencial que

mueve al mundo; convicción que quizá lo proteja tanto del paludismo como de la desesperanza que tiñe la suerte del Amazonas venezolano, acosado por el inmediatismo político, la corrupción y la depredación minera.

Con veinte años ininterrumpidos en territorio venezolano, era un adolescente de dieciséis años al llegar a Venezuela en 1962. El camino religioso lo llevó a la última frontera del país, el Alto Orinoco, en tiempo de ajustes de la sacudida cultural de los años sesenta, al cual la Iglesia no fue ajena: los jóvenes misioneros de todo el mundo hicieron estallar el sinsentido de una evangelización que despreciaba al mundo indígena y se sentaron en la misma mesa de los antropólogos, decididos a conocer juntos los misterios de las culturas originarias y acompañarlas en la negociación de una nueva relación con las culturas nacionales mayoritarias.

En Amazonas, dos antecedentes importantes marcaron el camino del actual equipo misionero salesiano: el padre Luigi Cocco, que representaba el paso del paternalismo misionero a la nueva forma, encarnada por el obispo Enzo Ceccarelli y signada por la educación y la defensa de los derechos de las culturas indígenas, hito de cuyo trabajo fue el caso de la lucha por las tierras piaroa en el valle de Guanay.

Decir que Bórtoli y sus colegas (los religiosos Nelson Briceño, Juan Finkers, Olmedo Sánchez, Isabel Eguillor, Antonieta Amazonas y un largo etcétera) siguieron este trabajo simplifica las cosas. De hecho, crearon un nuevo panorama de gran complejidad: la cooperativa yanomami Suyao, las escuelas interculturales bilingües de Mavaca, Ocamo, Platanal, y diversos proyectos autogestionarios, que con sus aciertos y errores, han permitido visualizar el campo de dificultades que representa inculcar valores de trabajo comunitario y solidaridad a

una cultura construida sobre otros completamente distintos: alergia a la autoridad central, alergia a la normatización de los deseos, devoción por el ocio y por un inmediatez que impide prever el futuro.

Entrevistado en un retiro salesiano en Los Teques, horas antes de regresar a un desbordamiento histórico del Orinoco, José Bórtoli es uno de los protagonistas del esfuerzo por construir una nueva relación del yanomami con un mundo criollo dominado por los valores del mercantilismo, la rapiña del ambiente y el desprecio hacia el componente indígena de la nación venezolana. Esto lo asalta, sin darle tiempo para evitar que su diferencia cultural naufrague sin remedio.

—¿Cuál es la recompensa al esfuerzo de un misionero entre los yanomamis? ¿Lo desalienta la dificultad para lograr resultados?

—Lo que más me desalienta es lo que viene de afuera: un ambiente venezolano que no ha asumido la pluralidad cultural. Desde adentro, me da tristeza ver que, aunque yo sienta que el yanomami tiene que conservar su cultura con todos los cambios que pueda tener, hay una reacción muy fuerte en el yanomami en contra de sí mismo. Hay una reacción contra mi ideal, que debería ser el ideal del indígena, expresado en su literatura: nuestros antepasados, nuestros espíritus, nuestras tierras, nuestras tradiciones. A la hora de la verdad, en la mayor parte de los indígenas que entran en contacto con nosotros, ese querer ser lo que ellos son es pura demagogia, discursos aprendidos de memoria, que se dicen en una asamblea. El mismo que ha hablado para defender su cultura es el primero en querer cambiar, y se aprovecha del arte de ser indio para lograr una pequeña ventaja. Uno tiene el ideal de trabajar por el crecimiento de la identidad del pueblo, para que ellos asu-

man ciertas responsabilidades, sean libres, inclusive frente a la acción del misionero, y sepan reaccionar críticamente. Y, en cambio, el yanomami busca satisfacer siempre un interés inmediato. Nosotros nos dimos cuenta de que algunos de ellos querían ser bautizados y aprovecharse de ser cristianos porque imaginaban que era un cambio de estatus material y cultural, y paramos ese trabajo. Pero ahora (después de la municipalización del estado), que ha entrado la propaganda partidista, imagínate si un militante político va a reaccionar igual.

EL MENSAJE, NO EL MENSAJERO

—*¿Cómo es concretamente la actividad evangelizadora de ustedes ahora?*

—A través de la historia, la evangelización en América no ha sido transmisión de un mensaje, sino imposición de una cultura. Nuestro presupuesto es que este mensaje es una novedad, para todas las culturas, y no se identifica con ninguna. Entonces, ¿cómo podemos comunicarles a ellos el mensaje sin introducirle nuestra cultura? Después de muchos años de convivencia con ellos, pensamos que podemos hacerlo. Me pregunto si el yanomami tiene una necesidad de salvación expresada de alguna manera y veo las mediaciones que él tiene: tiene hambre, tiene que buscarse la comida, tiene el chamanismo, tiene el sistema social, tiene al *pata*, el adulto que le resuelve los problemas. ¿Tiene él la seguridad de que a través de estas mediaciones puede llegar a superar sus dificultades, o le queda siempre una pregunta? Yo creo que no, porque para mí tampoco hay esa seguridad, sino a través de este mensaje de alguien que me dice: te aseguro que vas a tener éxito, porque hay una garantía de alguien que ha muerto y ha resucitado. Yo le digo al yanomami, tienes que inventar lo mejor que tú

puedas; si en este contexto de interculturación tú ves que algo tiene que cambiar o adaptarse, podemos buscar la manera de que vivas mejor, pero por encima de lo mejor que inventemos juntos, te digo que hay que tener un elemento de esperanza que va más allá. Para comunicar esta propuesta comenzamos hace cuatro o cinco años lo que llamamos «catecumenado», un espacio en el que se reflexiona sobre lo que ellos viven, comunicando también este otro elemento.

—¿Cree que hay esperanza de que la relación de violencia que hemos mantenido como país con nuestro Amazonas cambie?

—La única esperanza que tengo en este momento son los mismos indígenas, pero no de inmediato, sino después de una fase histórica, de choque y de experiencia de elementos negativos y de pérdida cultural. Ha habido una siembra sobre el valor de ser lo que ellos son, de su relación con el ambiente, su sistema, su ser yanomami, piaroa, ser guahíbo, pero estamos en un proceso muy crítico de cambios. La esperanza no va a venir de los misioneros, ni de los antropólogos. Después del choque y la pérdida quizá podría haber una «vuelta atrás», que no será volver atrás como eran antes, y que la podrán hacer solamente ellos, tal vez los jóvenes mismos, los que están más en crisis.

POLÍTICA Y BOMBEROS

—¿La situación de la salud entre los yanomamis ha empeorado últimamente?

—Creo que ahora nos damos cuenta de cosas de las que antes no nos dábamos cuenta: se ha caído el mito de que las comunidades alejadas, con menos contacto, eran saludables. No hay ninguna comunidad aislada, porque la movilidad que tienen permite que cualquier enfermedad llegue a cualquier si-

tio, y el peligro es mayor para estas comunidades donde una epidemia puede llevarse a veinte o treinta personas sin que nos enteremos. Habría que garantizar un helipuerto en cada punto de cierta concentración de población yanomami, y un vuelo mensual en el que vayan los médicos, a través de acuerdos con el Ejército y la Guardia Nacional, que tienen siempre aviones y helicópteros en la zona de Parima. Pero también hay que realizar un programa muy fuerte de vacunación de las comunidades más apartadas, un programa que el Estado se empeñe en hacer con regularidad, y no como ahora, que llegan como bomberos después de que todos murieron. Hace poco hubo una epidemia [febrero del 96, Orinoquito, quince yanomamis muertos] y pasaron tres meses antes de que se pudiera llegar. Ahora hay un distrito sanitario con una doctora que garantiza la continuidad, pero los otros tres médicos cambian todos los años, y aunque tienen muy buena voluntad y mística, no les pagan lo suficiente, y cualquier penetración a las comunidades alejadas tienen que pagarla de su bolsillo. El otro problema es la politización de la salud en Amazonas, como se está viendo ahora: funcionarios de un partido que quieren agarrarse los puestos más importantes porque tienen presupuestos muy altos.

—Somos un país que tiene un sur, pero no lo acepta, no lo incorpora, ¿qué perdemos con eso?

—Perdemos lo más importante, que es la propia identidad. La definición que se da en Venezuela de su cultura, de su folklore, es una cosa estereotipada, impuesta a través del colonialismo. Buscar allí es buscar las raíces, que no son una sola cosa, sino la diversidad, es esta riqueza que está presente en muchos pueblos que la viven todavía. El no querer mirar hacia

allá, sino mirar hacia el norte, o hacia el este y el oeste, es no querer enfrentarse con la propia identidad. No podemos decirle al indígena que tiene vergüenza étnica cuando toda Venezuela tiene vergüenza de reconocer sus raíces indígenas.

DIÁLOGO CON LA TIERRA

—*¿Cómo se siente un ataque de paludismo y cuántos ha tenido?*

—Calcula: un promedio de tres ataques por año. He tenido como cincuenta. El primero fue terrible, en el año 75. Yo estaba en La Esmeralda, subimos al Alto Ocamo, dormimos en un *shapono*, las picadas de zancudos esa noche fueron tremendas y yo no les hice caso. Regresé a La Esmeralda y seguí con el trabajo, hasta que no aguanté más. Sor Felicitas me detectó la malaria. Tenía una fiebre de más de cuarenta y uno y tuve visiones de montañas de agua que se me venían encima; me puse tan mal que me trasladaron a Caracas. Ahora no, a veces siento unos escalofríos. Es como tener una gripe.

—*¿Se ha sentido alguna vez víctima de una persecución, bien de una persona o una idea? ¿Podría decirnos quién o qué lo persigue?*

—Hay casos muy concretos en la vida de uno, pero yo lo cambiaría para darle una respuesta en un sentido muy global de persecución: hay una lucha entre la idea que yo tengo sobre la relación con el indígena y otro mundo que siento al lado mío trabajando en otra línea, y eso me da rabia, me crea una sensación de intranquilidad, vamos a llamarla «persecución», sentir esta oposición entre lo que yo desearía y toda una masa de gente que jamás se acerca, que nunca llega por allá, que pueden ser los mismos misioneros, o puede ser un ambiente político.

—*Se ha dicho que uno de los signos de la adultez es adquirir la conciencia de que podemos hacer daño a otras personas.*

¿Frente a qué experiencia ha tenido la certeza de que debía cambiar de rumbo para evitarlo?

—El daño que siento que le puedo hacer a otro es coartarle la libertad. No sé si es una consecuencia de la vida con los yanomamis o una experiencia global de vida. Lo que me detiene es el momento en que pienso que tal vez estoy presionando a este pueblo o a las personas concretas, les estoy metiendo cosas que no son realmente lo que ellos quieren: el peligro de manipular al otro, de coartar la autenticidad de su expresión.

—¿Quién es, a su juicio, el único venezolano que no debería morir en este momento? ¿Cómo describiría la moral del venezolano?

—No es una persona, aunque podría hablarte de nombres concretos: es el hombre sencillo que vive en el campo y tiene su conuco, el típico venezolano que yo siento más genuino, que está por encima de la politiquería, que sabe apreciar la riqueza de la naturaleza en la que vive, que tiene alegría de vivir, es hospitalario y comunicativo; tal vez es el llanero. Los valores de ese tipo de venezolano son muy importantes: la sencillez, una visión de la vida muy optimista, saber ser dueño del espacio y del tiempo. Son valores que tienen en sí la relacionalidad con el otro, el saber vivir y ser respetuoso del otro, aceptar las opiniones y la diversidad. Lo negativo es la pasividad: me encuentro con una Venezuela que está orgullosa de tener a un Libertador y me imagino a un pueblo que, frente a un problema como los que tenemos, reaccione como el famoso pueblo bravo que nos han enseñado a cantar (y que nosotros les estamos enseñando a cantar a los yanomamis), pero me encuentro con un pueblo pasivo, en el que cada uno trata de resolver sus problemitas a su manera. Yo soy como venezolano, he llegado a los dieciséis años, y siento los problemas como míos. Veo to-

dos los problemas de los yanomamis, la salud, ¿y quién se preocupa por ellos? Generalmente gente de afuera, antropólogos, pero no veo que el venezolano los sienta, que diga: vale la pena dedicarle la vida a eso.

—*¿Ha pensado usted en su propia muerte? ¿Cómo y cuándo cree que va a morir?*

—Cuando voy en una avioneta, o si tengo que pasar unos raudales y digo que no me meto porque no sé nadar, estoy asustado, y no creas que la esperanza en la otra vida me da más valor. Yo sé que voy a morir, pero que me haya preocupado el cómo y el cuándo... trato de evitar el cómo y el cuándo, ¿oíste? [risas].

El Nacional, 1996

EL EMPLEADO DEL ABASTO

MIREYA TABUAS

Actualmente es uno de los mayores empresarios de la distribución y comercialización de alimentos en Venezuela, pero Agostinho de Sousa Macedo fue por algún tiempo el único empleado de un pequeño abastico portugués de San Martín.

Agostinho, nacido en la isla de Madeira, tenía apenas quince años cuando embarcó rumbo a Venezuela en el buque Jagielo porque «había que ir a otro sitio donde la guerra no estuviera». Llegó el 9 de julio de 1948 y ya sus hermanos mayores trabajaban en su pequeño negocio: Frutería La Portuguesa, donde Agostinho empezó sus labores. Mientras los muchachos de su edad iban a fiestas, él se quedaba haciendo inventarios; mientras los otros jugaban béisbol, él almacenaba cajas y atendía a las clientas, que tal vez soñaban para sus hijas un muchacho tan trabajador. El negocio pasa a ser Abastos San Martín, con cinco dueños (dos de ellos los hermanos de Agostinho) y él como único empleado.

Al poco tiempo, el abastico toma como nombre Central Madeirense, pero aún sigue siendo un modesto establecimiento más de la avenida San Martín. Fueron años de muchos tropiezos y trabajo para el joven portugués, pero al retirarse uno de los socios, Agostinho pasa a ser también socio. Los tiempos van mejorando y el grupo de socios compra un negocio en la urbanización de moda, que se llamaría después 23 de Enero, y

montan a fines del 57 el primer gran supermercado de la zona. Así Central Madeirense comenzará a tener un nombre reconocido a nivel nacional. Por su parte, Agostinho une más lazos con el país, casándose en 1962 con Olga, una venezolana.

Actualmente, Central Madeirense cuenta con treinta y tres supermercados en distintas ciudades del país y más de tres mil trabajadores. Agostinho de Sousa Macedo es presidente de la junta directiva y cuenta con los mismos socios portugueses que lo han acompañado: João Cândido de Sousa Macedo, José Quintino de Abreu, Manuel Mendes de Sousa. Hoy también está inmerso en el negocio financiero, con el Banco Plaza. Pero reconoce que empezó como el único empleado de un abasto portugués.

El Nacional, 3 de agosto de 1994

ENTRE EL PAN Y EL BALONCESTO

MARIANELA RODRÍGUEZ

Los hermanos Fridegotto, inmigrantes italianos radicados en Valencia y Maracay, hijos de un panadero de Padua, son los propietarios de la única fábrica de máquinas de hacer pan y hornos de panadería y pastelería que existe en Venezuela.

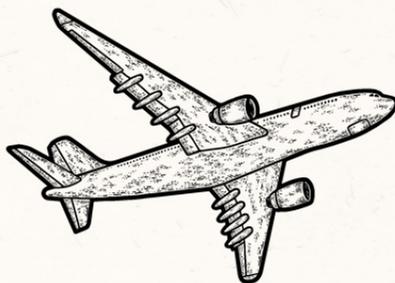
Mario, el segundo de los diez hermanos, fue el que más ayudó a su padre, y mientras le daba vuelta a la pesada pelota de harina, agua, sal y levadura sobre la bandeja de madera de la vieja panadería familiar, soñaba que algún día construiría una máquina de hacer pan que lo liberara del esfuerzo físico que implicaba el trabajo y que hiciera rendir la producción en tiempo y calidad.

Ese sueño se cumplió en Venezuela hace diecisiete años, cuando el grupo de empresas Fridegotto compró a una empresa italiana la patente de construcción de hornos de panadería y ahora esa misma empresa les compra el producto terminado para llevarlo a Europa gracias a su calidad y menor precio. Los Fridegotto emprendieron otros negocios en las áreas de comercio, la construcción y los servicios, e inclusive el deporte.

El último de la familia que llegó a Valencia fue Flavio, el más pequeño, que emigró de Italia a Suiza, donde vivió seis años hasta que decide venir a reunirse en Venezuela con sus hermanos. Pero a este joven de diecinueve años no le bastaba la actividad que realizaba durante el día en la empresa de uno

de sus hermanos, así que buscó otras cosas que hacer en su tiempo libre: incursionó en el mundo deportivo formando parte de la Asociación de Baloncesto del Estado Carabobo como director de finanzas, y varios años después se convirtió en el creador y fundador de la Liga Especial de Baloncesto de Venezuela, hoy liga profesional.

El Nacional, 3 de agosto de 1996



JUANA SUJO SE ENAMORÓ DEL ÁVILA Y SE QUEDÓ

ROMÁN CHALBAUD

En realidad, se llamaba Juana Sujovolsky y quería ser pianista. Nació en Buenos Aires. Junto con sus dos hermanas fue enviada a estudiar música en Alemania. Pero pronto entendería que la música no era su camino y se inscribió en el estudio de teatro de Berlín dirigido por Ilka Grüning. Allí estudiaba también Lilli Palmer, su amiga de toda la vida.

Al acentuarse las persecuciones a los judíos, las Sujovolsky y Lilli Palmer huyeron a Inglaterra. Tras cinco años en Europa Juana regresó a Buenos Aires; tenía diecinueve años de edad. Juana Sujo debutó con la compañía teatral Susini en 1932 y después pasó a formar parte del elenco de la artista española Lola Membrives. Durante dos años hizo temporada con Mecha Ortiz en la obra *Mujeres*, en la cual la descubrieron y tras la que le dieron su primer papel cinematográfico en 1938: actuó en la película *Callejón sin salida*, dirigida y actuada por Elías Alippi. Posteriormente trabajó en películas con Libertad Lamarque y Hugo del Carril, entre otros.

Sujo llegó a Venezuela el 28 de abril de 1949. El 15 de noviembre de 1950 fue la gran *première* de su película *El demonio es un ángel*, en el cine Lido. De ahí en adelante formaría parte

del mundo cultural e intelectual venezolano y se convertiría en una de las grandes maestras del talento teatral criollo.

El texto que sigue fue escrito por Román Chalbaud a propósito de la muerte de Juana Sujo en 1997:

Juana se enamoró del Ávila y se quedó enseñando teatro, que lo había aprendido en Alemania, junto a Lilli Palmer. Vino desde Buenos Aires a hacer cine en un país donde no había cine. Cosa de locos. Locos nosotros y locos ellos, los locos argentinos, los cineastas locos, Villegas Blanco pionero, loco. Sin un poco de locura no se pueden hacer cosas hermosas. «Pero solo un poco, ¿entendés?». No es curioso que se enamorara de un clima cálido, a veces infernal. Ella manejaba con soltura la frialdad de la razón. Buscaba quizás en nosotros el fuego de la inspiración. Tomaba en serio la vida y nos lo hacía saber. Para ella la palabra más importante era *disciplina* y trataba de imponerla. La gente empezó a amarla cuando descubrió que ella nos estaba regalando su talento y su constancia. «La señora Juana está molesta. No le hables ahora. Ahora no. No se te ocurra». Juana siempre estuvo ligada a mi vida, intelectual y afectivamente. La magia de una persona desconocida que de pronto se aparece en tu vida y te hace recapacitar sobre ti mismo y sobre tus ideales, una persona que te aclara tu visión sobre las cosas y sobre lo que realmente quieres hacer de ti. Cuando en 1952 me gané el primer premio del Primer Concurso de Obras Teatrales del Ateneo de Caracas, con mi obra *Los adolescentes*, ella estaba en el jurado. Cuando, en 1955, terminé de escribir *Cain adolescente* y quise llevarla a la escena, ella, con su Sociedad Venezolana del Teatro, produjo la pieza en el Teatro de la Casa Sindical, hoy Teatro de El Paraíso. Cuando escribí *Réquiem para un eclipse*, en 1967, le propuse que interpretara el

papel de Andrea. Aceptó. Los ensayos eran en su apartamento, en la Calle Real de Sabana Grande. Era un placer trabajar con Juana. Escudriñaba el texto con pasión. Se hundía en las palabras y luego flotaba por encima de ellas. Lograba con técnica lo que no podía alcanzar con los recursos.

Como actores hicimos juntos *Don Juan Tenorio* en el Aula Magna. Ella la Brígida y yo el Clutti. En un ensayo me hizo ver que yo pronunciaba *varco* con *v* corta y no *barco* con una *b* tradicional. Su comportamiento como actriz era un ejemplo de devoción. El teatro era una iglesia. Los actores los oficiantes de la misa. Cuando hizo bajo la dirección de Alberto de Paz y Mateos *La dama boba* de Lope de Vega y *Todos los hijos de Dios tienen alas* de O'Neill, yo estuve allí, espectador entre bastidores, gozando la ceremonia de la concentración y la apoteosis del aplauso. Juana y muerte eran palabras irreconciliables. Pero en el misterio de la vida apareció un día una voz en el patio del Teatro La Comedia:

Murió Juana.

Y todos fuimos, para estar junto a ella.

Allí estaba, en un sencillo ataúd en el piso, sin flores. Las lágrimas de Carlos. Las palabras que no existen. La incredulidad de que exista el final.

Nunca nos separaremos de su condición humana, de su amor por el arte. Está aferrada a la vida, a nuestra vida, al teatro, al libro, al pensamiento. A este desorden y a esta confusión que ella trató de disciplinar un poco.

Nuevo Mundo Israelita, octubre de 1997

POR ESTOS LARES SIEMPRE SE OYE ¡VIVA ESPAÑA!

YNGRID YOHANA ROJAS

Ofelia de González tiene setenta y tres años. En noviembre cumplirá treinta y dos en Venezuela. La muerte de su esposo la sumergió en una profunda depresión que la llevó a que su humanidad se sustentara en escasos cuarenta y ocho kilos. «Vine aquí de vacaciones con mi hijo de veintiún años por cuarenta y cinco días. Mi madre y mi hermano con mi cuñada vivían aquí. Esos días fueron muy buenos para mí, pero cuando regresé a España volví a enfermarme de depresión», relata.

Por sugerencia de su hijo, Ofelia se vino a vivir a Venezuela «y estoy encantada de haber venido. Tanto amor me dieron en este país que me enamoré y me quedé. Me permitió alejar un poco la pena de la muerte de mi esposo que fue un hombre excepcional. Aquí puse mi negocio de regalos en Chacao y mi hijo fue a la universidad y se graduó de médico. Tengo cinco nietos maravillosos. Me adapté mucho al país, me encantó la gente». La gran mayoría de los españoles que vinieron a Venezuela se dedicó al comercio. Solo una parte de gallegos y canarios optó por la agroindustria.

En Venezuela funcionan la Cámara de Cooperación de Industria y Comercio (Cavespa), la Asociación de Empresarios Gallegos de Venezuela y la Cámara Canaria Venezolana de Industria, Comercio y Producción. El Gobierno vasco tiene una oficina de cooperación.

CON LA CABUYA ENREDADA

Ofelia se confiesa una enamorada del país que la acogió en 1975. «Amo a Venezuela muchísimo, cuando voy a España me siento entre la espada y la pared. Allá les relato cómo es la vida acá; un día vino una señora al negocio y me dijo que le amarrara el regalo con una cabuya y yo no sabía qué era, tuve que preguntar para saber que se trataba de una cuerda. Cuando conté eso en España, se morían de la risa. Pero ahora me han llegado a decir que parezco más venezolana que española. Es que se me escapan muchas palabras de aquí como ‘ah pues’, ‘ahorita’, ‘botar en vez de tirar’, ‘carro en vez de coche’ y otras tantas. Cuando estoy en España tengo que pensar las palabras que voy a decir».

La mayor oleada de hispanos hacia Venezuela ocurrió en los años 50, 60 y 70. La Guerra Civil española y posteriormente la II Guerra Mundial fueron las principales causantes de que los nativos de España buscaran un futuro mejor en otras tierras, en el Nuevo Mundo, como suele ser llamada América Latina.

Según explica el consejero general de la ciudadanía española en emigración y miembro del Consejo de Residentes Españoles (CRE), Richard Barreiro, Venezuela es el segundo país con más habitantes hispanos después de Argentina.

Asegura que en Venezuela viven 300.000 paisanos suyos. «El censo electoral de residentes ausentes contempla que hay

alrededor de 120.000 inscritos para votar en elecciones y, si tomas en cuenta a las personas que están recuperando la nacionalidad y los hijos de españoles, podríamos hablar de unas 300.000 personas de primera y segunda generación».

Estiman que 70 % de los españoles residentes en Venezuela vive en el Distrito Capital y en el estado Miranda. No obstante, hay colonias importantes en Maracay y Valencia, en los estados llaneros y en el Zulia. La menor concentración está en el oriente del país.

La mayor colectividad ibérica en Venezuela es la canaria, seguida de la gallega, la asturiana y después la vasca. Los españoles se reúnen en varios centros en el país a fin de divertirse, celebrar sus fechas patrias, realizar actividades benéficas, hacer presentaciones culturales u organizar encuentros deportivos. Entre esos clubes o asociaciones están la Hermandad Gallega de Caracas, la Hermandad Gallega de Valencia, El Centro Gallego de Puerto La Cruz, el Centro Gallego de Maracaibo, el Centro Gallego de Barquisimeto y la Hermandad Gallega de Guayana.

En Caracas son muy activos la mencionada Hermandad Gallega de Venezuela (que tiene unos 12.000 socios), el Hogar Canario Venezolano, el Centro Asturiano de Caracas, el Centro Catalán, el Club Social Archipiélago Caracas y el Euskal Etxea (centro vasco).

DE RECHUPETE

La cocina española que se puede conseguir en Venezuela es muy variada. Está el cocido gallego, el lacón con grelos (nabo), la paella valenciana, la fabada (caraota blanca grande) y el gofio (de Canarias), que es una masa de trigo que puede ser dulce o salada.

También se puede degustar el conejo al salmorejo, los pimientos de piquillo rellenos (vasco), y de Castilla el cordero asado. Entre los vinos, destacan los aragoneses, los de la ribera del Duero, los de Albariño y el ribeiro. No se pueden dejar de mencionar la tortilla y la empanada gallega, típicas como entremeses.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

¡MÁS INMIGRANTE SERÁ USTED!

MARÍA DEL NOGAL

Lo primero que destaca en una conversación con Glenda Gooding de Hernández, nacida en Trinidad y Tobago, pero instalada en Venezuela desde hace casi cincuenta años, es que no se siente inmigrante. Casi es una ofensa, que maneja con su proverbial sentido del humor, preguntarle si se la puede entrevistar para un trabajo sobre los inmigrantes.

«¡Yo no soy inmigrante! ¡Yo vine aquí por amor!», declara enfáticamente, pero sin enojo, al otro lado del hilo telefónico.

Para Glenda, irse de su país a la tierra de su flamante y recién adquirido esposo, Emilio Hernández, en enero de 1960, no fue partir, tampoco migrar. Significó formar un hogar con el mismo mar Caribe que la bañó desde niña.

Se nacionalizó en 1977 porque en su trabajo se lo pidieron para que asumiera nuevas responsabilidades. Admite que, hasta entonces, no se le ocurrió que para ser plenamente venezolana era necesario cubrir esa formalidad. De hecho, cuando nació Xiomara, la primogénita, casi tres años después de haber llegado a estas costas, Glenda ya se sentía cien por ciento venezolana. Solo le faltaba tener hijos.

«Creí que había salido mula», dijo al referir que le costó quedar embarazada. Luego vinieron otros dos bebés rápidamente, Rafael Emilio y Nancy Carolina. Más tarde nació Marcos, el benjamín. Entre todos le han dado nueve nietos.

«He dado muchos venezolanos a este país», ríe satisfecha al recordar que viene de una familia numerosa de la capital trinitaria, Puerto España. Glenda regresa a su país al menos una vez al año para visitar a su familia, pero «por nada del mundo» quiere volver a residenciarse en la isla.

Hoy, ya jubilada, reparte su tiempo entre atender a su esposo, cocinar (desde el roti, con el curry que cada dos meses le mandan de Trinidad, calalú, hasta la torta negra navideña con su fórmula secreta de frutas confitadas y maceradas) y jugar al rummy.

«En todos los lugares del litoral donde he vivido he fundado grupos de jugadoras de cartas; me encanta y se pasan muy buenos ratos», dice y se ríe.

«Cuando voy a Puerto España, a las dos semanas ya me quiero regresar. Adoro a mi familia, pero no tengo amigos allá sino aquí, en Venezuela. Por nada del mundo me iría de este país», afirma.

VENEZUELAN WAY OF LIFE

Glenda Gooding no es la única que tiene esa percepción de sí misma, alejada de la idea del migrante al que asocian con la «gente que huye de su país por situaciones desfavorables». A Faye y Paul Caswell les pasa lo mismo.

La pareja, estadounidenses de Washington D. C. y California, vino a la isla de Margarita, hace casi tres años, en busca de playas chéveres para practicar kitesurf... y la encontraron en El Yaque.

Se enamoraron de esta tierra instantáneamente. Ese amor se vio afianzado y bendito por un hecho concreto adicional: después de años de «buscar al bebé», Faye, de treinta y ocho años, quedó embarazada en la isla. Fue una especie de señal divina: su hijo no podía ser otra cosa que venezolano. Margareteño, para más señas.

Aún no hablan bien el español, pero decidieron quedarse en esta tierra mágica donde «hasta el pollo sabe diferente». En suma, un lugar ideal para criar a John Henry, su primogénito, a punto de cumplir el primer año, en un lugar «menos comercial, más espiritual y natural».

Fay —diseñadora de interiores— detalló que «no pienso irme de aquí».

De hecho, su esposo Paul, especialista en computación, ocupa la posición número 14 del *ranking* mundial de kitesurf, y pasar la mayor parte del año en El Yaque —una de las mejores locaciones del mundo para deportes de vela— es como el futbolista que tiene un campo en su patio.

Después de todo, y a pesar de sus profesiones, el cambio de país no ha significado para ellos abandonar lo que se había convertido en su área de negocios, en favor de su pasión por los deportes extremos: en Estados Unidos tenían un despacho de turismo. Ahora, apoyados en dos páginas web, avanzan en la venta y coordinación de paquetes turísticos para disfrutar de la isla de Margarita, Coche y Cubagua, y de otros lugares de Venezuela, como el archipiélago de Los Roques o Canaima.

«Desde que llegué no he visto otra cosa que oportunidades para desarrollar el turismo en este país», afirmó Faye al referirse a los planes de su pequeño clan familiar.

De hecho, entre sus proyectos destaca la construcción de un hotel para abrigar a cuanto windsurfista, kitesurfista o afi-

cionado al mar en general se acerque a la zona de El Yaque. «Tendrá de todo», afirma Faye llena de optimismo, y agrega que «sin duda será un lugar asombroso que espero abrir a finales de 2008».

Destacó que fue una decisión muy personal quedarse en Venezuela, más allá de los frecuentes rumores y noticias que corren sobre el país. «La gente de acá me gusta mucho y me ha recibido con afecto. Eso también ha hecho que me quede», afirma.

SI ES POR MÍ...

Porfiria Zegarra, nacida en La Paz, Bolivia, se ha sentido muy cómoda en los treinta años que ha vivido en Venezuela, por razones que nunca se ha detenido a explicarse. Simplemente está feliz de estar acá. Supone que se adaptó fácilmente porque vino de una ciudad capital a otra y el cambio no fue un gran impacto en sus hábitos de vida.

Llegó a Caracas a los diecisiete años —cerca de una Semana Santa— para conocer Venezuela, gracias a que una prima lejana —casada con un venezolano— le regaló el pasaje.

«Vine por tres meses a conocer el país, pero me quedé», señala.

Primero pasó cuatro meses de «vagancia» y luego aprovechó los cursos de peluquería hechos en su país natal para buscar trabajo. Desde entonces ha estado en el negocio. Con eso financió su regreso al bachillerato y otros cursos de mejoramiento profesional en el área de la estética.

Porfiria recuerda que ese viaje le costó largas negociaciones con su padre, que se negaba a dejarla salir del país. Finalmente, su papá accedió con una condición: que la acompañara su hermana Marcela, que tenía dieciocho años. Pero los trucos paternos no sirvieron para hacerla volver al hogar.

«Amenazó con desheredarnos, con desconocernos. Yo no me preocupé. Cuando se iba a vencer la visa, mi prima ofreció renovarlas para que nos quedáramos un poco más. Yo acepté encantada. A mi hermana no le gustó la idea porque nunca se adaptó a Venezuela. Se quejaba del calor. Reconozco que al principio me golpeó la temperatura y extrañé el fresco de La Paz, pero igual me quedé. Mi hermana se quedó unos diez años. Pero regresó a La Paz después de terminar el bachillerato y hacer cualquier cantidad de cursos, porque no lograba un trabajo estable. Ella se quedó para cuidarme, pero yo siempre terminaba dando la cara por ella», relató.

«Cuando fuimos a conocer el mar, en La Guaira, supe que me quedaría. Yo sabía nadar, pero en piscina y creía que el mar era igual. Por eso no entendía por qué la gente siempre se quedaba en la orilla. La primera vez nadé derecho más allá de la boya. Cuando me di cuenta de que era una locura me asusté y tragué agua. Casi me ahogo. Cuando regresé a la orilla mi hermana me regañó, pero igual me encantó el mar. Marcela no salió al sol y le molestaba que el agua fuera salada», contó.

Se quedó ocho años «corridos», pero cuando volvió, su padre ya había fallecido. Su hermana se fue luego de diez años y no ha vuelto. «Realmente nunca le gustó el clima», comentó.

«No me iría de Venezuela. Si por mí es, aquí muero. No estoy nacionalizada, pero no soy ilegal. La vida da muchas vueltas: estoy unida a Manuel Ferreira y tengo con él una hija de doce años que quiere conocer a sus primos del otro lado del charco».

Se aventuró a irse a España, pero en esa época Manuel la convenció de que debían estar siempre juntos. Y así ha sido.

«Mi hermana volvió a Bolivia, se casó y tiene una hija de catorce años. Ellas y mi hija son la única familia que me que-

da, pero no vuelvo a La Paz. Si por mí es, me quedo en Venezuela, pero mi hija quiere conocer a sus familiares en Portugal. No puedo negarle eso, y probablemente me vaya a Europa. Es lo único que me sacará de este país», afirmó.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

CON EL VALLENATO A CUESTAS SE ASENTARON EN VENEZUELA

MABEL SARMIENTO GARMENDIA

«Salí de Colombia a los 17 años. Cuando eso, no me daba cuenta de los problemas políticos que ocurrían en mi país. Mis hermanos estaban aquí y me quería venir a trabajar. Salí de San Onofre, en el departamento de Sucre, a mediados de noviembre, y llegué a Caracas el 31 de diciembre del año 1976. El viaje fue complicado. Me vine en un autobús en la parte donde van las máquinas. Aguanté calor y aun así caí preso y me deportaron, pero a los ocho o diez días regresé. Me reuní con mi familia en Petare y allá llegó la policía. Fui a parar a Cotiza y de nuevo a San Onofre».

Toda esta travesía que casi le cuesta la vida a Adalberto Silgado no le impidió cumplir el sueño de radicarse en la tierra de la bonanza petrolera. Lo deportaron dos veces y con la misma, como una pelota de tenis, se regresó. Consiguió, pagándole al mejor postor, legalizar su situación.

Ahora tiene dos hijos venezolanos y trabaja como taxista de plaza. «A Colombia no regreso, nací allá, pero esta es mi tierra», dijo Adalberto con la mirada fija en el suelo y con los ojos aguarapados, pensando quizás en la bandeja paisa a base de frijoles, carne de cerdo y arroz, uno de los platos tradicionales de Colombia que solamente se comen en casas de inmigrantes o en las taguaras que hay regadas por el centro de la ciudad capital.

POR LOS CAMINOS VERDES

Con la maleta llena de historias similares a las de Silgado y con el vallenato auestas, en Venezuela hay cerca de cinco millones de colombianos. La mayoría se vino sorteando las carreteras y los caminos verdes. Una vez aquí se instalaron, para no volver, con su música, sazón, forma de hablar y de vestir.

El embajador de Colombia en Caracas, Fernando Marín Valencia, admite que son la colonia más grande. Dice que hay un millón con cédula y cinco millones con sangre colombiana viviendo en Venezuela. Afirma que vinieron en todas las épocas de la independencia local. Pero el éxodo más recordado fue durante el *boom* petrolero.

Al país llegaron indocumentados, refugiados, estudiantes, obreros. También vinieron empresarios grandes y pequeños, que se instalaron con gran capacidad de innovación, trabajo y lucha. Entre ellos Gilberto Vargas, quien llegó en marzo del 79. «Vine por tres años y llevo veintiocho. No tenía planes y comencé a trabajar en una empresa de limpieza. Me di cuenta de que ese trabajo era próspero y fundé una compañía. Tengo trescientos cincuenta empleados. Me quedo en Venezuela, somos iguales. Somos tierras hermanas».

Como él están los dueños de Petroquímica Trasandina, Industrias Alimenticias Hermo, Central Azucarera del Táchira, Distribuidora Proveauto, Discorona, Productos Alimenticios Alpina y Pat Primo de Venezuela.

EN BUSCA DE REVOLUCIÓN

César, antioqueño por naturaleza, también tiene su repertorio. Llegó hace tres años. Vino como refugiado, precisamente por el conflicto armado. Allá formaba parte de la Juventud Unión Patriótica y, luego de que asesinaran a su hermano, tuvo que salir bajo protección del Gobierno colombiano.

«Me dieron varias opciones en Europa, pero me decidí por Venezuela, pues aquí se está dando un proceso revolucionario que comparto». Estrada se «amañó» en el Táchira, pues el dialecto y la forma de ser de sus habitantes estaban a tono con él. En Caracas es parte de la organización Colombianos en Venezuela, la cual, porcentualmente hablando, sabe qué hacen y dónde están cada uno de los millones de paisas que entraron al país —más o menos 78 % de ellos— en los últimos diez años.

Aquí en tierras cercanas al Caribe, los vecinos fronterizos se asientan en ciudades como Valencia y Barquisimeto, que tienen más parecido con Cali y Medellín. Aunque muchos prefieren radicarse en el Zulia, los Andes, la costa y Caracas, donde se baila vallenato y se come igual el sancocho de gallina, el pan de bono y el dulce de leche llamado «manjar blanco», además de los bollos, tamales o amasijos.

Una de las cifras que con pesar comentó Estrada, quien además trabaja como activista político en la parroquia Sucre de Caracas, es que cada quince días los colombianos hacen una invasión en Guarenas, Guatire, Maracaibo y Distrito Capital. Además, contó que hay una oleada que se está yendo ha-

cia el oriente, por lo del narcotráfico, y otra —principalmente comerciantes— que se está instalando con todos los hierros en los poblados cercanos a la Faja del Orinoco.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

HABLAN PURO «PORTUÑOL» Y LE ECHAN PICHÓN AL TRABAJO

FELIPE GOUVEIA

«Llegué el 30 de octubre de 1973 a los veinticinco años, en el navío Santa María, después de un largo viaje de diez días. Ansiosa por conocer la tierra de la prosperidad me impresioné con los ranchitos de La Guaira, me hicieron pensar que Venezuela era muy triste. La carretera hacia Caracas se hizo larga y los túneles me parecieron enormes. Supe que llegábamos a la capital porque comencé a ver muchas casas bonitas».

Así evoca su llegada María Lourdes Betencourt, quien forma de parte de la oleada de lusitanos que arribaron a Venezuela entre los años 50 y 70. Según estimaciones oficiales ascienden a 700.000, pero la propia comunidad habla de un millón y medio con los lusodescendientes. Son, en su mayoría (casi 80 %), originarios de la isla de Madeira. Los otros (20 %) son oriundos de las regiones de Aveiro, Espinho y Oporto.

Hablan el portuñol, una mezcla de portugués con español, y están concentrados mayoritariamente en Caracas y Valencia, aunque tienen presencia significativa en los estados Ara-

gua, Táchira, Zulia, Portuguesa, Lara, Cojedes, Guárico, Bolívar, Monagas, Sucre y Nueva Esparta.

«Nunca había vivido en una ciudad, me encantó ver a tanta gente en su correcorre y la simpatía con que nos recibieron. Me fui a vivir a El Valle a casa de un hermano y más tarde para una conserjería en San Bernardino. Trabajando duro con mi esposo, que manejaba un ‘por puesto’, compramos un apartamento y mis tres hijos terminaron la universidad. No venía para quedarme y me quedé. Hoy día pienso en Portugal solo para pasear. Extrañaría las costumbres y esta linda tierra si tuviese que regresar», confiesa María Lourdes.

COMO EN CASA

Se dice que la rápida inserción de los lusitanos se debe a afinidades y a la buena acogida de los venezolanos, de quienes se ganaron el respeto por sus cualidades de trabajo y honestidad.

Mantienen su devoción a diferentes vírgenes a quienes celebran fiestas cada año, entre ellas la de Fátima (mayo), del Livramento (agosto), de la Salud (agosto) y del Monte (agosto).

Además de conocedores de vino —el Oporto y el Madeira dominan las preferencias— tienen amplia gastronomía. En Caracas se conoce el pincho de carne, *milho* frito (polenta), la carne de vino y ajos, *bolo do caco* (variedad de pan), el lechón asado y la *broa* (pan) de maíz.

Sus manifestaciones artísticas se pueden apreciar en docenas de grupos folclóricos que amenizan fiestas y participan en festivales nacionales.

En su condición de inmigrantes los lusitanos evolucionaron bastante. A los cincuenta años de su llegada pasaron de obreros y peones a empresarios del sector comercial, principalmente el agroalimentario, y de la industria de servicios.

Como comerciantes tienen un peso económico significativo en el área de la distribución de alimentos. Casi 90 % de las panaderías que existen en Venezuela son propiedad de lusitanos, así como 60 % de los supermercados y abastos.

Diversificados en los negocios son propietarios de un banco, tintorerías, tascas, restaurantes, ferreterías, industrias de químicos y plásticos, empresas de construcción, metalúrgicas, de textiles y calzado, fábricas de muebles, agencias de viajes, oficinas de reparación y venta de vehículos.

Los lusitanos de Venezuela se caracterizan por ser muy solidarios. Mensualmente las academias de bacalao organizan tertulias de amigos a fin de recoger fondos para acciones sociales. Estos encuentros no siempre tienen lugar en la sede de los catorce clubes lusos, porque muchas veces los propietarios de salones de fiestas o restaurantes ofrecen sus instalaciones.

Su gran amor hacia Venezuela y Portugal los hace sentir muy contrariados cuando en tierras lusitanas se hacen comentarios negativos sobre la patria de Bolívar o en tierras venezolanas se intenta criticar la patria de Camões.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

DEJÓ SU TIERRA ECUATORIANA POR AMOR A SU ESPOSO

LUIS VILLAPOL

Nació en San Antonio de Ibarra, un pequeño pueblo colorido, de gente cordial y sencilla, artesanos de la madera en la provincia de Imbabura, a dos horas de la frontera con Colombia. Solo fue al colegio, pero el hecho de no hacer una carrera universitaria no le impidió salir adelante.

Hija de Rosa Elvira Flores Michelena (española) y Luis Antonio Garrido, quienes tuvieron nueve hijos. Ella es la quinta. A los diecisiete años le dio un vuelco a su vida cuando decidió partir rumbo a Quito para buscar un mejor futuro. Allá vendía la ropa que compraba en sus viajes a Perú para sobrevivir en una ciudad inhóspita.

UN CANTANTE LA «FLECHÓ»

Con el pasar de los años el amor tocó a la puerta y así conoció al hombre de su vida: Jacinto Núñez. Comerciante, cantante de tango en locales nocturnos, divorciado y con dos hijas venezolanas. Al tiempo partieron a Guayaquil, donde se casaron. Vivían bien y el fruto de su unión se materializó con el nacimiento de cuatro hijos: Pilar, Sandra, Francisco y Santiago.

Y es que María Garrido Flores de Núñez se siente una mujer bendecida y feliz con la vida, a sus setenta y cuatro años. La primera vez que vino a Venezuela fue en unas vacaciones familiares en 1979. «Me sorprendió mucho ver tantos edificios grandes y la gente tan amable», recuerda. Sin embargo, un año después su esposo —quien falleció en 2004— le pidió que se mudaran a Caracas, porque él quería estar también con sus hijas del primer matrimonio. Y así fue.

Eran tiempos del *boom* petrolero, de modernidad (nada que ver ahora) y de las llamadas vacas gordas. «El hecho de vivir acá no me afectó. Yo tenía que estar con mi marido y mis hijos. Se nos hizo fácil adaptarnos». La separación de otros seres queridos que dejó en su patria no le generó traumas, aunque reconoce que sí es «fuerte». Los visitó en 1995.

Pocas cosas mueven su fibra sentimental y lo deja entrever en la conversación. Se muestra seria sin perder la amabilidad. Habla poco, pero ante algo jocoso comparte su sonrisa. Atrás quedó la época de trabajar, cuando ayudaba a su esposo a atender un kiosco de periódicos en Los Cortijos, o la comida que realizaba para el pequeño local y el *pool* de dos de sus hijos. Sin titubeo alguno afirma que «me siento más venezolana que ecuatoriana». No conserva del todo las tradiciones de la tierra que la vio nacer, entre ellas el Grito de la Independencia el 10 de agosto, pero siempre está presente algún platillo típico, como la sopa de plátano verde o la guatita. El ceviche muy poco.

A su edad se toma la vida con tranquilidad y sin el estrés de las noticias y los constantes cambios que se producen en el país. Prefiere dedicar su tiempo a ir a la iglesia evangélica, religión que practica.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

NI PIZCA DE CASTELLANO

PAULA RAMÓN

«Cuando uno huye por razones políticas, cuando la huida es por la vida, uno piensa ‘voy a regresar’, creo que es una norma la añoranza de que el exilio es por poco tiempo», reflexiona Jurate Rosales desde la oficina de la revista *Zeta*, donde trabaja desde hace veintidós años. Como evidencia de tropicalización, Statkute, su apellido de soltera, está ya en el pasado de esta mujer oriunda de la región de Kaunas, al centro de Lituania.

Cuando contaba catorce años (1944), la ocupación rusa, aunada al sombrío panorama que dejaba la II Guerra Mundial, obligó a Jurate y a su familia desmembrada a errar durante seis años. Su padre y varios tíos desaparecieron en prisiones soviéticas y campos de concentración nazis.

Junto con su madre, su tía y su hermana analizaron las posibilidades de emigrar. «La opción era Estados Unidos, donde teníamos familia, u otro país donde no teníamos a nadie, y escogimos eso». Arribó en 1950. Hablaba seis idiomas, «pero ni una pizca de castellano. Tuve que aprenderlo a marcha forzada». Una década después contraía matrimonio con un venezolano.

DESDE COLÓN

Cifras oficiales dan cuenta de que Venezuela recibió entre 1948 y 1961 a unos 600.000 extranjeros. Casi 60 % provenía de España, Italia y Portugal. Cerca de 30.000 figuran en las estadísti-

cas bajo la escueta categoría «resto de Europa». Oriundas de Francia, Croacia, Polonia, Lituania y Rusia, miles de personas llegaron en pequeñas cantidades.

Reportes de 1952 revelan que la colonia de franceses sumaba 4.428 personas. Se contabilizaban 738 lituanos, 2.152 rusos, 4.170 polacos y cerca de 4.000 croatas. En los cinco casos las mayores oleadas se registraron en la posguerra.

Zdvavko Sancevic, cónsul *ad honorem* de Croacia, advierte que los primeros croatas en pisar suelo caribeño venían en los barcos de Cristóbal Colón.

En su mayoría, migración profesionalizada, y concentrados principalmente en Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Caracas y Puerto La Cruz, cerca de 5.000 croatas viven en el país, cuatro mil de ellos nacionalizados, según cálculos de Sancevic.

COMENZÓ LA VIDA

Georgi Volkov tampoco hablaba la lengua de Cervantes cuando llegó a Puerto Cabello (1948). No sabía nada de Venezuela más allá de que era un país suramericano, rico en petróleo y café.

Desde su casa en Los Palos Grandes cuenta que luego de su comienzo en la hacienda El Trompillo, su primera cama en Venezuela fue un carro en un taller ubicado en La Pastora, propiedad de un emigrante ruso llegado antes; la segunda: un par de catres militares dispuestos en una choza del poblado fronterizo de Guasualito (Apure).

Apenas tenía seis meses de edad, en 1920, cuando su familia abandonó Rusia y llegó a Yugoslavia huyendo del comunismo. La ocupación alemana en 1941 lo llevó a trabajar con pico y pala en Núremberg, pero un vago dominio de la lengua teutona le granjeó una suerte de ascenso laboral.

Terminaba el Holocausto cuando Volkov pidió permiso para ir a la frontera. A su regreso, el ejército soviético había acordonado las tierras alemanas y, temiendo represalias, escapó. Compatriotas asesinaron a sus padres y a su hermano en Yugoslavia.

En Múnich, Alemania Occidental, culminó sus estudios de odontología y se casó con una estudiante de la facultad. Esta joven, hoy bisabuela, lo acompaña.

«Nos dieron treinta y tres bolívares a cada uno en El Trompillo, con eso comenzamos». El Ministerio de Sanidad lo envió a Guasualito a trabajar como odontólogo, y luego de año y medio el matrimonio regresó a Caracas porque esperaba a Olga, su primera hija.

CULTURA Y COCINA

«Vine a Venezuela buscando un poco de olvido, paz y sabor de vida y te aseguro que encontré todo. No tengo más el aire de mi querido París ni el fascinador ambiente social tan atractivo para los turistas, pero tengo sol casi permanente, disfruto de un mar y de unas costas tan bellas y solitarias que parece que son mías», comentó Nicolas Mille en una carta a su amigo Juan en 1962, según figura en su libro *Veinte años de musiués*.

Sobreviviente de los campos de concentración, Mille se radicó en La Guaira con mujer e hijo. No se nacionalizó en los primeros años. En su misiva confiesa que entonces no se sentía apto, pero casi dos décadas de convivencia y tres hijos venezolanos tallaron su sentido de pertenencia.

La inmigración francesa no tuvo el volumen ni el impacto que lograron españoles, portugueses e italianos, como lo reseña la académica María Ramírez Ribes en su artículo *La inmigración de la Europa del Sur*, publicado en 2006.

Ramírez Ribes sostiene que pese a esto «la influencia cultural francesa fue considerable, primordialmente por el afrancesamiento de todo el siglo XIX en la vida pública y social».

El ascendiente galo en gastronomía, cultura y artes es innegable. La voz «mushiú» —criollización del término *monsieur* («señor» en francés)— que marcó la mitad del siglo XX por la continua llegada de extranjeros, la expansión de restaurantes y pastelerías con platos como *vichyssoise*, *bouillabaise* y *pâté maison*, y el aporte de artistas como Milos Jonic, Marcel Floris y Colette Delozanne lo confirman.

DE HÉROE A ARQUITECTO

Lech Adamowicz no avizó América por vez primera desde un barco ni percibió el olor del Caribe al atracar en un puerto venezolano. Un vuelo proveniente de Inglaterra trajo a Maiquetía (1948) a este capitán del Ejército polaco.

Condecorado con la máxima orden militar de Polonia por sus servicios en las fuerzas aliadas en la II Guerra Mundial y herido durante la campaña en Italia, Adamowicz recuerda que no sabía adónde ir al concluir la guerra.

«Para no caminar más, en Londres pregunté adónde ir sin que le pregunten a uno si es comunista». Un amigo le recomendó Nicaragua o Venezuela. Al instalarse aquí, sin hablar el idioma local, comenzó en la construcción. Corrían los tiempos de Pérez Jiménez y se le encargó la edificación de una suntuosa casa. Días después sabría que la quinta era propiedad «de un señor Urbaneja, ministro de Justicia», narra con voz pausada.

«Faltando dos semanas para la inauguración, vino un señor gordito y bajito a inspeccionar la obra. Era Pérez Jiménez, imagínese. Hablamos un rato, me dijo que me casara con una joven venezolana, que me inscribiera en el Ejército nacional y

que no sacara ni un bolívar del país. Una semana después me trajo la Gaceta con nacionalización, pasaporte y cédula».

EL RETORNO

Croacia ha registrado un mínimo regreso de la tercera y cuarta generación de padres croatas, pero nacidos en Venezuela, para trabajar en el área turística, asegura el cónsul de la nación europea. Georgi Volkov no habla de volver. Bromea sobre exportar café señalando las plantaciones del jardín de su casa. Lamenta que a los hijos y a los nietos ya no les interese «el tema ruso», y entre matrimonios y apellidos el mestizaje ha hecho lo suyo.

Zbigniew Salyga, cónsul de Polonia, descarta un movimiento migratorio a la inversa. En reuniones de inmigrantes puede corroborarse que hay algo de temor hacia la implantación de modelos socialistas, pero predomina el sentido de pertenencia hacia Venezuela.

Cerca de 3.000 polacos se mantienen en el país, afirma Salyga, y las inmigraciones más recientes cuentan con arribos como el de músicos contratados en los 70 para la Orquesta Sinfónica de Maracaibo.

«En la huida todo es duro. Por más que uno se integre hay que tener la valentía de aceptar que ya no soy de allá, pero tampoco soy plenamente de acá; uno es extranjero en ambos lados», reflexiona Jurate Rosales, y acota que la solución es asimilar que «soy el producto de donde vine y de donde viví, me tomas o me dejas, no voy a cambiar».

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

UN LIBRERO URUGUAYO QUE ES COMO DE LA CASA

UBALDO ARRIETA

Pensamiento, tesón, búsqueda de oportunidades, construcción de un futuro estable, resguardo de ideales y sueños. Los anteriores son todos conceptos que resumen la realidad de quienes en varias etapas llegaron aquí procedentes de lo que se ha conocido como el Cono Sur del continente americano.

Chilenos, argentinos y uruguayos echaron raíces en Venezuela, movidos por razones y necesidades diversas, urgencias y aspiraciones, motivaciones y temores.

Al norte de Suramérica consiguieron, entre los años 60 y 80, abrigo, estabilidad democrática y una economía que aún con sus altibajos permitía planificar una mejor calidad de vida.

Así se conjuga pasado y presente en la vida de un profesor de historia nacido en la periferia de Montevideo, Uruguay. Sus sueños de igualdad de la patria oriental se estrellaban con un poder que paulatinamente mostraba fauces de terror y hasta de muerte para quienes luchaban contra un sistema injusto.

Y ese profesor cambió la docencia de textos y relatos que daban cuenta de un pasado donde el protagonista de muchos capítulos era el libertador José Gervasio Artigas, por libros que, reunidos en varias temáticas, alimentaban el conoci-

miento de venezolanos en universidades y medios de comunicación.

En 1975 Esteban Brassesco llegó a Caracas en avanzada solitaria que dejaba atrás una mujer y cinco niños pequeños, cuatro varones y una hembra, aventado él a la diáspora, más que por dificultades económicas por la amenaza totalitaria militar que por esos años se posesionaba del poder en Uruguay.

La prisión, cuatro años antes, le advertía a Esteban, nuestro librero de todas las semanas en las salas de redacción, que el porvenir no era halagador para un gremialista como él, con vínculos tupamaros, ni para su familia.

Aquel año recaló en una pensión de Guaicaipuro, y por conocer el oficio de librero, poco a poco, y apoyado por la solidaridad venezolana hacia quienes llegaban aquí arrojados por las adversidades, logró que a los seis meses arribaran acá María, su mujer, sus cinco hijos, encabezados por Estela, de entonces quince años, y Daniel, Pablo, Javier y Martín.

Un pequeño apartamento en La Pastora fue el primer hogar en Venezuela de los Brassesco, y periodistas de *Últimas Noticias* y de las publicaciones de la Cadena Capriles los primeros compralibros de Esteban, a quien la venta a crédito y la buena paga le permitieron sembrar acá la familia que alguna vez soñó hacer crecer en Uruguay.

Es así como los Brassesco conforman uno de los núcleos hogareños de la colonia de uruguayos en Venezuela, compuesta por 16.000 personas aproximadamente, cifra a la que se deben agregar los hijos que nacieron aquí y que por la Constitución de la República Oriental del Uruguay también son nacionales de ese país.

Las principales oleadas migratorias desde ese país hacia Venezuela tuvieron lugar tanto en los años 60, que fue funda-

mentalmente una de carácter económico, como en la década de los 70 y parte de los años 80, que fue netamente de origen político pues se produjo durante la dictadura militar que se extendió de 1973 hasta 1984, y fue la época en la que se produjo la insurgencia de la guerrilla tupamara y la transición del Gobierno de Juan María Bordaberry a las juntas militares.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007



«EN SIRIA SOY MOHAMMED Y AQUÍ ME DICEN MANUEL»

GABRIELA IRIBARREN

Apenas terminó el servicio militar, Mohammed Zughbi se vino de la región oriental de Siria para Caracas, donde ya estaban su padre y un hermano menor, quien por cierto falleció en la isla de Margarita.

Llegó en marzo de 1976, con veintitrés febreros auestas, para seguir los pasos de su progenitor, quien era comerciante. Gastó la suela durante siete años, primero como zapatero ambulante y luego como marchante de telas. Iba de calle en calle por Cúa, Charallave y zonas circunvecinas. Al principio le costó aprender el idioma. «Hacía señas con las manos para que me entendieran», dice.

A los ocho meses de estar en Venezuela se trajo a su esposa, con quien procreó cinco hijos. Cuando reunió una platica montó una zapatería, luego un abasto, una venta de morrales y finalmente un restaurancito de comida árabe en el bulevar Panteón, donde «también vendemos platos criollos y mixtos»,

recalca, para luego chistar por su identidad: «Mi nombre es Mohammed, pero aquí me dicen Manuel».

Como buen musulmán carga una camándula en el bolsillo, es apasionado del Corán y lleva a Dios «en el corazón, le pido ayuda todos los días del mundo».

A su familia le encanta este país y sus delicias (con la obligada excepción del cochino), al punto de que «mi esposa hace hallacas en diciembre». Lo único malo —se lamenta— es la inseguridad. «Me han atracado cinco veces, cuatro de ellas con pistola. Si aquí hubiera seguridad este sería el mejor país del mundo», remata.

UNA «BAISANA», PERO CRISTIANA

«He ido a Siria unas doce veces y la verdad es que, aunque me gusta, me siento más criolla que la caraota negra; aquí crecí, aquí me casé y aquí he vivido prácticamente toda mi vida».

Así se expresa Yaneth Rajbe de Akel, quien llegó a Venezuela en 1932, con apenas siete años, después de un aparatoso viaje de tres meses en barco. Es la mayor de siete hermanos. Sus padres —Elías y Sayud— habían salido de Aleppo, la segunda ciudad de Siria, con sus tres hijos y otro en el vientre.

«Las cosas al principio no fueron fáciles, papá y mamá no hablaban el idioma. Llegaron con cuatro hijos y poco dinero, papá se dedicó a trabajar en carpintería y ebanistería, pero le costaba mucho conseguir trabajo», recuerda.

Sin embargo, no todo era malo para la familia Rajbe. «A mi mamá le encantó el clima desde el principio y el hecho de que la religión predominante fuera la cristiana, porque en Siria 80 % de la población —en ese entonces— era musulmana».

Por varios años vivieron en La Victoria. Cuando Yaneth tenía trece años la familia se mudó a Chacao, donde montaron

una tienda de telas, zapatos y variedades. Para ese entonces la familia Rajbe contaba con cinco hijos. Los Rajbe mantuvieron muchas de las costumbres de su Siria natal. «Todos los hermanos hablamos y escribimos el idioma; en nuestras mesas es común contar con platos árabes, como kibe, falafel, tabule, humus, shawarma y los tabaquitos de parra. Pero tampoco falta una arepa, chicha o la hallaca navideña».

Afirma con orgullo que vinieron a este país para quedarse. «Somos venezolanos porque esta tierra nos acogió desde hace más de setenta años».

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

LOS SURCOREANOS SON MUY «PICANTES»

JOHANNE BETANCOURT

El año 1964 fue de prosperidad en Venezuela. El Gobierno de «ancha base» que recién encabezaba Raúl Leoni impulsaba el desarrollo del sur mientras levantaba grandes obras de infraestructura en todo el país, había una moneda estable y un alto promedio de producción de petróleo, un contexto que atrajo la mirada de los ciudadanos del mundo, entre ellos la del primer surcoreano que escogió vivir en estas tierras.

En esa época, Hoe Chiong tenía veinticinco años, era licenciado en Diplomacia y trabajaba en el Ministerio de Transporte en Seúl, despacho que dedicaba su labor a la modernización del sistema férreo, reemplazando las locomotoras por trenes que funcionaban con diésel.

PA' MARACAIBO ME VOY

Por petición de sus jefes, Chiong concursó por una beca de la Unesco para estudiar en el exterior. El destino que eligió fue la Universidad del Zulia para formarse como ingeniero de petróleo, «porque en Corea no se sabía mucho de eso». Él recuerda que al bajar del avión el 18 de febrero de 1964, en el antiguo aeropuerto Grano de Oro, sintió que «aquello era un horno».

Cuenta que la Unesco costeaba sus gastos personales y que la universidad tenía una oficina de servicios estudiantiles donde adquiriría ropa y libros. Cinco años después se graduó de ingeniero y comenzó a trabajar en Chevron. Con la nacionalización del petróleo en 1976, formó parte del equipo de Corpoven hasta que fue jubilado en 1997. «Yo me convertí en maracuchos», confiesa orgulloso el pionero. Dice que su esposa y sus dos hijos también son maracuchos, aunque les gusta visitar con frecuencia a sus abuelos y tíos en Seúl. «Llegué con la idea de que, ya que estoy en Venezuela, tenía que ser como los maracuchos, como los venezolanos; no fue difícil porque en Corea a la gente le gusta conversar y echar bromas. Los coreanos son muy parecidos a los latinos, son los latinos de Asia y les encanta un bonche».

Actualmente, Chiong preside la Asociación de Coreanos y la Cámara de Empresarios de Corea del Sur en Venezuela. Según los registros oficiales que maneja, la colonia de surcoreanos reúne a doscientas personas, pero tiene información de cuarenta paisanos más que viven en el país con quienes todavía no ha tenido contacto.

La mayoría de los surcoreanos vive en Caracas, pero algunos se establecieron en Maracay, Puerto Ordaz, Valencia, Puerto La Cruz y Margarita. Muchos de ellos llegaron a la isla neoespartana como pescadores hace quince años y, una vez que decidieron quedarse, se dedicaron al comercio u otras actividades. Unos pocos trabajan en empresas como Hyundai, Samsung o LG.

KIMCHI Y ARROZ NO FALTAN

Movidos por el interés de conocer las costumbres y tradiciones de Corea, llamamos al embajador de la nación asiática en

Caracas, Shin Soong-chull, quien nos invitó a degustar las delicias típicas de su patria.

Así llegamos a la casa del señor Kim, el único que prepara en Caracas la comida tradicional de Corea. La residencia es un lugar acogedor ubicado en Los Palos Grandes, donde solo atienden por reservación a los comensales de la pequeña colonia.

Llegamos en medio de un helado y soberano palo de agua, pero no tardamos en entrar en calor cuando nos sirvieron el mundialmente famoso *kimchi*.

Es una comida preparada con vegetales, como repollo y nabos fermentados y adobados, con mucho picante. Es rico en fibra y bajo en calorías y colesterol. Todos los vegetales con los que hacen el *kimchi* se sirven en el centro de la mesa y se comen con palitos. Para acompañar el delicioso abreboca, también sirvieron algas marinas y *bulgogi* con pulpo y carne de res. Este plato consiste en saltear la carne con una gran variedad de vegetales. El embajador Shin comentó —y claro que lo comprobamos— que la mayoría de los platillos son muy picantes porque usan como ingrediente primordial los pimientos rojos. Nos dijo que el *kimchi*, la sopa y el arroz blanco nunca faltan en la mesa y que «un poco de *kimchi* al día mantiene alejado al doctor», citando un refrán de su tierra.

Unyong Oh, cónsul y agregado cultural de Surcorea, quien apenas tiene un año en el país, habló de otros platos como el *jeonju bibimbab*, que es arroz mezclado con más de treinta vegetales diferentes, y el famoso *tteokbkgi*, un plato popular de las calles de Seúl. Recordó que además de las bondades culinarias, Corea del Sur también se ha dado a conocer como potencia en tecnología automotriz y por ser la cuna del taekwondo.

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

CHINOS SE FAJARON CON LA PLANCHA

ELIGIO ROJAS

Cuentan que un chino estaba en un cementerio postrado ante la tumba de su pariente ofrendándolo con un puñado de arroz. En eso pasó otro deudo con un ramo de flores que al ver aquella escena y burlándose del chino le dijo: «No seas tonto, dime, ¿tú crees que ese muerto se va a levantar de esa tumba a comerse ese arroz?». El chino se le quedó mirando y le respondió: «Sí lo haré: el día que tu difunto se levante a oler esas flores que le vas a poner».

El cuento lo echaba Argenis Daza Guevara en la Escuela de Comunicación Social de la UCV para explicar cuán separados estamos en las formas de pensar, tanto quienes viven de este lado del mundo como los que viven del otro.

Saltando esas diferencias culturales, cruzando estepas y vendavales, los chinos llegaron a Venezuela desde hace 150 años. Así lo dicen muchos ancianos que asisten al Club Social China-Venezuela que queda en El Bosque, detrás de Fedecámaras y a un costado del Partido Copei.

Los chinos que hacen mercado los domingos allí, en la cancha techada del club, hablan poco. Separan ramitas, pesan frijolitos, despresan cochino y calculan que suman 140.000 los nativos de China que viven en Venezuela, mayormente en Caracas, Maracay, Barquisimeto, San Fernando de Apure y Valencia. «En cualquier rincón hay un restaurante chino o un

supermercado», dice una señora con los ojos achinados, pero con acento criollo, al momento de canjear unas legumbres.

En las oficinas del club nos enseñan unas máscaras de cabezas de leones y dragones guardadas en los armarios del gran salón. Son las que suelen usar para recibir el año nuevo chino que en el 2008 tocará exactamente el 7 de febrero, «cuando cae la luna llena». Los temidos leones y dragones son animales que traen suerte. Con esas máscaras también juegan el 1.º de octubre (Día Nacional de China) y el 1.º de mayo (Día Internacional del Trabajador).

MÁS CALIENTES QUE...

Los primeros chinos que llegaron a Venezuela se dedicaron a cultivar legumbres y al lavado y planchado de ropa. «Costaba un bolívar el lavado y planchado», dicen en el club. Todo el día las planchas tallaban camisas y pantalones, prestándole al venezolano un servicio y regalándole un nuevo refrán: «Más caliente que plancha 'e chino».

Una segunda oleada de chinos se dedicó a montar cafeterías que luego dieron paso a restaurantes donde sirven el arroz compuesto, costillitas, sopa de wantón y la crujiente lumpia.

INCIENSO CON ARROZ

No andan con anchos sombreros como se ven en viejas películas, pero se trajeron la costumbre de quemar incienso, tomar el té y comer arroz. Algunos se visten con camisas cuello Mao, que hacen honor a Mao Zedong, creador en 1949 de la República Popular China inspirado en el comunismo, con su «revolución cultural» y la repartición de tierras. A sus muertos los velan como aquí, pero además del Cristo algunos colocan una imagen de buda.

GÓMEZ LOS AMABA

En otro salón del club resalta la estampa de Jiang Zemin, el líder que rigió los destinos de China desde 1993 hasta 2003. «Él vino aquí en 2001», apunta una de las secretarías del club.

Otro oye que están hablando de política y se mete en la conversa para recordar que «Juan Vicente Gómez fue un presidente muy cariñoso con los chinos porque no eran ladrones y trabajaban mucho».

«ME DICEN WILLIAM PUES MI NOMBRE ES DIFÍCIL»

Tenía veinticuatro años cuando pisó tierra venezolana por los lados de La Guaira en 1955 (ahora recién cumplió setenta y seis). En la provincia de Guangdong había dejado una vida de abandono por parte de su padre biológico para echar suertes con un pariente que lo adoptó y lo puso a trabajar en la Cafetería Dolores de la Baralt, cobrando cien bolívares cada mes. Su nombre de pila es Chun Ting Chang, «pero aquí me dicen William Chang porque mi nombre es difícil». Ocho años después de instalado en Venezuela, llegó su esposa, con la que procreó tres hijos que se establecieron en Valencia por cosas de negocios. En esos tres años que trabajó en la cafetería del papá adoptivo también pudo estudiar dos años en el Liceo Francisco Pimentel. Con el tiempo fundó un abasto en la avenida Nueva Granada que fue saqueado en 1989 cuando aquella turbulencia social. «Después de eso lo vendí». Ahora, William Chang vive de las rentas, se levanta tempranito, toma el té con su esposa y sale por un café debajo del elevado de la Nueva Granada, donde muchos de sus paisanos concurren. «En las tardes estoy en el Club Chino. Allí soy un supervisor».

Últimas Noticias, 16 de septiembre de 2007

UNA ISRAELÍ CAUTIVADA POR EL TRÓPICO

HILDA CARMONA

«Cuando llegué a Venezuela era de noche. Tras doce horas de viaje en avión me sentía agotada. En Maiquetía no había forma de conseguir un carrito para las maletas y me acosté en el piso con todos mis peroles y mi hijito encima. Al rato me rodearon varias personas que me hablaban y sonreían. Yo solo contestaba las sonrisas porque no entendía ni papa del español. Me levantaron, me trajeron un refresco y me ayudaron hasta que pasé la aduana y salí. Fue mi primer contacto con la hospitalidad venezolana. Mi marido nos esperaba y agarramos la autopista. De repente, aparecieron unas montañas cubiertas por miles de lucecitas. Era una visión mágica, creí que estaba en el país de las hadas... Me dijeron que eran ranchos, pero nunca había visto nada parecido y no podía imaginarme cómo eran de día».

Así recuerda Kristina Ber de Da Costa Gomes sus primeras horas en suelo criollo, hace treinta y dos años. Con dos maletas, su bebé de meses, cien dólares, un título de arquitecta y muchas expectativas, había viajado desde Suiza para encontrarse con su esposo.

Atrás quedaban su natal Polonia y su patria ancestral: Israel. Sus padres, ambos médicos, experimentaron los horrores de la II Guerra Mundial y sobrevivieron al Holocausto porque saltaron del tren que los llevaba a un campo de concentración.

Al terminar la guerra, Polonia quedó bajo dominación soviética. Tras morir Stalin, se abrieron las fronteras para los judíos y su familia decidió emigrar a la tierra prometida.

Kristina tenía nueve años cuando llegó a Israel y comenzaron a llamarla Krina. Ya había escrito algunos poemas en polaco, pero su precoz vocación literaria se bloqueó por el choque que significó aprender hebreo. «Además, crecí sin saber que era judía, porque mis padres, por temor al antisemitismo, nunca me lo dijeron».

Pero se adaptó rápido, estudió bachillerato y cumplió servicio militar en la Fuerza Aérea israelí. Tenía veinte años cuando obtuvo un cupo en la Universidad de Lausana, Suiza. Allí conoció a su gran amor, Fernando, un portugués talentoso y entusiasta que había llegado a ese país como refugiado, huyendo de la dictadura de Salazar. Ambos se graduaron *summa cum laude* en Arquitectura y se casaron. Pero en Suiza los inmigrantes no podían trabajar. «Un venezolano, compañero de estudios, nos habló maravillas de este país que ofrecía libertad y oportunidades para todos. Y sin pensarlo mucho, nos vinimos».

Un apartamento alquilado en Chacaíto fue el primer hogar del matrimonio. «Venezuela era un país exuberante, muy verde, pero me sorprendió la enorme diferencia entre clases sociales y el pocotón de rejas en casas y edificios».

A la semana de haber llegado, consiguió empleo y empezó a gerenciar importantes proyectos arquitectónicos. Hoy la pareja tiene su propia compañía.

ENAMORADA DEL ESPAÑOL

Israel es un país de inmigrantes. Por eso es «natural» que los israelíes sean políglotas. Krina habla polaco, hebreo, francés, inglés, portugués y español, pero está enamorada de esta última lengua que la reconcilió con la literatura.

Comenzó a escribir cuentos en el año 2000, tras asistir a un taller en la UCAB. Luego hizo una maestría en Literatura en la UCV. Ha recibido importantes premios, entre ellos el primer lugar en el Concurso de Cuentos de El Nacional 2007. «El hebreo es un idioma-milagro, una lengua resucitada y muy versátil, pero el español es maravilloso y es quizás lo que más me une a Venezuela», afirma.

Aunque no cumple con las tradiciones religiosas, Krina celebra algunas fiestas y no falta a la cena familiar del *shabat* los viernes. Se considera indiscutiblemente israelí y vincula su ética de vida con los valores profundos del judaísmo, como el afán de crear continuidad en sus relaciones y «no pedirle nada a Dios, sino agradecerle por cada día de vida». Sus hijos Álex y Alan estudiaron en el Colegio Hebraica, dominan el hebreo e hicieron la ceremonia del bar mitzvá en el Muro de los Lamentos de Jerusalén.

Pese a que ama Venezuela, tanto que se nacionalizó en 2004, Krina Ber siente nostalgia por Israel, donde residen su único hermano, sus sobrinos y sus panas del liceo con quienes aún se comunica. Cada vez que oye noticias sobre conflictos en la zona se le acelera el corazón y se pega a la TV. «Añoro Israel. Con todos sus problemas, es un país formidable. La vida es muy intensa en cultura y debate. Allá el socialismo se traduce en servicios públicos, conciencia comunitaria y, sobre todo, ética de trabajo», afirma.

MAC, UN CHINO CON AMIGOS VENEZOLANOS

GUSTAVO MÉRIDA

Tiene veinte años viviendo en Venezuela, come con tenedor y le gustaría vivir en Ecuador. Quiere ir a China, pero no puede «porque las vacaciones son muy cortas». Es Mac, jefe de mesoneros de un restaurante chino.

Primero que nada, debo aclarar dos cosas: una, que a este amigo oriundo de China no le gusta que le digan «chino», con el tonito ese. Y la segunda, que luego de varios minutos de reflexión (no muchos) después de escuchar la grabación, decidí transcribir ajustándome al modo de hablar de Mac. Esto, estimados y estimadas, no tiene ninguna intención de burla. Al contrario. Digamos que la irreverencia no es irrespeto. Ser irreverente, o no, es un asunto que puede, y debe, tener muchas lecturas. Pero el respeto no se discute. No es un irrespeto transcribir al pana Mac tal cual habla, porque eso no es una limitación. El tipo está claro.

—*¿Cuánto tiempo tienes en Venezuela?*

—Veinte años.

—*¿Por qué te viniste?*

—Porque mi tía, mi familia está ahí antes.

Mac se levanta de la mesa. Es el jefe de los mesoneros en este restaurante, obviamente, chino. Pero hoy no hay mesoneros, «hay unos muchachos que están libres y otros descansar». Restaurante chino, trabajadores chinos. Veo que descargan dos pacas de arroz. Mac atiende a los clientes. Así, es muy difícil entrevistarlos. Son las tres de la tarde y sigue llegando gente a comer. Al principio, Mac pensaba que yo le estaba pidiendo publicidad. «¿Revista? Eso es con la dueña», me dijo. «No, Mac, es una entrevista para una revista, es contigo con quien quiero hablar. Es una revista nueva, sale los domingos».

El fondo musical es de Los Beatles. Mac, de reojo, mira las notas que tomo, las preguntas que preparé. Le pregunté si desconfiaba, dijo que no. La entrevista no puede continuar. Quedamos en intentarlo al día siguiente. «Si no, vamos una cosa: ¿en la mañana sí puede?», me pregunta Mac. «Claro», respondo. Le pregunto la hora, me dice la hora. Usted ahora debe imaginar que me voy. Que pasa el resto de la tarde, la noche y la mañana del otro día. Y que vuelvo al mismo sitio a encontrarme con Mac.

—*¿Sientes que los venezolanos nos burlamos de los chinos?*

—No hay tanto. Hay, hay. Es un poco difícil, vale, porque hay una persona que habla con usted y usted no entiende y no viene más, pues, Así, así.

—*¿Y en los veinte años que tienes aquí, siempre has trabajado en...?*

—No. Tiene como diez años trabajando en restaurante.

—*¿Y antes?*

—Vendedor, quincallería, supermercado también... trabajando en eso.

—*¿Tú viajas todos los años a China?*

—No. Si te gusta porque toda mi familia está allá, lo que

pasa es que no tengo tiempo, porque las vacaciones son muy cortos, son quince días, no alcanzan.

—*¿Es cierto que en China se come perro?*

—No. Hay un parte, sí, no todo.

—*¿En dónde?*

No sé. Tú sabes que en China son muy grandes.

—*¿Por qué las cervezas siempre están frías en los restaurantes chinos?*

—Yo no tengo idea. Hay mucha gente me dice que la cerveza más fría es un restaurante chino. No sé por qué.

—*¿Tú sabes kung-fu?*

—Nada. Ni karate.

—*¿Cuando comes, ¿usas los palitos?*

—No. Tenedor. Cuando se llegó aquí a Venezuela, ya la costumbre con el tenedor y cuchara.

—*¿Te gustaría irte a otro país?*

—Sí.

—*¿A cuál?*

—Por ejemplo, me gusta en Ecuador. Me encanta. Estuve como tres meses, visitando a un amigo, un paisano de allá.

—*¿Y ese paisano te ha visitado aquí?*

—No, porque hay un negocio, no se puede.

—*¿En cuánto tiempo aprendiste español?*

—Lo que pasa yo no estudio, yo no estudio. Yo tengo casi veinte años nunca yo estudio. Lo que pasa yo a veces, como una persona, «mira Mac, ¿quién enseña a usted a hablar español?». Como yo casi todos mis amigos, la mayoría son venezolanos, pocos amigos son chinos, entonces tú sabes, sales con él, todos hablan español, entonces ellos me explican a mí, me enseñan a mí, porque la primera mis mujeres son venezolanas, me explicaban a mí la cosa, así.

—*¿Y cuánto tiempo duraste con la primera?*

—No mucho tiempo.

—*¿La segunda?*

—Ocho, nueve años.

—*¿Quién escoge la música?*

—Yo.

—*¿Si te hubiese tocado votar, por quién lo habrías hecho?*

—Mira, para mí... yo soy un, la medio. Del medio. Ninguna oposición, ninguna chavismo.

—*¿Algo más que quieras decir? ¿Un mensaje?*

—La mensaje, la mensaje... aquí en el país falta muchas cosas.

—*¿Cómo qué?*

—Lo primero, seguridad. Eso es más importante que todo. Para extranjeros, para venezolanos... la seguridad.

Ok, pana, yo lo pongo.

Revista Épale CCS, 28 de octubre de 2012

CARACAS POR PRIMERA VEZ

SERGIO DAHBAR

Desde hace cuarenta y seis años pienso una y otra vez en el día en que llegué a Caracas. Mi madre y yo abandonamos Buenos Aires con cierto alivio, después de soportar uno de esos veranos que azotan la capital argentina con una humedad criminal. Un avión *lechero* de Pan American se detuvo en Santiago de Chile, Lima, Quito y Bogotá, antes de aterrizar en Maiquetía. Yo era delgado y tenía diecisiete años y no veía con felicidad mi nuevo destino en el Caribe, porque mis amigos de bachillerato eran un afecto demasiado importante en ese momento y Córdoba se había transformado por mis afectos en la única ciudad donde sabía moverme a mi antojo, como pez en el agua. Sin olvidar que me había enamorado de Celina.

Mis padres decidieron abandonar Argentina después de soportar años de incertidumbres económicas, políticas y militares. Querían probar otro destino, apostar por la estabilidad de una vida sin sobresaltos, como sus padres que habían salido de Italia, España y Siria, en busca de territorios remotos, siempre en el Nuevo Mundo.

Subimos por la autopista de La Guaira al atardecer, y la noche me agarró en Caracas, con cierta nostalgia. Al día siguiente salí a conocer la ciudad con Fabregat, un amigo de mis padres. Caminamos largo rato por avenidas y calles que des-

conocía, hasta llegar al cruce de la avenida Libertador con la avenida La Salle. Allí (y que nadie me pregunte por qué) me sentí profundamente extraviado, sin norte, en un territorio desconocido. Comprendí de golpe que debía aprender todo de nuevo, como si hubiera perdido la memoria, porque era un «recienvenido» (Macedonio Fernández *dixit*) y me sentía tan ajeno al mundo que me rodeaba como la primera vez que abrí los ojos.

En ese instante recordé una anécdota que le había ocurrido a mi padre al llegar a Venezuela, dos años antes. Se encontraba en una esquina de la urbanización Bello Campo, esperando a Fabregat. De pronto apareció un moreno grande como un clóset, agitado. La acera temblaba con sus pasos. Traía una virgen de plástico, del tamaño de una niña de diez años, bajo el brazo. Con un gesto tierno, imposible de adivinar en esa humanidad, se la entregó a mi padre, para que la cuidara mientras volvía más tarde a recogerla. El desconocido jamás regresó. Mi padre guardó por muchos años la virgen (que era espantosa) como un amuleto de sus primeros días en Venezuela. Llegar a un país es mucho más que poner los pies sobre la tierra.

En Caracas me esperaban los hijos adoptivos de una mujer china que nunca pude olvidar. Era alta, misteriosa y atractiva, una de esas bellezas que en la adolescencia de todo hombre adquieren rango de excepcionalidad. Era la punta de un iceberg que yo quería descubrir solo y a todo riesgo. Era amiga de mi padre y eso sin duda despertaba en mí una curiosidad enferma.

Su hija, una rubia que cuidaba el cuerpo como si fuera el último tesoro del Amazonas, llegó a competir en el certamen Miss Venezuela. El varón era un moreno delgado, de rasgos finos y elegantes. Ambos me aguardaban, por estricta orden de

su madre, para presentarme a sus amigos y compartir las noches de un diciembre que nunca olvidaré. Érika y Ariel eran sus nombres, mis primeros amigos venezolanos de toda la vida.

Esas noches de diciembre, con mi tristeza a cuestas, fueron inolvidables. Descubrí a Héctor Lavoe y entendí que no sería fácil adaptarme a un país donde mis nuevos amigos bebían whisky como irlandeses y patinaban hasta la madrugada. Yo odiaba el alcohol y no estaba dispuesto a que fuera una seña de mi identidad. Tampoco sabía patinar.

Mentiría si dijera demagógicamente que sí, que al llegar a Venezuela tuve el palpito de que esta sería mi patria. Esas nociones se construyen con el tiempo y con las experiencias cotidianas que se acumulan como señas de identidad. Señas que son diferentes para cada ser humano y que sin duda resultan intransferibles.

En la película argentina *Un lugar en el mundo*, del realizador Adolfo Aristarain, Ernesto, uno de los personajes centrales, pregunta frente a la tumba de su padre: «Me gustaría que me dijeras cómo hace uno para saber cuál es su lugar en el mundo». Y se responde: «Supongo que me voy a dar cuenta cuando esté en un lugar y no me pueda ir».

RUSIA Y UCRANIA CONVIVEN EN CATIA

JONATHAN GUTIÉRREZ

I

**NICOLÁS: IGLESIA ORTODOXA RUSA
DE LA CALLE EL CLUB**

—Verga, güevón, Putin está bombardeando Ucrania —grita desde la calle un cliente que espera turno para su corte de cabello, recostado sobre un carro Toyota rojo, a las afueras de la barbería de la calle El Club de Altavista, en Catia.

Aunque el barbero Giovanni Rosadoro falleció hace dos años, los vecinos aún llaman al local «la barbería del italiano», un negocio con más de seis décadas que es una referencia del barrio y centro de reunión.

Las noticias que llegan de Europa del Este, al otro lado del Atlántico, parecen lejanas: el 24 de febrero las tropas rusas traspasaron las fronteras de Ucrania y comenzaron un ataque militar a su territorio. Pero a tan solo unos metros, en la misma calle El Club de Altavista, al oeste de Caracas, Rusia está muy presente.

Un portón azul claro, un cartel con el mensaje «por favor: no estacione» y un grafiti en el muro frontal son la antesala a la casa de los Hartmann y la iglesia ortodoxa rusa más antigua de la capital venezolana.

En Altavista, en las laderas montañosas de Catia, Konstantin von Hartmann, un aristócrata ruso de origen alemán, construyó en 1947 una capilla ortodoxa hecha de madera en un espacio aledaño a su casa.

Setenta y cinco años después, del fondo del patio de la misma casa, aparece un señor alto, muy delgado, de tez blanca y ojos claros. Es Nicolás Hainal Hartmann, ruso-venezolano de sesenta y nueve años, nieto de Konstantin von Hartmann.

—Trampa, deja de ladrar. Trampa, ya, ¡ya! —Nicolás reprende a una perra grisácea que es su compañera y guardiana. En segundos, Trampa deja de ser temible y comienza a menear la cola mientras su amo abre el portón.

A Nicolás le dicen «el Ruso». Es uno de los rusos o hijos de rusos que aún quedan en Catia.

Luego de la Segunda Guerra Mundial decenas de rusos escaparon del terror del régimen comunista soviético de Stalin, recorrieron medio mundo y se establecieron en Venezuela.

Altavista fue el lugar de acogida de muchos en Caracas. Unas 300 familias provenientes de Rusia se establecieron entre 1945 y 1960 en la zona.

También llegaron inmigrantes provenientes de toda Europa que huían de la precariedad de la posguerra o de regímenes totalitarios.

—Le decían la «Pequeña Europa». No solo había rusos: también ucranianos, polacos, húngaros, checoslovacos y lituanos, entre otros extranjeros de países europeos que vinieron acá, entre ellos muchos italianos, y eso se nota en algunas construcciones —cuenta Nicolás.

El nieto de Von Hartmann habla pausado y camina lento, cruza el patio que divide la casa del santuario. Abre un portón de madera, se detiene debajo de la imagen de una Virgen que

se alza sobre el umbral, se da vuelta y la señala con el dedo índice hacia arriba:

—Esta es la Virgen del Manto Protector, la santa patrona de esta casa de Dios. Esta es la Iglesia Ortodoxa Rusa de la Santísima Virgen del Manto Sagrado, «Pokrov» en ruso. Está levantada sobre la que edificó mi abuelo. La original se cayó.

Los Von Hartmann —Konstantin, su esposa Nina Ingistoff von Hartmann y sus hijos Lila, Tatiana, Irene, George y Sviatoslav— fueron de las primeras familias rusas que llegaron a Altavista en 1946. Como la comunidad rusa crecía, se propusieron hacer una iglesia.

La primera capilla se construyó con madera de cajas de embalaje que traían del puerto de La Guaira; eran cajas que se desechaban y los Von Hartmann las aprovechaban. La puerta del altar de la nueva iglesia aún conserva partes de esa madera.

Hace unos veinte años, el gran árbol que estaba en el jardín, tras una fuerte ventisca, cayó sobre la capilla de madera y la destruyó. Desde entonces el señor Nicolás y su tío, George von Hartmann, se propusieron reconstruir el templo que es legado de su familia.

—Comenzamos hace quince años, poco a poco, ladrillo a ladrillo, porque es un trabajo costoso y que requiere dedicación.

El templo resalta entre las casas colindantes. Es una arquitectura distinta incrustada en el corazón de Catia.

—Esa iglesia parece como esas cabañas que dibujan en los cuentos —dice Antonia Zambrano, vecina de la calle La Colina desde hace más de cuarenta años, quien cada vez que pasa por el frente se detiene unos segundos a contemplarla.

Un detalle devela el sincretismo en la fe: en la parte exterior del templo la imagen de la Virgen de Coromoto, patrona de

Venezuela, se ubica bajo la cruz ortodoxa rusa de ocho brazos, símbolo de la cristiandad de los pueblos eslavos, que se alza sobre «la iglesia de los Hartmann», como la llaman los rusos de Altavista.

El templo está bordeado por una línea de arbustos y matas. Luz Marina Pinzón, colombiana oriunda de Bucaramanga, vecina de Altavista y colaboradora del señor Nicolás, recoge en un tazón frijoles tiernos de una mata de quinchonchos.

—Los voy a cocinar para el almuerzo —dice Luz Marina.

Un aroma a limón impregna el patio y es señal de que el árbol ubicado en una esquina de la iglesia está cargado a reventar de frutos de un verde brillante que lo adornan como bambalinas.

En un lateral izquierdo del patio, el tronco de un enorme árbol yace acostado, convertido en base de materos de los que sobresalen hojas y pequeñas flores silvestres.

—Ese fue el árbol que destruyó la capilla original que construyó mi abuelo Von Hartmann.

El prefijo «von» que acompaña el apellido Hartmann del abuelo Konstantin corresponde al título nobiliario, era barón, el barón Von Hartmann.

—Pero el título nobiliario lo mantuvieron solo mis tíos y mi madre, nosotros los nietos ya no lo heredamos.

La renovada iglesia es más grande y tiene una cúpula de teja. Pero Nicolás desde el año pasado se quedó solo en la tarea de la reconstrucción. Su tío George von Hartmann, conocido y apreciado médico vecino de Altavista, falleció el año pasado. George era hermano de la madre de Nicolás.

—Soy hijo de Tatiana Hartmann Ingistoff, nacida en Rusia. Mi padre se llamaba Simón Hainal, de ascendencia yugoslava-húngara. Elizabeth, Tatiana y Erik son mis hermanos, las dos

mujeres fallecieron. Quedamos Erik, que es médico oftalmólogo y vive en Estados Unidos, y yo.

La muerte de su hermana Tatiana fue un hecho trágico que marcó la vida de la familia y de Altavista. Era modelo, una mujer muy hermosa, «la rusa bella» le decían.

A Tatiana la mató un policía en el Country Club. Era novia de Diego Rísquez, el cineasta e hijo del doctor Rafael Rísquez Iribarren, médico y presidente de la Academia Nacional de Medicina de entonces.

—Diego Rísquez venía casi a diario desde su casa en el Country Club hasta Altavista a buscar a mi hermana Tatiana en moto. En una de esas idas al Country pasaron frente a la Embajada de España, fue un hecho confuso, al parecer hubo un cambio de guardia, un policía inexperto dio la voz de alto, no se detuvieron y disparó. Eso fue en la Semana Santa de 1972.

Una reseña de prensa de la época relata el suceso: «Catia se iluminó de manera especial durante el triste velatorio de Tatiana Hainal Hartmann en la iglesia ortodoxa rusa, fundada por su familia, una de las tres de la zona. Motorizados de toda la ciudad le hicieron cortejo. A los días siguientes, hubo una gran marcha repudiando el hecho».

Aunque la reconstrucción del templo aún no termina, en la iglesia se ofician liturgias y es usada por los rusos ortodoxos de Catia.

El templo estuvo cerrado desde marzo de 2020 por la pandemia, pero paulatinamente se ha abierto a algunas actividades.

El padre Flor Jolkevitch, el archimandrita Vladimir, el padre Kiril Jolkevitch y el padre Pablo Volkov han sido los sacerdotes del templo.

—El padre Volkov ofició una de las últimas misas en ruso

abiertas a la comunidad, pero falleció hace pocos días, el 23 de febrero de 2022, de noventa y nueve años —cuenta Nicolás mientras busca una foto del padre en su celular.

La conmemoración reciente más relevante que realizaron en el templo fue la misa de las fiestas patronales de la iglesia, el año pasado. Cada 14 de octubre se celebra el Día de la Virgen del Manto Protector.

A la fiesta de la Santísima asistieron Yuri Molea, Elizabeth Sokoloff y Miroslava Tarazoff, entre otros rusos de Altavista, así como algunos vecinos católicos de origen eslavo y varios venezolanos. Eran unas veinticinco personas entre ortodoxos y católicos. La misa se ofició en español.

—La iglesia ortodoxa y este templo están abiertos a todos.

El encuentro comenzó con una liturgia que siguió con la misa de celebración. La ofició el padre Pablo Peña, quien es ortodoxo serbio. Al final se hizo un ágape con comida y bebida. En las misas celebratorias se comparte vino, refrescos, galletas, tortas, quesos y frutas.

—Aunque ahora es lo que se pueda y lo que traiga cada quien —comenta Nicolás.

De un extremo a otro del recinto se extiende una mampara de madera, el iconostasio bizantino, que divide el altar reservado al presbítero del salón principal donde se ubican los fieles que acuden al templo. El muro de retablos contiene los íconos santos ortodoxos. En el centro, sobre un portal, se ubican los apóstoles Pedro, Pablo, Juan y Lucas, y en la parte superior la representación de la Santa Cena.

El pivote de madera, ubicado bajo la nave central, es el altar, está levantado sobre cuatro bloques hechos de cera de abejas y con una altura de un metro siete centímetros, como indica la tradición ortodoxa.

En el medio del templo reposa en horizontal un cuadro de la Virgen del Manto Sagrado. En la pintura se recrea una escena bizantina del siglo IX.

—Este es el apóstol san Andrés, a él se le apareció sobre una nube la Virgen del Manto Sagrado para proteger bajo su capa al pueblo de Kiev, que iba a ser invadido por un ejército extranjero en el siglo IX, y le entregó el manto protector al apóstol. Gracias a ese velo los invasores huyeron en desbandada. La Virgen impidió la invasión a Kiev (Kyiv en ucraniano), la reina de las ciudades y la capital de Ucrania, donde nació Rusia.

Al relatar la historia de este ícono sagrado del cristianismo de oriente, la antigua hazaña de la venerada Pokrov, Nicolás no puede evitar referirse a la invasión de las tropas rusas a Ucrania.

—Los ucranianos y los rusos somos la misma gente, nosotros no queremos pelear.

Una historia común que se remonta a la primera nación eslava en la edad media, la Rus de Kiev, que fue el origen tanto de Ucrania como de Rusia. La cristiandad ortodoxa compartida también nació allí.

—Nuestras familias llegaron a Venezuela huyendo del horror de la guerra, nadie quiere eso de nuevo. Mi abuela, aunque es de familia rusa, nació en Odessa, Ucrania.

Nicolás se acerca a un ventanal y su rostro se ilumina con ligeros destellos de sol, recorre el templo con su mirada, extiende sus brazos y exclama:

—Este es el santuario de la Virgen del Manto Protector, una virgen muy querida y adorada en toda Rusia y Ucrania. Es muy milagrosa. Su fe nos une. Pidamos para que nos traiga la paz.

ELIZABETH: IGLESIA ORTODOXA RUSA DE LA CALLE GUAYAQUIL

—Están bombardeando la iglesia —grita una señora.

En vísperas de Carnaval un niño corre a toda prisa por la bajada de la calle Guayaquil de Altavista. Está huyendo de otro niño que lo persigue, pero se le sale una chola y, en un intento de recoger el calzado, cae con torpeza. El agresor ve rendida a su presa y le lanza tres bombitas de agua que salen como proyectiles desde sus manos, dos dan en el blanco con precisión, espalda y nalgas, la tercera explota en el portón exterior del templo de la segunda iglesia ortodoxa rusa construida en Catia.

El templo está cerrado. El portón negro tiene doble candado.

—La que está pendiente de la iglesia ortodoxa es la rusa, la doctora. Viene todos los días. Ella sabe todo acerca de esta iglesia. Búsquela —aconseja Moisés Freitas, migrante nacido en Madeira, Portugal, residenciado en Altavista desde hace cincuenta y cinco años y dueño del Taller Mecánico Cherry, a dos edificios del templo.

A mitad de la calle Real de Altavista un muro gris con un borde enrejado es la frontera del porche de la casa de las Sokoloff, las hermanas Sokoloff, Elizabeth y Elena, «las rusas» de la curva.

—¡Elizabeth, Elizabeth, te buscan! —grita una vecina desde afuera.

Se abre una reja vinotinto y detrás de una puerta de madera desgastada aparece una señora de cabellos blancos, rasgos caucásicos y ojos claros, de un color entre gris y verde. Es Elizabeth Sokoloff, de setenta y cuatro años, la doctora Elizabeth, como la conocen en Altavista.

Esta rusa-venezolana es médica graduada en la Escuela Luis Razetti de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

Por el ventanal de la casa se asoma Elena, su hermana, de setenta y dos años, de ojos grandes y piel rosada.

De la comunidad cristiana ortodoxa de Altavista, Elizabeth es una de las que más persiste en preservar las tradiciones y cuidar de la iglesia rusa de la calle Guayaquil, el templo al que acude desde niña y del que es una de sus más fieles asiduas.

Un ingeniero ruso llamado Konstantin Florevitch Youskevitch fue quien escogió el terreno y ayudó a levantar la segunda iglesia ortodoxa rusa de Altavista y de Caracas, una de mayores dimensiones que congregara a la numerosa colonia de rusos de Catia.

La obra se comenzó en 1948, pero el templo abrió sus puertas en 1955. En su construcción contribuyeron ingenieros, albañiles y carpinteros rusos.

—La iglesia de los Hartmann, la de madera de la calle El Club, la consideraban algo pasajero que iba a quedar como capilla de la familia, pero no hubo un acuerdo y el padre Flor Jolkevitch quedó en la iglesia de los Hartmann y un padre de Rumanía, el archimandrita Vladímir, asumió la iglesia de la calle Guayaquil —cuenta Elizabeth.

A mediados de los años cincuenta, Altavista tenía dos iglesias ortodoxas rusas y el nuevo santuario se convirtió en el templo de mayor reunión.

Una cúpula cónica se alza sobre una torre de ocho ventanas coronada por un bulbo en forma de cebolla y una cruz ortodoxa cristiana. La estructura principal es una nave con un techo a dos aguas. En lo alto de la pared frontal de la iglesia, sobre un enorme portón de madera, se distingue el rostro de la Virgen a la que está consagrada la basílica.

—Es la Virgen de la Asunción, este templo está dedicado a la Asunción de la Virgen María. Mis padres eran devotos —explica Elizabeth.

Alexis Sokoloff, un médico ruso egresado de la Universidad de Belgrado de Yugoslavia, y Valentina Chepurnaya Ivanienco de Sokoloff, una rusa nacida en Yenakijeve, región de Donetsk, Ucrania, padres de Elizabeth y Elena, llegaron a Venezuela en tiempos de posguerra.

La familia Sokoloff asistió a la primera misa, a la liturgia inaugural de la iglesia, y agradecieron en oración por la nueva vida que iniciaban en tierras caribeñas.

—Yo nací en Francia, en la huida de mis padres de la guerra y del estalinismo soviético. Llegué siendo una apátrida y Venezuela me dio una nacionalidad. Soy de padres rusos, educada como rusa, pero soy venezolana —dice con convicción.

Elizabeth resguarda en su memoria la historia de los rusos de Altavista. Es una enciclopedia viviente que indica genealogías, nombres y apellidos que deletrea con detalle, ubica las casas donde vivían o aún residen, y sus profesiones u oficios.

—En esa casa de ladrillos de la calle Real vivía la baronesa Struga. Era de la aristocracia rusa, pero su hija y nietas se fueron a los Estados Unidos al principio de los sesenta y ella se fue al poco tiempo.

Médicos, científicos, matemáticos, ingenieros, arquitectos y teólogos rusos o de origen ruso vivieron en Altavista.

—La baronesa Struga les vendió la casa a los Korchoff, al doctor Wladimir Korchoff, quien tenía también la casa de al lado; era un médico ruso casado con una enfermera venezolana. Su hijo, Wladimir J. Korchoff, también se graduó de médico.

Los Plotnikoff vivían en el callejón San Pedro; el doctor Plotnikoff era médico cirujano. Los Zagitko, Iván, Ina y Leo-

nardo, vivían en la calle Real. Los Yakimov, de los que aún queda Román, y los Kushnarev, son mitad rusos, mitad chinos. Los Dimitrew vivían al frente de los Sokoloff. Los Harwat Mathushin, Esteban, Valentina y sus hijos, eran los rusos de Los Frailes. Los Ivanoff eran maestros. El profesor Alexander Ivanoff fue mi primer profesor de ruso.

Elizabeth tuvo varios profesores de idiomas. Habla perfecto ruso e inglés, además del español, y comprende el alemán y el francés.

—La profesora que más recuerdo es la maestra Tamara —comenta.

Tamara Alexeva Chekaloff era apreciada en Altavista como profesora de idiomas y cultura rusa.

La familia Chekaloff provenía de la ciudad de Harbin, en la frontera entre Rusia y China, en las cercanías de Siberia y escala del tren transiberiano. Tamara era una conocida soprano y cuando llegó a Altavista fundó el coro de la iglesia.

—La maestra Tamara me enseñó Sintaxis de Ruso Avanzado, Historia de Rusia e Historia de la Literatura Rusa. Y teníamos clases de Religión en el Colegio Humboldt con un padre ortodoxo.

Muchos de los hijos de rusos de Catia estudiaban en el Colegio Humboldt, el colegio alemán de Caracas.

Unos estudiaban en la Escuela Fe y Alegría de la Calle San Isidro de Altavista, de las más antiguas de esta red educativa católica, pero algunos padres hacían el esfuerzo de enviar a sus hijos a los colegios privados más renombrados del este de Caracas.

Dos autobuses con chofer del transporte escolar del Colegio Humboldt buscaban a las seis de la mañana a todos los ru-

sos de Altavista. Atravesaban la ciudad para llegar al colegio e iban repletos de rusos o alumnos de otras nacionalidades eslavas.

—Íbamos los Plotnikoff, los Boshkov (ucranianos), los Krevinkov, nosotras las Sokoloff. Incluso había lituanos, los Saikus, Renates Saikus era su hijo, quien era vecino de los Baros (ucranianos).

Desde Catia, de oeste a este, seguían una ruta establecida: Altavista, Los Frailes, Lídice, San Bernardino, Sarría y La Florida hasta llegar a la nueva sede del Colegio Humboldt, construida por el arquitecto alemán F. W. Beckhoff, entre la Alta Florida y el Country Club.

—Estudiábamos en la sección B, siempre nos asignaban la B; rusos, ucranianos, polacos, húngaros, lituanos y venezolanos coincidíamos allí. La A era reservada a los alemanes.

Traspasar las puertas del hogar de las Sokoloff es entrar a un tiempo detenido de color sepia.

—Disculpen el desorden, en esta casa parece que hubiese caído una bomba —se excusa Elizabeth.

Una biblioteca de doble estante de madera alberga una colección de libros de medicina, botánica, historia, religión, filosofía y literatura. Una pátina de polvo cubre ejemplares de grandes autores en lengua rusa, Dostoyevski, Chéjov, Bulgákov y Tolstói.

Sobre un antiguo aparador de madera resalta un portarretrato con una fotografía de la madre de Elizabeth y Elena.

—De mamá decían que se parecía a Greta Garbo, la actriz escandinava de Hollywood.

El cristal roto de una de las ventanas que da a la calle es una de las pruebas que quedaron de un incidente en el que casi pierde la vida Elena.

—Hace unos años se escucharon unos disparos, una bala entró por la ventana, rozó el marco del cuadro y se incrustó en la pared. Elena estaba a pocos centímetros —cuenta Elizabeth mientras señala el orificio.

El cuadro con el rasguño en el marco cuelga aún de la pared de la sala; es un bodegón pintado al óleo con una paleta verdosa y de tenues rosados.

—Ese lo pintó Halyna Krychevsky de Linde, una buena amiga de mi familia. Era ucraniana, hija de un conocido pintor. Heredó su talento.

La doctora Sokoloff se refiere a Vasyl Krychevsky, pintor, arquitecto y diseñador ucraniano, quien migró a Venezuela junto a su familia en 1948 y falleció en Caracas en 1952. Krychevsky fue fundador y rector de la Academia Estatal de Artes de Ucrania. Halyna era su hija.

Elizabeth tiene dos teléfonos, un viejo Nokia negro donde tiene registrada su lista de contactos y un teléfono inteligente de la misma marca, que recién adquirió y apenas está aprendiendo a usar, pero al que ya le activó la aplicación de WhatsApp.

En la calle Real de Altavista los vecinos están organizados en dos grupos de WhatsApp, el del agua, el gas y el aseo, y el del Clap.

—El agua la racionan, llega solo dos días a la semana. Tal vez arrastramos un karma de la era soviética —comenta Elizabeth con un dejo de resignación.

El suministro de gas doméstico es un problema recurrente, por lo que las hermanas Sokoloff tuvieron que buscar otra alternativa para cocinar.

—Compré una cocinita eléctrica. Por falta de gas no uso el horno, y ya no puedo hacer el *kulich*.

El *kulich* es el pan de Pascua de la religión ortodoxa, similar al *panettone* italiano, que se come en la Semana Santa. Hornearlo se considera un sacramento familiar y se bendice en la iglesia junto a los huevos de Pascua pintados de colores. Es una de las tradiciones más arraigadas de la cultura rusa.

—A la Pascua de este año no llevaré *kulich*, me dedicaré a orar y cantar.

Elizabeth es miembro del coro de la iglesia.

Lidia Kushnarev, Liuba Yakimov y Liba Lubov, otras rusas de Altavista, formaban parte del coro junto a ella.

El domingo 13 de febrero en la iglesia hubo una misa laica, sin sacerdote, en la que el monaguillo ortodoxo, Olivio Wladimiro, leyó en la mitad del templo el Evangelio. El coro cantó el credo y las bienaventuranzas en eslavo antiguo.

—La misa se da en ruso y español, pero los cantos se hacen en eslavo antiguo.

El monaguillo es quien cada domingo de liturgia tiene la responsabilidad de abrir las puertas, subir al campanario por una escalerilla de madera y tocar la campana de la iglesia.

Se repica para llamar a la misa. Durante el credo, entre estrofa y estrofa, suena también una campana.

Esos repiques se escuchan en Altavista desde hace sesenta y siete años.

La más reciente misa con liturgia y la presencia de un padre se hizo a finales de enero. La ofreció el sacerdote Vladimir Amisulashvili, quien es el regente de la Iglesia de la Asunción de la Virgen María. Es un religioso con título de *knash* («príncipe» en ruso) que proviene de una antigua familia de Georgia, de una región frente al mar Negro. Es un médico urólogo.

Al igual que la iglesia de los Hartmann, como reza la tradición bizantina, el templo está dividido por un bastidor de madera con los íconos ortodoxos. A la derecha del altar se ubica una vistosa imagen de la Asunción de la Virgen, que ilustra cómo es llevada en cuerpo y alma al cielo y emula la de la iglesia de San Petersburgo.

—El ícono fue pintado por Irina Eismont, quien en una época también cantaba en el coro.

Mientras habla de la señora Eismont, Elizabeth atraviesa la casa a paso lento; está afectada de una pierna. Apenas pisa el pasillo, comienzan a ladrar Leíto y Trucy, los perros de las Sokoloff, cuya casa es también un refugio de animales. Tres gatos —Puma, Mamá Grande y Pequeño— son los felinos que rescataron de la calle.

—Estos tienen hambre. Y tengo que llevar la comida de la Negra —recuerda Elizabeth.

Una perra *rottweiler* de pelaje negro azabache hace de cancerbera, custodia y vigila la iglesia. Cada noche, a eso de las ocho, un Chevy Nova azul del 76 sube la cuesta de la calle Guayaquil, se estaciona frente al templo ruso y del auto desciende Elizabeth con la comida para la Negra, la perra vigía.

Un plato de carapachos e hígados de pollo y una paila de arroz cocido son el menú.

Durante la semana la Negra está sola porque la iglesia solo abre los domingos que haya misa. La celebración o no de la eucaristía depende de la agenda del padre Amisulashvili, quien vive en El Placer, en Baruta.

Un mensaje en el celular deja a Elizabeth pensativa. Es una cadena de WhatsApp en la que recibe información de la guerra en Ucrania.

—Estoy muy preocupada. En Mariúpol, a orillas del mar de

Azov, en el sureste de Ucrania, está la hermana menor de mi mamá, mi tía Elena Chepurnaya Ivanienko, y su familia. La ciudad está siendo bombardeada.

Elizabeth no sabe cómo comunicarse con ellos. No tiene internet en casa, la línea Cantv no funciona y es aún torpe en el uso del teléfono móvil.

—Mi familia materna es rusa, pero vive en Ucrania, en la Rus de Kiev, *Staryy Russkiy*, en Rusia la Vieja. Que Dios los proteja.

III

IGOR: IGLESIA ORTODOXA UCRANIANA DE LA CALLE UCRANIA

Una canción de salsa de Oscar D'León suena a todo volumen:

*Por tu mal comportamiento te vas a arrepentir,
bien caro tendrás que pagar todo mi sufrimiento.
Llorarás y llorarás, sin alguien que te consuele.*

La música proviene de una casa con ventanas y puertas abiertas y un televisor encendido en la angosta y larga calle Las Tunas de Altavista.

Afuera, en la acera, un hombre sostiene una cerveza Polar en la mano. Todo indica que es el vestigio de una fiesta de la noche previa que se prolongó hasta la mañana.

En el televisor se distingue la imagen silente del presidente de Rusia, Vladímir Putin, en un noticiero.

A unos metros de allí, en la intersección del pasaje Riga y la calle Ucrania, se alza sobre una colina la Iglesia Ortodoxa Ucraniana de Altavista, la tercera iglesia ortodoxa cristiana levantada en Catia.

Es domingo 27 de febrero, 8:30 de la mañana.

La puerta de la iglesia está abierta.

La entrada es por una puerta lateral de color negro que se halla al inicio de la empinada calle Ucrania. Una cruz ortodoxa azul celeste, hecha con baldosas, es un sello que identifica el acceso.

Al subir unas escaleras, se llega a un patio con una vista excepcional del oeste de Caracas. Se ve toda Altavista. La panorámica alcanza la autopista Caracas-La Guaira e incluso unas montañas con sembradíos aledaños a la vía hacia El Junquito.

Las puertas del templo están explayadas. Suenan unas campanas. Hay misa.

—Por nuestros hermanos ucranianos, para que la paz los cobije y Dios misericordioso los proteja —dice un sacerdote desde el altar con un tapabocas puesto y bajo el símbolo de una cruz bizantina.

—Amén —responden al unísono los doce feligreses presentes en el templo.

La eucaristía es católica. El sacerdote que la oficia es el padre Luis Ángel Gómez, presbítero de la parroquia Santa María Goretti de Altavista.

La iglesia, de una arquitectura sencilla, se inspira en la catedral de Santa Sofía de Kiev. Se comenzó a construir en 1950 para ser la casa de Dios de los ucranianos de Catia. La primera misa ocurrió en 1955.

El templo está consagrado a la Santísima Virgen del Manto Protector, la «Pokrov», al igual que la iglesia ortodoxa rusa de la calle El Club de Altavista, la de los Hartmann.

En el interior del recinto, sobre el pórtico de entrada, un lienzo de la Virgen patrona da la bienvenida a los fieles. Su veneración es de las más antiguas en la tradición cristiana de Ucrania.

Una gran lámpara de lágrimas de cristal ilumina el templo

y en lo alto del altar una cruz ortodoxa se enciende también iluminada.

Al igual que en las otras iglesias ortodoxas de Altavista, el iconostasio bizantino separa el altar de la nave de la iglesia. El retablo está armado de paneles blancos con bordes dorados que enmarcan a los íconos santos.

Los doce apóstoles se distribuyen en un cintillo que corona la ermita y en cuyo centro hay una representación de La Última Cena.

En los costados, dos palabras con letras del alfabeto cirílico indican que están escritas en ucraniano: *xpucmoc* (cristiano) y *воскрес* (domingo), el domingo cristiano.

A la derecha del templo resalta la figura del arcángel San Miguel, que, con su escudo y espada, es el protector de Kiev y un santo que se encuentra también en el escudo de armas de la capital de Ucrania.

A la izquierda, una Virgen del Perpetuo Socorro es la única imagen católica que se ha sumado al ornamento del templo ortodoxo.

—Se parece a la patrona de Ucrania, una Virgen con un niño —comenta una de las feligresas, al referirse a la Virgen de Vladímir, también conocida como la Virgen de la Ternura, un ícono bizantino del siglo XII.

—La imagen del Perpetuo Socorro la traje yo, es lo único nuevo. El templo es el original —explica el padre Gómez.

Durante más de cuarenta años el padre Leonidas Latosky guio a la congregación ortodoxa ucraniana de Catia y fue regente del santuario hasta su fallecimiento en el año 2000.

Desde entonces, poco a poco, los ucranianos de Altavista se fueron mudando a otras zonas de la ciudad o migraron fuera del país.

—La palabra «comunismo» les ponía los pelos de punta a muchos ucranianos o descendientes de ellos —dice el padre Gómez.

Hasta el 2010 hubo misas laicas en ucraniano y algunas liturgias.

Debido a un riesgo de invasión, en 2012, una representación de la colonia ucraniana de Altavista se reunió con el cardenal Jorge Urosa Savino y ofrecieron el templo ortodoxo a la iglesia católica a través de un convenio que permitiera «usar y cuidar su templo».

—Es de ellos, nosotros lo estamos cuidando —enfatisa el padre Gómez.

El santuario pasó a ser un templo auxiliar de la parroquia Santa María Goretti, cuya iglesia principal se ubica en la calle Real y está consagrada en honor a la mártir patrona de la colonia italiana de Altavista.

Desde hace siete años la iglesia ucraniana reabrió sus puertas y es una muestra de sincretismo.

—La misa es católica, pero aún vienen ucranianos católicos y algunos ucranianos ortodoxos de Catia, de los que quedan. Una es Tania —comenta Sulay de Rojas, asidua al templo.

—Mucha gente es de apellidos raros que terminan en «chenko» o «chuk» —agrega María Torres, vecina de la iglesia.

Más de 120 familias ucranianas se asentaron en Altavista y urbanizaciones aledañas de Catia desde 1945, a partir de la posguerra.

Igor Dmitrejschuk, de setenta y cinco años, es ucraniano y miembro de una de esas familias.

Por el temor al totalitarismo soviético, la gente huía de Ucrania en estampida. Los Dmitrejschuk pasaron primero por Polonia y luego fueron a Alemania. De allí fijaron rumbo a Venezuela.

—Yo nací en Alemania de pura casualidad, en el 46. Tenía dos años cuando nosotros llegamos acá, en 1948.

La familia Dmitrejschuk —Nicolás y su esposa Paulina Bilanyn, y sus hijos Luba, María, Mirón, Slavko, Román, Adán e Igor— se estableció en una casa de la calle Macayapa, de Los Frailes, zona colindante con Altavista.

—Vivíamos a unas cuantas calles de la iglesia ucraniana. Y mi hermana María, cuando se casó, se mudó a la calle Ucrania, más arribita de la iglesia —dice Igor.

En la casa de María Dmitrejschuk, desde los años cincuenta funcionó una pequeña escuela, la escuela ucraniana, diagonal a la iglesia. En el segundo piso vivía la familia de María y en la planta baja estaba el colegio.

Daban clases de cultura y lengua ucranianas, incluso clases de bailes ucranianos.

—Yo participé en actos de bailes tradicionales —cuenta Igor.

La enseñanza era en ucraniano. Los alumnos aprendían el idioma de sus padres para que no perdieran la lengua de sus familias. Una de las maestras, de apellido Kovalenko, era de Kiev.

Igor conserva una vieja foto en blanco y negro de la escuela ucraniana. En la imagen aparece Igor Dmitrejschuk niño, de unos nueve años, sentado al lado de otro chico, Bogdan Pawlyschyn, hijo de José Pawlyschyn, quien también aparece en la fotografía. El retrato es de 1955.

En la calle San Isidro vivían los Pawlyschyn: José, su esposa Nadia y sus hijos. José era mecánico de aviación de la línea aérea Aeropostal, donde trabajó toda su vida.

Detrás de la iglesia, en un galpón, funcionó durante más de medio siglo un centro de reuniones, el Club Ucraniano.

Al lado del club vivía una familia de apellido Mazniak, los

Mazniak Tischtschenko; sus hijos eran Alexander, Sergio y Yura Mazniak.

—Estudié en la escuela con Alexander Mazniak —recuerda Igor.

En el Club Ucraniano se celebró la fiesta del matrimonio de la hermana de Igor, María.

Pero en el club social solo se organizó el festejo de la boda de María Dmitrejschuk con su esposo Joseph; la ceremonia eclesiástica se hizo en otra iglesia, en el centro de la ciudad.

—Mi hermana no se casó en la iglesia de Altavista porque era un templo ortodoxo, y nosotros, los Dmitrejschuk, somos ucranianos católicos.

Así como los rusos tenían dos templos, ambos ortodoxos, los ucranianos también contaron con dos iglesias: la de los fieles de la fe ortodoxa, en la calle Ucrania, y la de los feligreses católicos, que quedaba fuera de Altavista.

—Nosotros celebrábamos la misa en la Capilla de Nuestra Señora de Lourdes que está en la colina de El Calvario, en El Silencio.

Unas treinta o cuarenta familias ucranianas católicas del oeste de Caracas cada semana se reunían allí. Pero funcionó hasta 1989; fue desmantelada por los días del Caracazo.

Los Pustelnik eran otra de las familias conocidas. Las hermanas Luba e Irene Pustelnik. Luba se casó con Álvaro Clement, el diseñador y sastre portugués fundador de la Boutique Clement. En la actualidad están residenciados en Lisboa. Tienen una hija, Yvanova Clement Pustelnik.

La hermana de Luba, Irene Pustelnik, aún vive en Altavista con su familia. Ella es una de las ucranianas más atentas en resguardar la iglesia de la calle Ucrania y formó parte de la co-

misión que se reunió con el cardenal Urosa Savino. Es católica y lectora de las misas de la Iglesia de Santa María Goretti.

Son tantos los apellidos ucranianos que reaparecen que al recordar su infancia en Catia a Igor se le quiebra la voz.

—Recordaba la época de cuando venían las mariposas, que era en el mes de mayo, nosotros las atrapábamos con ramitas secas. Las guardábamos en una lata, y el que tuviera más mariposas en su colección, era el ganador. Nos parábamos en una colina, ellas pasaban por ahí. Eran nubes y nubes de mariposas blancas y amarillas.

Igor recuerda también que muchos inmigrantes de Ucrania vivían en la calle El Refugio. Para él es ineludible pensar en la invasión del país de sus padres y hacer una analogía.

—Se vuelve a repetir la historia. Nuevamente los ucranianos cruzando fronteras buscando refugio. Esto se trata de poder, del poder del dominio. El pueblo ucraniano es el que va a sufrir. Permita Dios que haya paz, que esto no depare en una guerra más fuerte, de esas que puedan acabar con la humanidad.

Muchos rusos y ucranianos de Altavista murieron o migraron a Estados Unidos, Canadá o Europa. Los hijos, nietos y bisnietos de rusos y ucranianos se fueron a vivir a otras zonas del este de Caracas o también migraron. En Altavista se ha reducido significativamente la colonia de eslavos, aunque sus vestigios afloran por todos lados.

—Ya no somos tantos, pero somos una gente que ha dejado huella. La cultura no se mide por la cantidad de habitantes, sino por la presencia, y aquí estamos —dice Elizabeth Sokoloff.

Historias que Laten, marzo, 2022

CONTROL DEPARTURE
ARGENTINA
25 JULY 2019 ★
approved

ARRIVAL
DEPARTURE
BRAZIL
AER 000 000
EXP

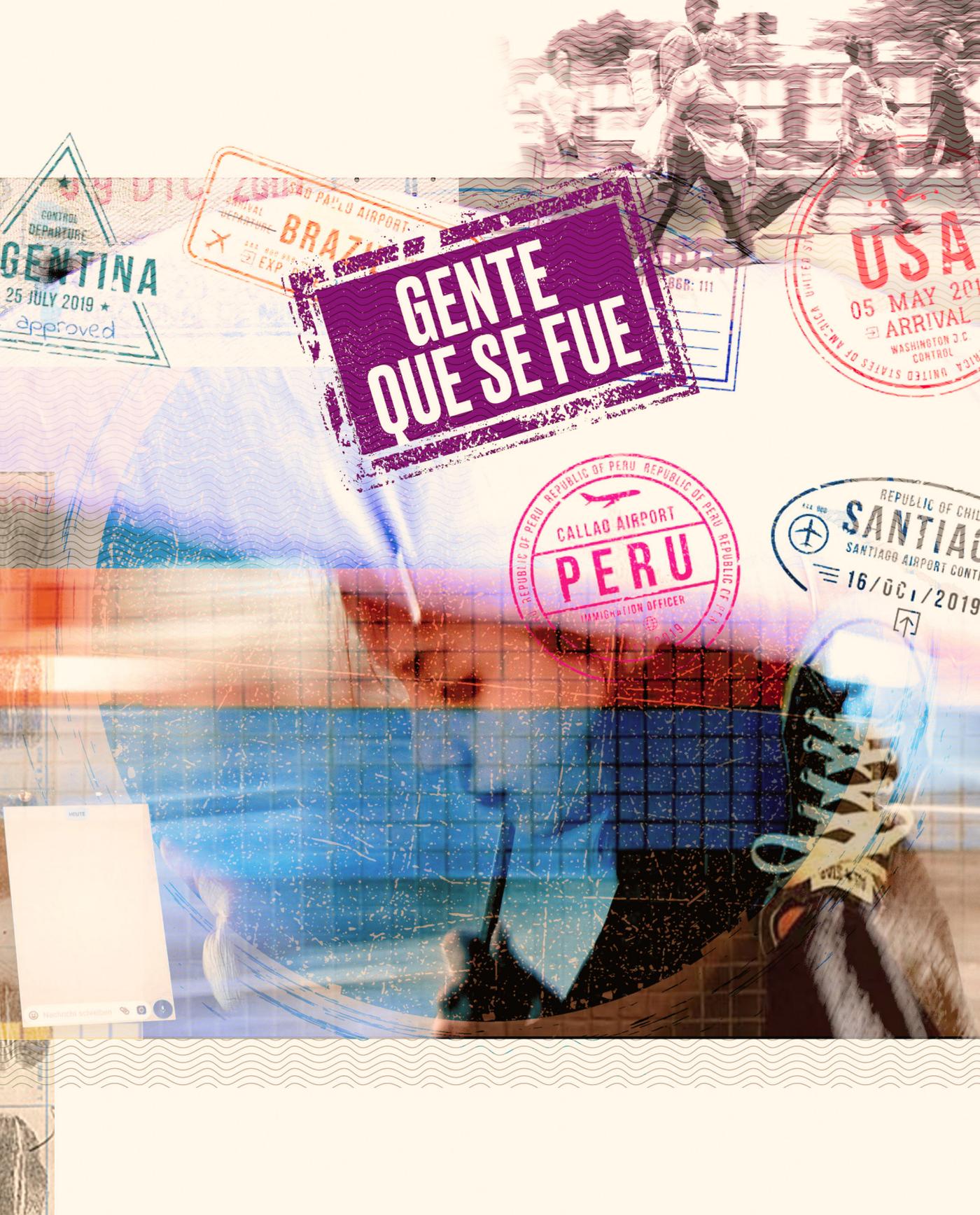
GENTE QUE SE FUE

USA
05 MAY 2019
ARRIVAL
WASHINGTON D.C.
CONTROL
UNITED STATES OF AMERICA

REPUBLIC OF PERU
CALLAO AIRPORT
PERU
IMMIGRATION OFFICER

REPUBLIC OF CHILE
SANTIAGO
SANTIAGO AIRPORT CONTROL
16/06/2019

HEUTE
Nachricht schreiben



YO YA ME FUI, ¿Y TÚ?

SALVADOR FLEJÁN

En el 2000, o lo más probable es que haya sido en el 2002, tomé la *inspirada* decisión de comprar un boleto sin retorno al estado de la Florida. En aquel tiempo me movían dos razones que hoy juzgo con desconfianza y admiración: me había quedado sin empleo, pero, por sobre todas las cosas, había macerado la sospecha de que todo se había ido al demonio en Venezuela.

Recuerdo que por aquella época el estado de mis finanzas era bastante precario. Tenía meses sin trabajar y mis ahorros eran una lejana reminiscencia que yo trataba de paliar cada quincena asaltando la nevera de la casa paterna, a la que siempre llegaba sigilosamente a medianoche, evitando así que mis padres se preocuparan por mi inexistente adicción al *crack*. Trataba, más bien, de evitarles el dolor de enterarse de que tenían un hijo en bancarrota.

Solo pude darme cuenta de cuán grave era mi inopia en el momento en que me aprestaba a hacer las maletas: no tenía maleta. Tampoco mucha ropa. El boleto lo había comprado a cuenta de vender la mitad de mi biblioteca y apenas pude reunir unos cien dólares en efectivo, que en Miami duraron unos nanosegundos.

La ciudad que me recibió no era la misma que tanto admiré en *Miami Vice*. Había demasiadas autopistas y ninguna rubia en bikini. El único flamenco rosado que vi era de plástico

y servía de anuncio a una cauchera. Mi *contacto* en la Florida era un maracucho-americano, veterano de la Guerra del Golfo, con quien trabé amistad en un resort en Margarita, a donde él había acudido a hacer turismo sexual, aunque siempre lo vi borracho en una tumbona al borde de la piscina.

Leonel, que así se llamaba mi amigo, pasó a recogerme al aeropuerto. Vivía en el condado de Broward, a unos cuarenta y cinco minutos al norte de Miami. En el trayecto se encargó, enjundiosamente, de hacerme odiar el *american way of life*.

«Leonel García, mi llave», recuerdo que dijo cuando nos conocimos en la barra del resort margariteño. También recuerdo que no me impresionó tanto el anacronismo «mi llave» como el tono con que lo pronunció. Por un instante, aquella modulación en su voz me trajo aires de bachillerato y miserias de los 80. También fue el mismo tono que utilizó para presagiar que yo «no iba a aguantar la pela de los gringos».

Leonel tuvo razón (siempre la tuvo), solo que yo dilaté seis años en entender su vaticinio.

Mi *amigo americano* tenía la facilidad de desmontar cualquier cosa: fue mecánico de helicópteros y *sniper* en Irak. Se demoró aproximadamente media hora en desmantelar el mito americano que Hollywood me había forjado desde la infancia. Cuando hicimos una parada en un IHOP para ir al baño, yo ya me quería devolver a mi nostálgica pobreza.

Leonel lo primero que aclaró fue el monto de mi primer mes de renta norteamericana: dormir en su sofá me costaría unos ochocientos dólares que todavía yo no había producido. «No puedes traer mujeres al apartamento. Las puertorriqueñas son muy gritonas y buscapeos», me dijo mientras se chupaba un dedo embarrado de sirope y adivinaba mis predecibles gustos femeninos. Sus otras recomendaciones incluían

advertencias del tipo: «los colombianos son unos traidores», «nunca trabajes con venezolanos», «te vas a ladillar de esta vaina en tres meses».

Leonel no resultó tan funesto como yo hubiese querido a los fines de esta historia. A los tres días me consiguió un *part time* en un Home Depot en Pompano Beach. Empleo que complementé con otro junto a unos brasileños que tenían el monopolio de la limpieza de unos edificios de oficina en Deerfield Beach.

Poco a poco, mi aventura de inmigrante se transformó en una larga cadena de subempleos variopintos. Así, en un mes llegué a ser cocinero en un restaurante árabe, instalador de alfombras y empleado de un autolavado. Eran trabajos extenuantes, mal pagados y, en ocasiones, humillantes. A pesar de ello, siempre supe sacarle el lado provechoso y ganar en experiencia. A todos y cada uno les agradezco las vivencias que me aportaron.

Un buen día decidí regresar. Fue una decisión que tomé sin dramatismos ni arrepentimientos. Al igual que cuando decidí emprender la aventura de irme. Cuando le comuniqué a mi amigo Leonel mi decisión no lo podía creer. Hasta intentó disuadirme usando argumentos extraños a su jerga antigringa. De mi regreso han pasado unos años y ahora veo un frenesí colectivo por irse del país. No los culpo, yo también me iría si ya no me hubiera ido.

Quinto Día, julio de 2016

EL JOVEN QUE HACÍA JOYAS QUE NADIE PODÍA COMPRAR

MIRCO FERRI

La vida, ya se sabe, es una cadena de situaciones impredecibles. Un auténtico ejercicio de imponderables. Desde la posibilidad de nacer o no. Desde el momento de la concepción, más específicamente. ¿Qué otra cosa es una persona sino la combinación fortuita de un óvulo y un espermatozoide, ambos únicos, en un momento único? Un instante antes o después, y esa combinación ya no será posible.

Si Enea Ferri, mi padre, hubiese conseguido un empleo en donde le pagaran 80.000 liras al mes, yo no existiría. Ese era el sueldo que lo podría haber anclado a su país de origen, Italia. Tan solo 80.000 liras, que al cambio vigente para ese momento equivalían a unos modestos 130 dólares. Pero esa escuálida cifra estaba muy lejos de sus posibilidades. Por lo tanto, se decidió por la opción que tomaron muchos otros compatriotas suyos: *hacer la América*, como se le decía a la acción de emigrar a estas tierras.

Verona es una pequeña ciudad situada al norte de Italia, en la región del Véneto. Por su estratégica posición geográfica, fue víctima de frecuentes bombardeos que la dejaron severamente estropeada, convirtiéndose en una de las poblaciones más asoladas del país durante la II Guerra Mundial. Son los años 50 del siglo pasado. Esas son las dimensiones espacio-tiempo en donde se originó la mayor aventura que mi padre emprendiera en su vida. Su oficio, aprendido a la fuerza desde los quince años, era el de obrero en orfebrería. A esa corta edad quedó huérfano de padre y, por ser el varón mayor en una camada de siete hermanos, le correspondió contribuir con el sustento de esa nutrida familia. Nutrida en número, se entiende.

Alguien le consiguió un puesto de aprendiz en una de las grandes casas joyeras de la época, la Weingrill, y desde ese momento comenzó a adquirir los rudimentos de lo que sería su principal actividad durante el resto de su existencia.

Mi padre era un hacedor de joyas. Puede sonar glamoroso o sofisticado, pero en la práctica, para ese momento, el suyo distaba bastante de ser un oficio bien retribuido. La realidad era que, en medio de una economía devastada como la italiana, metida de lleno en la gran recesión de la posguerra, las joyas ocupaban el último escalón dentro de las necesidades del grueso de la población. Por lo tanto, el trabajo escaseaba y estaba mal remunerado. Era una ironía: el precio de una pieza cualquiera que fabricara mi padre podía equivaler a su salario de un mes o, dependiendo de su dimensión, incluso de un año.

Si a esto le sumamos la circunstancia de tener a su cargo la manutención de su propia familia, que había iniciado al casarse con mi madre en el año 1953 y que ya contaba con la primera descendiente, mi hermana Daniela, además del de-

ber moral de contribuir con los gastos de su madre viuda, su situación era bastante precaria. Tanto, que no podía alquilar un techo propio y debía resignarse a seguir viviendo en la casa materna con su nueva familia. Sentía la imperiosa necesidad, a sus treinta y un años, de tomar medidas que mejoraran las condiciones de los suyos.

Un día cualquiera, tal vez a mediados del año 1955, le revolvió la vida a mi madre al decirle:

—Lauretta, me voy a América.

Solo puedo imaginar el estupor de ella al escuchar tal noticia. Suponía separarse por un tiempo indefinido de su esposo y quedarse solas, ella y su hija que no llegaba a los dos años, en una casa que, por mucho que las hubieran recibido como parte de la familia, no sentía suya. No debió ser fácil para ella, pero tras mucho cavilar, discutir, reflexionar, se convenció de que era una buena oportunidad para salir de la pobreza que los acechaba y, no sin cierto temor por la incertidumbre, le dio su aprobación.

Mi padre tenía apenas la promesa de un empresario conocido que le ofrecía trabajo en una fábrica de joyas en Caracas, Venezuela. Tal vez fue en las conversaciones con ese hombre que tuvo las primeras noticias sobre aquel lugar, tan distante y ajeno. Sin embargo, eso no lo acobardó. Pienso que su lado aventurero lo impulsó a aceptar esa propuesta. Y fue así como renunció al trabajo, pidió prestado, vendió lo que pudo, hasta que alcanzó a reunir la suma necesaria para emprender el salto a tierras americanas.

Ese viaje tuvo varias etapas. La primera fue en tren, hasta la ciudad portuaria de Génova, uno de los dos puntos de partida de los emigrantes italianos (el otro era Nápoles, para los que vivían de Roma hacia abajo). En esa ciudad obtuvo su «cédula

para extranjeros», expedida por el consulado venezolano, documento indispensable para entrar al país que había escogido como destino. Luego, solamente le quedaba esperar por el momento de abordar el barco.

No era un viaje en solitario: lo acompañaban tres paisanos, colegas de oficio. El día del embarque, se dirigieron con sus escasas pertenencias (las de mi padre cabían en un par de maletas de cartón plastificado) al muelle, en donde vieron dos barcos atracados: uno grande, vistoso, de tres chimeneas, y a su lado una modesta embarcación, de mal aspecto, con un solo escape. Al ver los nombres que ostentaban ambos navíos, supieron que viajarían en el más feo. Se trataba del vapor Napoli, una nave veterana de la Gran Guerra y adaptada luego al transporte de pasajeros.

En ese momento, al abordar el desangelado buque, comenzó el verdadero viaje. Tras una especie de cabotaje por el mar Mediterráneo, en donde hicieron escala en Barcelona, cruzaron el estrecho de Gibraltar para dirigirse a la segunda parada estipulada en su ruta, en la ciudad de Lisboa. Les faltaría otra, en las Islas Canarias, específicamente en Santa Cruz de Tenerife, y luego la gran travesía, el trayecto más largo del viaje, en el cual no verían tierra firme durante siete u ocho días. Solo mar y cielo, en una paleta de colores que se paseaba por todas las tonalidades del azul.

Un día, al subir a cubierta, los pasajeros notaron un cambio abrupto en el paisaje: ya comenzaban a ver tierra americana. Habían llegado a su destino. Un destino en donde todo iba a ser distinto a lo que estaban acostumbrados, partiendo de algo primordial, el idioma. Un nuevo idioma que debían aprender a la carrera, si querían subsistir en Venezuela.

Mi padre, junto a sus tres compañeros, abordó un autobús que, tras circular por la autopista que comunica la capital con el litoral, los paseó por una ciudad de aspecto ambiguo: no entendían si estaba siendo derrumbada o construida. Frente a sus ojos se alternaban rancheríos, construcciones antiguas, demoliciones en marcha e imponentes edificaciones recién levantadas, en una especie de caos en proceso de reorganización.

Hasta que finalmente llegaron a la calle Chacaíto. Tras algunas pesquisas, lograron dar con la fábrica de joyas La Scalligera, en la cual, aparte de trabajo, encontrarían precaria posada, pues se alojaron en unas habitaciones improvisadas dentro del mismo establecimiento.

No tuvieron mucho tiempo para turistar, por supuesto. Engancharon en el trabajo al día siguiente, tras acomodarse de la mejor manera en sus modestos aposentos. Tenían un objetivo inmediato, que era producir suficiente dinero para sostenerse ellos mismos y enviar remesas a la familia que habían dejado atrás. De tal manera, se dedicaron de lleno a su labor, en ocasiones de lunes a lunes.

Como venían de una buena escuela, no tuvieron mayores dificultades en su desempeño y las cosas anduvieron bien durante cierto tiempo. Pero, al acercarse el final de 1957, el clima político del país comenzó a enrarecerse. Cada vez había más rechazo al dictador Marcos Pérez Jiménez y a todo lo que este representaba. Como es sabido, él fue un entusiasta de la inmigración europea, la cual apoyó abiertamente, pensando que la inyección de mano de obra especializada contribuiría con el desarrollo del país. En reacción a ello, hubo atisbos de hostilidad hacia los inmigrantes por parte de algunos radicales, lo que ocasionó que mi padre y sus amigos comenzaran a sentir-

se amenazados, y temiendo quedar desempleados o algo peor, decidieron regresar a Italia, lo cual hicieron a comienzos de enero de 1958.

Su primera aventura terminó con un doloroso fracaso.

Enea Ferri se reencontró con su ciudad en pleno invierno y eso acrecentó la depresión que estaba padeciendo luego de la experiencia fallida. Solía contarme que pasaba todo el tiempo que podía en la cama, arropado con todas las cobijas que tuviera a su alcance. Se había acostumbrado al clima venezolano y lo extrañaba. Sin embargo, tuvo que salir de ese estado y tratar de recomenzar. Traía algunos ahorros, pero si no los cuidaba se desvanecerían muy pronto. Trató de colocarse nuevamente en alguna posición laboral, pero no tuvo fortuna.

Comenzó a cuestionarse la decisión tomada. ¿Había sido muy precipitada? Por algunas comunicaciones epistolares de colegas con los que continuaba en contacto, supo que las cosas en Venezuela se estaban tranquilizando y el país se enfrentaba a un nuevo comienzo. Una idea empezó a darle vueltas. Regresar, pero en otros términos. No seguir siendo un asalariado, sino fundar su propia empresa. Ya se había dado cuenta de cómo se manejaban los negocios en su ramo y se sentía con la capacidad suficiente para hacerlo. Así que volvió a reunirse con los compañeros de aventura y entre todos decidieron que valía la pena volver a intentarlo.

En mayo de ese año mi padre regresó a Venezuela, con una mentalidad más agresiva. Volvió a emplearse con sus antiguos patronos, pero esta vez sabía que sería algo transitorio. Rentó un apartamento en un edificio cercano, el Vittoria (nombre que resultaría auspicioso), en el cual fijaría residencia temporal con su familia, ya que una de las metas que se propuso fue

la de llamar a su lado a su esposa e hija, cosa que se materializó en diciembre de ese año. En dicha vivienda, además, comenzaría su proceso de independencia laboral. Improvisó un taller en la sala, donde se instalaba al acabar la jornada en la fábrica, junto con sus otros tres compañeros, a elaborar joyas hasta altas horas de la noche. Fue un período de trabajo durísimo, durante el cual dormían si acaso unas cuatro o cinco horas por noche. Era la única manera de lograr su propósito.

El 1.º de enero de 1959 realizaron una ceremonia particular: contaron los ingresos obtenidos con su labor privada, que habían ido depositando escrupulosamente en el interior de una lata de café Imperial. La suma arrojó 4.000 bolívares, algo más de 1.000 dólares en ese momento. No era mucho, pero para ellos suponía un dineral, el capital inicial sobre el cual cimentar su empresa. A partir de ese momento supieron de lo que eran capaces. Renunciaron a sus trabajos, alquilaron un espacio de mayor tamaño, la quinta Dulmar, al norte de Sabana Grande, y allí echarían las bases de lo que sería más tarde un negocio floreciente: la fábrica de joyas Las Delicias.

Otro nombre auspicioso. Y no en vano este era en español.

Yo nací en ese período, en el año 60. Mi primera casa fue esa vivienda. En la planta baja estaban las instalaciones de la fábrica y en el piso superior las áreas habitables, en donde cada socio contaba con un cuarto y un baño. Una especie de comuna en donde se conjugaban el trabajo y la convivencia.

Mientras tanto, mi familia comenzaba un proceso de adaptación a su nueva patria. Hubo que conciliar las costumbres que traía de Europa con las propias de Venezuela, y muchas veces ese proceso trajo híbridos que gozaron de mayor o menor fortuna. Pero en general logró encajarse, sin muchos trau-

mas, en el tejido social del país. Por lo menos así fue para mí, el único venezolano por nacimiento de ese núcleo familiar. Aprendí simultáneamente ambos idiomas, pudiendo comunicarme con soltura en cualquiera de los dos, e intercambiándolos sobre la marcha cuando resultaba necesario. Y en los diferentes lugares en donde vivimos siempre tuve manera de entablar amistad con muchachos de las más diversas procedencias, tanto del interior como del exterior del país, lo que produjo un fructífero intercambio cultural.

Algo que sí se impuso en mi casa, y debo decir que de manera un poco impostada, fue el culto a la familia que había quedado atrás. Creo que era el cable que mi madre no pudo cortar nunca, el que la conectaba con su pasado. Mi padre, en cambio, se enamoró de su país adoptivo, de su gente, de su gastronomía y, sobre todo, de su geografía. Siempre que pudo viajó por él, por tierra. Sus paisajes favoritos eran los marítimos y los campestres. A veces nos llevaba, otras iba con sus compañeros de trabajo, en jornadas de cacería al cabo de las cuales nos traía algunas piezas comestibles y varios cuentos pintorescos que yo fui atesorando en la memoria.

Si regresó a su tierra natal fue de visita. Nunca tuvo intenciones reales de devolverse, a pesar de que unos años antes de su muerte compró una vivienda allá, para quedarse algunas temporadas, cuando hiciera buen tiempo. Ese proyecto se desvaneció, pues su salud comenzó a deteriorarse abruptamente y falleció a temprana edad, cuando recién había cumplido los sesenta y un años.

Treinta y cuatro años después de ese acontecimiento, las cosas han cambiado de manera abrupta. Ya Venezuela no es la tierra de las oportunidades que fue entonces. Ahora es tierra de emi-

grantes. Mis dos hijas no pudieron eludir ese estatus. La mayor siguió la ruta inversa a la de su abuelo y la menor recaló en las heladas tierras canadienses. Ya no viven en su patria. Como en un juego de puertas giratorias cuyo eje esté anclado en Caracas, repiten la aventura que es la migración. Roma, en Italia, y Edmonton, en Canadá, son las ciudades que las acogen. El idioma de su día a día ya no es el español, salvo en sus comunicaciones periódicas con nosotros. Su paisaje ya no tiene la sombra prominente del Ávila. Pero algo se llevaron de aquí, aparte de sus efectos materiales y los documentos que las acreditan como venezolanas. Algo inasible, pero que se manifiesta en el carácter, en las costumbres, en la gastronomía. Algo que pudiéramos llamar la «venezolanidad».

No sé si algún día regresarán, en realidad. La situación todavía es demasiado incierta para hacer alguna conjetura al respecto. Como si fuese el sino de nuestra generación, al igual que miles de otros hogares, el nuestro se quedó vacío de hijos. Lo que sí es cierto es que los restos de aquel joven que hacía joyas que nadie podía comprar están enterrados en el Cementerio del Este, en Caracas, junto a los de mi madre, como siempre lo quiso.

La vida de nos, 14 de abril de 2018

YO NO PERTENEZCO A ESTE LUGAR

ADRIANA PRIETO QUINTERO

Llegamos con una niña de seis años a otro país, con otra lengua y otra cultura. Y desde que llegamos a Estados Unidos esa niña nos pregunta constantemente: «¿Por qué estamos aquí?». Le explico, de la mejor manera posible, que su padre está estudiando y que para nosotros es una buena oportunidad de aprender otro idioma, conocer nuevos lugares y hacer nuevos amigos, pero mi respuesta parece no complacerla.

La pregunta surgió cuando las cosas empezaron a ponerse muy raras para ser unas vacaciones normales, cuando mi hija comenzó a ir a un nuevo colegio y buscamos un lugar donde vivir. Poco tiempo después, vino la misma pregunta, en el mismo orden sintáctico y con el mismo tono:

—Pero lo que no entiendo es por qué estamos aquí.

Todos los que tenemos niños sabemos lo gozoso que es el lenguaje para ellos; la gran conquista de poder expresarse y de preguntar lo que les inquieta. Para ellos la lengua es infinita, no solo por la capacidad de formular distintas combinaciones, sino por la posibilidad de agotar una misma expresión, preguntando

una y otra vez lo mismo, cuando no entienden algo. Es lo que ha hecho mi hija: hacernos la misma pregunta una y otra vez.

El nombre de nuestra niña es Gabriela Alegría, pero casi todos la llaman Alegría. Siento que hace honor a su nombre: tiene una capacidad increíble de creer en ella misma; piensa que, si uno realmente quiere algo, eso sucederá porque sí, porque no podría ser de otra manera, y porque la magia existe y ella, al igual que Matilda, la niña que amaba los libros, tiene poderes. En los últimos días se ha convencido de querer volar. Cada mañana me pide que le toque la espalda, exactamente los omóplatos, para que me cerciore de si efectivamente le están creciendo las alas. Yo la escucho tan emocionada que solo le puedo pedir que, si algún día lo logra, me lleve con ella, pero esta idea no la convence porque dice que soy muy pesada, así que prefiere inspeccionar mi espalda a ver si a mí también me pueden salir alas. Y me dice con esa cara de doctora, a punto de dar su diagnóstico:

—Sí, yo creo que a ti también te van a salir.

Ella es de las niñas que siempre van de última en la fila del colegio porque es muy alta. Tiene el cabello castaño y largo, aunque no tanto como ella quisiera.

Una noche, mientras yo hacía las tareas de la casa, vi a mi hija encima de un banquito pequeño, asomada por la ventana del apartamento donde ahora vivimos. Continué trabajando, cuando de repente la escuché decir y sin mirarnos:

—Yo no pertenezco a este lugar.

No creo que existan palabras para explicar la repercusión que tuvo esa frase en mí. Ciertamente, tenía semanas preguntándonos y preguntándose por qué no estábamos en nuestra casa, en la casa que la vio nacer, en la única casa conocida para ella. Ciertamente tampoco había ni hay respuesta que pueda

explicar esta pérdida. Ella tenía razón: ni ella, ni su padre ni yo pertenecíamos ni pertenecemos a este lugar. Lo decía su silueta allí parada frente a un paisaje tan hermoso como ajeno, en esa ventana, en este apartamento, con nosotros detrás de ella, los tres solos en un espacio que no es nuestro.

¿Qué significa pertenecer a un lugar?, me pregunto diariamente. Cada día ponemos nuestras mejores caras, ganas y fuerzas, agradecemos cada cosa que tenemos, pero es difícil negar que hay algo que no está, hay algo que falta, algo incompleto. Es muy frecuente salir a la calle y no reconocer la lengua, ni el paisaje ni la gente. Chocamos con algo duro afuera, que nos reduce a esto que somos: tres cuerpos aislados.

Miramos las fotografías que enviamos a la familia y parecen no tener unidad: están nuestros cuerpos superpuestos en un espacio que no es el habitual, en un ambiente distinto. Nuestras imágenes parecen el resultado de un juego, de un *collage*: estamos recortados y pegados en otro espacio, con cosas extrañas a nuestro alrededor. Y nos regresan imágenes de nuestra casa en Maracaibo, de nuestra familia sin nosotros y vemos que aquella mitad tampoco está completa.

Nuestra hija ha disfrutado siempre escuchar historias. Una de esas a la que siempre quiere volver es sobre el día de su nacimiento y de cómo éramos antes de que ella llegara a nuestras vidas. Y siempre le contamos la historia de nuestra casa, que la habíamos construido ladrillo a ladrillo con la esperanza de que ella viviera ahí. Le contábamos que en ese espacio no había nada, solo las ganas de tener un hogar y una niña. Ella escucha siempre atenta con ese brillo en los ojos de quien atesora un secreto.

Siempre le digo que en esa casa nació yo, le cuento cómo era antes y todas las transformaciones que ha tenido. Era una casa pequeña, construida en los años 80, que mi mamá, madre soltera, compró en una urbanización popular de Maracaibo. La casa original tenía un patio donde, en nuestra infancia, mi madre tenía matas de limón, plátano, lechosa y chirimoya. También teníamos unas gallinas que nos daban huevos frescos, pero, con el paso del tiempo, ese patio fue desapareciendo. La familia fue creciendo y con nosotros la casa, cada espacio se fue construyendo con anexos, y donde había una casa se ramificaron cuatro. Nosotros construimos en la parte de arriba, así que mi hija solo debía bajar unas escaleras para ver a los abuelos, ir a un lado para ver a un primo y al otro lado para ver a una prima. Además de ello, esa casa tiene un espacio común: una terraza con balcón, donde tres años atrás decidí tener una biblioteca comunitaria para niños donde hacíamos talleres, lecturas y tardes de juego. Los días en los que fallaba la electricidad en Maracaibo, nos llevábamos una alfombra grande y un bolso con unos libros a una plaza que está detrás de nuestra casa y ahí leíamos cuentos, cantábamos y jugábamos. Siempre al llegar a la plaza nuestra hija se paraba en los bancos a gritar que era la hora de leer cuentos.

—Yo no pertenezco a este lugar.

La tomamos de la mano, la bajamos del banquito y la abrazamos diciéndole que agradecíamos mucho que nos acompañara. Que la verdad es que ella no había tomado la decisión de venir a Estados Unidos, de no ver más a sus primos, a sus abuelas y abuelos, a los demás miembros de la familia. Que las cosas a veces cambian, pero que sin lugar a dudas volveríamos a Venezuela.

Ahora me pregunto: ¿Realmente aquella frase llegó de la nada? Era claro que cuando no nos preguntaba a nosotros, se lo preguntaba a sí misma y esa respuesta que le dábamos resultaba insuficiente.

Ella continuó con altibajos emocionales, con extrañezas repentinas y con más dudas que certezas, igual que nosotros. Una vez estábamos en un parque y, muy contenta jugando, repentinamente comenzó a llorar diciendo que quería volver a Venezuela. En otras ocasiones nos dice que, si no vamos a ir a Venezuela pronto, que nos traigamos a nuestra familia y las cosas de nuestra casa, e incluso comienza a imaginar dónde dormirían todos en este otro espacio en el que vivimos.

Hasta que una tarde me dijo:

—La gente en Venezuela no es feliz.

Creo que mi reacción fue tan inesperada como exagerada, porque esta vez fue ella la que me abrazó y me dijo:

—Ya, mami, olvida lo que te dije.

Yo, dejando de lado la indignación sobreactuada, dejando mi papel de maestra que tiene que dar el ejemplo y de mamá entusiasta que cree que tiene todo bajo control, me bajé hasta la altura de su rostro y le repetí la pregunta, esta vez más comprensiva:

—¿Dónde escuchaste eso?

Y mi hija, mi niña de seis años, me respondió:

—Yo lo sé, soy venezolana.

Pienso en esa respuesta y son muchas las cosas que me vienen a la cabeza. Han sido meses difíciles, muy difíciles. No solo los que llevamos aquí, sino los que vivimos antes de venirnos.

Yo soy maestra de Literatura y trabajaba en el Ministerio de Educación. Mi esposo estudió Filosofía y trabajaba en una

editorial. Por él estamos aquí. En el 2016 ambos aplicamos a una beca para estudiar Literatura, pero solo él la obtuvo.

Nos tocó hacer los últimos trámites para salir del país en esos cuatro meses de protestas de 2017, cuando perdieron la vida más de cien venezolanos. Fue en medio de uno de los climas de violencia más intensos que habíamos vivido y, también, de los miedos más profundos que he sentido. Recuerdo que la noche del 25 de julio fuimos a casa de unos vecinos, cuando recibimos una llamada de mi hermana pidiéndonos que volviéramos a casa porque las calles estaban siendo «custodiadas» por personas que no eran de ningún cuerpo policial y estaban obligando los vecinos a abrir las calles y a quedarse en sus casas. Estas personas habían prendido fuego en cada extremo de nuestra calle para evitar el paso y, con dos camionetas sin identificación, en cada uno de los extremos, evitaban que la gente saliera a protestar.

Mi hermana estaba en el balcón y le pidieron que entrara y cerrara las puertas. Ella decidió llamarnos y nosotros regresamos de inmediato. Desde el lugar donde nos dejó el taxi, tuvimos que correr en medio del fuego que habían hecho. Mi hija estaba muy nerviosa y alterada. Al llegar a la casa se acostó en su cama, sudorosa, jadeante y con una mano en la frente dijo:

—Yo no quiero más fuego.

Nadie lo quería.

Dos meses antes de que mi esposo iniciara el programa en la universidad, debíamos recibir por correspondencia la documentación para tramitar las visas en Venezuela y, en ese momento, prohibieron los envíos internacionales. Nada entraba al país. Nuestros papeles quedaron varados en Bogotá durante un mes y medio. Llegaron, pero estaban incompletos, así que debimos iniciar el proceso nuevamente. Cuando teníamos

todo lo requerido nos asignaron una cita para el martes 1.º de agosto, dos días después de las elecciones para la Constituyente. Cuando ya teníamos los pasajes para irnos a Caracas, la embajada nos escribió un correo diciéndonos que habían suspendido las citas por medidas de seguridad y que solo trabajarían con casos urgentes. Automáticamente nos asignaron una nueva fecha para el mes de septiembre.

Mi esposo debía llegar el 10 de agosto a Estados Unidos y, si eso no sucedía, perdería la beca. Enviamos toda la documentación a la embajada, argumentando que era una cita urgente. Respondieron y nos otorgaron la cita para el 9 de agosto. Viajamos a Caracas y nuestra hija se quedó en casa.

Cuando tocó nuestro turno para la entrevista, nos dieron un cartón amarillo que decía que la visa estaba negada; en ese cartón estaban marcados los ítems de lo que debíamos consignar y no teníamos. Yo miraba al agente como si nos hablara en otra lengua (cosa que hacía) y solo alcancé a entender:

—Vuelvan cuando tengan todos los documentos.

Sí, había un error, nunca miramos los números. Repasamos en nuestra cabeza todas las cosas que ya habíamos revisado: el pago de la universidad, el pago de su salario, el pago por nosotras, eran tantos números que salimos a tratar de comprender cuál era el problema. Y a abrazarnos.

Necesitábamos 5.000 dólares para todo el proceso. Nuestro salario para aquella época era el equivalente a veinte dólares mensuales, así que reunir 5.000 era prácticamente imposible. Vendimos nuestro carro usado, pero el dinero obtenido no alcanzaba ni para el pago de un pasaje. Varios amigos que estudiaban fuera de Venezuela nos ayudaron a recaudar parte de los fondos con la ayuda de algunos de sus profesores. Y, aun así, era verdad: los números no cuadraban. La única forma era

si buscábamos a alguien que confiara en nosotros y se hiciera responsable mientras estuviéramos en Estados Unidos. Así lo hicimos y volvimos al día siguiente con nuevos documentos y encomendados a todos los santos.

Las visas finalmente fueron aprobadas. Cuando el agente le preguntó a mi esposo cuándo debía presentarse en la universidad, él le respondió: «Hoy». Y así era. Nos entregaron las visas el 11 de agosto y salimos al aeropuerto para volver a Maracaibo. Cuando llegamos, nos encontramos con gente que llevaba más de veinticuatro horas en Maiquetía porque no había vuelos. Después de siete horas, pudimos volar hasta Coro y, desde allí, tomamos un autobús. Llegamos a Maracaibo el 12 de agosto, cansados y deseosos de ver a nuestra hija.

En mis planes no estaba venirnos juntos, no habíamos hecho maletas, estuvimos una semana tratando de solucionar lo de la visa, no teníamos un lugar a dónde llegar, no conocíamos a nadie. Era todo muy incierto. Después de muchas horas de discusión, el 13 de agosto compramos tres pasajes. Y fue entonces cuando le dijimos a la familia que nos íbamos al día siguiente.

«En una noche hicimos las maletas», me repito como para tratar de desenredar un poco los recuerdos. Nos despedimos. Y el 14 de agosto de 2017, a las nueve de la noche, llegamos a Miami, y un día después, a las cinco de la tarde, «el venezolano» había llegado a la universidad.

Y con él, una niña y una mujer.

—Yo lo sé, soy venezolana —nos dijo mi hija dos o tres meses después.

Y es así, ella es venezolana y nosotros también. Sabe lo que es utilizar el transporte público, lo que es ir a trabajar con sus papás, lo que es no tener dinero para reparar el carro, sabe

que a la fiesta de cumpleaños no pueden venir todos los amiguitos porque la plata no alcanza, sabe que cuando se oculta el sol hay que correr, que hay que caminar más rápido si alguien viene detrás. Sabe que es más barato comer en la casa, que el Niño Jesús no trae lo que uno pida sino lo que pueda, que hay niños en el colegio que no llevan merienda y hay que compartir así no quiera. Sabe lo que es llorar de cansancio porque la cola para comprar comida está muy larga e igual hay que hacerla. Sabe cómo es que se vaya la luz y sentir cuarenta grados de calor. Sabe que el agua llega cada tres días y sabe, por sobre todas las cosas, que pese a nuestros intentos de protegerla, a veces las cosas no salen bien, que a veces la gente no es feliz y no es porque no lo merezca o no lo quiera.

Mi hija sabe que hay cosas sagradas para ella, para ellos y para todos, porque sabe lo que significa pertenecer a eso que te hace olvidar lo demás y que te hace querer correr de regreso a casa.

—Sí —le respondí ese día que me dijo eso—. Los países, como las personas, son diferentes. Todo tiene cosas buenas y cosas malas. Solo que, así como las personas, los países pasan por malos momentos, y este no es un buen momento para el nuestro.

Mi hija miraba por la ventana y sentí que así estamos todos los venezolanos: mirando el mundo a través de un vidrio. Y que, del otro lado, los demás también nos observan, como si fuésemos un espectáculo.

La vida de nos, 3 de marzo de 2018

ASÍ LA IDEA SE VA DESVANECIENDO

JESENIA FREITEZ GUÉDEZ

*Cuando todo parezca ir contra ti,
recuerda que el avión
despega contra el viento, no a favor de él.*
-Henry Ford

George Daou estaba en su oficina, a unas cuadras del puerto de Beirut, la capital del Líbano, la tarde del 4 de agosto de 2020. Era un día normal que de pronto dejó de serlo: George escuchó un estruendo, sintió como si el concreto del piso se hubiese abierto y, segundos después, una lluvia de vidrios tapizó el suelo del centro comercial donde trabajaba. Afuera el cielo se oscureció, había nubes de polvo gris, y se escuchaban gritos, muchos gritos.

Pasaron quince segundos y se repitió el sonido retumbante.

A George el destino le había regalado unos minutos a su favor, porque apenas un cuarto de hora antes había vuelto de comprar en el supermercado un par de kilos de arroz que le había pedido su esposa Yuliana. Si el estallido lo hubiese sorprendido en la calle, seguramente habría resultado herido. Ahora, a salvo pero en medio de un caos, hizo lo que todos a su alrededor: buscar la manera de salir del edificio.

En esas estaba cuando se percató de que una de sus compañeras había entrado en pánico. La tomó por un brazo y la ayudó a salir con él, sin soltar los kilos de arroz que había comprado. No sabía exactamente qué ocurría, pero fuera lo que fuera, tendría algo que comer esa noche. Pensó que se trataba de un ataque bélico, y no era descabellado que lo fuera, considerando que el Líbano es un país que lleva casi cuarenta años en guerra con Israel (esto asumiendo como inicio la ofensiva de Israel en 1982, porque la verdad es que se trata de un conflicto cuyas raíces se remontan mucho más lejos, cuando Gran Bretaña decidió abandonar Palestina en 1947).

Sonó el teléfono y era Yuliana. Llamaba desde la casa en la que ambos vivían, en Tabarja, a unos veintiocho kilómetros de Beirut, desde donde ella también había escuchado estallidos. Después del primero, se abrieron grietas en las paredes de la cocina. Yuliana alcanzó a ver desde la ventana una bandada de pájaros que volaban desde Beirut y escuchaba gente gritando en árabe: «¡Es una bomba, es un ataque!».

Pero no era cierto. Se trataba de la explosión, en un depósito del puerto de Beirut, de unas 2.750 toneladas de nitrato de amonio, una sustancia sólida y cristalina, altamente reactiva, usada como fertilizante y en la fabricación de explosivos.

George atendió la llamada y solo alcanzó a decirle: «Ahora no puedo hablar».

Yuliana de Lión y George Daou son venezolanos, él de origen libanés. De sus treinta y uno y treinta años de edad, respectivamente, llevaban casi cuatro viviendo en el Líbano. En Venezuela trabajaban en dos negocios familiares: de lunes a viernes en una venta de equipos electrónicos y los fines de semana vendiendo maní en mercados municipales. Como les iba bien,

se independizaron y abrieron una manicería propia. Y luego de un noviazgo de cuatro años, se comprometieron.

Unos amigos muy cercanos a George, que tenían planes de migrar, le propusieron asociarse para abrir en Panamá un negocio como ese que tenían. A él y a Yuliana, al principio, la idea les resultó descabellada. Pero quizá por curiosidad, o tal vez porque en Venezuela ya se vivían días difíciles, comenzaron a investigar, a explorar ese mercado, y se entusiasmaron. Tanto que, en apenas un mes, pusieron sus papeles en orden, tramitaron la visa, vendieron su camioneta, cerraron el local y adelantaron los planes de boda: se casaron el 21 de septiembre de 2014.

El 29 de septiembre se montaron en un avión rumbo a Panamá.

Mientras conseguían donde vivir, alquilaron una habitación en un hotel. Los amigos de George, con los que harían el negocio en ese país, se quedaron en Venezuela con la promesa de seguirles los pasos semanas después. Seguían en contacto, conversando sobre la ubicación del lugar, la estrategia de ventas y la fecha de inauguración del local.

En medio del entusiasmo, George intentaba precisar su fecha de llegada, pero ellos eran evasivos.

Las llamadas comenzaron a ser más esporádicas.

Un día les dijeron que lo sentían, pero que habían decidido quedarse en Venezuela. Y no les dieron más explicaciones.

Frustrados, llenos de rabia, los recién casados comenzaron a buscar trabajo. Los primeros días salían a caminar para repartir currículos y tocar puertas. No pensaron en devolverse a Venezuela; estaban determinados a adaptarse, ganar dinero y

conseguir donde vivir. Una conocida los puso en contacto con Patricia Saldaña, dueña de una peluquería, quien le ofreció trabajo a Yuliana. Y cuando supo que estaban viviendo en un hotel, les alquiló un apartamento que tenía vacío y les amuebló uno de los dormitorios.

Aunque George habla español, inglés, árabe y francés, tenía nueve años de experiencia en ventas y era experto en inventarios, no lograba conseguir empleo. Se sentía desesperado. Sobrellevaba los días acompañando a Yuliana a la estética donde ella trabajaba y, para ganar algo de dinero, ayudaba a Patricia con las diligencias bancarias o le servía de chofer.

Un día recibió una oferta de trabajo. Se emocionó porque se relacionaba con lo que había hecho toda su vida. Asistió a la entrevista y lo seleccionaron. Pero estando allí se enteró de que la empresa estafaba a sus clientes, entonces renunció. Después lo llamaron de un instituto llamado Oxford University Press. Le ofrecieron ser profesor de inglés, pero terminó como agente de *call center*. Debía llamar a personas y decirles que habían ganado una beca para estudiar inglés. Era mentira: tenían que pagar sesenta por ciento del curso. Por eso también renunció.

En abril de 2015, las cosas comenzaron a mejorar. George consiguió un cargo como asesor de ventas en una perfumería, y Yuliana como gerente de ventas en una tienda de esa misma empresa. Tenían beneficios, seguro médico y sueldos que les permitían vivir tranquilamente. Eran incentivos suficientes para soportar el rechazo de los panameños que estaban a su cargo. «¿Cómo es posible que ellos, siendo extranjeros, y venezolanos, serán nuestros jefes?», los escuchaban preguntarse.

Poco tiempo después, George fue ascendido a subgerente. Pero coincidió con que la tienda en la que trabajaba Yuliana

cerró porque no estaba siendo rentable. Le ofrecieron trabajar sin sueldo fijo, ganando comisiones por lo que vendiera al mes en otras tiendas, sin los beneficios que tenía como personal de la nómina. Prefirió no aceptar. A los días, consiguió un trabajo como *community manager* en un local que vendía comida venezolana. Allí trabajaba de ocho de la mañana a cinco de la tarde, y luego se iba a trabajar en la estética de Patricia, hasta que se fuera el último cliente.

Todo parecía que se había vuelto a encaminar cuando, el 5 de mayo de 2016, Yuliana y George se levantaron con la noticia de que al empresario Nidal Waked, sobrino del jefe de George, lo habían detenido en Colombia por cargos relacionados con lavado de activos. Al día siguiente intervinieron todas las tiendas y George se quedó otra vez sin empleo.

A Yuliana estaba por vencérsele la visa de trabajo y renovar-la era un trámite costoso. «¿Nos devolvemos a Venezuela?», se preguntaban una y otra vez. La pregunta se convirtió en el centro de sus distendidas conversaciones. Algo tenían claro: aunque ya se habían adaptado a Panamá, no querían nadar a contracorriente.

Una tía de George que vivía en Beirut se enteró de lo que les había sucedido y lo llamó no solo para animarlo, sino para invitarlo a trabajar en una tienda de relojes que ella acababa de abrir.

—Vénganse. Aquí pueden estar mejor, porque tú tienes nacionalidad libanesa y Yuliana no tendría que pagar por el trámite de la residencia.

—Yuliana, ¿y si nos mudamos al Líbano? —le preguntó George el 29 de septiembre de 2016. Ese día estaban cumpliendo dos años de casados.

—¿Cómo que al Líbano?

George le explicó la propuesta de su tía. Estaba sorprendida. Nunca se había imaginado viviendo tan lejos de su familia. Estaba un poco asustada, pero no tenía muchas razones para seguir en Panamá. Luego de mucho pensarlo, al mes siguiente tomaron un avión y viajaron 11.674 kilómetros para, una vez más, instalarse en un nuevo país. Esta vez sin ahorros.

Beirut no les resultó amable. Era otro huso horario con respecto al que tenían en Panamá. Era una cultura muy distinta a la latina. Y era otro idioma. Yuliana solo hablaba español. Aunque George sí hablaba los cuatro idiomas que se emplean en el Líbano, no entendía los modismos.

Era una ciudad de contrastes: edificios bombardeados, por un lado, y estructuras modernas, por otro. A Beirut la llaman el Ave Fénix, la ciudad de la reconstrucción eterna: quizá no había un mejor escenario para que llegaran Yuliana y George a volver a comenzar.

George empezó a trabajar con su tía apenas llegó, pero sin sueldo fijo. Ganaba dinero de acuerdo a las ventas del día. Después de tres meses, consiguió un trabajo en una tienda de calzados. Yuliana comenzó como estilista en una peluquería de una venezolana. Aunque en 2019 Beirut enfrentó una crisis económica, y a pesar de que en 2020 llegó la pandemia de covid-19, por fin sentían que les estaba yendo bien, que tenían certezas. Incluso, ya no sentían esa desazón al recordar a los suyos en Venezuela.

Pero entonces vino aquella explosión a detonar esa tranquilidad.

Volvió el miedo. Uno más grande.

Y una pregunta se hizo recurrente: *¿Qué hacemos aquí tan lejos? ¿Qué hacemos aquí tan lejos? ¿Qué hacemos aquí tan lejos?*

Cuando George llegó a casa ese día, se metió a bañar. Y lloró. Luego se rio y le preguntó a Dios: «¿Qué pasó hoy?».

Yuliana lloró después, cuando logró hablar por teléfono con su mamá y la escuchó decirle: «Ustedes se fueron por un mejor futuro y mira todo lo que les ha pasado estando lejos».

George duró tres días sin dormir, recordando gente herida, gente pidiendo ayuda, gente corriendo, gente gritando. Cuando volvió al trabajo, veía negocios cerrados y en las aceras vidrios rotos, esparcidos por todos lados.

Desde aquel día, cada tanto él y Yuliana vuelven a preguntarse si no será mejor volver a Venezuela. Pero se responden que no, porque después de todo tienen salud, casa, comida y trabajo. Se repiten que a veces es mejor no pensar tanto en el futuro. Entonces, agradecen y así esa idea del retorno se va desvaneciendo.

La vida de nos, junio de 2021

CATALUÑA SIEMPRE ESTUVO ALLÍ

MAITE ESPINASA

Destaparon dos botellas de coñac, lo que hace que haya mucha alegría y quizás puede ser mejor para no recordar que hoy iniciamos de hecho el viaje a América, ya que hasta ahora todavía podíamos devolvernos..., escribió el martes 8 de agosto de 1950 en su diario (en catalán, por supuesto) Antoni Espinasa i Masague.

Él y Teresa Vilanova i Llambías, su esposa, habían embarcado días atrás en el buque Monte Arnabal, en Barcelona, con rumbo a Venezuela. La despedida había sido triste y durante los primeros días de navegación, cuando el barco se detenía sobre puertos mediterráneos, sentía que todavía podía aferrarse a esa tierra. Solo cuando empezó a ver tras de sí la silueta de Cádiz y sus ojos giraron para encontrarse con aquella inmensidad tan insondable como su destino, entonces su corazón acusó aquella despedida.

Habían sido largos meses de cavilaciones para, finalmente, tomar juntos la decisión de partir. Huían de nuevo. Esta vez de la miseria, las cartillas de racionamiento, la escasez, el desempleo, en aquella Barcelona ocupada hasta los tuétanos por el franquismo.

Antoni y Teresa nacen en el seno de familias de clase media de la época. Él en 1910 y ella en 1920. La Guerra Civil los encuentra convertidos en jóvenes con firmes convicciones re-

publicanas y catalanistas. Él se incorpora a la resistencia en el Frente del Ebro y ella, con sus dieciséis años, hace lo que puede hasta donde sus manos alcanzan. Fue una guerra cruenta que ocasionó graves pérdidas humanas y materiales y abrió heridas que, en no pocos casos, siguen sin cicatrizar.

Tras la derrota de la república, Antoni, así como su hermano Paco y otros cientos de miles, huyen a Francia, donde son recluidos en el Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer. Creo que poco se ha hablado de estos campos donde los franceses confinaron a los refugiados españoles en muy lamentables condiciones de sobrevivencia. Fueron días brutales, pero Antoni y Paco, valiéndose de una serie de pillerías, logran escapar a los pocos meses. Ya la II Guerra Mundial había estallado, hincando sus dientes en suelo francés en 1940.

Por su parte, Teresa y la esposa de Paco, Conxita Vendrell i Magri, decidieron calzarse sus botas de excursión y emprender el camino tras el encuentro con sus hombres. Durante días, solas, jamás dudaron en seguir adelante empeñadas en su objetivo, hasta que lo consiguieron. Finalmente lograron reunirse los cuatro, sumándose a ellos Salvador Vilanova i Durán, padre de Teresa y amigo y compañero de lucha de los Espinasa. Transcurre allí, entre Perpiñán y Burdeos, este primer exilio, en medio del estallido de esta nueva guerra y la ocupación de Francia por parte de los nazis.

EL FASCISMO, UNA VEZ MÁS, FRACTURANDO SUS VIDAS

Fueron, los cinco, una familia unida como un bloque, y así adheridos lograron enfrentar con firmeza los difíciles sucesos a los que se vieron sometidos. Sin embargo, en medio del conflicto y la estrechez, Conxita trae al mundo a Jordi, y con él lle-

gó la alegría y la esperanza a aquel grupo familiar. Jordi fue el hijo de todos y creo que lo siguió siendo mientras todos ellos vivieron.

Finalizada la Segunda Guerra, Paco, Conxita y el pequeño partieron de Francia a Venezuela. Y Antoni y Teresa regresaron a Barcelona, junto al cuerpo agonizante de Salvador, quien deseaba despedirse de su mujer y del resto de sus hijos y ser enterrado en su tierra.

El 31 de julio de 1950 Antoni y Teresa salieron de Barcelona hacia tierras desconocidas. Dejan atrás madre, hermanos, amigos, tres guerras y el sabor amargo de la derrota.

Luego de veinticinco días de travesía llegaron a La Guaira. Allí los esperaba la alegría del reencuentro. Todo son besos y abrazos y la paz de saber que hay un techo donde llegar. Paco y Conxita habían alquilado la casa número 4 de la calle El Porvenir, en Las Delicias de Sabana Grande. Estaban juntos de nuevo y así se dispusieron a construir este nuevo trecho del camino.

La gratitud por esta tierra que los acogió y les proporcionó el hogar que tanto ansiaban perduraría a lo largo de sus vidas. Trabajando arduamente, lograron traer a otros hermanos, a los que las miserias de la posguerra se los estaban tragando. De esta manera, se fueron reuniendo con ellos Jordi Vilanova i Llambías, Ramón Espinasa i Masagué y Teresa Bertomeu i Vilanova, quien sería por siempre la *tieta* (tía en catalán) de los que nacimos en esta tierra prometida.

Todos llegaron a esa Caracas de los años 50, políticamente convulsionada, pero donde los exiliados lograban respirar los anhelados vientos del progreso y la prosperidad. Las ciudades arrasadas y empobrecidas que habían dejado tras de sí hacían de esta ciudad un lugar más que cálido y placentero.

Quizás por eso, a la par de este sosiego que les proporcionaron estas nuevas tierras, la vida permitió a Ton y a Tere (para su familia y amigos), finalmente, traer a dos hijas al mundo. De esta forma, Marimagda y yo entramos en esta historia. Conxi y Paco también habían dado un hermano a Jordi, y Ramón estaba allí para recibir a las primas. A mediados de esa misma década habían construido su hogar en un caserón, que eran dos casas, una sobre otra, en la parte alta de la avenida La Salle. De más está decir que fue, además, el primer hogar de todos aquellos que iban llegando.

Pero si bien todas estas personas habían partido lejos de esa tierra donde nacieron, también es cierto que en su equipaje se trajeron a Cataluña. Y era tan intenso ese ambiente que yo vine a entender que no vivía allá cuando entré en la escuela. En la quinta *Prop del Cel* (Cerca del Cielo, en catalán) solo se hablaba en esa lengua, y eso incluía a los visitantes. Se comía catalán, se bailaba catalán, las salidas eran al *Centre Català* y los paseos eran con otras familias catalanas.

En fin, nací y crecí en la Cataluña venezolana.

Este *Centre Català* era una casa acogedora, cuya sede estaba, en aquel entonces, al final de la calle Los Apamates de La Florida. Un gran grupo de estas familias exiliadas (Pi Sunyer, Grases, Vila, Cruixent, Puig, Grau, Vallmitjana) había puesto todo su empeño en mantener viva su cultura en todas sus manifestaciones. Y Ton, Tere y Conxi participaron muy activamente en esta porfía. Ellas se convirtieron en actrices de su grupo de teatro y, por muchos años, actuaron en importantes obras de la dramaturgia catalana, en un montaje tras otro. Ton inclusive llegó a presidirlo. Nosotros, los hijos aquí nacidos, aprendimos todas las canciones, todos los bailes, todas las fiestas y vestimos los trajes típicos.

La política, por supuesto, era parte activa de la vida en aquella casona. En ella se traficaban noticias allende los mares, se desataban acaloradas discusiones y se organizaban ayudas para los que habían quedado allá y para otras actividades de la resistencia.

El *pare* (papá o padre, en catalán) era un hombre trabajador, de espíritu noble que amó sinceramente a su familia y a sus amigos. Nos protegió sobremanera, entregándonos su cariño y sus cuidados. Jordi y Ramón también disfrutaron de este cobijo. Fue siempre un gran refugio, bajo cuyo manto y comprensión cabíamos todos.

Se levantaba al amanecer, regaba las plantas, leía el periódico y preparaba el café con leche para todas. Se desempeñó en su oficio de contador, trabajando para diferentes empresas. Disfrutó y amó el suelo que lo acogió, lo recorrió hasta sus más apartados rincones, estuvo con su gente, pero mantuvo siempre a resguardo los espacios de su patria y apaciguaba su nostalgia manteniendo una copiosa correspondencia con familiares y amigos. Es inolvidable la resuelta alegría que producía la llegada de aquellos sobres llenos de sellos, cuyo contenido mi padre leía con detenimiento.

Guardaba también otras dos pasiones: el Barcelona Fútbol Club y las novelas de John Le Carré. Seguía todos los partidos con auténtica devoción, alzando su voz con cada jugada. Solo este deporte y las discusiones políticas sacaban de él las más ardientes controversias. En los otros ámbitos de la vida era un hombre sosegado que brindaba una calidez sin límites y era capaz de conmovirse hasta las lágrimas.

Desde la Guerra Civil le quedó el hábito de apaciguar sus ansiedades con cajas y cajas de cigarrillos que aspiraba uno tras otro. Su corazón lo resintió y, a los sesenta años, abrió su

primera grieta, llevándose un buen susto. En adelante, su salud no volvió a ser la misma y hubo de guardar muchos cuidados. Aun así, vivió diecisiete años más y pudo disfrutar la inmensa alegría de ser abuelo: Karina y Xaviera llegaron para sumarse al círculo de mujeres que lo rodeábamos.

Tere, en cambio, era una mujer atrevida, sin remilgos, de palabras directas, con un sentido del humor a toda prueba y con pocas aptitudes para los trabajos del hogar. Montó, junto a Conxi, un pequeño negocio de bisutería: Miniaturas Margarita, pero al cabo de poco tiempo ya estaban inaugurando la boutique Margo. Estaba en plena Calle Real de Sabana Grande, al lado del Café Piccolo, donde funcionó por más de treinta años. Su especialidad eran los sombreros y tocados de novia, además de un sinfín de artículos femeninos. Esta casa llegó a ser muy conocida y por allí pasaron desde primeras damas, misses, actrices, hasta las señoras de la noche que trabajaban por la zona. Allí estuvieron siempre Tere y Conxi para atenderlas a todas con el mismo esmero. Las dos hacían magia con esas manos que, desde que estaban en Francia, recogían los paracaídas y con la tela confeccionaban pañuelos que pintaban y vendían para ganarse el pan.

Sabana Grande fue, para nosotros, un segundo hogar. Era una zona de inmigrantes europeos, donde vivían y tenían sus negocios. La recorríamos como si fuera el patio de nuestra casa. Nos conocían en todas partes, decían «son las de la Casa Margo», entrábamos al Piccolo como si fuera la cocina de la casa y, por supuesto, no pagábamos, ya que los adultos llevaban las cuentas. Ya muchachos, la tienda se convirtió en un punto de encuentro con los amigos. Muchos pasaban por allí por su cuenta a saludar a las «maras» (*mares* en catalán es ma-

más o madres) o a pedirles dinero prestado, en esa época en la que dos o cinco bolívares resolvían un montón.

En esas calles entendí y aprendí a respetar la diversidad humana. La *mare* nos habló siempre con mucha claridad y con pocos adjetivos calificativos. Supe, a temprana edad, de la prostitución, la homosexualidad, las amantes, los chulos, y los entendía, sencillamente, como hechos de la vida. Imagino que el exilio francés había dejado aprendizajes importantes.

LA CASA MARGO CERRÓ EN 1984

Ya cansadas de tanta brega, y quizá intuyendo que la llegada del metro traería cambios importantes en aquel paisaje, Tere y Conxi decidieron bajar la santamaría.

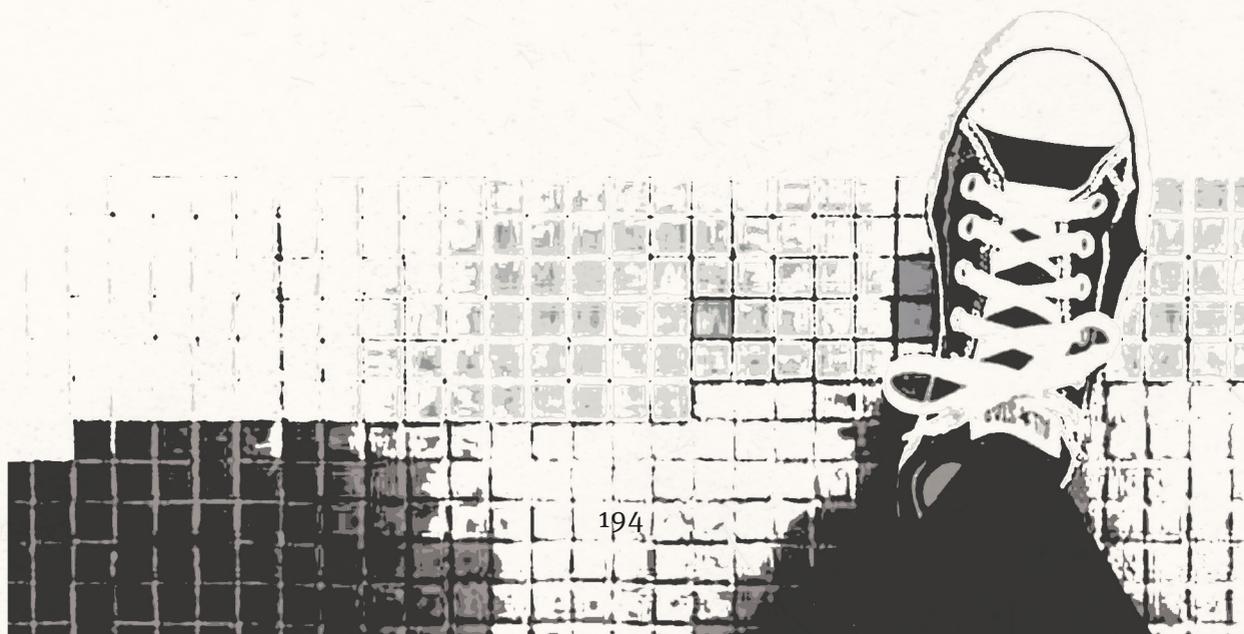
Tere dedicó tiempo a los últimos años de Ton y a sus nietas. Pero, ya a sus setenta y ocho años, de lejos, empezó a reconocer el tufo del autoritarismo aparecer en el horizonte de esa tierra que los había acogido. Su talante político la llevó a participar en todas las marchas antigobierno habidas y por haber, hasta sus ochenta y siete años, cuando se fue a vivir a Margarita con mi hermana. Todos descansamos, ya que ella había resuelto que quería ir sola a todas esas protestas, para ir a su aire, apenas llevando en su bolsillo la cédula, unos billetes y un papel con nuestros números telefónicos. Nunca hubo quien le impidiera hacer su voluntad.

Sobrevivió a Ton treinta y siete años. En 2013 empezó a apagarse, despidiéndose el 6 de enero de 2014. «La yaya se fue de parranda con los Reyes Magos» escribió en su muro de Facebook mi hija Karina, para quien la *iaia* (abuela, en catalán) es uno de sus afectos fundacionales. De hecho, vive en la tierra de sus abuelos maternos desde 2004 y allí trajo al mundo a Diego. Historias de ida y vuelta: Tere llevó la moda europea a Ca-

racas con su tienda Margo, y Karina llevó música y comida con sabor venezolano a Barcelona con su bar El Bombón, en pleno Barrio Gótico.

Cataluña, desde donde ahora escribo, siempre estuvo allí. Vivieron en Venezuela, se hicieron venezolanos, la amaron, la recorrieron, nos enseñaron a quererla, simpatizaron con los adecos, comieron arepas, pero Cataluña, esa Cataluña de la que partieron el último día de julio de 1950, permaneció intacta en esos corazones en los que quedó grabada la frase *aquí es parla català* (aquí se habla catalán).

La vida de nos, julio de 2018



UNA MANERA DE ABRAZARLOS A TODOS A LA VEZ

GERARDO GUARACHE OCQUE

Era el año 2006. Gabriela, una arquitecta de la Universidad Central de Venezuela que no ejercía su carrera, había encontrado una actividad más significativa, después de desgastarse trabajando en la organización de eventos corporativos. Y aunque estaba fuera de sus funciones, pasaba todos los días, al menos por unos minutos, a mimar a la recién nacida.

A Zuleima la abandonaron en Los Magallanes de Catia. Su madre era una adolescente de trece años. Una adolescente que, junto con su hermana, era víctima de abuso. El *coco* de su historia era el padrastro, quien terminó asesinando a su hermana y provocando la huida de una jovencita embarazada y traumatizada que optó por dejar a la criatura en el hospital y seguir su camino.

—Es impresionante cómo reacciona. Ella empieza a moverse justo cuando estás llegando. Ella te siente, sabe que vienes —le decía a Gabriela una de las cuidadoras.

Así se apegó a Zuleima, a quien cargaba, mecía, abrazaba. A la bebé la tranquilizaba el latido de su corazón. Los otros niños, más grandes, reaccionaban eufóricos a la llegada de Federica, otra voluntaria que iba a visitarlos religiosamente. Ga-

briela notaba que, cuando los visitaban de manera constante, les mejoraba el semblante, les brillaban los ojos. En contraste, advertía que el Día del Niño o de Navidad no eran fechas felices porque llegara un anónimo cargamento de juguetes. Nada cambiaba si nadie iba a entregar los regalos.

A Zuleima la adoptaron al poco tiempo y Gabriela siguió trabajando en Hogar Bambi, pero no por mucho. Y años después se hizo madre.

A David, su hijo mayor, comenzó a leerle desde los ocho meses. Lo que comenzó como el deseo de replicar con sus hijos una sana costumbre que coloreó su infancia, se volvió una obsesión que la convirtió en clienta habitual de la Librería Sopa de Letras, de Los Secaderos de La Trinidad. Tenía que ponerse freno para no descuadrar el presupuesto familiar. Compraba historias para sus hijos, pero también para ella. «¿Por qué tanta locura?», se preguntaba.

—Hay mujeres que van de *shopping* y compran ropa compulsivamente. Mi compra compulsiva es de cuentos infantiles —solía justificarse.

A medida que crecía su biblioteca, la situación en Venezuela empeoraba hasta que, como muchos otros, se cansó del deterioro constante de cada aspecto de la vida diaria. Cuando ella y su esposo decidieron irse del país, en mayo de 2014, intensas manifestaciones antigubernamentales sacudían las calles. Renovar su pasaporte, una diligencia que debía ser rutinaria, le tomó medio año. Y antes, a un viejo y querido amigo lo habían matado para robarle su vehículo.

Con David en brazos y Daniel de treinta y dos semanas en el vientre, se subió a un avión rumbo a la tierra de sus abuelos maternos. Su abuela Estela, de Boyacá, se mudó a Venezuela en lo que se conoce en Colombia como «el período de la vio-

lencia». Hizo maletas en 1950, dos años después del asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, suceso que marcó la historia de ese país, y llegó a una Venezuela que estaba bajo el dominio del dictador Marcos Pérez Jiménez. Sin embargo, la situación era mejor. Esta es mi casa, diría. Y lo fue.

Más de sesenta años después, Gabriela se movía en dirección contraria.

Una vez establecida en Bogotá, comenzó a ocupar la mente en otros asuntos. Aquella dinámica caraqueña que la obligaba a ocupar una gran cantidad de tiempo en cubrir necesidades básicas había quedado atrás.

Un día, les preguntó a las maestras del kínder al que asistía David si ella podía ir los viernes a leerles cuentos a él y sus compañeros. Le dijeron que sí. Lo contó en el chat de WhatsApp de representantes y, al poco tiempo, generó un movimiento. Otros padres, contagiados por su filosofía, se convirtieron en entusiastas lectores en voz alta y coparon todas las jornadas.

Su turno para leer llegaría cada tres meses, pero Gabriela necesitaba hacerlo siempre. Se nutría del ritual en el que ella, sentada y rodeada por sus pequeños espectadores, narraba y se metía en personajes de fábula. Era rana o princesa o dinosaurio, mientras ellos la veían, indagaban ávidos de detalles, gritaban emocionados, se impresionaban, reían, se lamentaban y, a veces, hasta querían invertir roles y echar el cuento ellos mismos.

El kínder de David se llama AeioTÚ y es uno de treinta colegios de la Fundación Carulla, dedicada a la atención de la primera infancia en Colombia. Seis de ellos están en Bogotá y uno funciona en Soacha, municipio aledaño a la ciudad y ubicado al sur. Muy al sur.

Cuando Gabriela consultó si podía ir a otro kínder a leerles a los alumnos, le hablaron del que está ubicado en Soacha, una barriada remota con altos niveles de criminalidad y pobreza. Pero, además de eso, es también el lugar que recibe más desplazados por la violencia en un país que registra, en acumulado, el índice de desplazamientos más alto del mundo.

Esto, en lugar de espantarla, la atrajo.

Gabriela quiso visitar el barrio en su propio vehículo, pero le advirtieron que no lo hiciera. De modo que se trasladó, con su repertorio de cuentos infantiles, en un transporte de la fundación. No la ponía nerviosa el hecho de ir a un lugar peligroso. Más la inquietaba su encuentro con los niños. «¿Funcionará? ¿Les gustará? ¿Me escucharán?», pensaba durante el recorrido, a medida que se adentraba entre aquellas callejuelas inhóspitas y angostas que la llevarían a Cazucá, un sector de Soacha sumido en la polvareda que levanta el paso de camiones hacia su cementera. Detrás podía ver la montaña donde le habían dicho que solía ocultarse la guerrilla.

Cuando llegó a la calle ciega donde está el jardín de infancia y una escuela de Fe y Alegría, Gabriela sintió que había llegado al lugar de la esperanza. Aunque la maestra, Magnolia, le dijo algo que no se esperaba.

—Es que a este salón solo le gustan los cuentos de monstruos.

Ella no pensó su respuesta.

—Pues está fregada la cosa porque yo no tengo cuentos de monstruos. Tendrán que acostumbrarse a los míos.

Osada, escogió el aula más complicada. Un aula de «Zuleimas» desatendidas. Niños de cuatro y cinco años de edad, desordenados y desobedientes, con poquísima capacidad de

atención y preocupantes conductas agresivas. Niños que pertenecen a familias disfuncionales, quizá huérfanos o criados por otros miembros de sus familias, o hijos de madres solteras y viudas, muchas de ellas amenazadas, que huyeron para salvar su pellejo. Niños que han visto en directo situaciones dramáticas que muchos adultos apenas han mirado recreadas en una pantalla de cine o televisión.

La primera vez no pudo terminar un solo cuento. Fue casi imposible sentarlos a su alrededor.

Tras ese fallido acercamiento, Gabriela se enfrentó con otro obstáculo: no había presupuesto para pagar su traslado semanal al kínder de Soacha. Pero la constancia, insistía, es la clave. Para conseguir el dinero se inventó algo que llamó Tertulia Literaria en el colegio al que asistía su hijo y los hijos de familias pudientes, que consistía en un encuentro temático alrededor de la lectura, con cierto halo de magia, juegos y dinámicas para adultos y niños.

Gabriela hizo 200 origamis para colgarlos de los árboles y crear un túnel colorido que sirvió de antesala a su tertulia. En otra ocasión les pidió a los niños que pintaran una de las historias leídas para que sus obras garabateadas fueran montadas en caballetes dispuestos de tal forma que formaran un pasillo de entrada. También, contactó a María del Sol Peralta, hija de la escritora de cuentos infantiles Irene Vasco y nieta de Sylvia Moskovitz, cantante y animadora que tuvo el primer programa infantil de la televisión colombiana. María del Sol asistió, cantó y protagonizó otra velada literalmente fantástica.

Con el dinero que cobraba a los padres por sus entradas a la tertulia logró pagar sus traslados al colegio de Soacha. No conforme con eso, fue tocando puertas, hablando por aquí y por allá, hasta lograr que el Estado colombiano donara al cole-

gio de Soacha una biblioteca que ahora brilla desde las estanterías, al alcance de la mano de cualquiera de esos niños.

Así, pudo ir siempre e ir viendo los efectos de su experimento. Magnolia, quien primero se mostraba escéptica y recelosa, comenzó a creer en su método. Dejó de pensar que Gabriela podía ser una amenaza y entendió que, en su lugar, había venido a hacerle compañía. Y los niños, que al principio no le permitían terminar un solo cuento, ahora se mantenían concentrados durante tres historias, interactuaban en torno a una moraleja o discutían sobre el amor, la familia, la muerte.

—¡Oye, ese ya lo leíste! —le reclamaron una vez que, por error, llevó uno repetido.

Todos mejoraron su conducta drásticamente. Se habían vuelto comunicativos y manejaban un vocabulario más rico. Usaban los personajes como referentes para sus estados de ánimo. Ya no les bastaba con que les leyeran «Conejo y sombrero» una vez. Querían escucharlo de nuevo y hasta algunos se atrevían a contar sus propias versiones. Querían saber otra vez de «Rosaura en bicicleta». Rogaban que volviera «El rey mocho» y «Un lobo así de grande».

La puerta hacia un mundo mágico, con herramientas para afrontar el mundo real, acababa de abrirse.

El cierre de esa primera etapa de lecturas, que constituyó el plan piloto para un proyecto más ambicioso, fue monumental.

En Colombia, los sectores se dividen socialmente por estratos: el 1 es el más pobre y el 6 el más acomodado. Ella organizó un encuentro de los niños del AeioTÚ de El Nogal, de estratos 4, 5 o 6, con los pequeños del AeioTÚ de Soacha, de estratos 1 y 2. Los llevó a todos juntos a la Biblioteca Virgilio Barco, contrató al cantante Nelson Rincón e hizo que unos primos suyos

confeccionaran bolsos a partir de retazos de tela para que los alumnos intercambiaran regalos. Y ambos grupos compartieron un momento importante de sus vidas: la primera visita a una gran biblioteca.

Para Gabriela, los niños no necesitan una nave espacial sino un tripulante que los acompañe en el viaje. No necesitan un Nunca Jamás sino una Campanita que los guíe en sus aventuras. No les importa tanto el objeto-libro sino contar con alguien que los lleve de la mano al momento de atravesar el umbral hacia la ficción.

En los cuentos infantiles, Gabriela Costa encontró una manera de abrazar a la vez a todos, como lo hacía con Zuleima, aquella bebé abandonada que hoy debe ser una adolescente. A su proyecto lo llama Kirope. La meta, primero, es llegar a todos los AeiouTÚ de Bogotá. A mediano plazo, quisiera abarcar los treinta de toda Colombia. Y a largo plazo, sueña con llegar a colegios públicos.

Muchos usan a la ligera aquellos versos del poeta Andrés Bello: «Cuando se tiene un hijo, se tienen todos los hijos de la tierra». Para Gabriela, aquella obsesiva compradora de libros de cuentos infantiles, no se trata de palabras inermes, sino de retazos de vida. Ella sabe que un libro y una compañía pueden cambiar el color de las cosas. Entusiasmada con ese hallazgo, decidió compartir ese secreto con todos los hijos que le depare el camino.

La vida de nos, septiembre de 2018

EL LIMBO DE UNA FAMILIA ROTA

LIZA LÓPEZ Y GINNA MORELO

—Quería pedirle si puede llamar a mi hija para saber si está bien. Hace más de dos semanas que no sabemos nada de ella. No nos ha llamado. Con esto del coronavirus estamos asustados. Dígale que los niños están bien y que nos llame cuando pueda. Que se cuide mucho por allá.

Los niños saltan del mueble al piso y del piso al mueble. Están en casa de los abuelos, fastidiados, porque tampoco fueron a la escuela hoy. Leo, el mayor, el que tiene siete años, se distrae con la televisión. Yeison, a quien llaman «Coco», «Coquito», el de cinco, y Leidi, de cuatro, se trepan en el descanso de la ventana para ver, aferrados a la reja, cómo la vecina limpia la entrada del rancho. Yulismar, la de diez meses, acaba de despertarse de su siesta. Hay mucho alboroto. La señora Carmen, la abuela de todos, corre al cuarto para atenderla.

—Ay, hija, esto es terrible. Desde hace días estoy mala de la espalda [tiene cuatro hernias y dos discos desgastados] y no pude lavarles los uniformes. Es que tampoco tenemos agua. Desde hace un año que no llega agua por las tuberías, y mi esposo, ay, menos mal que él me ayuda mucho, no ha podido ir a buscar agua donde el Mochito. A veces vamos a buscar agua allá donde el vecino, subiendo y cruzando por donde las monjas, dos garrafas. Son varias cuadras, pero mi esposo va de a poquito.

Carmen aparta a sus nietos para señalar desde la ventana dónde queda la casa del Mochito. Es allá donde buscan dos, cinco, diez litros de agua, lo que alcance cargar su esposo, si acaso una vez por semana. Tratan de mantener esta rutina para poder cocinar algunas arepas al día y, cuando tienen, una pasta para rendir los alimentos de los nuevos miembros de la casa: los cuatro nietos que viven con ellos desde que la mamá de los niños emigró a Colombia en septiembre pasado.

La casa de Carmen y Pancho González está empotrada en una pendiente muy intrincada de José Félix Ribas, uno de los sectores más peligrosos de Petare, el conglomerado de barrios situado al este de Caracas y considerado uno de los más violentos de la capital, según el Observatorio Venezolano de Violencia. Las altas tasas de homicidios y delincuencia registradas en este y otros barrios caraqueños sitúan a Venezuela como el país con la mayor cantidad de muertes violentas en Suramérica. Así consta en el último informe de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (Onudd), publicado en 2019, en el que destacan datos que impresionan: la cantidad de homicidios en Venezuela (57 por cada 100.000 habitantes) casi duplica el total de Brasil (30,5), país vecino que es ocho veces más grande en extensión y tiene casi siete veces más población.

Los González no tienen presentes esas cifras, pero ven y escuchan a cada momento los estragos de esa violencia. Su rancho, al igual que todos a su alrededor, fue levantado con bloques y techo de zinc. Antes, hace unos pocos meses, cuando su hija vivía con su esposo y los niños en un rancho alquilado dos casas más abajo, había espacio suficiente donde los abuelos. En un cuarto dormían los esposos y en el otro una nieta adolescente, Yorimar, que ahora hace de niñera cuando la señora Carmen tiene dolor de espalda.

Pero desde que le dejaron los nietos a su cuidado, dispusieron que los varones (abuelo+Leo+Coquito) durmieran en un cuarto y las hembras (abuela+Leidi+Yulismar+Yorimar) en el cuarto restante.

—Primero se fue el papá de los niños (en julio pasado). A los dos meses la llamó, le dijo «¡vente!» y le mandó el pasaje. A los días ella dejó a los niños aquí y se fue con lo que tenía puesto. Se llevó un bolsito de esos que se ponen de lado y ya. Se despidió llorando. Es que ella quiere mucho a sus hijos.

Deisi se despidió llorando y se fue sin más. Con su cédula venezolana donde consta que tiene veintidós años y listo. Sin pasaporte, sin una promesa de trabajo en Colombia, sin hacer el trámite de colocación familiar para que la abuela pueda ejercer legalmente la crianza de sus cuatro nietos. Sin los documentos requeridos para migrar, sin dejar los papeles arreglados para que sus hijos puedan tener derecho a seguir estudiando, a que los atiendan en un hospital si se enferman. Los abuelos, al no tener el permiso de tutela otorgado por su hija, tampoco tienen cómo gestionar los papeles de identidad de sus nietos.

Los cuatro niños quedaron en un limbo —legal y emocional— con una abuela de sesenta y ocho años que padece, además de una pobreza extrema, muchas dolencias en la espalda y episodios frecuentes de ansiedad porque no sabe casi nada del paradero de su hija. Solo sabe que está en Colombia (no sabe en qué ciudad vive), que manda de vez en cuando dinero (unos diez dólares al mes) y que en estos días le dio sarna (escabiosis).

De esto último se enteró gracias a un vecino que de vez en cuando le da recados de su hija. Lo que sucede es que ni la señora Carmen ni su esposo tienen teléfonos inteligentes para

comunicarse vía WhatsApp, y el único aparato telefónico que usan solo recibe llamadas locales o mensajes de texto. Deisi logra enviar notas de voz desde un teléfono inteligente cuando consigue algún mensajero que se las haga llegar a su mamá y a sus hijos. A veces es un vecino, otras veces es la monja que dirige el colegio donde estudian sus niños, otras una periodista. Fue así como pudo enviarle a su familia, por fin, esta nota de voz.

Como hoy los tres niños mayores no fueron a la escuela y la bebé está en casa, entonces pueden escuchar, juntos en la misma habitación, el mensaje que les mandó mamá. Se suben todos a la cama de la abuela, donde Yulismar ya se espabiló de su siesta. La abuela sostiene a la bebé, que deja de llorar en el acto cuando escucha la voz que sale del teléfono.

Deisi, que está a más de mil kilómetros de distancia, se quiebra. Esconde su rostro entre una blusa desteñida. Se seca las lágrimas, levanta la cara y dice:

—Esto es muy duro. Yo me quiero devolver. Ahora acá ni siquiera puedo trabajar porque recogiendo las cosas en la calle me enfermé.

Pescó una infección en la piel y como no tiene ni pasaporte ni mucho menos tarjeta de permanencia, no se atreve a ir al médico porque teme que los deporten. Pese a ello, se llenaron de fuerza y se preinscribieron vía internet para solicitar la documentación que les permita estar en el país.

—Nosotros queremos trabajar honestamente para mandarles plata a los niños y a mis papás —dice la mujer.

Deisi y su esposo trabajan como recicladores recorriendo los sectores Galán, Fontibón, Modelia y a veces se aventuran a ir hasta el norte de Bogotá. Una chatarrería les facilita la carreta para recoger los desechos. En un día malo hacen 4,79 dó-

lares (unos 20.000 pesos colombianos), en uno bueno podrían llegar a recibir 60.000 pesos. El kilo de hojas de cuaderno recicladas se lo pagan a 450 pesos, el de vidrio 100, el de potes de plástico 400.

—Por lo que mejor pagan es por el kilo de aluminio, 2.000 pesos —dice el marido de Deisi, Antonio Rodríguez, quien tiene veintiséis años de edad.

Muy lejos de allí, en la habitación del rancho de los González, los cuatro hermanos y la abuela Carmen escuchan mudos los treinta y seis segundos que dura la nota de voz. Están sonriendo. Todos. Leo levanta hacia el teléfono el papel con el dibujo que estaba pintando para enviárselo a su mamá. Es el primero que habla en la nota de voz.

Después de grabar los tres minutos de mensaje se distraen de nuevo y se instalan en el piso de la sala para terminar los dibujos que quieren enviarle a su mamá. No por correo postal sino en una foto por el WhatsApp de nuestro teléfono. Leo dibujó una casa rodeada por dos árboles y un sol, dos siluetas sonrientes («somos mi hermano y yo»), seis pececitos, un corazón y una manzana. El niño de cinco y la niña de cuatro hicieron unos trazos y círculos de colores.

Son trazos similares a los que practican en el colegio Jesús Maestro de la ONG Fe y Alegría, situado a pocos metros de su casa. Sus maestras han notado los cambios de comportamiento de Leidi, Coquito y Leo en el salón de clase y en el patio de recreo. Cada uno ha padecido, a su manera, los efectos de la migración forzada de sus padres. Como también los están padeciendo otros veinte alumnos más en esa escuela, y más de un millón de niños, niñas y adolescentes porque sus padres migraron y los dejaron al cuidado de otros.

Esta es la cifra de dejados atrás en Venezuela estimada por las organizaciones que investigan y atienden este fenómeno, como la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), la Organización Internacional para las Migraciones y Cecodap (Centros Comunitarios de Aprendizaje). Usan esa expresión técnica para identificar a quienes los migrantes dejan al cuidado de terceros: los «dejados atrás». Abel Sarabia, coordinador de Cecodap, ONG venezolana con más de treinta años de trayectoria en defensa de los derechos de la infancia, ha repetido muchas veces una proporción matemática para ilustrar el impacto del éxodo venezolano: uno de cada cinco migrantes deja a un niño atrás. Los datos indican que el total de dejados atrás representa 10 % de la población infantil venezolana.

Pero seguro son muchísimos más de un millón, insiste Sarabia, pues existe un subregistro de los padres que migran indocumentados y dejaron a sus hijos con algún familiar. Por lo tanto, no se sabe en realidad a cuánto más asciende este total.

Lo que sí les consta es que 78 % de estos niños y jóvenes presentan cambios en su comportamiento: se sienten tristes, se aíslan, sufren pesadillas, bajan su rendimiento escolar. Esos son justamente los síntomas que enumera la maestra Yamilet cuando describe la reacción de Leidi, la de cuatro años, tras la partida de su mamá a Colombia.

—Esos primeros días no paraba de llorar. Llegaba despeinada al salón, con los zapatos sucios. Se desmotivó mucho, se retraía, no quería jugar ni terminar las actividades. Siempre estaba a la defensiva. Pero ya se está integrando y casi no llora. Tenemos varios así en el salón, y como sabemos que se sienten solos, los asistimos más, les damos cariño, los abrazamos.

Su hermano Coquito, que ve clases en el salón al fondo del pasillo, tuvo un episodio hace unas semanas que dejó en *shock* a las maestras: perdió el control de sus esfínteres y se defecó encima. Sus maestras dicen que a veces llega con moretones, y suponen que es por pelear con su hermano mayor.

—Siempre está callado —describe Yamilet—. Vive en una añoranza, como si sus recuerdos fueran de un tiempo pasado lejano, y eso que apenas tiene cinco años. Ese otro niño que ve allá también está triste todo el tiempo, solitario. Su papá migró hace unos meses y lo dejó con la abuela. Mientras ellos estén aquí, nosotros los acobijamos. Pero ¿qué pasará con ellos cuando lleguen al bachillerato?

La hermana Ivonne, la directora del colegio, dice que nunca habían visto una situación tan dramática, que no ha hecho sino agravarse en los últimos dos años. «¡Tantos niños dejados atrás!», exclama. Están tan afectados que muchos temen que también se vayan sus maestras (por la alta tasa de deserción laboral de docentes) porque sienten, dice la hermana, que es un abandono más. Muchos niños ven en sus maestras una figura materna.

—Hasta les piden la bendición. El otro día una niña le trajo a su maestra una Harina Pan y le dijo: «Tome, maestra, yo no quiero que se me vaya». Ella creía que la situación de la maestra se remediaba con una Harina Pan.

Cada alumno reacciona distinto, reconoce la religiosa. Algunos son más disruptivos, otros se vuelven tímidos o comienzan a contestarles a las maestras. Y al preguntarles por qué reaccionan así responden: «¿Y cómo quiere que no esté así si mis papás se fueron, me abandonaron, y estoy con mis abuelos que no me cuidan?».

Tienen una sensación de abandono, aunque papá o mamá estén pendientes y manden dinero, explica Abel Saraiba, quien también es psicólogo. Pero hace esta distinción: el que migra no abandona. Porque no significa que la madre o el padre hayan abandonado a sus hijos, sino que los dejaron al cuidado de un tercero.

—La gente no se va porque quiere. Las familias se ven obligadas a tomar esta difícil decisión. Aquí la elección está entre poder abrazar al hijo en su cumpleaños o poder comprarle zapatos para la escuela. La evidencia más clara de que estamos viviendo una emergencia humanitaria es la migración forzada y la niñez dejada atrás.

Emergencia humanitaria, víctimas de la emergencia. Palabras clave en este tema, más aún cuando la gran mayoría de esos niños y jóvenes quedaron en una indefensión legal porque sus padres (en 64 % de los casos según Cecodap) no hicieron trámites para que los abuelos (más de 50 % se queda con abuelos), tíos o hermanos mayores pudieran representarlos cuando haya que inscribirlos en la escuela, atenderlos en un hospital o sacarles la cédula de identidad.

A esa edad, a los quince, Deisi ya había parido a su primer hijo, Leo.

—No, ella no hizo ningún papeleo de la Lopnna [se refiere a la Ley Orgánica para la Protección del Niño, Niña y Adolescente]. Se fue de repente, con lo que tenía puesto, y dijo que iba y venía. Seguro que de aquí a que toque inscribirlos en la escuela ella ya habrá regresado.

Deisi dice estar dispuesta a regresar, pero la realidad se lo impide. Ella y su marido no tienen suficiente dinero. Viven con quince personas más en una casa que apenas tiene dos piezas y un baño, cerca de la plaza mayorista de abastos Corabastos,

ubicada al occidente de Bogotá, en la localidad de Kennedy, uno de los sectores con mayor número de robos a mano armada en la capital, según un estudio de los años 2018 y 2019 elaborado por la Universidad Nacional de Colombia.

Un primo de Antonio, su esposo, les permitió que se quedaran, pero en una semana tendrán que irse porque el espacio es muy reducido. Encontraron un cuarto en el mismo sector por el que tendrán que pagar 84 dólares (350.000 pesos colombianos).

—Se nos vienen días más duros, pero por lo menos estamos juntos. Yo le pedí a ella que se viniera para que trabajáramos los dos y así juntar más plata para mandar a Caracas. Tampoco quería estar solo porque es difícil —dice Antonio.

Su esposa lo interrumpe.

—Yo ya le dije que apenas me mejore, me devuelvo con los niños. Estar lejos de ellos es algo que no soporto.

Antonio la mira y guarda silencio. Pareciera que quisiera darle la razón a su mujer, pero no se atreve.

—En Caracas la cosa está dura. Allá no ganaba ni siquiera para comprar algo de comida y por lo menos acá consigo algo. No es mucho, pero mando de vez en cuando algo.

Se sienta al lado de Deisi y le toma la mano. Le sonríe.

La casa donde se están quedando es fría y húmeda. El piso es de cemento bruto y el techo es de zinc. Está lloviendo y las gotas se cuelan por varios agujeros.

—Toma esa olla y ponla ahí —le dice Deisi a Antonio.

Las gotas en la vasija suenan a tormento interminable en tiempos de invierno en la capital colombiana, en donde la temperatura, debido a las heladas, baja hasta los siete grados centígrados.

—Desde que llegué no he visto el sol dos días seguidos —dice Deisi.

—Me habían dicho mis primos, que se vinieron antes, que Bogotá era dura, pero no me imaginé que fuera tanto —asienta Antonio.

En el barrio José Félix Ribas de Petare sí pica bastante el sol porque todavía se siente la temporada de sequía. Las lluvias han tardado en llegar. La abuela Carmen se detiene un momento y vuelve a asomarse por la ventana al escuchar una risa afuera. Es Miércoles de Ceniza y aún se siente el ambiente festivo de Carnaval.

—Ayer nos encerramos aquí porque estaban todos esos niñitos afuera disfrazados. Y ellos [los nietos] nada. Ellos mirando y mirando. Me da cosita porque no tenían cómo jugar carnaval. Entonces los metí al cuarto, les bajé un poco de peluches para que jugaran y no estuvieran todo el rato mirando por la ventana a los otros niños.

www.historiasquelaten.com/hijosmigrantes.com,

abril de 2020

EL RESCATE DE LOS VENEZOLANOS EN EL DESIERTO DE ATACAMA

RICARDO BARBAR

Era mediodía cuando Andrés Carevic vio con sus binoculares algo que se movía en la hondonada del desierto. Le resultaba extraño. No es común ver personas en esa área del desierto. La geografía es tan seca que no hay ríos ni árboles ni animales; las bacterias son escasas. Hay partes tan inhóspitas que ni siquiera viven insectos ni hongos. El desierto de Atacama, zona fronteriza que comparten Chile y Perú, es el desierto no polar más árido del mundo.

Andrés y otros nueve compañeros chilenos, integrantes del Team Tuareg, habían salido con sus motos de alto cilindraje a practicar Enduro Rally en esa zona del desierto que llaman Frontera. Por sus características, el desierto de Atacama es un buen lugar para practicar este deporte. Ha sido la ruta de varias competiciones.

Ese domingo decidieron ir al desierto a pesar de que una

semana antes habían hecho el mismo recorrido. No era usual que repitieran trayectos. Después de recorrer los primeros kilómetros, se detuvieron a descansar para después continuar camino. Ahí vieron unos bultos a lo lejos. Andrés precisó, a través de sus binoculares, que eran personas.

Discutieron algunos minutos si debían acercarse. Tenían miedo de que fueran «burreros» (como se les dice en Chile a los traficantes de drogas) y que estuvieran armados.

Pero decidieron ir.

Al acercarse, observaron que había personas descalzas, otras con chancletas de plástico. No tenían implementos ni ropa adecuada para soportar el calor del día y el frío de la noche. Tenían las caras laceradas por el sol y la arena y los labios partidos, como cuando el suelo no recibe agua.

Inmediatamente dijeron «agua, por favor». Explicaron que eran venezolanos, que llevaban tres días tratando de cruzar el desierto. Los motociclistas se sorprendieron cuando vieron a una «guagüita», una niña de meses en manos de una de las migrantes. El padre cubría a la pequeña con una manta para protegerla del sol. La madre dijo que su hija tenía diarrea. Los «motoqueros» sacaron agua, sales minerales, chocolates y mantas térmicas de sus mochilas.

Era un grupo de hombres y mujeres. Habían salido de Perú con la promesa de ser acompañados y guiados por «coyotes», como se les llama a las personas que cruzan a migrantes por pasos clandestinos. Pero fueron abandonados. Una mujer contó que el día anterior había llamado a Carabineros de Arica, el grupo policial de una de las ciudades chilenas más cercanas al desierto. Un funcionario le dijo que siguieran caminando, que no podían acceder hasta donde estaban, que se acercaran más para hacer el rescate.

«Hay otro grupo de venezolanos más allá», dijeron los migrantes. Cuando los motoqueros preguntaron dónde, unos apuntaron hacia un lugar, otros hacia otro. «Arriba, arriba», decían. Pero «arriba», en una zona de alrededor de 130.000 kilómetros cuadrados, no les decía nada a los motociclistas.

Andrés Carevic había servido en el Ejército y se había retirado con el grado de mayor. Sabía que existía un punto de control militar en el desierto. Les dijo a sus compañeros que se quedaran mientras él iba a buscar ayuda.

—No queremos que vengan militares —respondió uno de los venezolanos—. Nos van a deportar. Vamos a seguir caminando.

—Tú esperas acá —respondió Andrés en tono fuerte—. Y si quieres caminar, camina solo. Pero no arrastres al resto del grupo. Tú no sabes adónde te diriges, vas directo a la muerte.

El venezolano se quedó callado. Andrés encendió su moto y se fue hasta el punto de control del Ejército chileno. Discutió la situación con un teniente. Decidió llevárselo en la moto hasta el grupo de migrantes. Un cabo los siguió en un *jeep*. Cuando Andrés y el teniente llegaron, ningún venezolano se había ido.

Andrés pensó que una vez que el Ejército tomara el control, el Team Tuareg seguiría su recorrido. Pero el teniente le dijo que había que esperar a que llegaran refuerzos. No tenían los vehículos requeridos para hacer el rescate. Andrés vio que el Ejército tenía un solo *jeep* con capacidad para cuatro personas, pero dos puestos eran ocupados por el conductor y un acompañante. En total solo podían trasladar a dos personas.

Los vehículos tardarían demasiado en hacer la búsqueda y volver. Además, tendrían limitaciones para acceder en algunas áreas: el Atacama no es solo dunas, también tiene zonas que los motoqueros llaman quebradas: accidentes geográficos,

partes hundidas de la tierra que están rodeadas de mesetas, rocas, pendientes y están repletas de arena y piedra.

Andrés sabía que los refuerzos iban a tardar por lo menos cinco horas y que se emplearían cinco más para que el Ejército completara el rescate. Los migrantes habían dicho que el otro grupo de venezolanos estaba en peores condiciones, por lo que el *team* decidió que haría la búsqueda. Eran los únicos con los medios para efectuar el rescate: tenían experiencia en esos terrenos y motos de alto cilindraje. Se podían mover mejor en terrenos inestables que los militares en sus vehículos. Andrés dijo al teniente que se quedara en el lugar. «Cuando regrese —repuso— te traigo a las personas o te doy las coordenadas del sitio donde están».

Y así partieron Andrés Carevic, Fuad Garrido, Freddy Lovera, Bastián Moreno, Rodrigo Barraza y su hijo de quince años Ignacio Barraza, Miguel Torres, Sebastián Fernández, Pablo Bernar y Jorge Escudero, quien salía por primera vez con el equipo y realizaba por primera vez el recorrido.

Se dividieron en grupos. Unos fueron por las «quebradas» y otros por los senderos de la planicie. Andrés le decía a su equipo que buscara «las huellas antiguas», rastros más oscuros de caminos recorridos que les permitieran evitar las minas antipersonales. Hacia 1978 hubo un posible conflicto fronterizo y una de las medidas que tomó el general Augusto Pinochet fue minar la frontera del desierto. En 2012 hubo una tormenta inusual que desplazó las minas por el desierto. El Ejército ha realizado labores para removerlas, pero algunas quedaron tan enterradas que no han podido ser localizadas. Cientos de personas han fallecido por pisar alguna y otras han quedado lesionadas.

Mientras más camino recorrían los motoqueros, más se adentraban en quebradas profundas, donde la geografía es

más accidentada y hay que tener mayor precaución. El camino es rocoso, estrecho y desnivelado.

El Team Tuareg recorrió por dos horas planicies y quebradas. En el camino encontraron rastros: ropa, zapatos, medias, bolsos. Andrés encontró restos de ropa quemada y le llamó la atención un conejito de peluche chamuscado. Siguiendo las «huellas antiguas» y las pisadas que iban desde una planicie hasta una quebrada, encontraron a un grupo de mujeres y hombres.

Andrés observó que una de las mujeres estaba pálida, tenía los ojos rojos y la cara hinchada. Vio que lloraba sin lágrimas por la deshidratación. Le dieron agua y vomitó. Ese día se le había agotado el medicamento para el asma. También ese día cumplía años. Andrés le cantó cumpleaños para animarla y algunos motoqueros lo corearon. Los migrantes dijeron al *team* que había un tercer grupo de venezolanos perdido en el desierto.

Los motoqueros dejaron al grupo hidratándose y se apartaron un poco. Los querían trasladar, pero les preocupaba contagiarse. Los migrantes venían desde Perú, el segundo país del mundo con más muertes por covid-19 por cada cien mil habitantes, pero también venían de Venezuela, pasando por varios cruces fronterizos ilegales. Venezuela, Chile y Perú mantienen sus fronteras cerradas para contener la propagación de covid-19.

Desde 2015, la migración venezolana fue creciendo hasta convertirse en crisis para Latinoamérica. Hasta el 5 de octubre de 2020, la ONU registraba una emigración histórica de casi cinco millones y medio de venezolanos. Según la Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), desde mediados de marzo hasta el 12 de oc-

tubre de 2020, más de 120.000 venezolanos han retornado por fronteras terrestres debido a la crisis económica que ha causado la pandemia en varios países. La mayoría ha regresado caminando desde el sur.

A pesar de los retornos, la emigración desde Venezuela continúa. Este año, el sueldo mínimo mensual en Venezuela llegó a menos de un dólar. La escasez de gasolina y gas se ha agudizado en todo el país desde marzo. Varios de los venezolanos perdidos en el desierto dijeron que salieron de Venezuela durante la pandemia.

Chile ha sido uno de los principales destinos para la migración venezolana. Se estima que 472.827 venezolanos viven de forma legal en ese país. Varios del grupo de motoqueros tienen empleados venezolanos y han visto a muchos pedir dinero en las calles. Saben que en Venezuela hay problemas en los servicios de electricidad y de agua potable.

Algunos de los motociclistas dijeron que podían ayudar con el traslado del equipaje, pero que tenían miedo de contagiarse. Decidieron quién haría los traslados valorando la capacidad y la experiencia de cada uno. No todos estaban entrenados para llevar a otra persona en la moto. Cuando contaron los puestos disponibles, notaron que faltaba uno. Un hombre se quedó acompañado por varios motoristas mientras llevaban a los migrantes. Andrés se comprometió a regresar a buscarlo.

El recorrido tomaría alrededor de veinte minutos. Los motoqueros se detuvieron varias veces para que los venezolanos descansaran sus piernas acalambradas. Las motos de Enduro Rally están diseñadas para una sola persona. Solo tienen un posapié para el piloto, por lo que el grupo de migrantes tuvo que ir con las piernas estiradas o dobladas durante el recorrido.

Dejaron al segundo grupo donde encontraron al primero.

El Ejército los chequeaba y los iba trasladando a otro punto donde quedaban en manos de Carabineros de Arica. Andrés completó el rescate cuando trajo al hombre que se había rezagado. Ahora irían por el tercer grupo.

Eran aproximadamente las dos de la tarde. El calor era intenso con todo el equipamiento plástico que llevaban los pilotos encima: pecheras, coderas, rodilleras, guantes, cascos, todo encima de la ropa que llevaban puesta y el peso adicional de una mochila. Algunos preferían empaparse de sudor antes que quitarse el casco. Sin mascarilla, era la única manera de prevenir un posible contagio.

Emprendieron la búsqueda del tercer grupo. No querían gastar el agua que les quedaba anticipando la sed del próximo grupo. Siguieron el mismo plan: buscaron las huellas antiguas, pasaron quebrada por planicie, planicie por quebrada.

Durante la búsqueda, observaron que un adolescente subía un cerro como si fuera un montañista. Daba pasos lentos y descansaba. Se acercaron a la cresta del cerro y bajaron las colinas estratégicamente: echaban sus cuerpos hacia atrás para que la parte trasera de la moto recibiera el peso y la parte delantera no se enterrara en el suelo desértico.

El adolescente agradeció por el agua y dijo que su familia estaba abajo. Dos pilotos siguieron hacia la quebrada y el resto del *team* los siguió. Andrés dijo al adolescente que regresara donde estaba su familia. La bajada sería menos agotadora que la subida. Si continuaba, le tomaría alrededor de una hora llegar hasta la planicie.

Cuando llegaron donde estaba la familia, encontraron un grupo de mujeres sentadas con niños. Estaban «como entregadas». Permanecían detrás de una enorme roca, buscando resguardo del sol. Tenían las caras enrojecidas. Llevaban una

maleta de aeropuerto, imposible de rodar en las dunas y la rocosidad del Atacama. El Team Tuareg les dio agua, chocolates y protector solar. Una mujer contó que en las noches se abrigan entre ellos y quemaban ropa para buscar calor. El fuego duró pocos minutos encendido.

La quebrada donde estaban era muy escarpada y tenía muchas rocas. Algunos de los pilotos del Team Tuareg han sufrido caídas y la dificultad era mayor si transportaban a una persona. Una caída podía fracturar o matar a alguien. Debían encontrar los caminos para subir. Cuando los venezolanos se montaron en las motos, había un niño que se iba quedando dormido. Ignacio Barraza, de quince años, el menor del *team*, asumió la responsabilidad de llevarlo.

Recorrieron varios kilómetros con el riesgo de toparse con alguna mina antipersonal. Buscaron salidas a la planicie. Había lugares tan empinados que los pilotos debían subir con la moto, luego bajar caminando y volver a subir con las personas. Andrés vio cómo una mujer se desplomó mientras daba unos pasos. La levantó y la ayudó a llegar hasta la moto. Repitieron la maniobra en varios puntos de la quebrada hasta que salieron a la planicie.

Durante el camino, el niño que se iba quedando dormido no espabilaba. Iba sentado delante de Ignacio, en el manillar de la moto. En el recorrido se iba de lado. Ignacio lo apretaba con las piernas y lo trancaba con los brazos. Tuvieron que detenerse varias veces para despertarlo. El grupo de venezolanos aprovechaba para descansar las piernas acalambradas. Se detuvieron unas tres veces durante media hora hasta que llegaron al primer punto, donde había permanecido el Ejército esperando.

Al final de ese 14 de septiembre, veintitrés venezolanos (dieciocho adultos y cinco niños) fueron rescatados por un

grupo de motorizados que a última hora decidió ir a un trayecto que no planeaba recorrer de nuevo.

«Nunca en mi experiencia habíamos repetido rutas, a nadie le gusta —contó Andrés—. Solo ese día, quizá por el sistema de cuarentena de la ciudad. Hay controles militares y de salud. Y para ir a Frontera solo debemos cruzar un río y caemos al desierto, fuera de cualquier control».

Andrés vio que el Ejército ordenaba al último grupo de los venezolanos que abrieran sus bolsos. Les revisaban el celular y les preguntaban, «con trato fuerte, trato militar», con quién habían mantenido comunicación.

—Ey, por favor —escuchó Andrés de uno de los motoqueros, «como diciéndole a los militares que trataran mejor al grupo de migrantes».

Andrés le respondió:

—Déjalos que hagan su trabajo. Ya nosotros hicimos lo nuestro. Vámonos mejor porque quedaron en manos del Ejército.

Luego del rescate, los venezolanos fueron trasladados a unas residencias sanitarias donde cumplieron cuarentena. Al grupo de motoqueros le hicieron pruebas rápidas y dieron negativo. Se contactaron a algunos de los migrantes y ninguno quiso hablar para contar su testimonio. «No quiero revivir esos momentos», dijo una mujer. Dos semanas después del rescate, el subsecretario de Interior de Chile, Juan Francisco Galli, declaró: «Aquellas personas que ingresan a Chile clandestinamente, por pasos no habilitados sin hacer control migratorio, cometen un delito y además van a ser objeto de un proceso de expulsión».

Cuando Andrés regresó a su casa aquel día, no contó nada del rescate. Supo que algunos de sus compañeros lloraron con sus familias. La esposa de Andrés se enteró de la noticia cuan-

do vio la reseña en los medios chilenos. Sorprendida, le preguntó por qué no le había contado. Andrés, que es un hombre de mucho hablar, respondió con pocas palabras:

—Es que quedé muy impactado.

Prodavinci.com, enero de 2020

EL SUR QUE TE PROMETÍ

JAN QUERETZ

—Esos, obviamente, no eran los planes. Nuestra intención era reunirnos contigo en Montevideo, como habíamos cuadrado. Luego iríamos al hospital y esperaríamos el nacimiento. Pero no pasó así —me dijo Rosario, protagonista de esta historia, a quien he tenido que cambiarle el nombre porque, recalcó: «Me da cosa, no sé. Esta historia es muy personal; es de Ignacio, mía, de la bebé. Si lo vas a contar, hazlo, pero no queremos salir en público. No quiero que nadie juzgue las decisiones que tomamos. Mejor cuéntalo como una historia más, de gente normal a la que le pasan cosas extraordinarias. Gente como nosotros».

Conocí a Rosario en la universidad. Era 2014. En aquel momento teníamos el sueño de graduarnos de licenciados en Filosofía, pero las grietas venezolanas de la crisis comenzaban a socavar la tierra de todos. Sabíamos que en cualquier momento el país se hundiría más y más en el pozo de su desgracia política. El miedo de no poder salir nos aceleraba el pulso.

Vivíamos un país en el que las horas carecían de horizontes.

Rosario, siempre optimista, continuó la carrera y terminó. Yo abandoné. Pero seguimos en contacto. A mediados de 2016, planeamos emigrar juntos a Uruguay. Habíamos escuchado sobre la magia de ese país pequeño y tranquilo del Cono Sur, y

nos pareció que allá podríamos tener una oportunidad de salir adelante. Desde que lo decidimos, comenzamos a trabajar en la emigración, a combatir la burocracia con la esperanza de lo posible enarbolada en el pecho. Ignacio —su pareja, a quien conocí durante aquellos preparativos— y ella viajarían por su cuenta y yo por la mía.

—La verdad es que no teníamos mucha plata —dijo Ignacio—. La guardaba en un bolsillo con cierre para mantenerla segura. Antes de dormir, rezaba para no perderla. Se nos acababa muy rápido. Esa plata nos tenía que alcanzar hasta que consiguiera trabajo en Uruguay.

Calló un momento y cerró los ojos; después los abrió y miró a su alrededor, contemplando la sala de mi casa. Respiró hondo como si necesitara aliviar el dolor de las palabras. Entonces se repuso y continuó:

—Ahorrar se nos hizo imposible en Venezuela. Para ayudarnos a salir del país, algunos familiares nos prestaron treinta, otros cuarenta dólares. De esa forma reunimos trescientos. Era todo lo que teníamos: apenas trescientos dólares para dos personas y un bebé en camino. Hoy le debemos a medio mundo. Nadie nos ha reclamado, pero queremos devolverles el esfuerzo que hicieron por nosotros. Porque, sobre todo en Venezuela, eso es la plata: esfuerzo.

—Queríamos que la bebé naciera en Uruguay —interrumpió Rosario—. Así podríamos acceder al servicio de salud pública, que es gratuito. Nos daba miedo que con lo complicado de la situación país, la bebé tuviera algún problema y no pudiéramos solventarlo. Imagínate. Yo, licenciada en Filosofía; Ignacio, profesor de Matemáticas del Pedagógico. No podíamos pagar una clínica. Además, en el control prenatal la doctora nos dijo que la bebé podría nacer antes de tiempo; incluso,

hasta dos meses y medio antes. Por eso, nos prohibió viajar. El embarazo nos había complicado los planes. Pero, a pesar de la advertencia de la obstetra, nosotros decidimos arriesgarnos.

Yo salí de Venezuela el 24 de julio de 2017. Para ese momento, Rosario tenía casi siete meses de embarazo. El último mensaje que les envié al teléfono de Rosario, desde el avión, decía: «Nos vemos pronto en Montevideo. Mucha suerte». Y añadí una carita feliz al final de la frase para suavizar la magnitud del camino que les esperaba, porque supuse que un viaje en autobús por Brasil y Uruguay no sería algo sencillo de atravesar con la dificultad de un embarazo.

Dos días después, el 26 de julio de 2017, Rosario e Ignacio salieron de Caracas con dirección a Santa Elena de Uairén. Pensé que los encontraría en Montevideo una semana y media después. Y aunque intenté contactarlos desde Uruguay no pude lograrlo. Nunca les llegaron mis mensajes. No contestaron mis correos. Para ese momento yo no usaba redes sociales, así que tampoco eran una opción. No tenía amigos en común con ellos, ni conocía a sus familiares, así que nadie pudo ayudarme a contactarlos. Vivimos un gran desencuentro.

En Brasil, le tomaron la palabra al conductor del carro por puesto que los trasladó desde la frontera hasta la terminal de autobuses. Les indicó cómo llegar a Uruguay sin pagar tanto dinero.

—Nos dijo con exactitud qué decir en portugués, cuál camioneta tomar —dijo Rosario.

Mis amigos le hicieron caso. Anularon el plan de tomar el costoso autobús directo desde Pacaraima, el pueblo brasileño más cercano a la frontera con Venezuela, hasta Boa Vista. Y el siguiente hasta Manaos. Y el de Porto Velho hasta Curitiba.

ba. Y el que llegaría hasta Montevideo. Descartaron la comodidad de los asientos reclinables y tomaron autobuses destaralados e infinitamente más baratos, y transitaron kilómetros desorbitados entre pueblos de nombres impronunciables. Pernoctaron, cuando el cansancio los sobrepasaba, en pequeños moteles sucios a cambio de cinco o seis dólares la noche. En algunos tuvieron que pagar diez dólares o más. Inclusive les cobraron por persona.

Solo comían pan. Llenaban botellas de agua en los baños de la carretera para beber en el camino y aplacar el hambre. Para rendir el dinero, no compraban ni comían nada más. Rosario, por su embarazo, necesitaba descansar todo lo posible. En una ocasión requirió pasar dos días en un motel. Sentía que el cansancio le rompía la espalda.

—No podía ni tener los ojos abiertos. La fatiga era insostenible —dijo. Antes de que el motel les volviera a cobrar la segunda noche por persona, Ignacio decidió abandonar la habitación.

Durmió en la calle.

Ignacio miró a su esposa y, con la voz quebrada, dijo:

—Lo hice por mi familia. Me sentí un triunfador, no un fracasado. Ahorré ocho dólares. Con eso comimos al día siguiente.

Al amanecer, regresó al motel y encontró a Rosario dormida. «Nos tenemos que ir», le dijo, y la besó en la frente.

—Era un gran riesgo viajar tanto. Ignacio me cuidó como nadie lo ha hecho nunca. Se sacrificó por mí y por su hija. Desde que lo conocí supe que iba a ser un buen papá.

Cuando lo dijo, pude ver en sus ojos el amor indestructible de una esposa hacia su compañero de vida.

—Las piernas me dolían, me costaba caminar, cada autobús que tomamos fue una experiencia difícil. Sentía que en

cualquier momento tendrían que hospitalizarme. No podía dormir sentada una noche más. Extrañaba Venezuela, mis libros, la sonrisa de mi mamá, su pisca andina. Extrañaba todo, pero seguimos adelante. Lo hicimos por la bebé, para que al nacer tuviera la calidad de vida que cualquier persona de este mundo se merece.

Luego de una travesía de veintidós días, llegaron el 18 de agosto de 2017 a la ciudad de Rivera, ubicada en la frontera entre Brasil y Uruguay. Tenían 132 dólares.

—Tiramos los bolsos al suelo y nos abrazamos, felices como nunca habíamos estado. No podíamos creer que después de tanto trayecto estábamos en Uruguay. Parecía mentira. Me acaricié la barriga y le dije a Andrea: «Aquí está el sur que te prometí. Bienvenida».

—Yo sonreí —dijo Ignacio—. Esa es su canción favorita: «Para llevarte a vivir». ¿La conoces? Rosario ama esa canción. Espero que cuando crezca Andrea llegue a amarla también.

Reproduje la canción en mi teléfono. Rosario me sonrió y tarareó algunos segundos. Con la música de fondo continuaron contándome la historia de su viaje.

En Rivera hablaban español y sintieron la libertad del lenguaje. También les golpeó el costo de la vida, más elevado que en Brasil. Gastaron veinte dólares en una pequeña habitación de hotel. Desde un teléfono prestado les avisaron a sus familiares en Venezuela todo lo que había sucedido. El teléfono de Rosario tenía más de cinco años y no funcionaba muy bien. A Ignacio le robaron el suyo en Caracas, y por la imposibilidad de reponerlo, ni siquiera tenía uno.

Para celebrar decidieron comprar queso y jugo. En la madrugada partirían hacia Montevideo, a 450 kilómetros de Rivera,

para recibir a su hija en el Hospital Maciel de esa ciudad. Mientras esperaban el parto, Ignacio encontraría trabajo y con esfuerzo saldrían adelante. Ese era el plan.

De madrugada les costó caminar hasta la terminal de ómnibus de Rivera. Rosario se había despertado con un dolor tenue.

—No le dije nada a Ignacio. Me aguanté callada. Teníamos que seguir. Estábamos muy cerca para devolvernos. Ignacio me preguntó si algo me pasaba. Yo le dije que no. Insistió y nos sentamos en la sala de espera de la terminal. Entre su preocupación y mi dolor, compramos los tickets equivocados.

Subieron al autobús y se sentaron en la parte trasera. Dos personas más se acomodaron adentro. El conductor apagó las luces y arrancó. Eran las dos y diez de la madrugada. Llevaban alrededor de quince minutos de carretera cuando Rosario sintió un dolor espeluznante y el recorrido de un chorro acuoso bajarle por las piernas. Despertó a Ignacio, quien cabeceaba sobre el asiento.

—Quise levantarme de inmediato y pedirle al autobusero que nos dejara bajar —dijo él—, pero Rosario me detuvo. Había mirado por la ventana la oscuridad de la carretera. No había nadie. «Yo aguanto, pero pregúntale al señor cuánto falta para llegar al lugar más cercano», me dijo.

Ignacio regresó con la respuesta.

Faltaba media hora para llegar a Paso Ataques, un pequeño pueblo cercano a Rivera. La ruta que había tomado el autobús llevaba al centro del país, a la ciudad de Tacuarembó, no a Montevideo. Pero en ese momento no lo sabían. Repararían en ello después, al curiosear el boleto.

—Sentía que iba a explotar. Ya habían comenzado las contracciones.

Media hora después el autobús se detuvo.

Rosario estaba empapada en sudor. Vio una terminal precaria a través de la ventana. Se asustó mucho. Bajaron con lentitud. El frío arreciaba. Agosto es el mes más frío del Cono Sur. Ignacio la llevó del brazo en medio de la oscuridad.

—Quisimos encontrar un hospital, pero estábamos en el medio de la nada. El camino era de tierra y en la parada de autobuses no había nadie. Parecía un pueblo fantasma. Pero no lo era. Créeme que no lo era —dijo Ignacio.

Y sonrió.

A lo lejos escucharon el estruendo de una músicaailable. Siguieron el sonido y caminaron lo más rápido posible. El dolor, dentro de Rosario, se intensificaba. Más adelante descubrieron de dónde provenía la música: venía de una casa iluminada que tenía anuncios de cerveza y whisky.

—No aguanto más —le dije a Ignacio—. Necesito acostarme.

—Siéntate en el piso —me contestó.

Me senté y vi cómo se alejaba con dirección a esa casa.

La música retumbaba.

Ignacio tocó la puerta.

Una mujer abrió.

«Pasá, querido», me dijo un hombre. Después sabría que su nombre es Kiki. Me asomé hacia adentro y vi una barra, un montón de tipos y mujeres bailando. Me asusté. No le contesté nada. Después le dije: «Creo que me equivoqué, perdón». Una de las mujeres escuchó mi acento y me preguntó de dónde era. «De Venezuela», le dije. «Pasá», me contestó, juntate con nosotras. Me puse serio. Le expliqué que estaba en un apuro y que mi esposa necesitaba ayuda con urgencia.

Rosario no aguantó más. El dolor la hizo gritar. Ignacio la escuchó y corrió a ayudarla. No pudo hacer mucho por ella.

Allí estaban, solos, cuando de pronto notaron que disminuía el volumen de la música. Ignacio volteó y vio cómo una banda de hombres salía por la puerta del local, uno detrás de otro.

—Sentía las puntadas del parto. Hiperventilaba. Andrea necesitaba salir y yo necesitaba una cama. Me acosté en el piso —dijo Rosario.

De pronto, escucharon unos pasos y vieron a una mujer aproximarse. Kiki e Ignacio la cargaron hasta el interior de la casa. Atravesaron un pasillo oscuro y llegaron a una habitación.

—Tranquila —me dijo Kiki—, esta habitación es para dormir. Aquí no ha pasado nada.

Me sentí aliviada.

Kiki pidió ayuda y entraron tres mujeres. Despejaron la cama del acolchado de plumas, prendieron la calefacción para que Rosario estuviera cómoda y la acostaron en la cama.

—Mientras Kiki llamaba al médico nos comentó que la semana anterior habían inaugurado una policlínica pública en Paso Ataques, la primera del pueblo.

Las contracciones se intensificaron al máximo. «No pujes», gritaban las mujeres. El médico, Facundo Oliveira, llegó a los cinco minutos. Revisó a Rosario y le indicó que la bebé tenía el cordón umbilical enredado alrededor del cuello. Es decir, estaban ante una emergencia. Además, era un parto prematuro, lo que complicaba más la situación. Tendrían que apurarse porque la vida de la bebé estaba en peligro. De igual forma no daba tiempo de que trasladaran a Rosario hasta la policlínica para terminar el parto.

Eran las tres y diez minutos de la madrugada cuando, con la ayuda de Kiki, de las mujeres y del doctor Oliveira, Rosario dio a luz a su hija.

Al salir, Andrea no lloró. Su cuerpecito tenía una coloración azul.

Noté que Rosario apretaba a Andrea. Se le aguaron los ojos. La sujetaba en sus brazos con la ternura insuperable de una madre.

—Se llevaron a Andrea en una ambulancia hasta la policlínica. Nos quedamos solos, en esa habitación, en silencio. Todo había sido tan atropellado... Kiki y las mujeres me limpiaron. La separación fue terrible. Necesitaba estar con Andrea y no podía moverme. No sabía si lograría verla viva. Kiki llamó a un amigo para que nos diera la cola hasta la policlínica. Cuando llegó el carro, Ignacio me dio un beso en la frente y se fue. No te puedo explicar el dolor que sentí al quedarme.

Cuando Ignacio llegó a la policlínica, Andrea estaba intubada.

El doctor Oliveira y otros dos médicos de guardia lograron salvarla. Aun así, estaba en riesgo. Andrea era prematura. Tendrían que trasladarla a la unidad de cuidados intensivos neonatales, en Rivera, esa misma madrugada. Rosario no vio a la bebé hasta cuatro días después, cuando pudo trasladarse hasta allá, gracias a la colaboración de Kiki.

—Fue el día más feliz de mi vida cuando por fin pude acariciarla. Pesó un kilo 254 gramos.

A pesar de la felicidad, la vida continuó su laberinto.

No tenían dónde vivir. Kiki les ofreció trabajo en la casa. Rosario se ocupó de limpiar el salón y la barra; Ignacio trabajó de vigilante. Entre lo que les pagaban a los dos recibían 15.000 pesos mensuales. Eran 350 dólares, un sueldo mínimo para ese momento. Les servía para pagar una habitación en Rivera, comer y trasladarse hasta Paso Ataques para trabajar.

De día, visitaban a Andrea en el hospital. De noche, trabajaban en el pueblo. Así estuvieron alrededor de seis meses. Según les comentó el doctor a cargo, a Andrea le costaba mucho respirar por sí misma y ganar peso. Fue un proceso lento de descompensaciones constantes. Mientras Andrea crecía y salía de peligro, mis amigos hicieron el esfuerzo de ahorrar.

Y cuando todo mejoró pensaron en Montevideo.

Me encontré con ellos en enero de 2018, en la plaza del Entrevenero, ubicada en el centro de Montevideo. Esta es una ciudad pequeña, de pocos habitantes. Es común que uno siempre vea a las mismas personas en la calle. Las coincidencias son constantes, y pueden ser felices, como esta.

Aquel día caminaba hacia el trabajo. Ellos paseaban. Cuando nos reconocimos las palabras se nos trabaron en la lengua. No pudimos sino abrazarnos con ternura y sonreír de alegría.

—¡No puedo creerlo! —dije.

—Nosotros tampoco —contestaron ellos.

Andrea dormía en su coche. Era chiquita y frágil, hermosa. Parecía recién nacida. En ese momento quisimos contarles todo: sentarnos en la plaza, y hablar, hablar, hablar hasta tarde. Pero yo tenía que ir a trabajar y estaba apurado. Así que los invité a mi casa esa noche para conversar largo y tendido. Hicimos una cena sencilla y me relataron su historia. Esta historia.

Andrea tiene los ojos más lindos que he visto. Son negros, profundos. Me gustaría ver en ellos el reflejo del Ávila y la luz de un atardecer caraqueño. Paso Ataques es el pueblo donde nació, pero Caracas es su verdadera ciudad.

Sé que mis amigos son felices en Montevideo. Trabajan. Se han esforzado. Son independientes. No se rinden. Con seguri-

dad leerán esta historia y sonreirán porque saben que digo la verdad.

Viven. Y eso es lo más importante.

Han conocido la vida.

Y quien conoce la vida solo puede amarla y sonreír, como ellos.

La vida de nos, 22 de diciembre de 2020



EL PASTOR Y LOS DIECISÉIS DE TRINIDAD

VALENTINA OROPEZA

Escortado por dos policías, el pastor se detuvo frente a los barrotes de la celda. Mujeres y niños se levantaron del suelo, intentaron tocarlo a través de la reja. Hablaban al mismo tiempo, como si cada uno tratara de imponer su voz sobre las demás. El pastor inhaló para evitar que la suya se quebrara. «Tengan paciencia, estamos trabajando para sacarlos de aquí». Le mostraron a una bebé de cuatro meses. Eliezer Torres no entendió por qué los trataban como delincuentes.

Aquel calabozo bien iluminado y de paredes claras alojaba a veinticinco personas: dieciséis niños y nueve mujeres venezolanas. Entraron irregularmente a Trinidad y Tobago en una lancha que partió desde la costa oriental venezolana y fue detenida por las autoridades trinitarias el martes 17 de noviembre de 2020, en pleno cierre de fronteras por la pandemia del coronavirus. El sábado 21, cuando los visitó el pastor, los niños y las mujeres cumplían cuatro días detenidos.

Seis niños viajaron sin madre ni padre, seis eran maltratados en casa, dos padecían condiciones cardíacas y no tenían acceso a tratamiento en Venezuela. Varias de las mujeres vi-

vían separadas de sus esposos porque habían huido a Trinidad para trabajar y enviar remesas. Todos compartían la misma dificultad para sobrevivir en Delta Amacuro, el estado más pobre de Venezuela, donde la pobreza por ingresos alcanza al 98 % de la población, según cálculos de la consultora independiente Anova.

Uno de los padres le contó al pastor que había acudido al consulado de Venezuela en Puerto España. Un funcionario lo llamó irresponsable, cómo se le ocurría mandar a sus hijos solos en un bote. Eliezer decidió apoyarlos cuando supo que ninguno hablaba inglés. Estaba cansado de ver a los venezolanos inhibirse ante la policía o los oficiales migratorios por desconocer el idioma.

Lo primero fue ayudar a Nafeesa Mohammed, la abogada trinitaria que aceptó el caso, a hacer una lista con los nombres, apellidos y edades de los dieciséis. También recabó información sobre el estatus migratorio de cada familiar en Trinidad, a fin de presentar el caso ante el juez que tomaría la decisión de autorizar o rechazar la estadía del grupo en la isla. La investigación le permitió al pastor hacerse una idea de quién era quién cuando llegó al calabozo.

El grupo que viajó sin acompañantes estaba integrado por una niña de cuatro años, dos niñas de once, un niño de doce, otro de trece y uno de diecisiete. Ocho estaban con sus madres: tres hermanos de dos, siete y once años; tres hermanos de tres, seis y doce; y dos hermanos de cinco y nueve. También una joven de diecisiete con su hija de cuatro meses, la menor de los dieciséis.

Ese sábado, el pastor viajó durante cuatro horas desde Puerto España hasta la comisaría de Cedros, del norte al suroeste de la isla. El oficial a cargo le concedió cinco minutos

para orar con los niños. Le contaron que todos usaban el mismo baño y estaba tapado. Los padres habían llevado comida durante la semana, pero recibían pan con jamón en el desayuno, el almuerzo y la cena. Un papá dejó un pollo frito de KFC en la comisaría y nunca llegó a la celda. Mientras rezaban, el pastor tuvo la impresión de que le concedían unos minutos de gracia.

La abogada recibió una llamada para avisarle que los niños serían deportados, a pesar de que había despachado cartas al jefe de Inmigración y al jefe del Estado Mayor de la Defensa para pedir que los dejaran salir. Si los niños habían dado negativo en las pruebas de covid-19, podían cumplir la cuarentena en casa en lugar de hacerlo en el helipuerto de Chaguaramas, una base militar donde recluyen a quienes serán expulsados de la isla.

Nafeesa apeló a la obligación de Trinidad y Tobago, como Estado firmante de la Convención de los Derechos del Niño, a velar porque los dieciséis no fueran separados de sus padres y a responder a la solicitud de entrada a la isla para garantizar la reunificación familiar. Recordó que la detención de un niño se utilizará como «último recurso», respetando su derecho a mantener contacto con los familiares.

Mientras Eliezer oraba con el grupo, Nafeesa y un abogado asistente redactaron un recurso de *habeas corpus* para solicitar al Tribunal Superior de Trinidad y Tobago que dictara una orden para presentar a los niños en el tribunal y que las autoridades explicaran los motivos de la detención. Argumentaron que no se justificaba porque huían de la emergencia humanitaria en Venezuela. Introdujeron la demanda ante el tribunal a las seis de la tarde del sábado 21. La corte fijó la audiencia para el día siguiente, el domingo 22, a las dos de la tarde.

Musulmana y descendiente de una familia india, Nafeesa Mohammed ha sido consultora legal de la Oficina del Fiscal General trinitario durante ocho años. Previamente fue senadora por cinco años. Colaboró con el sistema judicial, incluido el Ministerio de Seguridad Nacional, para establecer el tribunal nacional de familia, reformar las leyes sobre la infancia e implementar la Children Authority, el organismo estatal que protege a los niños.

El pastor le hizo una última pregunta al oficial antes de marcharse de la comisaría:

—Por favor, sea sincero, ¿ya hay una orden de deportación para ellos?

—No —respondió el policía.

Al día siguiente, el domingo 22 de noviembre, una de las mujeres detenidas llamó temprano a su esposo desde la comisaría de Cedros. Le contó que iban a trasladar al grupo. Les pidieron firmar un papel en inglés y nadie entendía lo que decía. Ningún oficial explicó el contenido. El pastor propuso que fotografiaran el documento para traducirlo, pero la imagen nunca llegó. Acordaron no firmar hasta descubrir qué estaba ocurriendo.

El servicio meteorológico trinitario activó una alerta amarilla por el paso de una onda tropical a las siete de la mañana. A pesar de la tormenta, varios padres fueron al muelle de Cedros, la entrada oficial a Trinidad más cercana a la comisaría, para verificar que los niños no fueran expulsados. Se ocultaron en unos matorrales en la playa. Policías iban y venían. Un hombre sacaba agua de un bote sin nombre ni número. Alrededor de las nueve y treinta de la mañana vieron al grupo abordar la embarcación y zarpar en medio de la borrasca.

EL PASTOR TRADUCTOR

Eliezer Torres aprendió sus primeras palabras en inglés de un pastor trinitario que vivía en Puerto Ordaz. Era como un hermano para su papá. Eliezer lo llamaba tío. En 1998, a sus veintiséis años, viajó a Trinidad por primera vez e hizo cursos para aprobar la Pitman Qualification, una certificación del idioma emitida en Gran Bretaña.

Se sentía un trinitario más, era oscuro de piel y hablaba fluido. Regresó a Venezuela y trabajó como profesor de inglés, hasta que su sueldo ya no alcanzó para mantener a sus padres y a sus dos hijos. Regresó a Trinidad en 2017 para fundar la iglesia evangélica Ministerio Internacional de Avivamiento, tal como le encomendó su pastor Richard Rodríguez de Puerto Ordaz.

En una escuela de Itnac, una ONG que asiste a refugiados venezolanos en Puerto España, Eliezer daba clases a niños que se reencontraban con sus padres en Trinidad. Él no se atrevía a exponer a sus hijos al riesgo de ser detenidos mientras cruzaban el mar en una lancha.

Seis horas después de la deportación de los niños, a las tres de la tarde del domingo, se inició la audiencia para decidir sobre el recurso de *habeas corpus* por videoconferencia. Era la primera vez que Eliezer Torres fungía como traductor en un proceso judicial.

Ni la jueza ni la abogada ni el pastor ni los padres conocían el paradero de los niños.

LOS DIECISÉIS EN EL MAR

La jueza Avason Quinlan-Williams preguntó a los representantes de la policía, Inmigración y la Guardia Costera dónde estaban los niños. Todos negaron tener información. Convocó

entonces al ministro de Seguridad Nacional trinitario, Stuart Young. Aunque su despacho gobierna sobre las instancias involucradas, Young dijo que no sabía nada y recordó que el ingreso irregular a la isla es un delito según las leyes migratorias trinitarias. Nafeesa no pudo creer que el ministro, un antiguo colega de ejercicio, se presentara ante la corte sin haber leído los documentos sobre el caso.

Nadie sabía quién era el capitán de aquella embarcación no registrada ni adónde se dirigía. El pastor no entendió por qué devolvieron a los niños en un bote irregular, si los representantes del gobierno trinitario alegaban que se trataba de un caso de tráfico de personas.

Durante las ocho horas que duró la audiencia, interrumpidas por recesos de treinta minutos, los padres intentaron averiguar dónde estaban los niños y si habían regresado a La Barra, una zona de manglares en el golfo de Paria donde viven comunidades indígenas y el río Orinoco descarga parte de sus brazos. No había gasolina para recargar el bote ni señal telefónica en aquellos caños de agua oscura. Tucupita, la capital del estado Delta Amacuro y la ciudad más cercana, queda a unas cuatro horas en lancha. Si se topaban con una patrulla de la Guardia Nacional venezolana, los llevarían a Tucupita y perderían la oportunidad de emigrar.

Para la medianoche del domingo, la jueza emitió el *habeas corpus* y pidió al jefe del Estado Mayor de la Defensa, el mayor rango militar en Trinidad, que presentara a los niños ante la corte al día siguiente, el lunes 23 de noviembre, a la una y treinta de la tarde.

FUERA DE JURISDICCIÓN

El pastor grabó un video como vocero de los padres el lunes,

rodeado por diez familiares de los niños. Pidió al Gobierno trinitario que aclarara en qué condiciones regresó el grupo a Venezuela y por qué fue trasladado en una lancha sin identificación. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que fueron expulsados de Trinidad.

En la segunda audiencia, al final de la tarde, las autoridades confirmaron que los niños estaban fuera de aguas trinitarias. La jueza reconoció que no tenía jurisdicción sobre el caso y no podía hacer nada para protegerlos. Los padres seguían sin tener respuesta sobre el paradero de los niños. Todos estaban indefensos.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) instó al Gobierno de Trinidad y Tobago a respetar el principio de no devolución, la piedra angular de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto para los Refugiados: cualquier persona que haya salido de su país para buscar protección en otro, no puede ser devuelta hasta que la solicitud de refugio haya sido respondida.

El hashtag #DondeEstanLos16 se hizo tendencia en Twitter el martes 24 de noviembre, dos días después de que los niños fueron expulsados de la isla. Los familiares lograron contactar a personas en La Barra, dijeron que el motor del bote se descompuso y otra lancha los remolcó. La embarcación no tenía techo y los niños viajaron sin chaleco salvavidas. Se escondieron de la Guardia Nacional. A pesar de los mosquitos, el frío y la humedad, durmieron dos noches bajo la protección de los indígenas.

INDESEABLES

El ministro Stuart Young convocó una conferencia de prensa en la tarde del martes 24 de noviembre, cuando los niños te-

nían más de cuarenta y ocho horas fuera de Trinidad. Dijo que cualquier persona que entrara irregularmente a la isla sería considerada «indeseable». Aclaró que el carnet del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) no daba estatus migratorio.

Un periodista le preguntó si alguno de los niños había sido deportado sin sus padres. Él respondió que no tenía evidencia de ello: «Lo pregunté en la corte. Díganme quiénes son estos individuos y no me pudieron decir. Mi entendimiento sobre lo que pasó allí es que fueron escoltados hacia la frontera (...) Yo no puse a nadie en un bote para enviarlo a donde sea que haya venido».

El reportero le preguntó si podía precisar dónde estaban los niños. Entrevistó a la mamá de una niña de once años que iba en la lancha y no sabía dónde estaba. «No puedo. (...) ¿Dónde está la responsabilidad de esa madre? ¿Esa es una situación en la que usted debe poner a su hijo? (...) ¿Cómo esos niños terminaron aquí sin sus padres? Esa es una típica señal de alerta de tráfico de personas».

El pastor se preguntó si traducir las audiencias podía traerle consecuencias, después de que Young advirtió que el permiso de permanencia de cualquier venezolano podía ser revocado si ayudaba a «quebrantar las leyes».

Durante la hora que declaró el ministro trinitario, el dirigente opositor venezolano David Smolansky publicó un video que mostraba a niños y mujeres en una lancha. El grupo entró por una playa llamada Los Iros. En respuesta a un periodista, Young dijo que no estaba al tanto de que el grupo hubiera regresado.

Después de hacerles pruebas PCR en un ambulatorio, llevaron a los niños y a las mujeres a la comisaría de Erin. Una

de ellas publicó un video desde una celda donde dijo que había veinticuatro personas. Contó que los niños tenían vómitos, fiebre, diarrea, tos y dolores estomacales. Varias mujeres tenían dolores cervicales y de espalda, probablemente por la posición que adoptaron en la lancha. Al fondo mostró una letrina que usaban todos, sin ninguna separación que permitiera algo de privacidad. Les prohibieron usar los celulares una vez que el video se difundió por las redes sociales.

Los padres regresaron a Puerto España y conocieron a Gerald Ramdeen, el nuevo abogado del caso.

En la audiencia, la jueza autorizó a los padres a llevar comida y ropa a los niños en el helipuerto de Chaguaramas. Podían tener teléfonos móviles. El abogado del Estado protestó la decisión, debían verse en cubículos a través de un cristal y hablar por el teléfono del lugar. El pastor recordó las cárceles de las películas. La jueza respondió que los niños estaban en cuarentena, no en prisión.

Advirtió que las deportaciones masivas de venezolanos no podían continuar y cada caso debía pasar por la corte. Recordó que el carnet de Acnur reconocía la condición de refugiados e insistió en que Trinidad debía honrar sus compromisos con los tratados internacionales. Al terminar la audiencia, el pastor se sintió optimista.

EL REGISTRO

El Gobierno del primer ministro, Keith Rowley, habilitó un registro obligatorio para los venezolanos, sin importar que hubieran entrado irregularmente al país, durante quince días en mayo de 2019. Se registraron 16.523 personas.

Rowley publicó un hilo de Twitter sobre el caso al día siguiente, el miércoles 25 de noviembre:

Trinidad y Tobago se encuentra actualmente bajo el último asalto, utilizando a personas anónimas y sin rostros, armadas con niños inocentes, para tratar de obligarnos a aceptar su entendimiento del «estatuto de refugiado y el tratado internacional» (...) Bajo la rúbrica de «humanitaria», esta interpretación, si se acepta, efectivamente abrirá nuestras fronteras a todos los migrantes económicos, traficantes de armas, traficantes de drogas, traficantes de personas y líderes pandilleros suramericanos. Todo lo que tendrán que hacer es hacer el viaje en bote de siete millas y afirmar que son «refugiados».

Desde Ginebra, ese mismo día, la portavoz de la Oficina de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Liz Throssell, publicó un comentario sobre la deportación de los dieciséis:

Los niños nunca deben ser deportados por la fuerza debido a su situación migratoria o la de sus padres. La condición previa para cualquier regreso que involucre a un niño es que se haya tomado una decisión independiente e imparcial, involucrando a los funcionarios de protección del niño, y que el regreso sea una solución sostenible que garantice los derechos, el bienestar y el interés superior del niño.

LA NIÑA DE ONCE AÑOS

El pastor había faltado a su trabajo varios días. Un compañero lo cubría, pero estaba libre. Si no se presentaba, podía perder su empleo. Los padres esperaban que tradujera las entrevistas de la jueza a cada familiar de los niños para explicar cómo vivían en Venezuela, por qué huyeron a Trinidad y a qué se dedicaban en la isla.

Eliezer calculaba que cada testimonio tomaría unas dos horas. Eran más de veinte familiares. Conocía a venezolanos que trabajaban como intérpretes, pero los padres no podían pagarles. Uno de ellos le contó que la organización evangélica Living Waters ofreció recursos para cubrir los honorarios de los abogados. Él pidió que incluyera los suyos, aunque desconocían el monto de la contribución.

El pastor logró que otros colegas lo cubrieran para hacer las entrevistas lo antes posible. La jueza saldría de vacaciones el lunes 30 de noviembre. Evitaba hablar durante las audiencias para que el murmullo en español no distrajera al abogado. Cuando culminaba la sesión, Eliezer traducía el resumen de Ramdeen. Agotado por una semana de desvelos después de las audiencias, se sintió sin fuerzas para asumir la interpretación de los testimonios.

A partir del lunes 30 de noviembre, jueces y abogados del Estado cambiaban de una audiencia a la otra. Los casos se separaron. El pastor sintió que perdía la paciencia cuando un abogado del Estado se dedicó a explicar la geografía de Trinidad y Tobago.

Una niña de once años era hija de una mujer venezolana que tenía el carnet de Acnur, pero no aparecía en el registro de 2019. El abogado del Estado alegó que permanecía irregularmente en Trinidad y por tanto la niña no tenía derecho a quedarse en la isla. El juez la invitó a ver a su hija en Chaguaramas. El pastor, el abogado y otros padres interpretaron la oferta como una coartada para capturarla y deportarlas juntas. Le aconsejaron que no se acercara al helipuerto.

Para evitar que deportaran a la pequeña, Ramdeen presentó un recurso ante el Tribunal de Apelación, el 30 de noviembre, que cuestionaba la decisión del Gobierno de expulsarla.

En la audiencia del martes primero de diciembre, el juez Frank Seepersad se negó a otorgarle una medida cautelar a la niña y desestimó la moción constitucional, a pesar de que el recurso no había llegado a la corte, y allanó el camino para que la expulsaran. Los padres perdieron la esperanza de que algún juez decidiera a favor de los niños.

Las autoridades mostraron fotos del helipuerto. Los confinados tenían acceso a lavadoras y secadoras, dormían en instalaciones con aire acondicionado y los niños tenían áreas de juegos. El pastor no quiso decir a los padres que desconfiaba de esas imágenes.

Uno de los padres viajó hasta Chaguaramas, a dieciocho kilómetros de Puerto España, para llevar cuarenta manzanas a sus hijos. Nunca las habían probado porque en Venezuela no le alcanzaba el dinero para comprarlas. Era el primer regalo que quería hacerles cuando llegaran a Trinidad. No lo dejaron pasar, pero dejó las frutas. Regresó a casa sin saber si los niños las habían recibido.

El pastor y varios representantes llegaron a Chaguaramas alrededor de las nueve de la noche, el sábado 5 de diciembre. Dejaron catorce bolsas con champú, jabón, pasta dental, agua potable, pastillas para vómitos y diarrea, galletas, jugo y refrescos. Los guardias rechazaron la comida preparada porque todo debía estar sellado.

Después de dar entrevistas a reporteros, un padre confesó al pastor que se sentía humillado cuando le preguntaban por qué había permitido que sus hijos llegaran a Trinidad en aquella lancha. La respuesta era evidente para él: no podía darles de comer en Venezuela. El pastor consultaba por Facebook las notas que se publicaban sobre el caso y leía las opiniones de los lectores. Muchos decían que en Trinidad no había más re-

cursos para ayudar a los venezolanos. Ya era hora de que se fueran de la isla.

Con el paso de los días, el abogado obtuvo medidas cautelares para evitar que el Gobierno deportara a los dieciséis.

EL FIN DE LA CUARENTENA

Las dos semanas de la cuarentena se cumplieron el martes 8 de diciembre. Todos amanecieron con la expectativa de que los niños serían liberados, pero no tuvieron noticias de ellos. El pastor llegó a casa y vio en las noticias que tres venezolanos fueron asesinados. Les habían prendido fuego con gasolina. Cuando vio sus fotos, no podía creer que los conocía. «Son tres menos», comentó un usuario en las redes sociales. El pastor se preguntó si realmente quería llevar a sus hijos a Trinidad y Tobago. Por primera vez pensó en abandonar la isla.

Al día siguiente, el miércoles 9 de diciembre, la CIDH otorgó medidas de protección para seis de los niños por estar expuestos a violencia doméstica en Venezuela. La deportación implicaría «un grave riesgo» para ellos. El fiscal general de Trinidad y Tobago, Faris Al-Rawi, dijo ante el Parlamento que la isla no formaba parte de la CIDH.

Las autoridades extendieron la cuarentena hasta el lunes 21 de diciembre porque una de las personas del grupo dio positivo en la prueba para diagnosticar el coronavirus.

LA INTIMIDACIÓN

Cuatro hombres que dijeron ser policías y vestían de civil buscaron al pastor en su trabajo. El compañero de guardia les preguntó sus nombres y se negó a darles información porque no se identificaron.

Un vecino le mostró el video de una cámara de seguridad. Un Toyota Aqua gris había merodeado por la calle donde vivía Eliezer. Dos amigos le advirtieron que había rumores, debía cuidarse. Él decidió contarle al abogado lo que estaba ocurriendo. «Ellos van a buscar la manera de intimidar, pero no te pueden hacer nada. Mantenme informado», respondió Ramdeen.

Cuatro días después de que lo buscaran en el trabajo, el lunes 14 de diciembre, se asomó por la ventana y vio a un hombre que forcejeaba para abrir la puerta de su casa. En la entrada estaba el Toyota Aqua gris. El pastor fue a su cuarto y corrió la cortina. Estaba solo. Dio un paso atrás y se refugió en las sombras cuando el hombre intentó mirar hacia adentro a través de una ventana.

El pastor fue a Independence Square, la plaza donde se reúnen los venezolanos en Puerto España, apenas comprobó que el carro no estaba. Lo convocaron los familiares de unas víctimas que aparecieron flotando en el mar de Güiría, en las costas del estado Sucre, el sábado 12 y domingo 13 de diciembre. Querían que los orientara para investigar si el Gobierno trinitario tuvo alguna responsabilidad en el naufragio de aquel bote.

El Gobierno de Rowley extendió el permiso de permanencia de los venezolanos inscritos en el registro hasta junio de 2021. Acnur y Living Waters ya no podrán registrar a solicitantes de refugio, dijo el primer ministro en una conferencia de prensa. «Si usted va a solicitar asilo en Trinidad y Tobago, o en cualquier parte del mundo, tiene que demostrar que está personalmente en riesgo, bajo ataque por su raza, religión, por política o lo que sea (...) Su ambición por una vida mejor a través de cambios económicos no aplica para el asilo en ninguna parte del mundo».

Rowley se refirió al perfil de refugiado que describe la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, firmada en Ginebra en 1951. Esa definición se amplió treinta y tres años después con la Declaración de Cartagena, en respuesta a la crisis migratoria que originaron las guerras civiles centroamericanas. Desde 1984, también se considera refugiado a una persona que huye de su país porque «su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público». Sin embargo, Trinidad y Tobago es uno de los cinco países del continente que no han incorporado los principios de Cartagena a su legislación interna.

El día que Rowley declaró a la prensa, el jueves 17 de diciembre de 2020, el sueldo mínimo equivalía a 1,25 dólares en Venezuela.

En 2018, 94 % de la población no disponía de ingresos suficientes para pagar una canasta alimentaria ni los servicios básicos. Al menos dieciocho millones de personas no tenían garantías de acceso a diagnóstico médico y tratamientos. Ocho de cada diez no disponían de servicio continuo de agua corriente. Un tercio de los niños entre cero y dos años sufría retraso de crecimiento en los sectores más vulnerables. 64 % de los venezolanos perdieron en promedio once kilos de peso por la falta de ingesta de alimentos, entre 2016 y 2017. Todas las cifras son estimaciones de ONG venezolanas, porque no hay data oficial sobre estos índices. En septiembre de 2020, una misión internacional del Consejo de Derechos Humanos de la ONU publicó un informe que documenta crímenes de lesa humanidad.

Venezuela vive la contracción económica más severa en la historia moderna del hemisferio occidental. Perdió cuatro quintos del tamaño de su economía en los últimos siete años. La hiperinflación, que acumula más de tres años, destruyó el valor del bolívar y la capacidad de las personas para comprar comida o medicinas. El colapso económico y de los servicios públicos, aunado a la inseguridad y la crisis política, fomentaron la migración de 5,4 millones de personas en cinco años, estima Acnur. Más que toda la población de Costa Rica o Noruega.

LA DECISIÓN

Dos días antes de Navidad, el martes 22 de diciembre, el pastor vio sonreír al abogado por primera vez cuando dos jueces del Tribunal de Apelación anularon la decisión del magistrado Frank Seepersad y le otorgaron una medida provisional a la niña, que le permitía permanecer en la isla. Faltaba saber cuándo Inmigración ejecutaría el fallo de la corte.

Los niños pasaron la noche de Navidad en el helipuerto de Chaguaramas.

Un carro gris estuvo rondando la casa del pastor el domingo 27 de diciembre. Apenado con su familia por la zozobra en la que se veía envuelta, Eliezer decidió mudarse por un tiempo. Al día siguiente, el lunes 28 de diciembre, los padres grabaron un video para exigir que liberaran a los niños, treinta y cuatro días después de que iniciaran la cuarentena.

«¿CÓMO VOY A TRAFICAR A MIS PROPIOS HIJOS?»

Nafeesa convocó a los padres el miércoles 30 de diciembre para solicitar que los niños fueran liberados ante la oficina de Inmigración. Les pidieron las copias de las actas de nacimiento au-

tenticadas por las autoridades venezolanas para corroborar las identidades de los niños y el nexo con sus representantes.

Llegaron al Consulado de Venezuela en Puerto España a las once de la mañana. Un funcionario dijo que tenían tres semanas esperándolos, preguntó por qué habían esperado hasta el 30 de diciembre para ir al consulado. El pastor intentó explicarle que no sabían del trámite, pero el hombre no lo dejó hablar. Si no tenía hijos en el grupo, mejor no intervenía.

Uno de los padres increpó al funcionario. Dijo que estuvo en el consulado cuando los niños fueron capturados y lo habían maltratado. Él lo acusó de formar parte de una red de tráfico de personas porque pagó a un lanchero para que llevara a los niños. «¿Cómo voy a estar traficando a mis propios hijos?», contestó el padre. Aunque el funcionario había dicho que la gestión tomaba cuatro días hábiles, en dos horas validaron las partidas de nacimiento.

DESENLACE A MEDIAS

Al día siguiente, el 31 de diciembre de 2020, funcionarios de Inmigración comenzaron a entrevistar a los padres a las ocho de la mañana. Una y otra vez preguntaban si habían pagado para enviar a los niños a Trinidad y a quién.

Una de las madres contó que el papá de su hija la golpeaba. Mientras estuvo en Trinidad sin la niña, la extorsionaba. Por eso le mandó dinero para montarla en una lancha. A uno de los padres lo amenazaron con seis meses de cárcel y una multa de más de siete mil dólares si comprobaban que mentía. Al pastor lo entrevistaron como representante de la joven de diecisiete años y su hija porque no tenían familiares en Trinidad.

Tras defender varios casos de venezolanos, Nafeesa ha notado que muchos solicitantes de asilo entran y salen de Tri-

nidad en lancha, a pesar de que las fronteras están cerradas. Ignoran que regresar al país del que huyeron menoscaba su solicitud de asilo.

Les dijeron que los niños saldrían a las cinco de la tarde, después de permanecer más de ocho horas en Inmigración. Eliezer, la abogada y los padres corrieron hasta Chaguaramas. Detrás llegaron las mismas personas que los entrevistaron en Inmigración. Uno a uno, volvieron a llamar a los padres.

Primero salió el muchacho de diecisiete años. Luego la niña de once que recibió la medida cautelar. Después un niño de doce años, los hermanos de doce, seis y tres años, una niña de once. Por último, los hermanos de cinco y nueve años. Pasadas las siete de la noche, el pastor tomó fotos y videos de los nueve niños liberados. Lloraban rodeados por sus padres y la abogada. Todas las madres que iban en el bote quedaron retenidas.

Nafeesa corrió hacia los funcionarios de Inmigración cuando vio que se marchaban y les preguntó qué pasaría con los demás. «Después», respondió uno. Se quedaron los niños que no fueron reclamados por familiares directos. Regresó con el grupo de padres y les preguntó si tenían qué comer para la cena de Año Nuevo. Más de una decena de ellos terminó en su casa. El pastor regresó a la suya pensando en su familia que está en Venezuela.

Uno de los padres se quedó en casa de otro con sus hijos. Salió un momento y cuando volvió los niños lloraban. Pensaban que los había abandonado. Durante las cinco semanas que estuvieron en Chaguaramas, comieron pescado casi todos los días. Una vez encontraron un gusano. Uno de los niños dijo que si no podía saber qué estaba comiendo su mamá en el helipuerto, prefería no cenar.

El pastor solicitó una visa como misionero cuando llegó a Trinidad en 2017, pero se la negaron. Supone que es inviable pedir la reunificación con su familia a través de Acnur. Después de que una tía falleció el año pasado en una carrera insalvable para conseguir tratamiento, el papá de Eliezer le pidió que no se molestara en volver a Puerto Ordaz.

Tras más de dos meses de confinamiento, siguen retenidos siete menores de edad: una niña de cuatro años, un adolescente de trece, tres hermanos de dos, siete y once años, y la joven de diecisiete con su hija, que cumplió cinco meses en Chaguanaramas. También las nueve mujeres. Uno de los padres le dijo al pastor que, si su esposa era deportada, tendría que enviar a sus hijos de vuelta a Venezuela porque debe trabajar. No puede cuidarlos solo.

Prodavinci.com, enero de 2021



EREÚ BROTHERS: EL SISTEMA DE ORQUESTAS EN LAS CALLES DE BOGOTÁ

**FLAVIANA SANDOVAL
Y DIEGO MARCANO**

Carlos Ereú podía ver cómo los 1.744 asientos de la Goldener Saal del Musikverein de Viena terminaban de ocuparse. Sentado con su violonchelo en los escalones traseros, al pie de los contrabajos, esperó que el oboe deslizara el «la» con el que tradicionalmente afinan las orquestas antes de una presentación.

Había aterrizado en Viena con el compromiso de ejecutar las once oberturas y nueve sinfonías de Beethoven a lo largo de cinco días. La gira había iniciado en el Palau de la Música de Barcelona y pasado por la Elbphilharmonie de Hamburgo. Sin saberlo, la noche del 27 de marzo de 2017, Carlos, primer violonchelista de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar, tocaría por última vez en una gira junto a sus compañeros.

Dos días después estallaron en Venezuela las protestas de 2017, en respuesta a la decisión 156 del Tribunal Supremo de Justicia en la que se atribuyó las funciones de la Asamblea Nacional.

En las protestas del 3 de mayo, Armando Cañizales, un joven de dieciocho años que tocaba la viola en la Orquesta Sinfónica Juvenil José Francisco del Castillo, una de las agrupaciones del Sistema, cayó muerto en la avenida Río de Janeiro de Las Mercedes con un proyectil metálico incrustado en el cuello. Al día siguiente, Gustavo Dudamel, célebre compositor y director de orquesta que alcanzó la fama mundial a la cabeza de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar y actualmente es director de la Filarmónica de Los Ángeles y la Ópera de París, publicó desde Los Ángeles una carta abierta titulada «Levanto mi voz», en la que criticó la represión gubernamental contra los manifestantes.

La respuesta del Gobierno vino unos meses después, el 21 de agosto de 2017, cuando el despacho de la Presidencia de Nicolás Maduro anunció la cancelación de una gira de la Orquesta Nacional Juvenil de Venezuela por cuatro ciudades de Estados Unidos, un evento que estaba pautado para comenzar el 9 de septiembre, con Gustavo Dudamel como director. Dudamel no ha vuelto a dirigir la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar de Venezuela desde entonces.

A Carlos y sus colegas de la Sinfónica Simón Bolívar también se les informó que el Gobierno había suspendido las giras que la orquesta tenía programadas para 2018, por falta de presupuesto.

«Nosotros dependíamos de los viáticos de esas giras para vivir, no de lo que ganábamos en Venezuela —dice Carlos—. Con esa decisión, lo que podíamos percibir para tener un sus-

tento se esfumó. Nuestro salario fijo en ese tiempo era de diez dólares mensuales y sin las giras no íbamos a tener otro tipo de ingreso. Entonces todos quebramos».

Carlos tuvo que vender todo lo que tenía: su carro, luego los muebles, y finalmente su casa. Cuando ya no quedó nada, supo que había llegado el momento de irse de Venezuela y presentó su renuncia ante el Sistema de Orquestas.

«Veinte años de carrera y me pagaron treinta dólares de liquidación —suspira Carlos—. Eso me quebró. A todos nosotros».

De acuerdo con Eduardo Méndez, quien sucedió en 2018 al maestro José Antonio Abreu como director ejecutivo del Sistema, un 60 % de los músicos que conformaban la Sinfónica Simón Bolívar ha abandonado la orquesta en los últimos años. Así lo explicó Méndez en una entrevista con *El Nacional* el 18 de febrero de 2020. Cerca del 27 % del personal administrativo y docente del Sistema también ha dejado la institución. Algunos renunciaron para optar por empleos mejor remunerados en otras organizaciones en Venezuela. Otros se fueron para no volver.

Carlos estaba seguro. No tenía ánimo para seguir trabajando en el ámbito musical en Venezuela. Después de todas las giras internacionales, de haber tocado en las mejores salas de conciertos del mundo, de todas las grabaciones con el sello disquero alemán Deutsche Grammophon interpretando las obras de los más grandes maestros y compositores de la música clásica, ahora, de la noche a la mañana, tenía que dejarlo todo atrás.

«Tuve que destrozar todos esos sueños, todo lo que me hizo como artista y como persona, y olvidarme de que tuve una vida. Porque el país, realmente, quedó acabado», dice Carlos.

Tenía cien dólares para cubrir los gastos del viaje, un dinero que le había enviado su amigo y excompañero chelista de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar, actualmente chelista en la Filarmónica de Jalisco, Jean Carlos Coronado Cabrices.

Carlos salió de Valencia con dos morrales, un violonchelo y una maleta grande a la que apodó «la nevera», en la que iban todos sus libros. Debía llegar a Bogotá, donde le esperaban su madre y sus hermanos menores Karla y Marlos, que habían emigrado unos años atrás.

Al emprender el viaje de 1.234 km hasta Bogotá, dejó atrás la carrera que había iniciado en el Sistema de Orquestas a los trece años y un violonchelo Roger & Max Millant, de una de las tiendas de instrumentos musicales de la famosa Rue de Rome de París, fabricado en 1936 y comprado por la Hilti Foundation de Liechtenstein para la Sinfónica Simón Bolívar.

En el autobús que lo llevó de Valencia a San Cristóbal tuvo que pagar un puesto para el chelo y otro para él. El taxi de San Cristóbal a San Antonio del Táchira le costó quince dólares y pasó cinco horas bajo el sol para sellar en el pasaporte su salida de Venezuela.

Cuando finalmente logró abordar el autobús que lo llevó de Cúcuta a Bogotá, apenas le quedaban 20.000 pesos colombianos, unos cinco dólares, que se le fueron en comida. Después de cuatro días viajando, Carlos llegó a Bogotá sin un peso en el bolsillo.

«Toda mi vida había viajado de una forma totalmente diferente. Desde joven, con la Orquesta Sinfónica Infantil de Venezuela, hice giras por todas partes. Pasé la mayor parte de mi vida en Europa: Italia, Alemania, Francia, España, Austria —dice Carlos—. Hoteles cinco estrellas. Todas las mejores cosas. Toda esa bonanza que tuvo la situación de ser artista era

de otro mundo. Nosotros sentíamos que estábamos determinados a ser los mejores músicos del planeta».

La música ronda a la familia Ereú desde los tiempos en que Rafael Pérez, el abuelo materno de Carlos, a quien todos conocían como «Rafelito», se iba de gira por América Latina y las islas del Caribe tocando la guitarra con el celebrado Trío Curarí del estado Lara.

Marilin Pérez, la hija de Rafelito, se acostumbró a escuchar las armonías de voces en las serenatas que cantaba su papá. «La Veragacha», «Un cigarrillo», «Pálida luz» fueron algunas de las canciones del trío que mantuvieron viva la tradición larense. Algunas se convirtieron en éxitos bailables en Venezuela en la década de los cuarenta. Otras se volvieron íconos de la música venezolana, como «Noches larenses», que más tarde fue versionada por Alfredo Sadel y el Quinteto Contrapunto.

Inspirada por la herencia musical de su papá, Marilin estudió violín en lo que entonces era el Sistema Regional de Orquestas, en el núcleo del pueblo de Quíbor, donde vivía su familia. Allí conoció a Carlos Ereú, un estudiante de violín y amante de los aguinaldos que había crecido en un hogar lleno de maracas, cuatros y mandolinas, y asiduo de las reuniones de amigos que se volvían parrandas después de la medianoche.

Tenían veinte años cuando nació Carlos, su primer hijo. Un año después vino su hermana Karla.

La casa estaba llena de estantes con enormes colecciones de discos de acetato. Carlos y Karla escuchaban grabaciones de la Orquesta Filarmónica de Berlín dirigida por Herbert von Karajan, o la colección completa de los valeses quiboreños de Juan Pablo Ceballos. A los tres años, los niños ya tocaban ma-

rimbas y xilófonos chiquitos, cantaban canciones infantiles y se reían traviosos cuando los vecinos se quejaban de las reuniones que organizaba su papá en casa con amigos para tocar música tradicional venezolana hasta las tres de la mañana.

Constantemente, el canto de su mamá inundaba la casa, donde la música se llevaba en la sangre y se vivía a diario.

Cuando Carlos cumplió siete años, una nueva misión comenzó a ocupar las tardes libres de los hermanos Ereú: la de elegir un instrumento para aprender y comenzar su carrera musical. Uno que, como les había dicho su papá muchas veces, «les llenara el alma».

A Carlos le fascinaba el sonido y la versatilidad del violín, pero nunca le gustó la sensación de tener el instrumento apretado contra el cuello. A veces también pensaba que era demasiado chillón. Cuando conoció el violonchelo no le quedó ninguna duda.

«Además mi papá quería que fuera chelista —dice Carlos—. Me ponía grabaciones de piezas para chelo y yo también dejé que él me influenciara de esa forma».

Karla, su hermana, se enamoró de la viola escuchando la *Quinta sinfonía* de Beethoven.

A su corta edad, los hermanos Ereú habían convertido el hábito de escuchar música clásica con su papá en una rutina, casi un rito, que compartían en las tardes libres y fines de semana, con la misma alegría con la que disfrutaban jugar o ver los *Thundercats* en televisión.

Dedicada a esta búsqueda de un instrumento, Karla ya había oído la flauta, el clarinete, el corno francés, el trombón, la trompeta, incluso todos los instrumentos de percusión. Cuando escuchó el violín pensó que sus sonidos agudos eran bellísimos, pero no eran del todo lo que ella quería.

Sentada en la sala de su casa en Quíbor, oyó absorta los últimos compases del *allegro con brio* de la *Quinta sinfonía*. Una cadencia de tres acordes majestuosos en un fortísimo estridente. Luego, silencio. El segundo movimiento, *andante con moto*, abrió con un tema de los instrumentos de cuerda. Una melodía dulce, serena, elegante.

Karla lo había escuchado todo, pero nunca nada como eso.

—¡Papá! ¡Ese! —saltó la niña—. ¿Qué instrumento es ese?

—Esa es la viola.

La decisión estaba tomada. Karla empezó a recibir clases de viola en el núcleo de Quíbor, que entonces llevaba el nombre de Conservatorio Juan José Landaeta, una sede rural del núcleo del Sistema Nacional de Orquestas de Barquisimeto, en el estado Lara. Su primer maestro fue José Guillermo Fuentes, también nativo del pueblo de Quíbor.

Con Carlos en el chelo y Karla en la viola, entre los amigos cercanos de la familia se popularizó una broma sobre las supuestas verdaderas intenciones del padre de los hermanos Ereú. «Tu papá lo que quería era formar un trío de cuerdas», les decían siempre entre risas.

Para los hermanos Ereú, la música estaba lejos de ser un juego. «Carlos y yo nos poníamos metas todos los días —recuerda Karla—. Todos los días, si íbamos al núcleo, teníamos que sacar una lección de algún libro, o aprender una parte del ‘Aleluya’ de Haendel, o tocar esta o aquella pieza. Era muy ordenada nuestra disciplina».

Ser los hijos del director del núcleo de Quíbor no lo hacía más fácil. Al contrario, añadía un poco más de peso sobre los niños. «Era competitivo y era también una responsabilidad. No era una exigencia de papá, pero uno lo asumía —dice Karla—. Como cuando tu papá es el director del colegio. Tú siem-

pre tienes que estar muy disciplinado. Si mi papá es el director, siempre hay que dar la talla».

En 1994, José Antonio Abreu, reconocido como el padre y fundador del Sistema Nacional de Orquestas de Venezuela, ideó el proyecto de la Orquesta Sinfónica Nacional Infantil de Venezuela para agrupar a los mejores talentos entre los niños músicos de todos los núcleos regionales del sistema que operaban en el país.

En Barquisimeto, los músicos Suzanne Simman y Rubén Coba fueron los encargados de hacer audiciones para escoger a los niños larenses que serían parte de la orquesta. Carlos, de trece años, y Karla, de doce, se presentaron a las audiciones.

«Te pedían un extracto de una partitura, una escala, alguna lección que tuvieras aprendida, y ellos te evaluaban —recuerda Karla—. Simplemente te parabas frente a ellos, y a tocar».

Los resultados de las audiciones tardaron quince días.

«Mi papá se estaba comiendo las uñas», dice Karla entre risas. Dos semanas después de haber tocado frente a los maestros Simman y Coba, los hermanos Ereú estaban de pie frente a la cartelera del pasillo de entrada del Conservatorio Juan José Landaeta.

Con la mirada alzada buscaron sus nombres entre el mar de hojas blancas plagadas de letras como hormigas negras. Y allí estaban.

Carlos Ereú: Fila de violonchelos.

Karla Ereú: Fila de violas.

Eran los días dorados de la música clásica en Venezuela. Una explosión de talento joven emanando desde las principa-

les ciudades hasta los rincones más recónditos del país: desde Caracas y Maracaibo hasta Guatire, El Tigre y Tucupita; de Barquisimeto, Mérida y Punto Fijo a Porlamar, Ciudad Guayana, El Tocuyo, Carora, Boconó, Cumanacoa y Quíbor.

—Descomunal —recuerda Karla.

Cincuenta y cinco niñas y noventa y siete niños entre los ocho y los trece años conformaron la primera generación de la Orquesta Sinfónica Nacional Infantil de Venezuela, con un ensamble que incluía 56 violines, 16 violas, 19 violonchelos, 7 contrabajos, 4 oboes, 7 flautas, 5 clarinetes, 3 fagotes, 5 cornos, 8 trompetas, 8 trombones, 2 tubas y una fila de 12 percusionistas.

En su concierto inaugural, el jueves 15 de diciembre de 1994, los 152 pequeños músicos caminaron con sus instrumentos en mano sobre el escenario de 261 metros cuadrados de la sala José Félix Ribas del Teatro Teresa Carreño.

La sala estaba llena a reventar: 440 personas copando los asientos dispuestos a modo de anfiteatro semicircular. Los murmullos y el ruido sordo de la audiencia acomodándose en sus puestos casi se convertían en música al reverberar entre las *Pirámides vibrantes*, la obra de Jesús Soto dispuesta en el techo acústico a todo lo ancho del espacio.

Todo quedó en silencio cuando los instrumentos ejecutaron al unísono la afinación de la orquesta: un sonido redondo y apacible que se expandía primero a la sección de cuerdas, creciendo y ondulando a medida que se movía entre los instrumentos de viento madera, hasta abarcar cada recoveco de la sala con una envolvente nota si de los vientos metales.

El repertorio abrió con la *Petite suite* de A. Corelli, seguida de la *Suite de la Música acuática* de Haendel-Harty. Sentados en medio del escenario, los hermanos Ereú ondeaban los arcos de

sus instrumentos sobre las cuerdas, los ojos fijos en el maestro Gustavo Medina, que dirigía la orquesta.

Los acordes vivaces y juguetones de Vivaldi dieron paso a la armonía sombría de la *Quinta sinfonía* de Beethoven, para terminar con la *Fantasia-obertura 1812* de Tchaikovsky. En los dos minutos finales del concierto, todos en la sala tenían la respiración en vilo mientras las cuerdas se precipitaban en una cadencia descendente hacia un estallido de campanas y platillos. El redoble final de los timbales y tambores se mezcló en el aire con el estruendo de los aplausos.

Ese concierto inaugural fue el comienzo de lo que sería el apogeo de la Orquesta Sinfónica Nacional Infantil de Venezuela y de todo el Sistema Nacional de Orquestas, que ha sido admirado y replicado como modelo de formación musical en varios países del mundo.

Con la Orquesta Sinfónica Nacional Infantil de Venezuela, los hermanos Ereú debutaron por primera vez en la escena musical internacional tocando en el Kennedy Center de Washington. Se presentaron en la sede de la ONU, en Nueva York y en la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, en Santiago de Chile.

La orquesta recorrió América Latina y Europa, con presentaciones en el Palacio de Bellas Artes de México y en el Teatro Colón de Buenos Aires; en el estadio Maracaná de Río de Janeiro, en la sede de la Unesco en París, en la Capilla Clementina del Vaticano y en teatros en Milán, Nápoles, Florencia y Roma. Viajaron por toda Alemania, tocando en Hannover, Düsseldorf, Heilborn, Múnich, Münster, Magdeburg y en el legendario teatro sede de la Filarmónica de Berlín. También se presentaron en el Teatro Nacional de Kingston, en Jamaica, y tocaron a los pies de la estatua de piedra caliza y

mármol blanco de Abraham Lincoln, en el Lincoln Memorial de Washington.

Karla aún recuerda con emoción el concierto de recibimiento que le hicieron al Papa Juan Pablo II en su segunda visita a Venezuela en 1996. Al bajar del avión en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía, lo esperaba la Orquesta Sinfónica Infantil, que interpretó el himno nacional de Venezuela y el Himno Pontificio, con su sonido compitiendo con el rugido de la brisa salada de La Guaira.

Esa primera generación de la Orquesta Sinfónica Infantil de Venezuela se mantuvo hasta el año 2002, cuando muchos de sus integrantes originales ya se habían convertido en jóvenes de entre diecisiete y veinte años. Fue entonces cuando el maestro Abreu comenzó a idear una alternativa para estos jóvenes, un proyecto de formación musical continuada que pudiera ofrecerles un camino de profesionalización en la música. Así nació en 2004 la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar B.

La Sinfónica Simón Bolívar B es la orquesta que luego llegaría a convertirse en la insignia del Sistema Nacional de Orquestas de Venezuela. Bajo la dirección de Gustavo Dudamel, quien inició como violinista en la Orquesta Nacional Infantil y comenzó su carrera como director con tan solo diecinueve años, la Simón Bolívar B fue el mayor exponente internacional de la excelencia musical venezolana y del éxito de El Sistema como proyecto de pedagogía musical y desarrollo social.

Por primera vez en todos sus años de tocar y compartir la música juntos, los hermanos Ereú se separaron. Carlos siguió al maestro Abreu y se fue a Caracas para convertirse en uno de los miembros originales de la Sinfónica Simón Bolívar B. Karla decidió quedarse en Barquisimeto, estudiando pedagogía musical en la Universidad Pedagógica Experimental Liberta-

dor (UPEL) y tocando la viola en la Orquesta Sinfónica de Lara, más cerca de su familia y de su nativo pueblo de Quíbor.

Carlos llegó al apartamento que alquilaba su hermano menor, Marlos, en el norte de Bogotá. Su nuevo hogar quedaba en el segundo piso de una casa y, para llegar a él, debían atravesar la sala de la casa de otra familia.

Poco después, los hermanos se fueron a un apartotel en el barrio Siete de Agosto, detrás del estadio El Campín. Marlos no duró mucho tiempo. Se mudó de nuevo a un sitio que le quedaba más cerca de su lugar de trabajo. Carlos se quedó. Vivió allí por varios meses, compartiendo el pago de la renta con una amiga.

En sus primeros meses en Bogotá, Carlos trabajó con El Club de Música, tocando el chelo en óperas, bodas y hasta funerales. Lo contrataban y le pagaban por evento, y aunque no era un empleo muy estable, se las arreglaba. También fue parte del equipo de músicos venezolanos y colombianos que iniciaron el proyecto de la Orquesta Sinfónica Metropolitana de Bogotá.

Participó como chelista en las grabaciones de los discos *Past y Present*, del trompetista, arreglista y cantautor venezolano nominado al Latin Grammy Chipi Chacón. Pero, cuando al terminar el proyecto las luces del estudio de grabación se apagaron, Carlos empezó a preocuparse.

«Me puse nostálgico porque no tenía un trabajo formal y sufrí mucho. Lloré bastante porque no tenía qué hacer —recuerda Carlos—. Me sentía atado de manos. Había dejado mi trabajo, mi carrera, mi país. Todo quedó atrás».

En el apartotel donde vivía conoció a Wileny Arias y Mariángel Mujica, dos violinistas formadas en el Sistema de Orquestas en Yaracuy, que le plantearon ganarse la vida como lo

hacían muchos otros músicos venezolanos en la ciudad: tocando en la calle.

Carlos postergó su respuesta lo más que pudo. Sentía vértigo al imaginarse sentado en una silla plegable al borde de alguna avenida, con su chelo entre las piernas. «Después de hacer tantas cosas que he hecho en mi vida —se decía—, ahora, tal como un mendigo, ir a la calle a tocar a ver si la gente se apiada de mí».

Un día tuvo la determinación.

—Esta es mi realidad y tengo que asumirla —le dijo a su hermano Marlos—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para salir adelante.

Carlos, Wileny y Mariángel empezaron a tocar bajo el túnel del Portal Eldorado, una de las principales estaciones de Transmilenio, al oeste de la ciudad. Carlos salía temprano con el violonchelo en brazos y se sentaba en un murito a tocar, flanqueado por el dulce lamento de los violines de sus compañeras.

La primera vez que tocaron en el túnel de Eldorado, Carlos sintió tanta vergüenza que no podía siquiera levantar la cara. «Sufrí mucho. Era una cosa que me revolvía por dentro —recuerda—. Yo no entendía qué estaba pasando con mi vida».

Entre el ruido del Transmilenio y los cientos de transeúntes que pasaban apurados, el trío de cuerdas desbordaba el túnel con las melodías de «O sole mio», la *Pequeña serenata nocturna* de Mozart y «Como llora una estrella», emblemático vals larense del maestro Antonio Carrillo.

Carlos llevaba siempre un gorrito que le opacaba el rostro. Se sentaba atrás, cabizbajo, marcando con un leve *pizzicato* el bajo de los temas, camuflado detrás de su instrumento. No estaba orgulloso de estar allí, pero recorría compás tras compás con determinación.

«Era un método de trabajo poco convencional, pero generaba la certeza de que ese día comías —dice Carlos—. Con que cincuenta personas te echaran una moneda de cien, por lo menos podías reunir para no morirte de hambre».

Los retos abundaban. Los policías estaban siempre determinados a sacarlos del sistema de transporte masivo. En algunas ocasiones tuvieron que rogarles que los dejaran tocar porque era su sustento económico. Cuando las súplicas no surtían efecto tenían que ir a otras estaciones o tocar en el frío de la feria de Usaquén, junto al Centro Comercial Hacienda Santa Bárbara, en la zona norte de Bogotá. Siempre debían resguardar los instrumentos de la lluvia, en una ciudad en la que comúnmente, se dice, en promedio llueve 180 días al año.

Algunos ni se daban cuenta de que estaban allí. Otros soltaban una moneda o un billete, incluso cuando apenas estaban afinando los instrumentos. En la medida en la que siguieron tocando vieron cómo las calles se llenaban de más y más músicos, todos buscando ganarse la vida. Entonces tenían que luchar por el puesto llegando temprano a trabajar.

En otras ocasiones, Wileny y Mariángel iban al baño y Carlos seguía tocando solo, rasgando con el arco de madera de pernambuco las cuatro cuerdas de su chelo. Debía aprovechar la oportunidad de producir.

«De tanto tocar me destrozaba los dedos. Al final del día llegaba con los dedos rotos —dice Carlos—. Tú puedes tocar cinco horas en un evento, pero nunca las tocas continuas. En la calle tocábamos cinco o seis horas seguidas para poder hacer suficiente dinero».

Los meses pasaron y el chelo de Carlos seguía sonando en el túnel de Eldorado. Recordando con desconsuelo las glorias pasadas, el antiguo chelista de la Orquesta Sinfónica Si-

món Bolívar tocó en las calles de Bogotá durante cerca de un año. En ese tiempo, a menudo se sorprendía con una pregunta constante en la cabeza: «¿Por qué tuvo que ser de esta forma?».

María Alejandra Timaure se puso sus audífonos y salió a prisa de su casa, dando zancadas enormes rumbo a la estación de Transmilenio del Portal Eldorado.

Era marzo de 2020 y Bogotá acababa de entrar en su primera cuarentena, con restricciones de movilidad, por la pandemia de covid-19. Por esos días, María Alejandra pasaba las horas contestando celulares y rastreando órdenes en dos computadoras portátiles para el restaurante de sushi para el que trabajaba, atendiendo quejas y coordinando pedidos desde tres puntos diferentes de la ciudad.

Había llegado a Bogotá desde Ciudad Ojeda, estado Zulia, donde estudiaba Administración de Empresas. Ahora vivía en la localidad de Engativá, al oeste de la capital colombiana, muy cerca de su trabajo, al que podía llegar caminando sin necesidad de utilizar el transporte público.

Pero en aquella mañana de marzo, María Alejandra despertó con la noticia de que la conexión a internet en el restaurante estaba caída. La enviaron a cumplir la jornada en otro restaurante de la misma empresa, en Corferias, al otro extremo de la ciudad. El autobús que la dejaba más cerca era un alimentador que debía tomar en el Portal Eldorado.

Mientras caminaba a lo largo de la estación en búsqueda de su autobús, escuchó por encima de la música de sus audífonos la melodía del vals larense «Como llora una estrella» resonar en la caja acústica de un violín y el dulce acompañamiento de un hondo chelo.

María Alejandra, que desde joven se considera melómana y aunque no se formó en la música, canta y toca la guitarra, quedó cautivada por la armonía de cuerdas que sonaba como su tierra. Pero se le hacía tarde y no tenía tiempo para detenerse a escuchar.

Pasó apurada frente a dos violinistas y un chelista que tocaban al borde del túnel. Cuando el autobús llegó y los pasajeros que esperaban se dispusieron a montarse, María Alejandra no se aguantó. Se dio vuelta corriendo y soltó un billete en el estuche abierto que el trío callejero utilizaba para recaudar las contribuciones. Corrió de regreso y alcanzó a meterse al autobús de un salto, justo antes de que se cerraran las puertas.

Al día siguiente debía repetir la ruta. Salió a las diez de la noche de su trabajo, ilusionada con la idea de volver a encontrar a los músicos bajo el túnel. Sabía que eran venezolanos y quería saber quiénes eran y felicitarlos por su impecable ejecución. Con un poco de suerte se habrían quedado tocando hasta tarde.

Cuando llegó a la estación, allí estaban: las dos violinistas moviéndose con expresividad al tocar melodías de música clásica y música tradicional venezolana, y atrás, el chelista acompañándolas, sentado sobre un murito.

Esta vez, María Alejandra se quedó de pie durante una hora, escuchándolos. No quería interrumpirlos, estaba desconcertada con la belleza del trío de cuerdas. Cuando terminaron de tocar, la muchacha se acercó al grupo, los felicitó y compartieron brevemente sus historias. Anotó el teléfono de una de las violinistas y se marchó a casa, ya cerca de la medianoche.

Los volvió a ver una tercera vez de camino al trabajo. Saludó a las violinistas con afecto y, en esta oportunidad, habló también con el chelista. La conversación se deslizó rápida-

mente de la música a los tintes de pelo.

—¿De qué color te gustaría que me pintara el cabello? —le preguntó María Alejandra.

El chelista lo pensó un momento.

—Azul —respondió.

A los pocos días, María Alejandra volvió a casa con un frasco de tinte azul en la cartera.

Mientras coloreaba las hebras de cabello con el azul intenso, inclinada sobre el lavamanos del pequeño baño de su apartamento, pensó en la sorpresa que sentiría el chelista al verla. Pero a pesar de su emoción, no se volvieron a encontrar. En pocos días repararon el internet en su trabajo y no tuvo que volver a tomar la ruta del Portal Eldorado.

Un mes después, cuando María Alejandra volvía del centro de Bogotá, pasó su tarjeta de Transmilenio sobre el lector de los torniquetes de entrada de la estación Las Aguas. Allí, sobre el andén, esperó por su autobús de acordeón.

No pasó un minuto completo cuando alguien le tocó la espalda. Al darse vuelta se encontró con el rostro del chelista que la había alentado a pintarse el cabello de azul. La había reconocido. Le dijo que era Carlos Ereú, el músico a quien había escuchado tocar unas semanas atrás en el Portal Eldorado.

Contenta de encontrarlo de nuevo, le dio un abrazo y durante la siguiente hora no pararon de hablar. Él le dijo que había sido músico desde que tenía memoria. Ella le contó cómo llegó a Bogotá. Cuando se despidieron, en la estación Polo, al norte de la ciudad, cada uno se llevó un número de teléfono y la ilusión de volverse a ver.

Poco más de un año después, dicen entre risas que si Carlos no hubiera reconocido a María Alejandra en aquel andén de la estación Las Aguas, la vida hoy sería muy diferente. Des-

de aquel encuentro fortuito no dejaron de verse. Dos meses después, se hicieron novios. Al poco tiempo se mudaron juntos y planean casarse antes de que termine el año.

Juntos pasaron los tiempos más difíciles. Al tiempo de hacerse novios, María Alejandra dejó su trabajo en el restaurante de sushi y agregó su guitarra y su voz al trío de cuerdas de Carlos, Wileny y Mariángel. Después de un tiempo, decidieron seguir tocando en la calle solo los dos, a dúo.

Los *allegri* de Mozart y los valeses venezolanos dieron paso a un repertorio más pop: «Flaca», de Andrés Calamaro, «Perfect», de Ed Sheeran, «Fix You», de Coldplay. En las tardes húmedas y frías de Bogotá, en medio de una cruda pandemia, Carlos y María Alejandra encontraban la forma de divertirse tocando juntos.

Pero el estuche sobre el suelo nunca se llenaba lo suficiente. María Alejandra consiguió un trabajo en otro restaurante, vendiendo arepas con chorizo y pinchos. Le pagaban 3.000 pesos al día y trabajaba más de doce horas diarias.

Sin ella, Carlos no quería seguir tocando en la calle. No quería hacerlo solo. Consiguió que lo contrataran en una galería vendiendo obras de arte. Le pagaban 20.000 pesos diarios por una jornada de nueve horas de trabajo. Nunca vendió un solo cuadro.

Las deudas siempre encontraban la forma de amontonarse. Pasaron muchos meses duros. En mayo de 2020, la Orquesta Filarmónica de Bogotá, en alianza con el Ministerio de Cultura de Colombia y la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, Bibliored, idearon el programa «Asómate a tu ventana», para llevar música a los residentes de las diferentes zonas de la ciudad en medio del confinamiento.

Carlos fue el primer músico que contrataron. Se montaba

en la parte de atrás de un camión abierto y pasaba el día recorriendo la ciudad, tocando el chelo para los bogotanos que abrían sus ventanas para escucharlo. «Ese trabajo fue espectacular», dice Carlos. Pero el dinero seguía siendo escaso.

Fue en 2020, en medio del confinamiento impuesto por la pandemia y entre trabajos itinerantes, que se consolidó finalmente lo que había sido un proyecto de los hermanos Ereú desde los tiempos en que, estudiando cada uno en diferentes ciudades de Venezuela, se reunían en Quíbor en las vacaciones de julio y agosto para tocar juntos. El sueño de su papá: Ereú Brothers.

Marlos, el menor de los Ereú, llegó a la familia nueve años después que su hermana Karla.

Por ese entonces, Carlos y Karla a menudo tocaban dúos de Mozart con el chelo y la viola. A veces su papá se les unía con el violín para completar el trío de cuerdas. Cuando nació Marlos, fue la pieza que le faltaba al rompecabezas.

Desde muy chiquito, Marlos se decidió por el violín. Aprendió también a tocar el piano y la guitarra, y a cantar. «Él siempre fue multiinstrumentista —dice Karla—. Era como esa nueva generación que empieza a apostarles a otras cosas. Mientras que Carlos se metió por el lado de ser solista, con una exigencia tremenda, Marlos terminó convirtiéndose en un músico amplio, capaz de componer, de dirigir, capaz de todo».

A fuerza de conciertos caseros, dúos y tríos de cuerdas por las tardes, el papá de los hermanos Ereú les fue metiendo en la cabeza a sus hijos la idea de tener su propia agrupación. «Creo que papá y mamá siempre pensaron que nosotros tres éramos músicos y no podíamos estar desligados nunca porque nuestro arte es el mismo —dice Karla—. Teníamos que unirnos».

Cuando Carlos se fue a Caracas para unirse a la Sinfónica Simón Bolívar, los tres hermanos hacían maromas para reunirse a tocar juntos cada vez que podían. Estaban decididos a no dejar morir el sueño de formar su propio trío. Karla y Marlos aprovechaban cada fin de semana que podían para planificar un viaje corto a Caracas. Salían el sábado temprano y llegaban al apartamento alquilado de Carlos. Allí, esperaban a que el hermano mayor llegara, al atardecer, de los ensayos con la Sinfónica. Carlos aparecía siempre cansado después de un día entero tocando. Comían algo. Conversaban.

Al día siguiente, la sala del apartamento se llenaba de música. Los hermanos Ereú trabajaban la afinación de los instrumentos juntos, leían partituras nuevas y practicaban otras que ya tenían aprendidas. Se esforzaban por unirse en la interpretación, por lograr un mismo sonido: acoplado, perfecto.

«Cuando nos dábamos cuenta, ya era domingo a las seis de la tarde y Marlos y yo teníamos que volver a Quíbor —cuenta Karla—. Sabíamos que iba a ser duro, pero creíamos que lo podríamos lograr».

Estuvieron mucho tiempo así, intentando consolidar su trío desde la salita del apartamento de Carlos. En una serie de talleres que hicieron juntos en la Academia Latinoamericana de Música de Cámara de Caracas tocaron tríos de Mozart y Beethoven y música latinoamericana para violines y violonchelo. Los talleristas les dijeron que no abandonaran, que era increíble que los tres hermanos tocaran así.

Pero, a pesar de los elogios, cada uno tenía que dedicarse a su formación por separado. El trío de cuerdas que su papá había imaginado siguió posponiéndose año tras año, diluyéndose en el tiempo.

Karla emigró a Bogotá en septiembre de 2015. La siguió

Marlos, en 2016. Cuando Carlos llegó a la ciudad a finales de 2017, el proyecto de tener una agrupación propia de los hermanos tomó un segundo aliento. Lo primero fue el nombre: Ereú Brothers.

«Empezamos a consolidar todo como una empresa que hace servicios musicales, que ha pasado por tanto y que sabe asumir todas las aristas de la música», explica Karla. Ereú Brothers se conformó como una banda que ofrecía servicios de amenización, conciertos y producción musical. También tenía un brazo dedicado a la formación, con talleres y una escuela de música.

En 2019, los hermanos hicieron su primer concierto oficial como Ereú Brothers, en el Museo Nacional. Ese mismo año, la agrupación ganó el Primer Concurso del Festival de Orquestas, Coros y Bandas Emergentes de Bogotá.

El 2020 empezó como un año prometedor. Eastman Strings, una reputada casa fabricante de instrumentos de cuerda en Estados Unidos, patrocinó a la banda y le permitió usar instrumentos de alta gama de su marca. Ereú Brothers tenía conciertos planificados para abril, mayo y junio, y algunos toques en eventos privados, bodas y aniversarios de empresas previstos para ese año. La escuela también había crecido y ya contaba más de veinte alumnos.

El 12 de marzo de 2020, el Ministerio de Salud y Protección Social de Colombia declaró la emergencia sanitaria en todo el territorio nacional por la pandemia de covid-19. «Todo lo que teníamos previsto para ese año se cayó —dice Karla—. Sin embargo, Ereú Brothers no se detuvo».

Con todos los eventos presenciales cancelados por el confinamiento, Ereú Brothers se volcó de lleno a la escuela de música. «Decidimos empezar a hacer clases virtuales. Y fue la me-

lor decisión que tomamos: no rendirnos y más bien entender que las clases *online* podían ser nuestro camino».

No fue fácil. De los más de veinte alumnos que tenían antes de que comenzara la pandemia, solo seis se quedaron en la escuela cuando se suspendieron las clases presenciales. «Mucha gente no estaba convencida de que pudiéramos dar una clase de guitarra por Meet, o una clase de violín por Zoom —cuenta Karla—. Eso fue uno de los retos más grandes. Tratar de hacerles entender que cuando eres un profesional en una actividad, el medio que utilices para dar la información no es una barrera. Más bien puede llegar a ser una oportunidad grandiosa».

A partir de allí, las cosas para Ereú Brothers comenzaron a mejorar. En junio de 2020 los contactaron de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y el Politécnico Grancolombiano para que concursaran en un programa de apoyo a emprendimientos venezolanos en Bogotá. Doscientos emprendimientos compitieron. Cincuenta pasaron la primera ronda, incluyendo Ereú Brothers. En julio, los hermanos Ereú presentaron formalmente su escuela de música como proyecto de emprendimiento, y ganaron.

El premio fueron quince millones de pesos colombianos en equipos de música y grabación y un diplomado en Emprendimiento de las Industrias, del Politécnico Grancolombiano, donde los formaron sobre la conformación y administración de empresas en Colombia: orientación sobre la legislación en el país, cómo vender su emprendimiento, cómo vender los servicios y cómo llevar toda la parte administrativa.

Los Ereú comenzaron su diplomado en agosto. Para entonces, la plantilla de seis alumnos con la que habían empezado clases virtuales en mayo ya había crecido a trece alumnos. Con ellos cerraron el 2020.

La suerte terminó de cambiar en febrero de 2021. Una entrevista corta que le habían hecho a Carlos en televisión mientras tocaba en la calle llegó a los ojos de María Patricia Rodríguez, quien junto a su esposo, el pastor Ricardo Rodríguez, lidera la iglesia cristiana Centro Mundial de Avivamiento, una congregación religiosa nacida en Bogotá y que hoy cuenta con más de veintiocho sedes en Colombia, Argentina, Estados Unidos, Chile y Brasil.

Mirando fijamente la televisión, a Rodríguez le llamó la atención la forma en que el chelista presionaba el arco contra las cuerdas, haciéndolas vibrar y cantar con un sonido que llenaba todo, incluso a través de la pantalla. Los pastores contactaron a Carlos y le ofrecieron trabajo como chelista y preparador de cuerdas de la orquesta y banda de la iglesia. María Alejandra también se unió como vocalista.

«Encontramos luz —dice Carlos—. Una luz muy clara. Si esto es lo que designó Dios para mí, pues muy bien. Ya he tenido de todo en mi vida».

Poco después, Marlos firmó contrato con la iglesia de Avivamiento para ser tallerista de los violines de la orquesta. Karla les da clases de viola a dos alumnas que tocan con la banda de la iglesia en los servicios a los que asisten cerca de 5.000 personas.

«Esos momentos en los que realmente pasamos hambre en Bogotá, siendo venezolanos con talento, siendo gente que se botó en Venezuela con grandes proyectos, creo que pasar hambre y tocar en Transmilenio para poder comprar comida, tocar conciertos un mes y luego pasar dos meses sin ningún concierto, nos ha hecho quienes somos ahora —reflexiona Marlos—. Seguimos persiguiendo grabaciones de discos, seguimos persiguiendo conciertos, perseguimos estar allí al

frente, a la hora de los proyectos musicales. No alejarnos de lo que somos como talento».

La escuela de música de Ereú Brothers comenzó el 2021 con una plantilla de treinta alumnos, venezolanos y colombianos, que estudian guitarra, bajo, batería, piano, viola, violín y violonchelo. Y quieren seguir creciendo.

«Queremos brindar a los estudiantes de nuestra escuela la oportunidad de grabar —explica Karla—. Nos hemos dado cuenta de que esa es una oportunidad que no tienen muchas escuelas. Creo que eso va a ser también un punto clave que nos va a diferenciar: que el alumno pueda tener la oportunidad de grabar para llevarse algo en físico».

Los Ereú esperan que en 2021 también se puedan retomar las presentaciones en vivo. Extrañan lucir su impecable trío de cuerdas en las salas de conciertos de Bogotá. Por el momento parece difícil, con el país atravesando la tercera ola de contagios del coronavirus, la peor hasta ahora desde el inicio de la pandemia, que alcanzó un promedio de 28.000 casos confirmados diarios a finales de junio de 2021. «Hay algunos espacios, pero no son los espacios que queremos —dice Karla—. Toca esperar un poco más.

Carlos y María Alejandra se mudaron del apartotel del Siete de Agosto a un apartamento más espacioso en la localidad de Kennedy, al suroeste de la ciudad. Ella compró un par de anillos de matrimonio en acero con baño de oro, y aunque no planean casarse hasta finales de año, los llevan puestos todo el tiempo.

Karla está segura de que lo que viene para Ereú Brothers es grabar su propia música. Los hermanos ya tienen claro por dónde empezar: el proyecto *Calendario*, que reúne toda la música inédita escrita por su papá.

«La inspiración de mi papá fueron las efemérides de Venezuela y lo que él creía o consideraba que se debe reflejar en la música para él como larense —explica Karla—. Una música para cada mes».

Calendario es una compilación de doce vals venezolanos siguiendo la tradición quiboreña. Cada pieza lleva el nombre de un mes.

Al cierre del año, los Ereú Brothers esperan poder regalarle a Bogotá la música de enero, de febrero, el sonido limpio de junio o el clamor jubiloso de diciembre, con sus ritmos atravesados propios de los aguinaldos venezolanos que tanto amaba su papá. Una reminiscencia de lo que alguna vez fue Venezuela, con sus niños arropados en chaquetas tricolor que querían hacer la mejor música del mundo.

Prodavinci.com, octubre de 2021



CUANDO TU ÁRBOL GENEALÓGICO LO SACAS DE RAÍZ

**KAORU YONEKURA
Y RAFAEL OSÍO CABRICES**

El día de 2019 en que finalmente Yosmary cruzó la frontera entre Brasil y Venezuela junto con su esposo Alí y sus tres niños, los mareos y los dolores de cabeza se hicieron insoportables. Parecía culpa del calor y del estrés, y tenían mucho estrés acumulado. Habían vendido lo poco que tenían para salir de Ciudad Bolívar, desesperados porque no conseguían medicamentos para sus gemelos asmáticos y porque habían perdido todas sus fuentes de trabajo. Era 2018 y mucha otra gente se iba por tierra hacia los Andes, rumbo a Bogotá o Santiago de Chile; ellos solo podían llegar hasta Brasil con los recursos que tenían. Le tenían tanto miedo a irse, a alejarse del mundo en que siempre habían vivido con su gente en la ribera sur del Orinoco, que pasaron nueve meses en Santa Elena de Uairén, acampando primero en tierra indígena y luego alquilando un sitio en el pueblo. Pero finalmente aceptaron que no tenían otra opción y cruzaron hacia Pacaraima, Brasil.

Yosmary es precisa, articulada, pero tiene muchas lagunas sobre lo que ocurrió ese día en que dejaron Venezuela y sobre los meses siguientes; parte de lo que hoy puede contar lo tuvo que reconstruir escuchando a su esposo. Recuerda que los militares brasileiros le daban medicamentos para la migraña, pero no mejoraba. En el refugio en la ciudad de Boa Vista adonde fueron conducidos, luego de pasar por el examen médico al que los migrantes venezolanos se someten en esa frontera, Yosmary tenía dolores cada vez peores. «Estaba mareada todo el tiempo —cuenta— y estaba delgada y deshidratada de tanto vomitar. Me caía hacia los lados. No podía hacer nada sola».

Un día se desmayó. Los médicos sospecharon de algo grave y la enviaron en ambulancia a un hospital, donde una tomografía reveló una masa extraña dentro de la parte posterior de su cabeza, entre su cerebro y su columna. La ingresaron de inmediato.

A pocos días de haber entrado en Brasil, con treinta y dos años, dos gemelos de seis y un hijo de trece, Yosmary supo que tenía un tumor en el cerebro.

La historia de Khristian y su familia comienza con un pacto con su esposa, mucho más al norte de Venezuela, en Guaranas, una ciudad dormitorio media hora al este de Caracas: el que consiga primero trabajo en el exterior, se va, y cuando se pueda se le une el otro con los niños.

Era 2016 y cada semana era más difícil sobrevivir para la pareja y sus dos niños de cinco y siete años, aunque vivían con los padres de Khristian. Él se había graduado como técnico en producción de petróleo, pero aún no le daban el diploma;

mientras tanto trabajaba en una frutería. En diciembre ella consiguió con un conocido el chance de trabajar como manicurista en Girón, un pueblo en el departamento colombiano de Santander, y se fue sola, en bus.

Ella empezó a enviar dinero apenas llegó y comenzó a trabajar, pero estaba lejos de ser suficiente. Khristian recogía en la frutería las verduras que estaban a punto de perderse para alimentar a sus padres y sus niños, con pasta para lasaña que era la única disponible. Si quedaba para él, comía; si no, no. «Un día en que mis hijos tenían mucha hambre y yo no podía darles sino arepa de maíz pilado y mango frito —recuerda Khristian—, entendí que yo también me tenía que ir. Me sentía humillado». Vio que la única manera de producir ingresos para sobrevivir era emigrar también. Cuando en 2017 finalmente tuvo su título y su pasaporte, dejó a los niños con sus abuelos y emprendió el camino. Compró el pasaje del bus con ayuda de los dueños de la frutería. Khristian ya pesaba la mitad de lo que solía pesar, sesenta y cinco kilos en vez de ciento veinte. Le tocó presenciar en la ruta, por ejemplo, cómo unos policías despojaban a otra migrante de toda la comida que llevaba en la maleta, amenazándola con acusarla de contrabandista.

Todo cambió apenas entró a Colombia. Para entonces, su esposa había pasado la etapa de dormir en una colchoneta donde unos conocidos y había logrado rentar una vivienda con la señora con la que trabajaba. Khristian empezó vendiendo empanadas como las que todo el mundo come en Venezuela, pero a los santandereanos no les gustaban. Probó entonces a vender postres. Como fuera, ahora él podía comer todos los días y enviar dinero para sus niños y medicinas para sus padres. Su esposa hizo el viaje de regreso para buscar a los pe-

queños. Cuando llegaron a Girón, Khristian notó que los niños estaban tan delgados que se veían cabezones. «Lo que hice fue arrodillarme y pedirles perdón».

Algo parecido a lo que hizo la esposa de Khristian lo hizo Alexandra, también en 2018, pero con su niña de dos años. Alexandra dejó en Caracas a su familia, su empleo de cajera en un banco y a su esposo; se llevó consigo varios cursos en pedicura y peluquería que tuvo la buena idea de hacer cuando la escasez de alimentos y medicinas la hizo decidirse a emigrar. Primero llegó a Medellín, donde un contacto le había ofrecido un trabajo en un salón de belleza; una mala experiencia de vivienda la llevó entonces a vivir con su hermano en Bogotá, allí trabajó en depilación. En 2019 su marido la animó a que se fueran a República Dominicana. Allí se reunieron los tres, con la mala suerte de que, al mes de llegar, atracaron a su esposo, que se desempeñaba como conductor de Uber, y lo dejaron herido en un platanal.

A partir de ese evento él decidió volver a Venezuela, pero Alexandra quiso quedarse en República Dominicana con la pequeña. El esposo se fue a Caracas, con el plan de enviarles dinero para los pasajes de regreso, pero no lo logró y se fue a las minas en Amazonas. «No lo hemos vuelto a ver —dice Alexandra—, se comunica con nosotras cuando tiene señal». Mientras tanto, Alexandra metió a la niña en la escuela, regularizó su situación migratoria en el país y montó un emprendimiento de quiropedia. Ahora se pregunta si seguir en República Dominicana o si emigrar con su hija a Canadá.



En Boa Vista, el tumor de Yosmary crecía tan rápido, comprimiendo su región cervical, que en cuestión de semanas había perdido la capacidad de caminar, de usar las manos, de tragar. Pronto estaba en cama, con un pañal y una sonda, bajo fuerte sedación. Se estaba quedando ciega. «En el hospital de Boa Vista no se atrevían a operarme —dice Yosmary—. No sé bien por qué, pero creo que no se atrevían, por el lugar donde estaba alojado el tumor. Pasaban las semanas y yo sentía que estaba perdiendo la batalla. Lo que quería era volver a Venezuela para morirme rodeada de mi familia».

Pero su esposo, Alí, no se resignaba. Logró que la madre de Yosmary viajara a Boa Vista para acompañar a su hija y ayudar con los niños, mientras él se dedicaba a buscar ayuda con gente que fueron conociendo, brasileros y venezolanos que trabajaban para la Operación Acogida del Ejército, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) o la Embajada de Venezuela en Brasil. Preguntando, insistiendo, rogando en una lengua ajena que debía aprender un poco más cada día, Alí dio con un especialista capaz de enfrentarse al tumor, Marcos Quizones.

El doctor Quizones se comprometió a operarla, pero debían irse al estado de Santa Catarina, al sur del país, en un delicado viaje en avión con asistencia médica. Tuvieron que esperar unos veinte días hasta que el médico de la aerolínea pudo revisarla y autorizar el traslado. Luego de la etapa de espera en Santa Elena de Uairén, el tránsito como refugiados en Pacaraima y la convalecencia en Boa Vista, ahora Yosmary viajaba con un médico, sus tres niños, su mamá, su esposo y un asistente de la OIM al remoto hospital que encerraba su esperanza de salvación. El traslado implicó un día sin medicamentos que la pusieron mucho peor. Entre el viernes del viaje y el lunes en

que la debían operar, ya ni siquiera podía hablar. En Santa Catarina se le unieron sus hermanas, para estar junto a ella en lo que Yosmary llama «la semana más horrible de mi vida».

Un día Khristian vio a un hombre en Bucaramanga paseando a un montón de perros. Eso era un oficio allá, un trabajo, y supo luego que estaban buscando paseadores. Él tenía un perro en Venezuela y le encantaba ver el *show* del entrenador canino César Millán en televisión, pero de eso no sabía nada. Mostró su hoja de vida, le dijeron que estaba demasiado calificado para eso, él insistió en que tenía que trabajar y le dieron el chance. Se trataba de evitar que los perros se pelearan y de recoger lo que dejaran por ahí. Vio videos, fue aprendiendo poco a poco. Pero su empleador vendió la empresa a otro hombre y se quedó un rato sin empleo; luego acudió al nuevo dueño, con la experiencia que ya tenía, y ahora el problema era que por ser extranjero pocos clientes se atrevían a confiarle sus mascotas, temían que se las robara. Finalmente fue ganándose la confianza de algunos y conociendo gente.

Al cabo de un año haciendo eso, Khristian decidió montar tienda aparte. Gracias a las opciones de apoyo del Gobierno disponibles para los migrantes y al permiso especial de permanencia, hizo un curso de emprendimiento, pidió un microcrédito y creó Caninoamigos Colombia en febrero de 2019. Su esposa asumió todos los demás gastos. En quince días, Khristian estaba ya paseando dos perros. Un año después tenía casi ochenta perros y empezó a contratar empleados. Su esposa pidió otro crédito para montar su propio salón de manicura. Los niños ya estaban en la escuela, retomando la vida escolar que

la migración había interrumpido. Alquilaron un local, se mudaron a un apartamento en Bucaramanga y apostaron todo a crecer. El nuevo salón abrió sus puertas el 12 de marzo de 2020.

Entonces llegó la pandemia. Ni el salón podía abrir ni Khristian podía salir a pasear perros. ¿Había llegado la hora de volver a Venezuela? ¿Cómo? ¿Y volver a hacer qué?

La operación de Yosmary duró todo un día. Cuando despertó, el doctor Quizones le informó que había logrado remover todo el tumor. Al día siguiente la pasaron a una habitación y pasó un mes hospitalizada. «Tuve que aprender a caminar y a hablar otra vez, como un niño pequeño».

Cuando la dieron de alta, con un drenaje en la cabeza, no solo estaba viva y recuperándose, sino que el mundo de Yosmary había cambiado por completo. Durante su recuperación en el hospital, Cáritas Diocesana consiguió casa, comida y ropa para su familia. Sus dos hermanas regresaron a Venezuela, pero su madre, diabética e hipertensa, decidió quedarse para poder tratarse en Brasil y sobre todo encargarse de sus nietos. Muchas otras cosas han ocurrido en los casi tres años de la operación que salvó la vida de Yosmary. «Tengo citas constantes con el doctor —dice—. Mi tejido neuronal aún se recupera y a veces duele mucho. Él no se va a despegar hasta que no me recupere cien por ciento». Sus hijos aprendieron portugués y están estudiando sin problemas. Su marido trabaja y ella, que aún tiene algo de parálisis facial, trabaja muy cerca de casa como repositora en un supermercado, algo distinto a su labor como técnico electricista de desarrollos inmobiliarios en Venezuela, pero que le va muy bien.

Las cosas resultaron muy distintas a como ella pensaba que serían aquel día en que le pidió a Alí que la llevara de vuelta para morir en Ciudad Bolívar. Sus cinco hermanos decidieron seguir sus pasos con sus parejas e hijos, vía Pacaraima y Boa Vista, y ahora todos viven en un rango de unas pocas cuadras en Santo André, un sector de la ciudad de Capivari de Baixo. «Vivíamos cerca unos de otros en el mismo barrio en Ciudad Bolívar y ahora somos vecinos aquí —dice Yosmary—. Somos una familia muy unida». Hace poco les hicieron un recibimiento en Santo André. «Hay gente que nos ha rechazado, pero más gente que nos apoya. Los buenos somos más».

Hay miles de historias parecidas a la de Yosmary. Como la de Jhoanna, de Barquisimeto, que en 2018, sufriendo de lupus y con un bebé de un año, veía cómo ya no podía conseguir ni todo lo que necesitaba su hijo ni mucho menos las medicinas y productos especiales para la piel y el cuero cabelludo que ella necesitaba. La escasez de comida era también agobiante. Su marido partió antes, hacia donde el dinero alcanzaba, Perú. Y entonces Jhoanna entró en depresión y ansiedad y los síntomas del lupus se agravaron: «Mis manos se rompían. Las lesiones en el cuero cabelludo eran horribles y eso no se resuelve con cualquier champú. Sentía el tirón, que para reunirme con él tenía que separarme de mi mamá y toda mi familia. Tuve acompañamiento psiquiátrico». Jhoanna y el bebé salieron del país en diciembre de ese año; en Perú, donde el esposo ya trabajaba, podían comer bien pese a todas las limitaciones. Ella se vinculó a una iglesia que la ayudó a conseguir las ayudas para su enfermedad que nunca había tenido en Venezuela. Una ONG cubrió los exámenes que no se había hecho en cuatro

años para medir el estatus del lupus. Johanna no se queja de xenofobia, en su caso; lo que más le duele es no poder ayudar más a su familia, fuera de diez o quince dólares al mes que, cuando pueden, mandan como remesas, y no poder verlos. Ha tenido que aprender a cambiar la familia grande por un mundo donde solo están ella, su esposo y el pequeño. Pero todos los días habla con su mamá y se pregunta cuándo podrá ir a visitarlos.

Cuando en marzo y abril de 2020 Khristian y su esposa se dieron cuenta de que se acercaban a un punto en que no podrían alimentar a sus niños, llamaron a Adriana Parra, «nuestro ángel de la guarda». Khristian la había conocido en 2019 por casualidad; encontraron un perro extraviado, contactaron a la dueña, y resultó que era Adriana, otra venezolana en Bucaramanga que junto con su hija había creado una pequeña ONG, Tempus, que básicamente salvaba a los caminantes del hambre o del frío. «Yo tuve la suerte de ir y venir en bus —dice Khristian— y era doloroso ver todas esas personas caminando para huir de lo que se estaba viviendo allá. Nosotros mismos en Girón hacíamos arepas con queso o les dábamos alguna platica para los que encontrábamos por ahí. Adriana hacía eso en su carro, todo el día montando mujeres y niños en su carrito por el páramo para dejarlos en Bucaramanga. No descansaba».

Adriana reclutó a Khristian para la ONG y los ayudó a tener comida en casa hasta que tanto el salón como Caninoamigos pudieron volver a funcionar a mediados de año. La dueña del local, que vive en EE. UU., entendió la situación y no canceló

el arriendo. Hoy Caninoamigos está a cargo de treinta y cinco perros. Pero además Khristian tiene un empleado, su ahijado. Otros seis parientes suyos han trabajado para él. Porque él se ha ido trayendo a su suegro, a sus padres y todo su clan, que se fueron regularizando y montando negocios o trabajando en distintas cosas. «A algunos les ha costado conseguir trabajo. Allá uno se preparaba para una carrera universitaria, no para un oficio, y al emigrar nos encontramos con que los oficios valen más que las carreras, y los muchachos de la familia eran estudiantes de veinte años que aún no sabían hacer nada».

En diciembre de 2016 la esposa de Khristian abrió el camino. Hoy son veintisiete personas. Todos vivían cerca en Guarenas; ahora todos viven en Bucaramanga. «El mayor del grupo tiene setenta y dos, el menor, cuatro años —cuenta Khristian—. A todos nos hace falta ir a Venezuela, ver que todo está jodido y devolvernos. Uno sabe que lo que uno extraña ya no está. He perdido a tres familiares desde que estoy acá y solo he podido ir a despedir a uno. Aquí la cosa está dura y nos da miedo que el socialismo gane acá; muchos hemos pensado en saltar hacia el Norte, Estados Unidos o Canadá, porque en Latinoamérica siempre puede pasar esto».

cinco8.com, marzo de 2022





Visítanos en la Biblioteca Digital Banesco.

[www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/
biblioteca-digital-banesco-2](http://www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/biblioteca-digital-banesco-2)



 @Banesco  @baneskin  Banesco Banco Universal  banescobancouniversal